

Bárbara Padrón Santana

*Cruzando
el límite*



Cruzando el límite.
Bárbara Padrón Santana.



Primera edición en digital: Febrero 2016

Título Original: Cruzando el límite

©Bárbara Padrón Santana, 2015

©Editorial Romantic Ediciones, 2015

www.romantic-ediciones.com

Imagen de portada © Konrad Bak

Diseño de portada y maquetación, Olalla Pons.

ISBN: 978-84-944875-3-8

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

ÍNDICE

- [1. El regalo.](#)
- [2. Prisionera.](#)
- [3. Salvada.](#)
- [4. Despertar.](#)
- [5. Acostumbrándose.](#)
- [6. Aterrorizada.](#)
- [7. Recuerdos.](#)
- [8. Riñas.](#)
- [9. Dolor.](#)
- [10. Huida.](#)
- [11. Encuentros.](#)
- [12. Rescate.](#)
- [13. Cura.](#)
- [14. Recuperación.](#)
- [15. Helada.](#)
- [16. Una mentira.](#)
- [17. Nuevo amor.](#)
- [18. Pasado.](#)
- [19. Atacados.](#)
- [20. Rescate.](#)
- [21. Buenas noticias.](#)
- [22. El pasado vuelve.](#)
- [23. Latidos fuertes.](#)
- [24. Fuego.](#)
- [25. Heridos.](#)
- [26. Celos.](#)
- [27. Peticiones y pistas.](#)
- [28. Verdades.](#)
- [29. Despedidas.](#)
- [30. Dolor y amor.](#)
- [31. Conociendo al mal.](#)
- [32. Llegada.](#)
- [33. Anhelo.](#)
- [34. Ansias.](#)
- [35. Venganza cumplida.](#)
- [36. Muerte y adiós.](#)
- [37. Dolor del corazón.](#)
- [38. Regreso.](#)
- [39. Volver juntos.](#)
- [40. Juntos al fin.](#)
- [Epílogo.](#)

[Agradecimientos.](#)

Dedicado a todos los que me han apoyado.

1. El regalo.

Al fin había llegado el día.

Su padre volvía de su viaje al extranjero. Había ido a una zona recóndita de Austria para hacer negocios con otra empresa y al parecer todo había salido a pedir de boca.

Después de casi un mes, ahora volvía con un nuevo contrato bajo el brazo muy productivo en estos tiempos de crisis. Una crisis que afectaba a gran parte del mundo, pero de la que poco a poco saldrían según los pronósticos que hacían los economistas de todo el mundo.

Anabella se había levantado temprano para limpiar y tenerlo todo listo para cuando llegara su padre, más o menos sobre la hora del almuerzo. Se había recogido su larga melena oscura en una coleta y se puso sus gafas de pasta negra camuflando así sus enormes ojos oscuros.

Puso el reproductor a un volumen bastante alto, que llevaba el sonido a todos los rincones de la casa y se puso a limpiar.

En el enorme salón de suelo enmoquetado miró la foto que tenía con sus padres y que estaba encima de la chimenea. Sonrió. Echaba de menos a su madre, pero sabía que la vería pronto porque su gira acababa dentro de poco. Cada día recibía varios e-mails de ella contándole todo lo que hacía y lo que veía en cada lugar que paraban.

Cierto que con su carrera musical le había dedicado poco tiempo a su hija, pero aún así, la joven sabía que la quería y mucho demostrándoselo cuando volvía de las giras para permanecer bastante tiempo hasta que la llamaban para grabar un videoclip o para comenzar a grabar las canciones para su próximo disco.

Anabella había heredado de su madre aquel don de cantar, pero era bastante más tímida que su madre, ya que cuando aún era pequeña e iba al colegio, el que la llamaran cuatro ojos la volvió retraída. Desde siempre había llevado gafas. Su madre le había dicho que se pusiera lentillas para resaltar su belleza pero ella se había negado alegando que con las gafas estaba más cómoda. Pura mentira.

Realmente tenía miedo de que con las lentillas la vieran como era realmente y no le gustara a nadie. Y aún a pesar de la edad que tenía seguía pensando igual, por lo que solo cantaba cuando estaba sola en su casa y si estaban sus padres lo hacía en habitación donde vivía rodeada de objetos antiguos.

Esta era su gran afición. Coleccionar objetos antiguos se había vuelto su mayor hobby. Le encantaba lo misterioso de estos y descubrir todo sobre cada uno de los objetos que tanto ella compraba como sus padres le regalaban cada vez que volvían de sus viajes.

Con cada objeto podía pasarse casi un mes investigando cómo y por qué se hizo y hasta que no lo descubriese todo sobre él, no estaba tranquila.

Después de casi media mañana de limpiar todos los rincones de la casa, se metió en la cocina a preparar un almuerzo especial por la llegada de su padre. Miró dentro del frigorífico y sacó los ingredientes necesarios para lo que tenía pensado hacer. Cortó verduras y carne. Cocinó en los fogones y preparó en el horno una tarta de chocolate que le había enseñado su madre tiempo atrás y que a su padre le encantaba.

Una vez estuvo todo listo, lo puso en la mesa del amplio comedor que apenas se utilizaba, únicamente para ocasiones especiales, Navidades y poco más, pero siempre se buscaba una excusa para comer en aquella habitación donde siempre habían celebrado sus cumpleaños e incluso su graduación.

Lo decoró con cariño y colocó todas las bandejas de las comidas en la mesa. Cuando estuvo

todo colocado, lo observó satisfecha de su trabajo y se quitó el delantal para colgarlo en la cocina.

Justo en ese momento, el timbre sonó y ella corrió a abrir. Sonriendo, se encontró con su padre al que saludó con efusividad.

—¡Te he echado mucho de menos, papá! —le dijo ella contenta, abrazándolo.

—Vaya, cuánta alegría. ¡Qué recibimiento! Veo que me has echado de menos.

—Claro. ¿Cómo no voy a echar de menos al mejor padre que conozco?

Su padre sonrió. Entraron en la casa y fueron al comedor donde ya estaba todo listo y colocado sobre la mesa.

—Impresionante, una comida digna de reyes. ¿Te llevó mucho tiempo hacer todo esto?

—Media mañana, pero ahora siéntate y come.

Ambos se sentaron y se sirvieron de todas las bandejas. Mientras comían, el hombre le contó a su hija todo lo que había pasado en la reunión. Luego le contó todos los lugares que visitó.

—Encontré una tienda de antigüedades realmente impresionante. Estoy seguro de que te hubiera encantado, por eso te traje algo que había allí que te puede describir perfectamente cómo era la tienda.

—¿Dónde está? —preguntó Anabella impaciente.

—Está de camino, así que comamos tranquilamente.

—¿Cómo que está de camino?

—Era demasiado grande y no cabía en mi coche.

Anabella miró a su padre, sorprendida.

—¿Tan grande es?

—Sí. Esperemos a que venga y juzga por ti misma.

La joven asintió y le sirvió un trozo de pastel a su padre, el cual se lo comió con gusto y aprobador.

Para él era uno de los mejores que había probado.

Cuando este acabó, Anabella recogió todo para lavarlo mientras que lo sobrante lo guardaba en la nevera. Al rato, tocaron el timbre y ella cerró el grifo para salir a abrir. Su padre ya había abierto y dos jóvenes entraron con una enorme caja, aunque fina, que subieron a la habitación de la joven bajo las indicaciones del hombre.

Anabella los siguió y vio cómo dejaban el paquete junto a la pared. Curiosa, entró en su habitación mientras su padre pagaba a los jóvenes por el trabajo y estos se fueron.

—Acércate y ábrelo —le dijo su padre al ver que ella lo miraba desde una cierta distancia.

Ella se acercó y retiró el envoltorio para descubrir ante sí un inmenso espejo de cuerpo entero, aunque más grande que ella. El borde, que protegía el cristal, era dorado con motivos florales y en la parte alta había una inmensa máscara sonriente que parecía mirarla desde las alturas.

—Es hermoso, papá.

—Al parecer se usaba mucho en los Carnavales de Viena y ahora te pertenece a ti.

—Me encanta —dijo Anabella sonriendo, luego abrazó a su padre— muchas gracias, papá.

—De nada, pequeña. Espero que lo uses bien.

—Claro que sí. Ahora debo ir al centro comercial a comprarme unas cosas, hace tiempo que no salgo de compras.

—¿Te acompaño?

—No, el viaje ha sido largo así que deberías descansar un poco.

—¿Segura?

Anabella asintió. Le dio un beso en la mejilla y, tras coger la chaqueta y el bolso, salió de la casa. Se subió en su coche y condujo hasta el centro comercial. Un enorme edificio con grandes letreros por todos lados. Pasó por varias tiendas buscando qué comprar hasta que encontró un vestido realmente hermoso, por encima de las rodillas con vuelos y un escote en forma de corazón. Bastante bonito, incluso el color era bastante llamativo a simple vista: celeste con muchos brillantes.

Entró en la tienda, cogió un vestido de su talla y se dirigió al probador donde se lo probó para luego mirarse en el espejo. Le sentaba bastante bien. Salió un momento con el vestido y le pidió a una dependienta unos zapatos a juego con este. Tras probárselos y ver que le quedaban bien, se cambió y compró todo.

Esperaba poder utilizarlo pronto. Seguramente se lo pondría cuando su madre volviera y fueran a celebrarlo a un bonito restaurante.

Siguió recorriendo tiendas donde compró algunos accesorios hasta que se hizo tarde y su tarjeta comenzó a ponerse al rojo. Guardó las bolsas en su coche y volvió a su casa.

Preparó la cena que comió sola ya que su padre no tenía mucha hambre. Se duchó y se puso su pijama favorito. Un conjunto de pantalón corto muy por encima de las rodillas, tipo short y una camiseta de tirantes, ambas de color verde manzana.

Volvió a su habitación donde volvió a mirarse en el espejo. Le parecía el mejor espejo que había visto en su vida. A pesar de los años que le había dicho su padre que tenía, seguía tan brillante como si se conservara en muy buen estado.

Anabella tocó el borde dorado con delicadeza y uno de los salientes dorados le hizo un pequeño corte en un dedo. La joven sacudió la mano sin darse cuenta de que una pequeña gota de sangre caía en el cristal. Se chupó el dedo hasta dejarlo limpio. El corte era mínimo y ya no salía sangre por lo que no le dio importancia.

Tras eso, la joven puso el despertador y se acostó a dormir.

Durante la noche, el espejo pareció cobrar vida. Los ojos de la máscara se iluminaron y en el cristal se reflejó una gran cantidad de círculos de colores como si de un túnel se tratara, estos relucían e iluminaban toda la habitación lo que hizo que Anabella abriera los ojos confusa.

Se incorporó y vio su habitación toda iluminada. Asustada, miró al espejo. Se levantó y se acercó a este.

—¿Qué está pasando aquí? —se preguntó la joven.

De repente, todo movimiento dentro del espejo se detuvo lo que la hizo quedar a oscuras. Encendió la luz de su mesilla de noche para ver qué era lo que le había pasado al espejo. Se miró en el espejo y todo pareció normal, pero entonces se percató de que algo había cambiado, lo que debía ser el fondo de su habitación era una horrible pared de bloques oscuros y de aspecto frío.

Se veía su reflejo pero nada era igual. Miró a sus espaldas. Su habitación estaba como siempre, entonces, ¿por qué en el espejo se veía otra cosa? Moviéndose por un impulso, tocó el cristal, pero este parecía haber desaparecido bajo su tacto porque al intentar posar su mano, ésta entró dentro del espejo arrancando un grito ahogado a la joven que retrocedió rápidamente.

Se miró la mano, cada vez más sorprendida y algo asustada. No sabía qué pasaba para que el espejo no tuviese cristal en ese momento cuando su reflejo se veía igual.

Sin dejar de mirar al espejo se sentó en su cama y no pudo evitar mirar aquella máscara que coronaba el espejo y le parecía verlo sonreír mientras la miraba. Sintió escalofríos sólo de pensar que estuviese vivo.

Miró a su alrededor. La habitación estaba igual que siempre, sus paredes de color celeste claro, sus muebles blancos, su cama de cabecero de hierro blanco. Si todo seguía en su sitio, ¿por

qué en el espejo podía ver otra habitación que no era la de ella?

Estaba soñando. ¡Claro! Seguro que era eso, únicamente un sueño del que despertaría y cuando mirara al espejo, este estaría como siempre.

Quizás si se pellizcaba el brazo se daría cuenta de que todo es un sueño. Pero el fuerte dolor que sintió tras el pellizco fue real, tan real que no le quedó más remedio que creer lo que estaba viendo en esos momentos.

Estaba ante un espejo mágico, pero ¿cómo es que durante todo el día no había pasado nada extraño y ahora, en la madrugada sucedía aquello? ¿Sólo funcionaría durante la noche?

Tendría que hablar con su padre, pero ¿y si pensaba que había sido una pesadilla? ¡No! ¡Era real! Lo que estaba sucediendo ante sus ojos era real, demasiado para su gusto.

Volvió a levantarse y se acercó de nuevo al espejo. Acercó su mano nuevamente, pero esta vez su palma intentó no traspasar, quedando flotando sobre unas tranquilas aguas, en la nada del espejo.

Quedaba poco para el amanecer, quizás debería esperar y que su padre viera por sí mismo lo que estaba sucediendo con el espejo.

Su padre acostumbraba a levantarse temprano para ir a hacer *footing* así que sólo debía esperar un rato más en el que la joven lo pasó sentada en la cama sin apartar la mirada del espejo que la reflejaba perfectamente.

Poco a poco, el sol hizo su aparición en el horizonte, llamando a la nueva mañana y la joven se levantó. Fue a buscar a su padre, pero tropezó con la pata de la cama haciéndola caer frente al espejo.

—No, no, ¡no! —gritó cuando vio que sus brazos y el resto de su cuerpo traspasaban aquel umbral que sabía quién a dónde la llevaría.

Su cuerpo traspasó completamente el espejo, llegando a caer en un frío suelo de piedra. Maldiciendo para sí, levantó la cabeza y se apartó los cabellos que había caído delante de su cara.

Se puso de lado y se miró. Tanto codos como rodillas estaban raspados a causa de la piedra del suelo que no era nada lisa. Todo a su alrededor era piedra oscura, sin decoración alguna. Parecía una habitación abandonada. Miró el espejo, que era exactamente igual al suyo con la misma máscara de sonrisa maléfica. Ahora desde ese lado podía ver su habitación.

De repente sintió frío. Aquella habitación le producía escalofríos. Muy por encima de su cabeza, divisó una ventana por la cual ya se veía el cálido sol de la mañana contrastando así con el frío de ese lugar.

Se abrazó para darse un poco de calor, pero poco podía conseguir cuando llevaba un pijama tan corto.

Debía volver a su habitación y contarle a su padre lo que pasaba con ese espejo.

Se acercó a este para volver a cruzarlo cuando una puerta se abrió. Una enorme puerta de la que no se había percatado y dos tipos de aspecto horrible la agarraron por los brazos y comenzaron a arrastrarla justo en el momento en el que su padre entraba en la habitación y no la veía por ningún lado.

Ella deseó gritar para que él la oyera, pero sabía que sería imposible y, aunque pudiese oírla a través del espejo, ya no podía hacer nada porque aquellos tipos habían cerrado la puerta tras ellos y la llevaban a otra estancia.

2. Prisionera.

La fiesta estaba ya por terminar, había durado toda la noche. Había corrido la bebida sin descanso y casi todos los asistentes a la celebración yacían semidesnudos en el suelo o los bancos que allí había.

Agotados, todo se quedó en silencio, pero el ruido de gritos procedentes del pasillo hizo mella en sus cabezas.

—¡Dejadme! ¡Quiero volver! ¡Ha sido un error! ¡Soltadme!

—Oh, mi cabeza —dijo un joven alto y apuesto, sentado en el trono que presidía la sala. Sus ojos se abrieron mostrando así el color marrón otoñal de estos— ¿qué pasa ahí fuera?!

Se llevó las manos a la cabeza justo en el momento en que las puertas se abrían apareciendo dos guardias con alguien entre ellos que forcejeaba para escapar.

Cuando estuvieron frente a él, soltaron a una joven que cayó al suelo.

El joven la observó detenidamente. La chica era realmente hermosa con su cabello largo y oscuro cubriendo sus hombros y parte de su espalda. Su cuerpo era impresionante con aquellas largas y esbeltas piernas desnudas. Cuando ella levantó la cabeza, él se quedó sin aliento ante tanta belleza. Su rostro con forma ligeramente redondeada mostraba unos bellos ojos oscuros. La nariz era pequeña y elegante y sus labios eran deliciosos, perfectos para besar.

Nunca había visto nada igual, parecía una especie exótica nunca vista en aquellos lugares. Miró a los guardias y luego a la joven.

—Por favor, déjeme ir... —dijo ella.

—¿Quién eres? —se limitó a preguntar él.

La joven se abrazó a sí misma mientras miraba a aquel tipo que parecía tener más o menos su edad, aunque por su cuerpo fibroso parecía un poco más mayor de lo que aparentaba su joven rostro.

—Me... me llamo... Anabella... —dijo ella con voz temblorosa. Estaba asustada.

El joven se levantó y se acercó a la chica que se encogió, un poco intimidada.

—Umm, Anabella... —murmuró paladeando el nombre mientras daba vueltas alrededor de ella— un nombre delicado para una joven delicada. ¿Te han dicho alguna vez que eres hermosa?

Él le pasó la mano delicadamente por la mejilla.

—Señor, por favor, déjeme ir.

—Tienes un acento extraño, ¿eres de fuera? Déjame adivinar... eres de Canian ¿verdad?

Anabella miró al tipo y frunció el ceño.

—¿Canian? No, yo vengo del otro lado del espejo.

—¿Vienes del otro lado del espejo? —ella asintió lo que a él le hizo sonreír— ¿por qué no me lo has dicho antes?

Le tendió la mano para ayudarla a levantar y cuando estuvo de pie, la miró detenidamente. Hermosa. Indescriptible. Una belleza fuera de lo normal.

Deseó tocarla y como él siempre procuraba cumplir sus deseos, posó su mano en la mejilla de Anabella de nuevo, la cual se tensó ante ese inesperado contacto, muy distinto al primero.

—Por favor, señor, déjeme volver a mi casa.

—No me digas señor, llámame por mi nombre, Kartik.

—Kartik, déjeme marchar, se lo pido— insistió ella.

—¿Te quieres ir tan rápido? —preguntó agarrándola por el brazo con cierta fuerza— precisamente anoche comenzamos una fiesta y me gustaría continuarla con tu presencia.

La joven miró a su alrededor por primera vez desde que entró y vio a varias personas semidesnudas tirados unos encima de otros. Asustada ante lo que podría suceder, retrocedió, aunque no mucho porque Kartik la atrajo hacia sí.

—Déjeme —dijo ella intentando apartarse.

—Vamos, te trataré bien, ya lo verás —dijo Kartik descendiendo su mano para atrapar la asilla de la blusa del pijama.

El cuerpo de la joven se tensó aún más, respirando agitadamente por el miedo. Ese tipo era un obseso.

—No, no... —dijo ella empujándolo— yo me quiero ir.

—Vas a quedarte, preciosa, serás la nueva pieza de mi colección —dijo él volviendo a agarrar la tira de la camiseta.

—¡Suélteme! —gritó ella y lo empujó una vez más poniendo distancia entre los dos.

Este, que sujetaba la asilla, la rompió quedando la blusa sujeta por sólo una tira y ella se cubrió rápidamente.

Kartik se acercó peligrosamente y ella retrocedió.

—¿Te niegas a someterte a mí?

—¡Yo sólo quiero volver a mi casa!

—Bien, podrás volver a tu casa después de que goce de tu cuerpo.

Kartik la atrajo hacia sí y la besó con fuerza. Anabella intentó apartarse, pero él era demasiado fuerte para ella por lo que optó por golpearlo en los hombros mientras las manos de él descendían peligrosamente.

Anabella tenía dos opciones: o dejarse hacer o resistirse. Eligió la segunda así que con su rodilla lo golpeó en la entrepierna. Kartik la soltó y cayó de rodillas, dolorido.

—En mi país, eso que pretendías hacer se llama violación y puedes ir a la cárcel por ello —replicó Anabella pasándose la mano por los labios limpiándose aquella terrible sensación.

Kartik la miró con odio, pero a la vez con dolor en su entrepierna. Miró a los guardias que se habían acercado y exclamó:

—¡Apresadla! ¡Llevala a las mazmorras! ¡Encargaos de que no salga de allí jamás!

Anabella intentó huir, pero tropezó con la pierna de alguien que estaba tendido en el suelo y cayó, momento que aprovecharon los guardias para cogerla. Ella se resistió y pataleó.

—¡Dejadme! ¡Esto es un secuestro! ¡Socorro!

Pero de nada le valió gritar porque la arrastraron fuera de la sala en dirección a las mazmorras de aquel frío lugar.

Entonces, una bella joven de cabellos rojos oscuros y los ojos verdes agua, cubierta por unas pocas prendas se acercó a Kartik.

—¿Estáis bien? —preguntó la joven agachándose junto a él y agarrándole del brazo.

—Sí —dijo él soltándose con brusquedad y levantándose—, maldita sea.

—¿Quiere que mire si está bien? —insistió la joven.

—Estoy bien, Niseya, ahora tráeme una copa de vino.

La joven asintió y se levantó para buscar una jarra de vino para Kartik, el gran amor de su vida.

Una chica que con apenas diecinueve años se había ido con Kartik para estar cerca de él y entregarle todo el amor que tenía para darle.

Ella fue una joven de pueblo, sencilla, que cuidaba del ganado que tenía su familia. A la edad de doce años vio aparecer a Kartik sobre una yegua alazán con un porte principesco, muy característico de su linaje.

Desde que lo vio quedó prendada de él y decidió dejar la cría de ganado para trabajar en palacio y así poder ganarse su afecto y su corazón. Siempre había estado allí para ayudarlo en todo lo que necesitara, pero cuando él se rebeló contra su padre, el rey, y se marchó, ella lo siguió porque se prometió, no, se juró que nunca lo abandonaría.

El era todo para ella, era su mundo y deseaba fervientemente que algún día, Kartik correspondiera a sus sentimientos de la misma manera en que ella lo hacía.

Quizás era mucho pedir puesto que él era un príncipe y ella una simple joven de campo pero nada le impedía soñar con un futuro junto a él. Sólo debía mantener las esperanzas. Solo eso...

Los dos guardias bajaron las escaleras llevando a la joven a la fuerza.

—¡Dejadme!— gritaba Anabella.

—¿La metemos en la mazmorra del fondo? —preguntó uno de los guardias al otro, sonriendo.

—¿Junto con...?

—Claro. Así no tenemos que buscar las llaves de otra mazmorra.

—Mira que eres vago.

—Búscala tú, entonces.

—Bah, olvídalo. La meteremos allí y ya está.

—Dejadme ir, os lo suplico —pidió la joven aun sabiendo que ya no tenía escapatoria.

Uno de los guardias cogió una llave que colgaba de su cinturón y abrió la puerta de la mazmorra. El otro la empujó y ella cayó al suelo haciéndose más daño en las rodillas y en los codos. Entonces oyó cómo se cerraba la puerta con un gran estruendo gracias al óxido que cubría las bisagras.

Anabella se sentó y se frotó las rodillas suavemente, pero no pudo evitar hacer una mueca de dolor. Ahora sí que no tenía escapatoria. Aquel sería un lugar donde pasaría mucho tiempo.

Los observó y vio que las mazmorras eran aún más frías que las habitaciones en las que había estado ese día.

Miró a su alrededor, comprobando así que en aquella habitación no duraría mucho sin sufrir alguna enfermedad. Aquello era un nido de ratas y olía a excrementos.

La joven gimió lastimeramente y apoyó su cabeza contra las rejas donde se había apoyado.

—Quiero volver a mi casa... —murmuró.

—Mi hermano nos sacará de aquí.

Anabella al oír aquella voz se asustó y gritó mientras se levantaba. Miró a su alrededor, buscando en la oscuridad algo con lo que defenderse, pero no halló nada que le sirviera y lo único que pudo hacer fue arrimarse más a los barrotes de la puerta.

—¿Quién está ahí? —preguntó temerosa— seas quien seas, que sepas que aprendí defensa personal y puedo dejarte KO en un momento.

Esto era mentira, pero quizás con eso amedrentaba a quien quiera que estuviese en la misma celda que ella.

—¿Defensa personal?— preguntaron desde la oscuridad.

A pesar del eco que formaba el lugar, se percató de que la voz era de una joven y eso la relajó un poco aunque aún miraba a todos lados recelosa.

—¿Quién eres? Muéstrate.

Como estaban casi a oscuras, sus otros sentidos se agudizaron más y oyó el sonido del frufú de varias capas de tela.

Ese sonido le llegó desde la derecha hacia donde miró y vio a una joven con una larga cabellera castaña, enmarcando un delicado rostro de tez pálida. Sus ojos eran verdes como la hierba en primavera.

Llevaba un vestido largo de amplia falda turquesa o eso parecía porque estaba bastante sucio. La parte de arriba se ajustaba a las curvas bien definidas de la joven mostrando buena parte de sus senos gracias al amplio escote del vestido.

Tendría unos diecisiete o dieciocho años de edad, o al menos eso aparentaba.

—¿Quién eres?— preguntó Anabella.

—Siento haberte asustado, soy la princesa Silvana Araine, hija de los reyes de Araine, soberanos de Alaia, ¿y tú eres?

Anabella frunció el ceño. ¿Princesa? ¿Alaia?

—Me llamo Anabella y vengo de España.

—¿España? No conozco ningún país llamado así.

—He venido del otro lado de un espejo.

Silvana la miró sorprendida y corriendo se acercó para cogerle las manos, entusiasmada.

—¿De verdad vienes del otro lado del espejo? —Anabella asintió y Silvana soltó un grito— ¡quiero saberlo todo de allí! Anda, cuéntamelo, cuéntamelo... Sentémonos aquí —dijo la joven arrastrándola hasta un montículo de paja donde la sentó.

—¿Qué puedo contarte?

—Lo que sea, llevo unos días aquí encerrada y necesito distracción o me volveré loca.

—Yo apenas llevo unos minutos y ya estoy desesperada por salir.

Silvana la miró y soltó un grito, pero esta vez parecía escandalizada.

—¡Por todos los astros, mi hermano Kartik te ha dejado en ropa interior! ¡Te ha deshonrado!

Anabella se miró el pijama y cayó en la cuenta de algo más importante que su vestimenta.

—¿Kartik es tu hermano? Pero si sois totalmente opuestos.

—Ya lo sé, todos lo dicen, Kartik es la oveja negra de la familia, tenía envidia de mi hermano Dreick, que es el mayor.

—Espera —dijo Anabella interrumpiéndole —¿tienes otro hermano?

—¡Oh sí! También tengo uno pequeño, Kerel. Pero no hablemos de mis otros hermanos ahora, Kartik te ha deshonrado, estás en ropa interior.

—No, no, princesa Silvana, esto que llevo es un pijama.

La joven la miró, confusa.

—¿Un qué?

—Un pijama... es ropa para dormir.

—¿Ropa para dormir? ¿Tú no usas camisón?

—Los camisones ya casi no se usan, lo que se lleva es esto.

—¿Y cómo dices que se llama?

—Pijama.

—Entiendo. Cuéntame más cosas, por favor, ah y tutéame.

—Bueno, las mujeres ahora podemos llevar pantalones.

—¿Usáis pantalones como los hombres?

—Sí.

Anabella siguió contándole cosas de su hogar y su país hasta que les llevaron la comida, pero sólo les llevaron una bandeja con un plato de sopa rancia y un mendrugo de pan para compartir entre las dos, aunque no era suficiente para alimentarlas, así que Anabella decidió dejarle toda la comida a Silvana a la cual le había oído rugir el estómago a causa del hambre.

Cuando esta terminó de comer, ambas se recostaron y miraron hacia el oscuro techo.

—No tenías que haberme dado toda la comida.

—No tenía mucha hambre, yo sólo deseo salir de aquí.

—Dreick vendrá a salvarnos, nos sacará de aquí antes de que nos demos cuenta, ya lo verás.

Anabella suspiró y cerró los ojos a ver si se dejaba vencer por el sueño durante un rato para ver si todo aquello no era más que una horrible pesadilla, pero las horas pasaban y con ellos los días en los que la joven apenas comía para dárselo a Silvana y eso la estaba debilitando.

La princesa estaba preocupada por la chica y deseó fervientemente que su hermano viniera pronto a rescatarlas o Anabella no aguantaría mucho más.

3. Salvada.

La noche era perfecta, había luna nueva y todo estaba completamente oscuro, una verdadera ventaja para lo que tenían planeado hacer.

—¿Cómo vamos a entrar? —preguntó uno de los dos jinetes al otro, ambos envueltos en una enorme capa oscura que les cubría hasta la cara.

—Por la parte de atrás, no hay tiempo que perder.

—¿Entro contigo o me quedo con los caballos?

—Cuanto menos ruido, mejor, ya sabes que Silvana no se lleva muy bien contigo —dijo el otro jinete sonriendo bajo la capucha—. Quédate con los caballos, yo volveré rápido.

Su compañero asintió mientras el otro bajaba del caballo y salía corriendo hacia el castillo.

Cuando estuvo cerca, se acercó sigilosamente a la puerta trasera pegado a la pared. Tras comprobar que no se oía nada, entró a la habitación destinada a la cocina de la cual salió para buscar las escaleras que bajaban a las mazmorras.

Todo estaba tan oscuro que no llegaba siquiera a ver su mano si se la ponía delante de las narices, aunque se sabía la disposición del castillo de memoria, era bastante difícil guiarse si todo estaba a oscuras como esa noche.

A tientas encontró una antorcha que encendió de las brasas que quedaban en una chimenea cercana y esta iluminó la estancia. Estaba bastante lejos de la puerta que va a las mazmorras por lo que se dirigió allí lo más rápido posible sin hacer el más mínimo ruido.

Una vez estuvo frente a la puerta, la abrió lentamente. Como supuso, todo estaba completamente oscuro así que bajó con cuidado las escaleras mientras afinaba el oído. Oyó unos fuertes ronquidos al final lo que le indicaba que había un centinela vigilando las mazmorras. Bueno, realmente vigilando no, lo que estaba haciendo era dormir.

Se acercó a este una vez estuvo abajo y vio que tenía las llaves de las celdas colgadas en el cinturón.

—Maldición... —susurró al ver que sus esperanzas de encontrar las llaves colgadas en la pared se hacía añicos.

Sólo tenía una opción: quitárselas. Si quería salvar a Silvana, tendría que hacerlo así. Se acercó y comenzó a desabrochar el cinturón lentamente para sacar las llaves. El guarda se removió y abrió los ojos. Cuando vio la sombra oscura delante fue a gritar, pero un corte certero en el cuello lo mató. El cuerpo cayó hacia un lado mientras la sangre hacía un charco a su alrededor.

La sombra limpió la daga que se guardó luego en la bota y, tras coger las llaves, corrió por el pasillo de las mazmorras en busca de la chica.

—Silvana... Silvana, ¿estás ahí?

Un movimiento de frufú atrajo su atención.

—¿Dreick? Dreick, ¿eres tú?

El joven corrió hasta el fondo donde vio a su hermana afirmada a los barrotes. Se quitó la capucha que cubría su cara y dejó a la vista un hermoso rostro de ojos verdes como los de su hermana y el pelo medianamente corto del mismo color que ella. Su sonrisa se ensanchó al ver que su hermana no estaba tan mal después de todo.

—Claro que soy yo, pequeña, prometí que te salvaría y lo estoy cumpliendo.

Silvana sonrió y dejó que su hermano abriera la puerta. Cuando estuvo abierta, ambos hermanos se abrazaron contentos de volver a verse.

—Pensé que no vendrías, los días pasaban y mis esperanzas decaían.

—Pues aquí estoy, venga, vámonos ya —dijo Dreick tomando a su hermana de la mano dispuesto a marcharse, pero ella lo detuvo. Confuso, se viró hacia Silvana— ¿qué pasa?

—No podemos irnos así.

El príncipe frunció el ceño.

—¿Así cómo?

—Sin ella —dijo Silvana señalando al interior de la celda.

Dreick miró hacia allí, pero no vio nada.

—Silvana, yo no veo a nadie.

—Está acostada al fondo, está débil, desde que la trajeron aquí apenas ha probado bocado porque sólo nos traían un plato de sopa y un mendrugo de pan para compartir, pero ella me lo daba todo...

—Basta, estás nerviosa, ¿verdad?

—¿Yo? ¿Por qué lo preguntas?

—No paras de hablar —dijo él sonriendo cálidamente.

—Claro que estoy nerviosa, Dreick, Anabella hace unas horas que no se despierta y temo que haya enfermado, con ese pajoma, pimaji o como se llame.

—Vayamos a ver a esa chica —dijo Dreick frunciendo el ceño y entrando en la celda.

—Espera, Dreick, tenemos que llevárnosla no sólo por eso, viene del otro lado del espejo. Kartik va a querer hacerla suya a toda costa, es muy bella y no podemos permitirlo.

Dreick siguió hasta el fondo donde halló a la joven tendida sobre un montículo de paja. Su hermana tenía razón, era bellísima, era la joven más bella que había visto jamás. Aunque la extrema palidez de la chica no era nada normal en aquel sereno semblante.

—¿Cuánto tiempo hace que no come? —preguntó a su hermana, olvidando por un momento que venía del otro lado del espejo, ya habría tiempo de hacer preguntas sobre ello si esa joven se recuperaba.

—Casi desde que la trajeron aquí, hace un par de días, no sé, parecía tan bien, pero hoy estaba muy mal y se echó ahí donde ha permanecido casi todo el día...

—Silvana, sigues nerviosa, tranquilízate.

La joven asintió y respiró profundamente, pero por mucho que respirara de esa forma no conseguiría quitarle la preocupación que tenía encima por la joven.

—¿Cómo dices que se llama?

—Anabella —respondió su hermana.

Dreick asintió y agarró a la joven entre sus brazos.

—Anabella, ¿me oyes?

La hermosa joven gimió levemente. Un gemido apenas audible. Dreick esperó un poco y la vio removerse hasta que abrió los ojos. Unos preciosos ojos oscuros como esa noche.

Anabella se sentía demasiado débil para moverse, aunque sabía que alguien la tenía cogida, notaba unas manos grandes y cálidas e intentó mirar al dueño de aquellas manos. Ante sí vio a un dios griego. No parecía real. Era imposible que alguien tuviera esa belleza. Nadie puede tener semejante cabello castaño que parecía las dunas de un desierto a plena luz del día. Sus ojos tan verdes como la hierba recién cortada parecía una tentación. Prácticamente era imposible. Sólo podía tratarse de un dios, un...

—Adonis... —susurró ella con la voz ahogada a causa de la sequedad que invadía su garganta.

Luego cerró los ojos y volvió a perder el conocimiento.

Dreick frunció el ceño y miró a su hermana.

—¿Adonis? ¿Qué es eso?

Silvana se encogió de hombros.

—No lo sé, es la primera vez que lo oigo, pero ¿ves? No sabe lo que dice, está muy mal.

El joven miró a Anabella percatándose del pijama corto y el tirante roto de la blusa.

—No puedo creer que Kartik la haya metido aquí así de desnuda —dijo mientras llevaba sus manos al cordel de la capa para quitársela.

—Para, Dreick, eso es una ropa de cama que utilizan al otro lado del espejo, se llama pijoma, pimaji o algo así.

—Aún así hay que resguardarla del frío, ahí afuera hace bastante.

—Saquémosla de aquí primero.

Dreick le pasó un brazo por debajo de las rodillas a la joven y se levantó con ella en brazos. Silvana cogió la antorcha que Dreick había dejado por allí colgada en uno de los soportes de la pared y encabezó la marcha mientras él llevaba a Anabella.

La primera no pudo evitar soltar un grito al ver el cadáver del guarda y miró a su hermano.

—No me quedó más remedio, iba a gritar y me descubrirían.

—No soporto ver esas cosas.

—Pues sube ya. El camino a la salida es un poco largo y no quiero permanecer más tiempo aquí para tropezarme con alguien.

Silvana asintió y siguió caminando. Al poco rato llegaron a la cocina donde abrieron la puerta y salieron al jardín. Corrieron lo más rápido que pudieron hasta llegar junto al jinete que agarraba a los dos caballos por las riendas.

—Pensé que no saldríais nunca —dijo el jinete.

—Tenemos algunas complicaciones —dijo Dreick mostrando a la joven que sostenía entre sus brazos.

El joven miró a la chica frunciendo el ceño.

—¿Quién es?

—Una joven que viene del otro lado del espejo —dijo el príncipe— así que bájate y ayúdame para que pueda subir yo.

El jinete se bajó del caballo haciendo que se le cayera la capucha que cubría su rostro. El pelo medianamente largo, casi tan oscuro como la noche, caía graciosamente sobre sus ojos azul cobalto, pero rápidamente se lo apartó para poder ver bien. Un movimiento de cabeza muy común en él.

Pasó al lado de Silvana y le dio un puntapié apenas perceptible para el hermano de esta. Ella hizo una mueca entre el desprecio y el dolor que casi hace reír al chico.

—Espero no tener que volver a venir a salvarte, niña malcriada —le susurró a la princesa.

Ella frunció el ceño mientras se cruzaba de brazos para mirar a otro lado haciendo como si él no existiese.

—Nadie te pidió que vinieras, Nitziel.

—Te recuerdo que soy el segundo de tu hermano. No podía dejarlo venir solo.

—Mi hermano se las hubiera apañado bien sólo.

—¿De verdad? ¿Y si hubiera pasado lo de hoy? ¿Ayudarías a tu hermano a cargar con la chica mientras se sube al caballo?—preguntó mientras cogía a Anabella entre sus brazos— yo creo que no.

—Nitziel, Silvana, dejad de cuchichear —advirtió Dreick una vez se subió al caballo.

Nitziel se acercó con Anabella y Dreick la cogió para colocarla delante de él y cubrirla con la

capa. Su segundo se subió en su caballo mientras Silvana miraba a su hermano.

—¿Tengo que ir con él? —preguntó señalando a Nitziel, haciendo una mueca de asco.

—No te queda más remedio, no contábamos con ella —dijo su hermano señalando a Anabella.

Nitziel sonrió maliciosamente y tendió la mano hacia Silvana. Ella lo miró con odio mientras se subía delante de él. El joven la agarró de la cintura, pero ella se la apartó.

—Las manos fuera, puedo agarrarme de las crines.

—Pobre caballo —dijo él con dramatismo mientras azuzaba al caballo para ponerse en marcha.

Dreick negó con la cabeza y los siguió agarrando a la joven para que no se le escurriese del caballo. No podía evitar mirarla. La belleza de esa chica lo embelesaba.

Su hermano pretendía hacerla suya aún siendo del otro lado del espejo. Con el movimiento del caballo, la chica se removió levemente antes de susurrar quedamente.

—Papá..., ayúdame...

Dreick la atrajo más hacia sí para darle calor y para que no se le escapara. Las curvas de esta le provocaban porque para él era perfecta, todo belleza.

El camino se hizo un poco más largo ya que Silvana y Nitziel se pasaron el trayecto discutiendo. Llegaron antes al amanecer al castillo de grandes dimensiones, de piedra oscura con varias torres que se recortaban en el cielo haciéndolo elegante.

Silvana observó el castillo con nostalgia. Había echado de menos su hogar.

—Al fin en casa —dijo la joven sonriendo.

Una vez dentro de los muros, se bajaron del caballo y Dreick tomó a Anabella en brazos para entrar en el castillo. Allí los recibió un arsenal de sirvientes que acudieron a saludar a la princesa, contentos de tenerla de nuevo en el castillo.

Dreick aprovechó para subir las escaleras a su habitación. Uno de los sirvientes, un hombre bajo, de pelo canoso ralo y ojos grises, se acercó hasta donde estaba él.

—Príncipe, ¿está todo bien? ¡Lleva a alguien en brazos! —subió hasta llegar al escalón donde estaba Dreick para ayudarlo— déjeme ayudarlo, señor.

—Estoy bien, la llevaré a mi habitación, avisad a la curandera para que la vea.

—Sí, señor —dijo el viejo sirviente antes de bajar las escaleras en busca de la curandera.

Dreick siguió subiendo y se dirigió a su habitación.

Una instancia inmensa de paredes rojas oscuras con muebles de madera, también oscura. Un gran ventanal ocupaba gran parte de una de las paredes pero unas pesadas costinas de color oscuro impedían la entrada de la luz del sol.

Una gran cama con dosel presidía la habitación. Se acercó a esta y dejó a la joven sobre ella cubriéndola con el cobertor.

Se sentó en el borde a la espera de la curandera y observó de nuevo a la joven.

4. Despertar.

Mientras la observaba, sintió cómo se abría la puerta de la habitación apareciendo por esta una hermosa y despanpanante mujer bastante parecida a Silvana que se acercó rápidamente.

—Hijo, nos tenías preocupados, pensábamos que llegarías antes con tu hermana —dijo la mujer antes de mirar hacia la cama donde Anabella yacía aún inconsciente— ¿quién es esta joven?

—Hubiéramos venido antes, pero nos retrasamos un poco por ella. Estaba encerrada con Silvana. La poca comida que les llevaban, ella se la daba toda a mi hermana por lo que está débil.

—Pobre chica —dijo acercándose— ¿ya mandaste avisar a la curandera?

—Sí, pero lo peor no es solo eso, madre.

La mujer miró a su hijo.

—¿Qué pasa?

—Esta joven viene del otro lado del espejo.

La madre abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Del otro lado del espejo?

—Sí.

—No debería estar aquí, ¿por qué no habrá vuelto a su dimensión?

—Kartik no la dejó, quería hacerla suya y al parecer ella se negó encerrándola así en las mazmorras donde tenía a su propia hermana.

—No me puedo creer que mi hijo sea tan cruel —dijo la mujer mirando a Anabella— es muy bella.

En ese momento la puerta volvió a abrirse y apareció la curandera, una mujer ya entrada en años, de largo cabello canoso recogido en una trenza y ojos azules oscuros.

—¿Me habéis llamado, príncipe? —preguntó la mujer haciendo una leve reverencia a la reina y a él.

—Sí, necesito que atiendas a esta joven. Al parecer hace días que no come nada y está muy pálida.

—Déjeme verla —dijo la mujer acercándose.

Dreick se levantó para que la anciana mujer se sentara. Esta apartó las sábanas y al ver el pijama de Anabella miró al joven.

—¡Está casi desnuda! —exclamó la mujer.

La reina miró a su hijo.

—No está desnuda, esa es su ropa de cama al otro lado del espejo, me lo contó Silvana.

—Es indecente llevar algo así —dijo la anciana palpándole el vientre a la chica— está helada y tiembla un poco, habrá que darle un caldo bien caliente para que entre en calor y así recupere fuerzas, no tiene ni para masticar y tragar así que lo mejor es el caldo.

—Iré a avisar a las cocinas para que preparen un caldo —dijo Dreick saliendo de la habitación.

Tanto la reina como la anciana miraron a Anabella para luego mirarse entre ellas.

—¿Crees que sea la joven de la profecía? —preguntó la reina a la anciana.

—Es posible, señora, no podemos asegurarlo.

—Aún así, cuida bien de ella, aunque no sea ella, hay que cuidarla.

—Haré todo lo que esté en mi mano, su majestad.

La reina asintió y luego salió.

—Papá... —susurró la joven.

La anciana cubrió a Anabella con el cobertor y encendió la chimenea que había en la habitación.

Al rato apareció Dreick seguido de una criada que llevaba una bandeja en las manos. La joven de cabellos cobrizos y ojos aguamarina dejó la bandeja en la mesita al lado de la cama.

—¿Necesita algo más, príncipe? —preguntó la joven.

—Por ahora no, pero te harás cargo de ella cuando la curandera se vaya —dijo Dreick.

—Como desee, estaré en la cocina por si necesita algo —dijo antes de hacer una reverencia y salir de la habitación.

—Usted también debería salir, príncipe, no creo que sea decente que permanezca aquí cuando esta jovencita está casi desnuda.

—Estaré fuera entonces —era mejor no contradecir a la anciana curandera.

Esta asintió y mientras salía Dreick, cogía a la joven en brazos para darle el caldo que esta tomaba con hambre.

—Tranquila, preciosa, o te ahogará.

Anabella abrió los ojos levemente. Miró a la curandera la cual le sonrió.

—¿Qui... quién...?

—No hables, es mejor que comas y luego descanses.

Ella asintió levemente y se terminó la sopa. Finalmente volvió a recostarse y casi al instante se quedó profundamente dormida. La anciana la cubrió antes de salir.

Dreick la interceptó en su salida.

—¿Comió?

—Sí, todo, incluso abrió los ojos, pero al acabar de comer volvió a quedarse dormida, necesita reposo.

El joven asintió y la anciana se fue no sin antes advertirle que no debía entrar en la habitación, pero él no le hizo caso y cuando desapareció, entró en la estancia.

Se acercó a la cama y se sentó al lado de la joven. Iba a permanecer junto a ella por si se despertaba.

Por suerte fue una mañana tranquila donde Anabella durmió placenteramente sin ningún tipo de problema.

La dejó al cuidado de la criada para tratar unos asuntos con su padre, el rey, aunque volvería pronto para verla despertar.

Cerca del mediodía, dos niños entraron en la habitación y se acercaron a la cama para ver a Anabella con curiosidad, como si fuese un espécimen extraño ya que esos niños nunca habían visto a alguien que no fuera de su propio mundo.

—¿Es verdad que viene del otro lado del espejo?— preguntó uno de ellos.

—Eso dijo mi hermana.

—¿Crees que nos contará cosas de su mundo?

—Espero que sí, la curiosidad me mata.

Anabella se removió levemente y abrió los ojos encontrándose con la cara de dos niños y asustada se incorporó lanzando un grito.

Los niños también gritaron alejándose.

La joven al darse cuenta de que tan solo eran dos niños, intentó apaciguarlos.

—Lo siento, lo siento —dijo Anabella mirándolos— no pretendía asustaros, lo siento. Por favor, no salgáis corriendo.

Ambos se acercaron lentamente. El niño tenía el pelo corto de color oscuro y unos grandes y bonitos ojos verdes. La niña era de pelo largo rubio recogido en dos trenzas y de ojos azules.

—¿Te despertamos cuando hablábamos?

Anabella sonrió levemente y así consiguió que los niños se relajaran un poco más.

—Ya estaba despertándome, ¿llevo mucho tiempo durmiendo?

—Según mi hermana desde ayer por la tarde.

—¿Tú eres Kerel?

El niño la miró con los ojos iluminados.

—¿Conoces mi nombre?

—Tu hermana me habló de ti, también me habló de Inay —dijo ella mirando a la niña que se ruborizó al instante cuando Anabella le sonrió.

—¿Y por casualidad te habló de mí? —preguntó alguien desde la puerta.

La joven se sobresaltó y miró hacia el lugar donde vio a un joven alto y bastante musculoso con el pelo medianamente corto castaño y los ojos verdes. Tenía la sensación de haberlo visto antes pero no podía asegurarlo.

—¿Dreick! —exclamó Kerel acercándose— ¡sabe quién soy!

—Eso parece —dijo el tal Dreick sonriendo.

Una sonrisa perfecta de perfectos dientes blancos.

Él volvió la vista hacia ella y se acercó, lo que hizo que a ella se le desbocara el corazón de repente, de cerca era aún más guapo que de lejos, sobre todo porque ella lo veía mejor teniéndolo cerca.

Se sentó en la cama a su lado y la observó. Ella se sintió avergonzada de que la mirara así y al acordarse de la tira de su pijama roto, se cubrió hasta la barbilla y miró a otro lado ruborizada.

—¿Te sientes mejor? —le preguntó Dreick— no parecías estar muy bien cuando te saqué de aquellas mazmorras.

—Me siento bien— dijo ella sin mirarle siquiera— y gracias por sacarme de ese lugar.

—No podía dejar a alguien tan bello en las sádicas manos de mi hermano. Por cierto, ¿se puede saber qué es un Adonis?

Anabella parpadeó y lo miró sin comprender.

—¿A... Adonis?

—Sí, me llamaste así cuando recuperaste la conciencia por unos instantes en la mazmorra.

La joven se sonrojó y sin mirarlo agarró el borde del cobertor para jugar con él. Dreick hizo una seña y los niños salieron de la habitación con rapidez para seguir jugando.

—Esto... —Anabella no sabía qué decir— es que... bueno, se trataba de alguien muy bello en la época de los griegos y ahora se utiliza atribuyéndole belleza.

—Entonces, con eso quisiste decir que soy bello... —especuló Dreick.

Ella se sonrojó aún más.

—No sabía lo que decía, ni siquiera recuerdo que lo dijera —se excusaba ella.

—Tranquila, lo supuse al ver tu estado —dijo él sonriendo.

La joven se abrazó las rodillas.

—Quiero volver a mi casa, mi padre debe de estar muy preocupado.

—Pues para poder volver tendrías que entrar en el castillo de mi hermano porque él es el que tiene el espejo y por más que intentemos recuperarlo, no podemos.

—No me gustaría tener que volver allí, es un lugar muy frío. Por eso tengo que agradecerte que me sacaras de allí.

—No me lo agradezcas a mí sino a mi hermana. De no ser por ella yo ni me habría dado cuenta de que estabas allí, pero cuando te vi supe que no podía dejarte en las sádicas manos de Kartik.

—No puede ser que esté en un lugar como este —miró a su alrededor donde todo estaba decorado a un estilo clásico de otra época.

—Pues lo estás, quizás no estás acostumbrada a esto, pero lo harás hasta que recuperemos el espejo.

—Posiblemente sea bastante tiempo ¿no?

—No puedo asegurarlo, ahora mismo lo que necesitas es algo de ropa, no puedes pasarte el día con esa cosa puesta.

—Es lo único que tengo.

—Quizás te sirva algún vestido de mi hermana, veré si tiene alguno para dejarte.

Anabella se encogió de hombros mientras el chico salía de la habitación. Sentía un profundo dolor al saber que tardaría en volver a su casa y las lágrimas desbordaron sus ojos.

Se recostó de nuevo en la cama y se abrazó a sí misma aguantando las ganas de llorar. Echaría de menos a sus padres y toda su vida en su mundo.

Al rato apareció la joven criada que había cuidado de ella en ausencia del príncipe.

—Parece que os encontráis mejor —dijo la joven sirvienta con una sonrisa sincera.

—Sí, eso parece.

La chica se le acercó y la miró.

—Parecéis triste. ¿No os gusta estar aquí? Puedo acomodaros en una habitación más luminosa si queréis.

—No es la habitación... es que... estoy preocupada por mi familia.

—Ojalá pudiera ayudaros de alguna forma, señorita, pero como sabéis es casi imposible recuperar el espejo.

—Lo sé y me duele mucho saberlo.

—No os preocupéis, el príncipe Dreick hará lo posible para que podáis volver a vuestro hogar.

—Ojalá.

—Ya veréis que sí.

Anabella trató de sonreír, pero le era completamente imposible.

La joven sirvienta se puso a doblar ropa que había suelta por la habitación.

—Por cierto me llamo Kathya.

—Yo soy Anabella.

La chica hizo una leve reverencia y siguió con lo suyo cuando la puerta se abrió.

Por esta apareció Dreick con algunos vestidos de distintos colores.

—Creo que con esto te puedes remediar hasta que venga la modista de mi hermana y te haga algunos.

—Pero son de tu hermana.

—A ella no le importa.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo. Vamos, elige uno —dijo extendiendo los vestidos en la cama junto a ella.

Anabella los observó todos, indecisa, eran unos vestidos con tantos detalles y tan bonitos que le costaba mucho elegir. Cogió uno de ellos por azar de color lavanda con escote cuadrado, recogido bajo el pecho con una cinta de un color un poco más oscuro.

—Creo que con este estaré bien, al menos hoy.

Dreick sonrió.

5. Acostumbrándose.

Dreick salió de la habitación para que ella pudiese vestirse con la ayuda de la doncella. Esta quedó impresionada ante la belleza que rezumaba Anabella tras ponérselo porque el color hacía destacar su piel nívea.

La hizo sentar en un pequeño taburete para peinarle la melena.

—¿En vuestro mundo no se usa el pelo tan largo?

—Hay mujeres que incluso lo llevan corto como los hombres.

La doncella ahogó una exclamación.

—¡No puede ser! ¡Con lo hermoso que es un cabello largo!

—Es muy bonito, sí, pero en mi mundo la gente no tiene tanto tiempo como aquí para cuidar de un largo cabello y buscan la comodidad.

—¿Tan diferentes son las cosas allá?

—Más de lo que puedas imaginar.

La doncella comenzó a recogerle el pelo hasta hacerle un delicado moño suelto con algunos mechones colgando a los lados de su cara y por su esbelto cuello. Kathya sonrió.

—Estáis hermosa.

Anabella se giró hacia la doncella y sonrió levemente.

—Gracias.

—Causaréis sensación en la fiesta que van a hacer por el regreso a casa de la princesa.

—Si puedo pasar desapercibida mejor, no me gusta destacar —dijo Anabella sintiendo que su vergüenza salía a la luz.

—¿Por qué? Sois muy bella.

—No me gusta destacar. Soy muy tímida. Suena irónico cuando tengo una madre cantante —trató de sonreír, pero el recuerdo de su madre le cerró la garganta.

—¿Vuestra madre es cantante?

Anabella asintió mirando a la doncella con una leve sonrisa.

—Y muy buena.

—¿Y habéis heredado su voz?

—¿Yo? Bueno..., me gusta cantar, pero no tengo una voz perfecta.

—Me encantaría oírla.

—No, no.

La joven intentó por todos los medios evitar cantar, le daba demasiada vergüenza. Nunca había cantado ante desconocidos, solo ante sus padres.

—Solo un poco —pidió la joven doncella.

Anabella no se pudo negar y con voz no muy alta cantó una estrofa de una de las canciones de su madre. La doncella se quedó impresionada ante la suave voz de la chica.

—Cantáis muy bien.

La joven se sonrojó.

—Gracias.

—De nada, si queréis podéis bajar al salón, aunque no ha empezado la fiesta podéis conocer el castillo.

—Me vendrá bien caminar para recuperar las fuerzas.

—Si desea algo solo tiene que llamarme.

—Gracias, Kathya.

Anabella salió de la habitación observando todo a su alrededor que estaba muy bien decorado. Todo lo que veía le gustaba bastante, era como estar en una tienda de antigüedades. Se acercó hasta un jarrón observándolo detalladamente.

—Es hermoso ¿verdad?

Anabella se sobresaltó con un leve grito, apartándose. Miró hacia el sitio de donde provenía la voz para ver a una mujer muy hermosa que tenía un gran parecido con Silvana.

—Sí, es muy bonito —dijo Anabella roja de vergüenza por que la pillaran tan cerca de algo tan delicado.

—Me lo regalaron unos amigos muy preciados —dijo la mujer— oh, perdona, no me he presentado, soy la reina Eliane.

—Oh, su majestad —dijo Anabella haciendo una reverencia.

La mujer sonrió.

—No hace falta que me trates con tanto respeto, sé que vienes del otro lado del espejo, estaba deseando hablar contigo.

—¿Conmigo?

—Sí, estaba muy preocupada por cómo te sentirías en un lugar distinto al tuyo. Supongo que nada es igual en el lugar donde vives por lo que me contó mi hija.

—Es todo muy distinto, no estoy acostumbrada a estas cosas. Bueno, en realidad sí porque me gusta coleccionar cosas antiguas, pero nunca me he visto en una situación como esta.

—Sé que es difícil, pero espero que te acostumbres hasta que recuperemos el espejo.

—Haré todo lo que pueda, su majestad.

—Llámame Eliane, por favor.

—Pero es que sois la reina.

—No te preocupes, de verdad. Estoy encantada de conocer a alguien del otro lado del espejo y no me importa que me trates con confianza porque espero que podamos ser amigas.

Anabella estaba sorprendida por el comportamiento de la reina. Se suponía que se las debía tratar con respeto y sin ningún tipo de confianza, aún así respondió con una leve sonrisa:

—Yo también lo espero.

—Si quieres puedo enseñarte el castillo.

—Será un placer.

Entonces ambas recorrieron el lugar hasta el último rincón, compartiendo cosas de ambos mundos como si se conociesen de toda la vida. Cuando por casualidad se encontraron con Dreick que había estado en las caballerizas.

Este al ver a Anabella, se quedó impresionado ante la belleza que reflejaba con aquel precioso vestido que aunque le quedaban un poco pequeño de largo parecía irle a la perfección.

—Ahí está mi hijo —dijo la mujer sonriendo—. Se ha quedado embelesado al verte.

Anabella forzó la vista porque Dreick estaba un poco lejos y no lo veía bien. Todo se tornaba borroso a lo lejos. Sin sus gafas no veía nada, solo manchas difusas que no lograba saber qué era.

—No veo muy bien de lejos —susurró avergonzada— llevo gafas, pero se me quedaron en el otro lado del espejo.

—Oh querida, eso es un problema.

Anabella se encogió de hombros con una leve sonrisa.

—Ya no se puede hacer nada, tendré que acostumbrarme a ver todo de cerca nada más.

La reina le cogió las manos y se las apretó con fuerza como gesto de consuelo.

—No te preocupes, preciosa, todo saldrá bien ya lo verás. Ven, vamos a saludarlo.

Se acercaron al joven que se había quedado en el mismo sitio sin apenas moverse mientras

observaba a Anabella. Ella apartó un poco la mirada ante la de él.

—¿Has estado con los caballos, hijo?

—Sí, madre. Veo que estás con la joven del espejo —la miró fijamente sonriendo— estás hermosa.

Ella se sonrojó.

—Gra... gracias.

—¿Por qué no la llevas a ver los caballos? Le he enseñado todo el castillo y faltan las caballerizas. Puedes encargarte ¿verdad?

—Por supuesto —Dreick se acercó a Anabella y le tendió el brazo— ¿me acompañáis?

Anabella miró a la reina que asintió con una enorme sonrisa por lo que tomó el brazo de Dreick y ambos salieron del castillo hacia las caballerizas.

—Te queda muy bien el vestido —dijo con cierta confianza, no le gustaba el tono formal.

—Sí, te agradezco que te hayas preocupado por mí. Después de todo soy una completa desconocida.

—Una desconocida en manos de mi hermano. Está loco y podía haber intentado cualquier cosa. Era mejor que te trajera aquí.

—Y te doy las gracias por ello. No me gustaba ese lugar.

Entraron en las caballerizas donde unos mozos hicieron una reverencia al príncipe y observaron fijamente a Anabella que enseguida bajó la mirada intimidada. Él se acercó a uno de los cubículos.

—Mira, te presento a *Fugaz*, mi caballo.

Anabella se acercó al cubículo y observó al animal de cerca. Era castaño con una mancha en forma de estrella blanca en la frente. El caballo la observó fijamente hasta que acercó la cabeza a su mano.

Ella retrocedió, asustada.

—Solo quiere que lo acaricies, acerca tu mano.

Dreick le tomó la mano y la acercó al caballo. Anabella sintió el suave tacto en su piel y sonrió complacida.

—Es hermoso.

—Sí, un gran caballo. Ha estado conmigo desde pequeño, creció conmigo.

—¿Por qué lo llamaste *Fugaz*?

—Por la gran velocidad que puede llegar a galopar, como una estrella fugaz.

—Entiendo.

Anabella se sonrojó al ver que las manos de ambos estaban unidas sobre la frente del caballo. Miró el rostro de Dreick de facciones muy masculinas que le sonrió cuando la miró. Al darse cuenta de sus manos unidas, él la apartó.

—Empezará a hacer frío y poco a poco empezarán a llegar los invitados a la fiesta por el regreso de mi hermana.

—Me da mucha vergüenza que todos me miren. No estoy acostumbrada a estar rodeada de tanta gente.

Dreick la miró, confuso.

—No te entiendo. Normalmente a las mujeres les gusta mostrarse ante todo el mundo para presumir de vestidos y demás.

—Yo no soy así. Soy muy tímida y me da muchísima vergüenza que la gente me vea.

—Pero ¿por qué?

Anabella miró a otro lado antes de darle la espalda.

—En el otro lado, soy una chica con gafas que no ve nada de lejos y cuando era pequeña se burlaban de mí justamente por eso. Desde ese día he preferido pasar desapercibida para todo el mundo. He conseguido que nadie me mire para burlarse.

—Eso es muy cruel.

—Es la realidad de mi existencia. Tener una madre famosa no implica que la hija también lo sea. No quiero que nadie me mire fijamente y estoy segura de que seré la atracción del momento. Los chismes siempre vuelan rápido.

—Yo estaré a tu lado si quieres. Mi hermana se sentirá decepcionada si no vas, para ella esta fiesta también es para ti.

La joven no sabía qué hacer porque se sentía en deuda con Silvana tras haberla ayudado cuando su hermano la salvó y debería ir por ella, pero sentía que si iba, tendría las miradas de todos sobre ella y le daba demasiada vergüenza.

—Tu hermana puede ser muy insistente ¿verdad?— preguntó ella.

—Más de lo que imaginas, cuando empieza a hablar no para, así que yo que tú iría a la fiesta. Anabella suspiró resignada y cuadró los hombros.

—Está bien, iré, pero solo un ratito.

Dreick sonrió.

—Entonces ¿me permite que yo mismo la acompañe, milady? —preguntó tendiéndole la mano. Ella lo miró con las mejillas sonrosadas.

—Encantada, príncipe.

El príncipe le agarró la mano e hizo una leve reverencia que ella intentó corresponder aunque sintió que la suya había sido un tanto torpe. Los dos entraron en el castillo. Al acercarse, vieron varios carruajes acercándose.

—Ya están llegando los invitados —dijo él sonriendo— tendré que cambiarme, no puedo aparecer oliendo a caballo. Quizás deberías subir para que te retocaran un poco el cabello.

Anabella se tocó el pelo con la sensación de que no se había despeinado.

—Estoy bien.

—Si quieres puedes esperar en el despacho, ahora mismo no debe haber nadie y luego iré a buscarte.

Sin esperar respuesta alguna, subió rápidamente dejándola sola. Anabella intentó recordar dónde se encontraba el despacho, pero había visto tantas habitaciones que no lograba recordarlo. Caminó por un pasillo que había junto a las escaleras principales y miró en todas las puertas que estaban abiertas, pero ninguna parecía ser un despacho.

Llegó hasta unas escaleras que descendía hacia un lugar oscuro, sin ningún tipo de luz. Al llegar abajo vio que una antorcha encendida iluminaba unas enormes puertas enrejadas como en la que había estado en el otro castillo. Sin pensar muy bien lo que hacía se acercó a una de ellas para mirar dentro y pareció no ver nada.

Con temor, se giró para marcharse y de repente unas manos sujetaron su cuello impidiéndole respirar.

6. Aterrorizada.

Anabella quiso gritar, pero este quedó atascado en su garganta presionada. El aliento de su captor le pareció pesado y con mal olor.

—Sácame de aquí.

Aquella voz sonaba tétrica.

Ella negó con la cabeza levemente lo que hizo que la presión aumentara.

—Por... favor... —pidió ella agarrando las manos del prisionero— suélteme...

—Pues sácame de aquí ahora mismo —las negaciones de ellas se hicieron más insistentes—.

Si no lo hace, la mataré aquí mismo.

Anabella se maldijo por haberse metido en ese lugar y trató de gritar todo lo fuerte que pudo.

—¡Ayuda! —aunque temía que nadie la escuchara sobre todo por el ruido que empezarían a formar en la fiesta— ¡que alguien me ayude!

Las manos la atrajeron hacia los barrotes haciendo que se golpeará la cabeza, dejándola completamente aturdida.

—¡No grites, maldita sea!

Intentó apartar las manos de su cuello, pero era muy rudas y fuertes. Comenzaba a notar la falta de aire, el dolor no le dejaba pensar, solo quería gritar con fuerza para que alguien la escuchara y la sacara de aquel lugar. Incluso le comenzaba a doler la cabeza.

—¡Socorro! Por favor... —la voz ya le salía ronca y ahogada.

De repente, casi como por arte de magia, una gran bocanada de aire entró en sus pulmones. Cayó de rodillas, tosiendo y sujetándose el cuello con dolor.

Alguien posó una mano en su espalda agachada a su lado.

—Anabella.

Ella levantó la mirada y al ver la cara de Dreick no pudo evitar abrazarse a él con fuerza. La respiración de ella era un tanto irregular y soltaba pequeños jadeos por el dolor.

—Me... me...

—No hables, ¿te duele mucho? —Anabella movió la cabeza de forma afirmativa— no te preocupes, te llevaré arriba, debí haber imaginado que te perderías, lo siento.

La ayudó a levantar y tras posar una mano en su cintura, la ayudó a subir las escaleras. Anabella se había llevando una mano al cuello y gimió dolorida.

Había pasado mucho miedo al pensar en que nadie la encontraría con vida y muerta a manos de alguien a quien ni siquiera había visto el rostro. Al ver a Dreick junto a ella se sintió muy aliviada, aunque aún estaba muy asustada.

—A... agua... —dijo antes de toser.

—Tranquila. Te voy a pedir que esperes aquí —dijo delante de la puerta que daban al gran salón porque se oía mucho ruido en el interior— iré a avisar a mi madre y te traeré agua —Dreick se alejó solo unos pasos cuando ella lo agarró del brazo mirándolo con los ojos un poco aguados. El labio inferior le temblaba—. No va a pasarte nada, ese prisionero no puede salir. No te preocupes.

Dreick entró rápidamente en el gran salón dejándola sola mientras se tocaba el cuello con delicadeza por el dolor que sentía. Se sentó en el suelo al sentir los pies de gelatina por el miedo que acababa de sufrir. Sus manos temblaban incontrolablemente.

Casi al instante de ella acabar sentada, la puerta se abrió y apareció Dreick con la reina y Silvana pisándole los talones. Al verla en el suelo, la hermana del chico se arrodilló frente a ella.

—¿Qué te ha pasado? Nadie me lo quiere contar así que tuve que seguirlos.

Anabella levantó la mirada y al ver las marcas en el cuello de esta, Silvana dio un grito de sorpresa.

—¡Por todos los astros! —dijo la reina alarmada y se agachó junto a ella— hay que curarte esas marcas.

Dreick le tendió una copa con agua de la que ella bebió con ansia.

—Espacio —dijo Silvana.

—Cuando termines, iremos arriba para ponerte un ungüento que utilizo con mi hijo pequeño cuando se hace daño, te sentará a las mil maravillas y en pocos días estarás como nueva —dijo la reina incorporándose.

Le tendió la mano a Anabella que la miró antes de agarrarla para levantarse. Sin soltarla, la llevó al piso superior a una gran habitación, lujosamente decorada en tonos rojos y dorados. Una enorme cama ocupaba casi todo el espacio de la habitación. De madera de roble y tallado con mucha maestría, la cama se erguía orgullosa con un gran dosel en la que había cortinas de color carmesí con bordados en oro.

Frente a esta había un precioso tocador de la misma madera de la cama al igual que un banquito que había justo delante. Un precioso armario estaba junto a una de las paredes. En la otra pared había una enorme ventana que en ese momento estaba con las cortinas abiertas de par en par revelando la noche del exterior.

—Siéntate aquí, querida —dijo la reina señalando el banquito mientras rebuscaba entre todos los botecitos que había sobre el tocador.

Cogió un pequeño bote que abrió y sacó algo viscoso de dentro que luego pasó con delicadeza por el cuello. Anabella intentó apartarse al notar el escozor.

—Sé que parece que quema, pero te curará, te lo prometo.

—Gra... gracias —dijo con voz ronca.

—No hables o te dolerá más, al menos hasta mañana no lo hagas y no tienes que agradecer nada —la reina mostró una sonrisa afable—. Lo mejor es que vayas a descansar. Oh, vaya, acabo de recordar que estabas en la habitación de mi hijo. No hay ninguna habitación disponible. Esto es un gran problema. Quizás deba hablar con mi hijo para que él se quede en algún sitio y así tú puedas descansar.

Anabella negó con la cabeza.

—No... no hace... falta... puedo dormir... en cual... cualquier sitio...

—Querida, debes descansar y necesitas una buena cama no cualquier sitio.

—Pero Dreick... no podrá dormir... en su habitación...

—No te preocupes por él —dijo la reina sonriendo— de pequeño se dormía en cualquier lado. Le gustaba mucho dormir así que no le importará dormir en otro sitio.

—¿No se... enfadará?

—Claro que no, vamos, te acompaño a los aposentos de mi hijo. Una de mis criadas te ha conseguido un camisón, no puedes dormir con lo que traías, estaba roto y sucio.

—Gracias.

—No sigas hablando, deja descansar la garganta.

La joven asintió y siguió a la reina hasta la habitación en la que había despertado tras el rescate. Se sentía cohibida ante tamaña habitación, la suya era una cuarta parte de lo que era esta.

La reina apartó el cobertor para luego ayudar a Anabella a quitarse el vestido para ponerse el camisón. Luego la joven se acostó en la cama.

—Descansa —le dijo la reina con una sonrisa amable.

Anabella asintió y cuando la reina se fue miró al techo pensando en todo lo que le estaba pasando, pero no pudo pensar mucho más ya que casi al instante se quedó completamente dormida.

Horas más tarde, Dreick subió a la habitación preocupado por el estado de Anabella. Entró sin hacer ruido.

El fuego de la chimenea iluminaba el cuerpo de la joven que se había destapado al darse la vuelta. El camisón se le ajustaba casi con delicadeza sobre sus piernas al igual que de su torso marcando la exuberante figura que poseía.

Dreick tragó con fuerza al verla. Era tan hermosa que era difícil no caer rendido a sus pies.

Se asustó mucho al no encontrarla y cuando bajó a las mazmorras, sintió que él había tenido la culpa al no recordar que ella era una recién llegada. Se sentó al lado y le observó el cuello donde podía notarse las marcas de las manos de aquel prisionero.

Su mano se movió casi involuntariamente hacia su rostro y se lo acarició con delicadeza sin dejar de observarla.

Anabella se removió levemente por lo que Dreick se vio obligado a apartar la mano al oír la susurrar.

—Papá... mamá...

—Los echas de menos —susurró casi para sí—. Tranquila, te prometo que recuperaré el espejo para que puedas volver con ellos.

Anabella se abrazó con fuerza sintiendo frío y Dreick se encargó de cubrirla de nuevo con el cobertor. No pudo evitar bostezar y se recostó al lado sin dejar de mirarla. Por mucho que quisiera no podía apartar la mirada de su rostro hasta que finalmente se quedó dormido.

A la mañana siguiente, Anabella se removió levemente antes de abrir los ojos. Cuando los abrió se topó con el rostro de Dreick y sorprendida se apartó aunque no pudo hacerlo mucho porque el brazo de él se posaba en su cintura con posesión.

Como no pudo moverse, lo observó fijamente. Su cara reflejaba tranquilidad y una hermosura indescriptible. No tenía comparación ni con los famosos cantantes amigos de su madre y a los que tanto conocía.

Sonrió levemente al recordar a todos aquellos chicos que más o menos tenían su misma edad y se creían que tenían el mundo a sus pies pero solo tenían un par de fans locas que no hacían otra cosa que amenazar a amistades de esos cantantes. Muchos de ellos intentaron salir con ella, pero casi por compromiso, solo porque su madre era mucho más famosa que ellos.

Solo una vez se llevó una terrible decepción y ya nunca más volvió a caer en las redes de otro tipo como esos.

—Veo tristeza en tu mirada.

Anabella no se había dado cuenta de que Dreick se había despertado y apartó la mirada sonrojada.

—No es tristeza, quizás sea cansancio.

—Sientes molestia en el cuello ¿verdad?

Ella asintió y trató de incorporarse. Él también se incorporó y la miró fijamente.

—Te sientes triste, anoche llamaste a tus padres.

—¿Los llamé?

—Sí y al despertar te vi la mirada triste, no es de cansancio. Supongo que te dolerá el cuello pero esa mirada no es la de una persona cansada. Los echas de menos —afirmó más que preguntó.

—Sí. No llevaba ni un día al lado de mi padre, había estado de viaje y fue quien me regaló el espejo a su regreso. Lo encontró en una tienda de antigüedades. Me gusta coleccionar cosas

antiguas. Ya ves, una manía desde pequeña. No he podido disfrutar de la compañía de mi padre ni veinticuatro horas.

Las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas.

—¿Y tu madre?

—Mi madre es una cantante muy famosa que recorre el mundo y en este momento está en otro sitio. ¡Quiero verlos!

Anabella se cubrió el rostro por el que surcaban las lágrimas sin control. Dreick se vio impotente ante el dolor de la joven y lo único que se le ocurrió fue abrazarla con fuerza mientras se desahogaba.

—¿No sabías que el espejo era mágico entonces?

—¿Qué iba a saber! A mi padre no le contaron nada, ni siquiera sé cómo se activó.

—Se activa con sangre.

—¿Con sangre?

—Sí.

Anabella intentó recordar si ella se hizo sangre en algún momento y entonces recordó el momento en el que al tocar el espejo se hizo un corte pequeño.

—Pero el corte que me hice no pudo haber llegado al espejo. Era una herida mínima y no toqué el espejo con la sangre.

—Con una mínima gota ya se activa así que de ese corte tuvo que haber salido alguna gota que se pegara al cristal.

—Esto es horrible, ni siquiera puedo saber cómo están.

—Voy a recuperar el espejo, te lo prometo.

Anabella se abrazó a él con fuerza mientras se desahogaba.

—Solo ella puede recuperar ese espejo —dijo alguien desde la puerta.

Ambos levantaron la mirada sorprendidos al encontrarse con la reina en el umbral de la puerta.

Dreick se apartó rápidamente y se puso en pie para saludar a su madre.

—Buenos días, madre.

—Buenos días, hijo —dijo la mujer sonriendo levemente y luego se acercó a la cama— ¿Cómo te sientes? ¿Te duele el cuello?

Anabella se llevó una mano al cuello y se lo acarició levemente.

—Me duele un poco, pero no mucho.

—Me alegra saberlo, cuando te vistas te pondré un poco más del ungüento y estarás mucho mejor.

—¿Puedo saber por qué decís que solo ella puede traer el espejo?

—Es una profecía que hicieron antes de que tú nacieras. Una mujer que veía el futuro dijo que uno de mis hijos iba a llevarse el espejo del castillo para hacer el mal y solo una chica venida del otro lado vendría para recuperarlo. Solo ella puede recuperar el espejo y traerlo de vuelta al lugar que pertenece.

—Pero ambos sabemos cómo es Kartik, ella sola no podrá —dijo Dreick preocupado.

—Es lo que dice la profecía y si ella es quien yo creo que es, solo ella tiene el poder suficiente para conseguir que el espejo vuelva a este castillo.

—No os preocupéis —dijo Anabella de repente mientras se limpiaba el rostro del rastro de lágrimas— yo me encargaré de recuperar el espejo, lo juro.

7. Recuerdos.

Kartik daba vueltas y más vueltas por el despacho que tenía en su propio castillo. Aún se sentía enfadado después de haberse enterado que su hermana y la joven del otro lado del espejo habían escapado, seguramente gracias a su hermano mayor que no hacía otra cosa que meterse donde no lo llamaban.

Su hermana había sido tan estúpida como para haber ido a verle para pedirle que volviese al castillo de sus padres, pero ni loco volvería allí. Ya estaba harto de los desprecios y de las comparaciones con su hermano Dreick.

Todo lo que recordaba era la adoración que sentían sus padres por su hermano mayor y a él apenas le hacían caso. Lo odiaba.

El odio corrompía su alma y nada deseaba más que acabar con Dreick para poder obtener todo el reinado, puesto que él era el siguiente en la línea de sucesión y por derecho le tocaba a él reinar en caso de que a Dreick le pasara algo.

En su mente comenzaba a tejerse un plan para acabar con él y también volver a atrapar a la joven del otro lado del espejo.

De repente tocaron en la puerta y él le dio pasó al que esperaba con un gruñido.

Niseya entró con una bandeja de comida.

—Pensé que quería comer algo, mi señor —dijo la joven con voz tímida.

Kartik la miró fijamente y una idea comenzó a tomar forma en su cabeza.

—Mi querida Niseya —dijo acercándose a la joven que enseguida se puso colorada y bajó la mirada con sumisión—, me alegro mucho de verte en este momento.

La joven levantó un poco la mirada con esperanza.

—¿Sí?

—Claro que sí, me has dado una idea fantástica para acabar con mi hermano.

—¿Con su hermano? ¿Qué ha pensado? —preguntó la joven dejando notar la decepción, ya que había pensado otra cosa.

—Podrías ir al castillo de mis padres y trabajar allí para que controles a Dreick y a la chica del otro lado del espejo.

La joven lo miró.

—Pero eso significa... que tendré que irme de este castillo...

—Estarás durante el día en el castillo de mis padres, por la tarde regresarás aquí, ya sabes que solo tú puedes saciar mis necesidades. Eres la única capaz de hacer este trabajo, confío en ti.

Niseya sonrió levemente.

—¿De verdad?

—Claro que sí —dijo Kartik acariciándole la mejilla mirándola con ojos seductores que hacían que la joven se derritiera— solo puedo confiar en ti, eres la única que ha estado conmigo desde mi partida de ese lugar.

La cara de Kartik se acercó peligrosamente a la de Niseya, a solo un suspiro de rozar sus labios, algo que ella deseaba con toda su alma. Quería un beso dulce y con amor, sin violencia de por medio.

—¿Qué debo hacer? —preguntó ella mirando aquellos hermosos labios tan perfectos para ella.

—Vigilar a mi hermano y a la chica del otro lado del espejo. Controlar todo lo que hacen y que luego me lo cuentes todo. ¿Lo harás?

—Haría cualquier cosa por usted, mi señor —dijo ella bajando la mirada con las mejillas sonrosadas.

Kartik sonrió al saber que tenía a esa chica a sus pies y que haría cualquier cosa por él. La agarró de la barbilla y la besó con pasión, incluso con fuerza. Niseya se dejó besar, deleitándose en el sabor de los labios de Kartik. Levantó sus manos para tocar los brazos del joven, pero no se atrevió, seguramente él se enfadaría si lo hacía, no le gustaba que lo tocasen mucho.

Luego, él se apartó bruscamente dejando a Niseya jadeando y con calor en todo su cuerpo anhelando más de lo que le había dado.

—Ve a preparar tus cosas, cuanto antes vayas, antes podré acabar con mi hermano.

Niseya asintió bajando la mirada y salió de allí rápidamente. Kartik se sentó y tomó los alimentos que había en la bandeja que la joven le había dejado.

Anabella paseaba por el jardín observando la cantidad de árboles que había con distintos tipos de fruta deliciosa. Se acercó a uno de los árboles para coger una fruta bastante parecida a la manzana de una de las ramas bajas, pero no alcanzaba. De repente notó que alguien detrás de ella se estiraba y alcanzaba el fruto.

Ella se giró y lo vio sonriéndole mientras le ofrecía el fruto.

—Tienes buen gusto, es una de las mejores frutas que tenemos aquí —dijo Dreick.

—Se parece mucho a un fruto que tenemos en mi mundo.

—¿Sí? Bueno, según cuentan, trajeron muchos frutos del otro lado y con el clima de aquí cambiaron su forma así que seguro que es el mismo fruto que dices. Pruébala.

Anabella cogió el fruto y le dio un mordisco notando el dulce sabor de la fruta en su boca. No pudo evitar sonreír mientras miraba a Dreick.

—Está deliciosa, sabe igual que la manzana de mi mundo.

—Mi madre también dice lo mismo.

—¿Tu madre? —preguntó Anabella sorprendida— ¿tu madre viene del otro lado?

Dreick la miró fijamente.

—Pensé que te darías cuenta, está muy apegada a ti porque eres lo que le une al otro lado del que vino.

—No me había dado cuenta ¿y jamás pensó en volver o enseñaros el mundo del que venía?

—No quería regresar a un lugar del que había huido, pero en el fondo extrañaba su hogar.

—Oh, vaya. ¿De qué huía?

—Ni yo lo sé. Supongo que será mejor no preguntar.

—Si es malo mejor no preguntar, las cosas malas es mejor olvidarlas.

—¿Acaso sufriste en el otro lado?

—Mi vida era sencilla a pesar de que mi madre es famosa —traga sintiendo un nudo en la garganta—. Nunca sufrí, más bien era tímida y no quería acercarme a mucha gente. En aquella época pensaba que como llevaba gafas, todos me veían como una empollona.

—¿Empollona? ¿Eso qué significa?

—Un empollón es una persona que estudia mucho y que no tiene mucha relación con los demás, tienen una vestimenta peculiar y entre ellas está el llevar gafas.

—Pero si estudias mucho los demás deberían elogiarte ¿no?

—Oh no, las cosas cambian y ahora si estudias mucho y sacas muy buenas notas eres un empollón.

—Vaya mundo más raro el tuyo. Cuando yo era pequeño mi profesor estaba orgulloso y me elogiaba cuando sacaba buenas notas.

—Sí, mi mundo es muy raro... —le dio otro mordisco al fruto mientras recordaba todo lo que

había dejado allí.

Sintió deseos de llorar, pero trató de no hacerlo. Debía ser valiente si quería conseguir de nuevo el espejo para así poder volver a su hogar por muy raro que fuese su mundo.

Unos dedos se posaron en su barbilla y la obligaron a levantar la cabeza para encontrarse con los ojos de Dreick.

—Estás triste. Llevas varios días con la mirada triste. Sé que estás lejos de tus padres, pero no tienes que estar así, yo voy a cuidarte —dijo Dreick con su rostro muy cerca del de Anabella que miró aquellos ojos verdes, hipnotizada.

—No puedo evitar sentirme así. Ha pasado ya una semana y me siento impotente, los echo tanto de menos, no sé si estarán preocupados por mí ni nada, me gustaría decirles que estoy bien, pero ¿cómo hacerles llegar mis sentimientos?

Gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas sin poder evitarlo y se cubrió el rostro con las manos mientras Dreick la observaba con pena. Sin poder evitarlo pasó los brazos alrededor de ella en un abrazo que pretendía ser de consuelo. Ella apoyó la cabeza en el hombro del chico y no se habían dado cuenta de que eran vigilados por una persona no muy lejos de ellos.

—Pronto volverás con ellos, Anabella, no vas a quedarte por siempre aquí.

—Lo sé pero es que necesito verlos.

—Describeme los.

Ella levantó la mirada, sin comprender.

—¿Qué?

—Que me los describas.

—¿Para qué?

—Tú hazlo y ya lo sabrás a su tiempo.

La joven describió a sus padres detalladamente y cómo iban vestidos la última vez que los vio, la imagen de su madre era un poco más difusa, puesto que hacía mucho tiempo que no la veía, pero el recuerdo de ellos permanecía latente en su corazón y su mente. Sonrió con nostalgia al recordarlos.

—De acuerdo, ¿las mujeres llevan pantalones en tu mundo? Es algo extraño.

—Las cosas cambian, las mujeres pueden ponerse pantalones —dijo Anabella sonriéndole.

Dreick contuvo el aliento ante aquella hermosa sonrisa y se puso tenso. Era la primera vez que le pasaba algo así. Trató de sonreír y luego dijo:

—Es momento de que vuelvas dentro, empieza a hacer frío —dijo mirando el horizonte— vaya, se aproxima una tormenta.

—¿Una tormenta? —preguntó sintiendo miedo de repente.

—Sí, así que vayamos dentro.

Ambos entraron en la casa y la tarde fue tranquila, pero al llegar la noche en la que todos estaban durmiendo, comenzó la tormenta con una fuerte lluvia que repicaba contra las ventanas como si quisiese romperlas.

Un relámpago retumbó en el cielo y despertó a Anabella que soltaba un grito. Se cubrió por completo para no ver lo que sucedía a través de la ventana. Le daban pánico las tormentas.

—No por favor, no más. Para ya...

Un trueno cruzó el cielo y Anabella se tapó los oídos gritando súplicas, meciéndose.

La puerta de su habitación se abrió de repente y se acercaron a la cama.

—Anabella.

—Que pare, por favor, que pare la tormenta.

La persona que estaba en la habitación apartó las sábanas y se encontró a la joven hecha un

ovillo.

—Tranquila —le dijeron suavemente— la tormenta está fuera.

—Quiero que pare... que pare... —dijo con voz ahogada.

La reina se sentó junto a ella y trató de apartar los entumecidos brazos de la joven para poder ayudarla.

—No pasa nada, estas tormentas pasan rápido, ¿conoces el método de contar elefantes para saber si está alejándose la tormenta?

—Yo solo quiero que pare... Me da mucho miedo...

—Por eso mismo, es una forma de conocer cuán cerca o lejos está la tormenta, ¿qué te parece si contamos juntas?

Anabella miró a la reina como si fuese la primera vez que la veía.

—Majestad... —susurró.

—Sí, soy yo, aquí estoy. Contemos juntas desde que suene otro relámpago ¿vale?

Anabella asintió levemente y de repente se oyó el sonido del relámpago que hizo que la joven se encogiera.

—Un elefante, dos elefantes, tres elefantes... —llegaron a los seis elefantes cuando sonó otro relámpago.

—La tormenta se está alejando, hay seis elefantes entre uno y otro, muy pronto dejarás de oírlos, sigamos contando ¿te parece? —preguntó la reina con una cariñosa sonrisa.

La joven volvió a asentir y siguieron contando hasta que la tormenta se alejó lo suficiente para que ella se relajara y se recostara de nuevo.

—Gracias.

—De nada, preciosa.

—Su hijo me dijo que usted venía del otro lado del espejo también.

La reina sonrió y le cogió la mano.

—Es cierto.

—¿Venía huyendo de algo?

La mujer calló por unos instantes mirando a la pared que tenía justo en frente antes de enfrentar la mirada de Anabella.

—Sí. No que me quedó otra alternativa, cuando supe la existencia del espejo, lo busqué sin descanso y huí de mi pasado.

—¿De qué huía? —hubo un momento de silencio— Oh, lo siento, no debería preguntar algo tan personal.

—No te preocupes, el único que sabe lo que ocurrió es mi esposo, él me salvó la vida y vivió conmigo todo lo que me pasó cuando huí de mi pasado. Verás... huía de un mal hombre que sólo me hacía daño y apenas me demostraba amor.

—¿Ese hombre era tu marido?

—Para mi desgracia lo fue. Me maltrataba tanto que casi llegó a matarme en una ocasión por lo que me vi en la necesidad de huir lejos de él. Oí de casualidad la historia del espejo y recorrí el mundo en busca de él sin saber que mi marido me seguía. Traspasé el espejo y el rey me encontró. Me brindó su protección.

—¿Y tu marido?

—Mi marido traspasó el espejo también dispuesto a llevarme de vuelta, pero el rey se lo impidió y lo encerró en un calabozo aunque un día logró escapar y trató de matarme por lo que el rey lo mató en mi defensa. Para ese entonces yo ya estaba completamente enamorada de él y decidí quedarme aquí, sabía que mi felicidad estaba con mi esposo.

—Vaya, sufrió mucho.

—Sí, pero es algo que no quiero recordar, me hace feliz saber que mi actual situación es mucho mejor de la que tenía y que tengo un marido y unos hijos maravillosos. Ahora lo que debes hacer es descansar —dijo cambiando de tema para no recordar momentos dolorosos—, la tormenta ya se ha ido así que ya no tienes nada que temer.

Anabella asintió y entonces cerró los ojos hasta que se quedó dormida.

8. Riñas.

Silvana se encontraba en el jardín leyendo un libro bajo un árbol que le daba sombra del sol de la tarde cuando vio salir a Nitziel de las caballerizas agarrando a un hermoso caballo negro. Él la miró y ella lo ignoró descaradamente.

Un magnífico semental bastante rebelde que aún estaba sin domar. Lo habían comprado hacía muy poco tiempo. Era muy bravío y no le gustaba que lo tocasen.

Nitziel agarró con fuerza las riendas y lo instó a moverse, pero el animal no le hizo caso alguno sino que movió la cabeza como negando.

Silvana observaba todo atentamente esperando que el caballo reaccionara violentamente ante el mal trato que le prodigaba Nitziel, que ya parecía enfadado y eso que acababa de empezar.

—Maldito caballo —protestó el chico.

Se acercó con la silla, que había dejado a su lado, para intentar colocársela encima al caballo y al verlo acercarse, el animal se movió violentamente por lo que empujó al joven haciéndolo caer al suelo.

Silvana comenzó a reírse escondiendo su rostro tras el libro para que él no la viese. Se había dado un buen golpe y había caído en un gran charco de barro. Ella lo miró, pero el joven no se había levantado sino que seguía tirado en el suelo. Esperó pacientemente, pero seguía sin moverse. Preocupada se levantó del lugar en el que estaba y se acercó lentamente.

—Nitziel... Nitziel, ¿estás bien? —preguntó Silvana algo preocupada mirándolo fijamente.

Tenía los ojos cerrados y no se movía. Cuando estuvo lo suficientemente cerca sintió que una mano la agarraba y tiraba de ella hasta dejarla acostada sobre el barro con un peso encima. Cerró los ojos mientras caía y una vez que los abrió se encontró con la sonrisa divertida de Nitziel, aprisionándola contra el suelo embarrado.

—¿Te asusté?

Ella comenzó a golpearlo con rabia.

—¡Eres un estúpido! ¡Maldito seas! ¡Apártate de mí!

—Vamos no te enfades que no fue para tanto.

—¡Eres un imbécil! ¡Apártate!

Silvana lo empujó con todas sus fuerzas, aunque su fuerza no era suficiente por lo que él mismo se incorporó. Ella se sentó limpiándose el barro de los brazos y de parte de la cara consiguiendo llenarse más. Esto hizo reír al chico.

—Eres una boba. Fue un golpe sin importancia.

Ella se incorporó y lo miró con odio.

—No sé para qué me preocupo por alguien que no lo merece. Eres un auténtico estúpido y la próxima vez que te ocurra algo no pienso moverme.

—No te hubieses levantado.

—Me levanté porque a pesar de todo eres el segundo de mi hermano, imbécil.

—¿Acaso ahora te preocupas por mí?

—Eres un estúpido arrogante, ahora entiendo por qué nadie se preocupa por ti. Te criaste como un salvaje.

Silvana se sorprendió cuando Nitziel la agarró con fuerza del brazo con ojos fríos y amenazadores. Ella se encogió de miedo ante aquella mirada.

—Jamás vuelvas a decir algo así, Silvana, porque mi pasado es solo mío, a nadie más le concierne ¿entendido?

La joven asintió rápidamente mientras trataba de zafarse de su agarre, pero de repente él la soltó y se vio de nuevo en el barro sentada mientras Nitziel se alejaba con la silla en los brazos.

El caballo estaba un poco más allá pastando sin hacer caso de lo que sucedía cerca de él.

Silvana se incorporó y se fue al interior del palacio para cambiarse de vestido. La mirada de Nitziel le había inspirado temor con lo que había dicho. Ella solo había oído rumores sobre su pasado, pero no creía en las habladurías de la gente. No quería creerlo.

Ya en el interior del castillo se dirigió al piso superior para cambiarse cuando se encontró con Anabella. Esta al verla, le preguntó:

—¿Qué te pasó?

—El imbécil de Nitziel. El caballo lo empujó y cayó a un charco de barro. Yo preocupada al ver que no se movía me acerqué, pero el muy idiota me tiró en el charco de barro en el que él cayó. ¡Cómo lo odio! Ayúdame por favor. Llamaré a mi doncella para que me prepare un baño. Lo necesito.

Ambas se fueron a la habitación de la princesa y Anabella la ayudó a quitarse el vestido.

Silvana se bañó a fondo para retirar todo el barro que se había quedado incrustado en su cuerpo y en su pelo. Mientras su doncella le lavaba el pelo, no dejaba de pensar en la reacción de Nitziel ante sus palabras. ¿Sería verdad los rumores que corrían sobre él?

—¿Todo bien? —preguntó Anabella que se había sentado en la cama y la observaba fijamente.

—¿Eh? —preguntó Silvana saliendo de su ensimismamiento— ¿decías?

—Que si todo está bien.

—Oh, sí, perfectamente.

—¿Seguro? Hasta hace unos minutos no hacías más que despotricar contra Nitziel y ahora estás callada.

—Es que el baño es relajante —mintió Silvana, no quería que nadie supiese que pensaba en el pasado de Nitziel cuando ella menos que nadie sabía si de verdad era lo que se rumoreaba—, espero que salga todo el barro. Juro que me vengaré de él.

—No creo que sea lo adecuado, las venganzas solo llevan a algo peor.

—¿A qué te refieres?

—Si le pones tanto empeño en vengarte es posible que te enamores de él.

Silvana hizo un gesto de asco.

—¿De él? ¡Ni loca! El hombre del que me enamore tiene que ser alguien como Dreick.

—¿Por qué cómo él? —preguntó Anabella con las mejillas sonrosadas.

—Porque es guapo, es valiente, sabe querer a una mujer... Así que él es perfecto —Anabella no pudo contestar, aunque sabía que lo que su amiga le decía era verdad, podía ver cómo era Dreick con solo mirarlo—. Mi hermano es muy bueno con todo el mundo, será un buen rey como mi padre. Un rey justo. El único problema que tiene mi hermano es la sombra de Kartik sobre él.

—¿Por qué le odia tanto?

—Es fácil, Dreick fue el primero en nacer por lo tanto es el que se lleva la corona a no ser que él no esté capacitado mentalmente o muera. Kartik es muy ambicioso.

—No pude conocerlo mucho cuando salí del espejo, ya que todo a mi alrededor era muy confuso, pero lo poco que conocí me hizo sentir... no sé, sucia, en especial cuando rompió el tiro de la blusa de mi pijama.

—Te asustarías mucho. Cuando yo llegué al castillo para hacer recapacitar a mi hermano me encontré con un espectáculo grotesco. Muchos de ellos estaban semidesnudos o totalmente desnudos haciendo cosas... —las mejillas de Silvana se pusieron coloradas pero no por el calor del agua— indecentes.

—Oh vaya —dijo Anabella.

Silvana se incorporó y la doncella la envolvió en una suave toalla que la cubrió casi completamente.

—Fue una visión horrenda y poco decorosa, pero mi hermano nunca ha seguido las reglas así que podía esperarme cualquier cosa de él. Es una persona cruel que no le importa hacer daño sin pensar en los sentimientos de los demás, solo se quiere él mismo y me lo demostró el día que fui al castillo a pedirle que recapacitara y que nos devolviese el espejo. Se enfadó conmigo y me dijo muchas cosas dolorosas.

—Es muy cruel —dijo Anabella.

—Mucho, por eso quiero advertirte. Debes tener mucho cuidado. Si te encerró aquel día es porque quería que fueras suya y no parará hasta conseguirte. Sé que Dreick te protegerá de él, no dejará que te pase nada.

Silvana se puso un vestido rosa con la ayuda de su doncella mientras Anabella pensaba en las palabras de la princesa. Su deber era recuperar el espejo, pero Kartik era un tipo peligroso. ¿Cómo lo haría? Muchas dudas surgían en su mente además del miedo que sentía.

Siempre había logrado pasar desapercibida y huir de los problemas, pero este le afectaba tanto que debía poner su vida en juego para recuperar el espejo y así poder volver a ver a su familia de nuevo. Aunque algo le decía que no lo iba a tener nada fácil y que iba a sufrir mucho antes del esperado final.

Salió de la habitación de Silvana pensando en todo esto y cuando estaba cerca de las escaleras puso el pie tan cerca de la orilla que sintió que perdía el equilibrio. Movié los brazos para mantenerse, pero el peso le iba a hacer caer. De repente sintió unos brazos que la sujetaban con fuerza e impedía que cayera escaleras abajo.

Anabella había cerrado los ojos con fuerza y cuando los abrió, vio los hermosos ojos de Dreick que la miraban preocupado.

—¿Estás bien?

Anabella asintió sin poder hablar, siempre había sido una chica un poco torpe, pero en ese castillo se sentía una auténtica patosa. El vestido se le enredaba en las piernas y se caía con demasiada facilidad.

—Lo siento —dijo cuando él la dejó en un lugar seguro—. Normalmente no soy tan torpe. No sé qué me pasa aquí.

Se apartó el pelo de la cara nerviosamente y Dreick sonrió ante el delicado gesto.

—Supongo que no estarás acostumbrada a este tipo de mansiones y te hace sentir torpe.

—No sé si es eso, no dejo de pensar en todo lo que se ha dicho sobre mi destino en este lugar y la verdad es que no sé si podré hacerlo. Tu hermano no es un hombre contra el que yo pueda luchar.

—Si quieres yo puedo ayudarte.

—Pero la profecía dice que debo hacerlo sola. No puedes venir conmigo.

—La profecía no dice nada al respecto, puedo ir contigo y luchar contra mi hermano.

—¿Y si te hace daño? Tu familia no me lo perdonaría.

—Soy más fuerte que él, no tienes que preocuparte por mí. Puedo protegerte, me necesitas a tu lado para que no te pase nada.

Anabella lo miró con la boca abierta. Aquello había sonado muy arrogante y muy machista. Ella vivía en un mundo donde la mayoría de las veces las mujeres no dependían de los hombres para vivir.

—¿Cómo has dicho? ¿Acaso crees que soy una dama en apuros? Vengo de un lugar donde la

mujer puede valerse por sí misma sin depender de los hombres. La profecía dice que alguien del otro lado del espejo vendrá y hará lo que tenga que hacer. Sola.

Dreick frunció el ceño sin comprender.

—¿Qué estás diciendo? Las mujeres dependen de los hombres para todo.

—Eso es mentira. Aquí vivís en una época medieval con respecto a mi mundo. Las cosas avanzan y las mujeres son independientes.

—Estás loca, eso no puede ser cierto.

—Claro que lo es.

—No te creo, Anabella.

—¿Qué vas a creer si piensas que no puedo valerme por mí misma?

—¡Pero si tú misma has dicho que no vas a poder con mi hermano! ¡No hay quien te entienda!

—Exacto. He dicho que no puedo con él, pero me repatean los comentarios como el que hiciste ahora mismo. Comentarios machistas como esos recibió tu madre antes de huir de su pasado. Ella no querría que un hijo suyo hablase de esa forma porque así comienzan los hombres maltratadores.

—Tú que sabrás.

—Lo sé porque tu madre me lo contó todo, me contó cómo apareció en este lugar y de qué huía. Huía de hombres con pensamientos como los que tienes.

—Lo que dices es como si el dolor que sufrió mi madre fuese el tuyo.

—No es el mío, pero conozco a una persona que sufre los maltratos como los de tu madre. El problema es que ella no tiene a donde ir y se ve con un hombre que dice quererla y lo único que hace es molerla a golpes cada día. Mi vecina sufre, pero no quiere que la ayudemos y eso me molesta. Mi madre creó una asociación para mujeres maltratadas para ayudarlas justamente por eso. No quiere ver como las mujeres sufrimos por hombres que solo viven para maltratar a algo tan valioso como el amor que le dan sin recibir nada a cambio. Es horrible ver las marcas de golpes en su cara y cuerpo. Odio a ese tipo de hombres.

Dreick la miró y no pudo evitar acariciarle la mejilla, verla tan afligida por los de su alrededor sacaba la vena tierna en él, algo a lo que no estaba acostumbrado.

—Lo siento, no era mi intención hacerte sentir mal, pero es que aquí estamos acostumbrados a proteger a las mujeres porque para nosotros es lo más importante. Gracias a vosotras, nosotros podemos existir, sois lo más hermoso que existe por eso dije lo que dije. No pretendía hacerte sentir inferior. Perdóname —dijo apoyando su frente en la de ella.

Anabella se puso colorada ante aquel pequeño contacto y sintió deseos de tocar la aspereza de su mejilla. Cuando hablaba era tan dulce... Nunca pensó conocer a un hombre así, en el otro lado, los hombres solían ser rudos y parecían trogloditas.

—No, perdóname a mí, no sabía nada sobre vuestras costumbres y hablé sin pensar.

Dreick sonrió y con delicadeza le acarició la mejilla. Estaban tan cerca que sus labios podrían rozarse con solo moverse unos milímetros, pero al sentir una puerta abrirse, él se apartó.

9. Dolor.

Ambos miraron hacia la puerta y vieron al rey, que al verlos, los miró fijamente. Ella tenía las mejillas sonrosadas.

—Menos mal que os encuentro, debo hablar con los dos, acompañadme.

Anabella miró a Dreick confusa, pero aún así siguió al rey hasta el despacho personal de este. Una vez dentro, todos se sentaron. El rey miró a Anabella.

—¿Cómo estás? Supongo que no te será fácil acostumbrarte a la época y al lugar.

—Me está costando un poco, pero conseguís hacerme sentir como en casa y os lo agradezco.

—No tienes nada que agradecer, eres bienvenida.

—¿Para qué querías hablar con nosotros, padre? —preguntó Dreick sin poder esperar tanta formalidad.

—Hijo, te he enseñado modales todos estos años para que los pongas en práctica, no para que solo tengas conocimiento de ello —reprochó el rey lo que hizo que Dreick bajara la mirada algo avergonzado—. Sé que ambos sentís curiosidad por saber lo que os tengo que decir, pero ante todo me interesa saber cómo se siente nuestra invitada.

—Estoy bien, de verdad, ahora por favor decidnos qué es lo que sucede.

—Bueno, me siento un poco preocupado por el espejo. Ahora que el espejo del otro lado tiene una ubicación concreta, es posible que mi hijo quiera pasar al otro lado como venganza.

Anabella se llevó las manos a la boca para intentar reprimir un grito de angustia.

—¿Qué? —preguntó con voz ahogada.

—No quiero alarmarte, pequeña, pero mi hijo es capaz de todo.

—Pero... mis padres... ellos podrían estar en peligro.

Dreick miró a su padre.

—Mi hermano no será capaz de llegar tan lejos.

—Hijo, se fue llevándose el espejo, nos ha atacado, es capaz de todo.

—Mis padres... —dijo Anabella negando con la cabeza.

De repente, se levantó y salió corriendo. El rey y su hijo la miraron por un momento, Dreick corrió tras ella.

Anabella bajó las escaleras corriendo, aunque le costó un poco con el vestido enredándose en sus piernas, pero no podía dejar que ese hombre pasara al otro lado para hacerle daño a sus padres. Se metió en las caballerizas y encontró a un mozo con un caballo ensillado, sin pensarlo, le quitó las riendas y se subió.

Dreick salió y la vio justo cuando empezaba a alejarse hacia los muros del castillo donde estaba el puente levadizo. Sabía que corriendo no la alcanzaría así que cogió su caballo y lo montó a pelo para seguirla. Se fijó en que el caballo que ella montaba no le hacía mucho caso y se estaba encabritando.

Anabella trataba de controlar al animal, pero le estaba resultando imposible, no era el mejor momento para que el caballo se pusiese así, tenía que llegar al castillo de Kartik para detenerlo y conseguir el espejo. El caballo se alzó sobre sus patas traseras y Anabella gritó al notar que no podía aguantar sobre él y caía hacia el suelo. Cerró los ojos con fuerza ante lo que se avecinaba como una gran caída.

Sintió unas manos alrededor de su cintura antes de caer, pero no se golpeó contra el suelo. Abrió los ojos y se vio en los brazos de Dreick que sí que estaba en el suelo. No se movía.

—¿Dreick?

El joven no contestó. Anabella se incorporó un poco y vio que junto a su cabeza había una mancha de sangre. Negó con la cabeza asustada y se apartó lo justo para tomarlo entre sus brazos. Con una mano buscó la zona de la herida y cuando la apartó la vio llena de sangre.

La voz no le salió a pesar de que deseó gritar, entonces sintió que alguien cogía a Dreick y la apartaban de él sin que su cuerpo respondiese.

—¿Qué ha pasado?— preguntó alguien.

—Se han caído de los caballos —dijo otra voz— ella cogió un caballo que estaba en proceso de doma y el príncipe la siguió para salvarla.

—Hay que llevarlo al interior del castillo.

Entre dos hombres lo incorporaron y lo llevaron dentro mientras Anabella veía cómo se alejaba.

—Lo... lo siento...

—¡Anabella! —alguien corrió hacia ella —¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

La joven levantó la mirada y vio a Nitziel que la sujetaba.

—Él... se golpeó...

—¿Tú estás bien?

—Creo... creo que sí.

—Será mejor que te lleve dentro, vamos a levantarnos ¿vale?

Ella asintió y se dejó ayudar. Los pies le temblaban por lo que necesitó ayuda para poder llegar al castillo. Allí, Nitziel la llevó hasta uno de los salones y la dejó sentada mientras avisaba a una criada para que trajesen un poco de agua.

—¿Te duele algo?

—No, creo que... que Dreick paró mi caída y ahora... ahora..., oh Dios mío, ¡se ha golpeado en la cabeza!

—Tranquilízate, se pondrá bien.

—Había mucha sangre... ¿y si se hizo mucho daño y pierde la memoria? ¿Y si no recupera la conciencia? ¿Y si...? —no pudo continuar la frase.

—No va a morir, el golpe no es tanto como parecía.

—Es por mi culpa... yo quería ir a por el espejo. El rey dijo... dijo que podrían pasar al otro lado y hacer daño a mis padres y yo... yo solo quería...

Anabella se cubrió el rostro con las manos.

—Será mejor que avise a alguien, estás muy nerviosa.

Nitziel salió de allí y se encontró con Silvana que corría hacia la habitación de su hermano, pero el chico la detuvo.

—¿Qué ocurre? ¿Qué le ha pasado a mi hermano?

—Intentó salvar a Anabella y al caer al suelo se golpeó en la cabeza.

—¡Por todos los astros! —exclamó Silvana precipitándose para ir a la habitación de su hermano, pero Nitziel la agarró del brazo.

Ella se detuvo y lo miró fijamente sonrojándose de repente al ver la mirada tan intensa del chico.

—Será mejor que vayas al salón dorado, Anabella está muy nerviosa y está diciendo cosas sin sentido. La impresión fue muy fuerte. Yo iré con tu hermano, si me entero de algo no dudaré en avisarte.

Ella asintió levemente y se fue al salón donde estaba Anabella. Al entrar, la encontró sentada y en un estado de shock bastante alto.

—¿Anabella?

—Fue mi culpa.

Silvana se acercó y tomó una de las manos de la joven que estaba fría.

—Anabella, no fue tu culpa.

La joven tenía las mejillas empapadas y temblaba sin control.

—Intentó protegerme, claro que es mi culpa, si no me hubiese subido a ese caballo.

—Tienes que tranquilizarte. ¿Qué te llevó a subirme a un caballo que estaba en proceso de doma?

—¡No lo sabía! Yo no lo sabía.

—Vale, pero no te preocupes, todo va a salir bien.

Anabella miró a la joven como si fuese la primera vez que la veía y se incorporó.

—Quiero verlo, necesito verlo.

—No podemos entrar en la habitación, está la curandera con él y no dejará entrar a nadie.

—Al menos pongámonos junto a la puerta, por favor, necesito saber que se va a poner bien.

Silvana asintió y ambas salieron del salón para dirigirse a la puerta de la habitación de Dreick. Allí se encontraban los reyes, Nitziel y algunos hombres más. La reina se acercó a Anabella y le agarró las manos con fuerza.

—Nitziel me ha contado lo que ha sucedido.

—Lo siento, de verdad que lo siento.

—No lo sientas, no sabías que el caballo era salvaje y la desesperación no te hizo pensar con claridad.

—Yo no quería que esto pasara. Me siento tan culpable.

—La culpa fue mía —dijo el rey acercándose—. No debí haber dicho algo así y mucho menos sabiendo que tu preocupación es tan grande, me excedí. Lo siento mucho.

—¿Aún no se sabe nada? —preguntó Silvana a sus padres.

El rey negó con la cabeza.

—Nada, la curandera está aún dentro.

Después de un rato de espera, la puerta se abrió y apareció la curandera que miró a los reyes fijamente.

—¿Todo bien? —preguntó el rey.

—Hasta que no despierte no podremos saberlo con exactitud. El golpe fue más grave de lo que parecía en un principio, aunque no corre el riesgo de morir, pero habrá que tenerlo vigilado por si ocurriese algo inesperado.

Anabella intentó mirar a través del hueco de la puerta, pero apenas se veía nada. Entonces sintió una mano en su hombro. Miró a la dueña de la mano y esta la instó a entrar.

—Nosotros podemos esperar un poco —dijo la reina al darse cuenta de la desesperación de Anabella por ver a Dreick.

La joven asintió agradecida y entró corriendo en la habitación. En la cama se encontraba Dreick recostado con los ojos cerrados, la cabeza vendada, cubierto por las sábanas hasta la cintura y con el musculoso torso desnudo. Anabella se acercó y se sentó junto a él.

—Lo siento, Dreick —dijo cogiéndole la mano—, no quería que pasara esto. Me movió la desesperación por lo que dijo tu padre. No podría perdonarme que les pasara algo a mis padres y ahora te ocurre esto a ti. Soy una estúpida, nada me saldrá bien en la vida. Ya me lo decían en el instituto: nunca haría algo bien, nunca iba a ser como mis perfectos padres, lo siento, lo siento. No quiero que te ocurra algo malo por mi culpa —las lágrimas corrieron por sus mejillas sin control mientras se recostaba al lado del joven.

La reina la observaba desde la puerta oyendo cada una de las palabras de la joven y se

compadeció del dolor que parecía cargar Anabella consigo desde hacía mucho tiempo. Se giró y miró a su esposo.

—Podemos venir más tarde, Anabella necesita desahogarse y apoyarse en nuestro hijo, aunque él esté inconsciente.

—Siempre podemos venir luego, no me importa, se siente muy culpable y es normal. Yo me siento culpable de haber dicho lo que dije sin pensar en los sentimientos de Anabella.

—Sé que lo hiciste para prevenirla, pero Anabella es una chica muy sensible y estar aquí le afecta sobremanera, más cuando tiene el espejo tan lejos.

—Ya, tenía que haber hablado solo con Dreick y nada de esto habría ocurrido.

—No pensemos en eso ahora, lo importante es que nuestro hijo se recupere para así poder hacer todo lo posible por recuperar el espejo.

Los reyes se alejaron como habían hecho anteriormente Nitziel y Silvana que habían ido a las cocinas a por algo dulce para no hacer tan larga la espera de saber si se recuperará Dreick.

Mientras, Anabella miraba al joven recostada a su lado mientras sollozaba sin control.

—¿Qué voy a hacer si te ocurre algo grave? Te golpeaste por mi culpa, Dreick. Fui una inconsciente. Quizás esto sea un aviso, quizás el destino me esté advirtiendo de que no debo estar aquí porque podría haceros daño. Que quizás no soy la chica de la leyenda. Debo irme, no puedo quedarme aquí. Pero ¿a dónde iré? Tendré que buscar el castillo de ese tipo por mi cuenta. Sí, es lo que haré, no puedo quedarme aquí. Partiré al amanecer.

Se incorporó y salió de la habitación rumbo al jardín para tomar aire. Necesitaba pensar en la forma de salir del castillo sin que nadie se percatase. De repente, sintió una opresión en el pecho al pensar en separarse de Dreick cuando había compartido tanto en tan poco tiempo. Cayó de rodillas mientras el dolor la consumía por dentro. El dolor era insoportable.

Mientras, en la habitación de Dreick, el joven aún seguía inconsciente, pero parecía querer salir de su inconsciencia moviéndose levemente. Abrió los ojos y miró a su alrededor con confusión. Intentó incorporarse, pero el mareo lo hizo recostarse de nuevo.

Entonces la puerta de la habitación se abrió y apareció la reina que al ver a su hijo despierto, corrió a la cama, entusiasmada.

—¡Hijo! ¡Qué alegría verte despierto! ¿Cómo te sientes? —preguntó agarrándole la mano.

Dreick la miró fijamente intentando reconocer a esa mujer que le estaba hablando.

—¿Quién sois? —preguntó él— ¿Os conozco?

La reina lo miró con sorpresa.

—¿No me reconoces?

—Lo siento, señora, pero no la conozco.

—¿Recuerdas cómo te llamas?

Dreick parpadeó pensando, pero un fuerte dolor de cabeza le hizo desistir.

—No lo recuerdo, ¿usted sabe cómo me llamo?

—Claro que lo sé, hijo, soy tu madre. Eres Dreick Araine, mi hijo mayor. El príncipe de Alaia y futuro rey.

—¿Por qué no lo recuerdo?

—Te golpeaste en la cabeza para salvar a una chica. Un acto muy caballeroso, tal y como eres tú, un perfecto caballero.

—No puedo acordarme de nada —dijo frustrado.

—Tranquilo, iré a avisar a la curandera para que vea qué te ocurre.

La reina salió de la habitación con la preocupación reflejada en su rostro y dejando a su hijo solo. Buscó a la curandera por todo el castillo. Cuando la encontró le dijo que fuera a revisar a

Dreick que acababa de despertar, pero que no recordaba nada y luego fue en busca de su marido para contarle lo sucedido, aunque al asomarse a una de las ventanas, vio a Anabella algo alejada en el jardín de rodillas.

Se acercó y se agachó junto a ella.

—¿Anabella?

La joven levantó la mirada, asustada. Al ver a la reina se limpió el rostro que estaba empapado de lágrimas.

—Su majestad.

—¿Por qué llorabas? ¿Te sigues sintiendo culpable por lo de Dreick?

La chica decidió no hablar sobre lo que tenía pensado hacer al amanecer así que se limitó a asentir.

—Si le ocurriese algo malo me moriría.

—Está bien, ya ha despertado.

Anabella la agarró de las manos sonriendo, interrumpiendo a la reina.

—¿De verdad? Dios mío, no me lo puedo creer, es maravilloso.

—Espera, Anabella —la detuvo la reina— no me has dejado terminar.

—¿Qué pasa?

—Dreick ha perdido la memoria.

Ella se apartó y negó con la cabeza, no queriendo creer lo que oía.

—No... eso no es verdad... dígame que eso no es verdad...

Ambas se incorporaron y la reina la miró con tristeza.

—No te miento, pequeña, el golpe ha sido tal que ha perdido sus recuerdos, ni siquiera recuerda cómo se llama —el dolor se reflejaba en la voz de la reina.

—Todo esto ha sido por mi culpa —dijo Anabella—, si no hubiese subido a ese caballo nada de esto habría pasado.

—No digas eso, nadie puede predecir el futuro y si sucedió fue porque el destino así lo quiso. No te echas la culpa.

—Quiero verlo.

La reina asintió y la dejó ir sin dejar de observarla. Ese dolor que le pesaba añadido a la nostalgia no iba a ser nada bueno para una chica como ella. Esperaba de verdad que no se pusiese enferma por tantas preocupaciones.

Con un suspiro cansado, volvió al castillo para buscar a su esposo y contarle la situación de su hijo mayor. Deseaba fervientemente que todo esto que le estaba sucediendo fuera pasajero porque si se enteraba Kartik podría ser peligroso.

10. Huida.

Anabella entró en la habitación sin llamar y vio a Dreick sentado con la espalda apoyada en varios almohadones. Él, al verla, frunció el ceño.

—Dreick —dijo ella.

—¿Os conozco? ¿Quién sois?

La joven, que se estaba acercando a la cama, se detuvo de repente a escasos metros. No era una mentira, de verdad no podía recordar nada.

—Soy Anabella ¿no lo recuerdas? La chica que vino del otro lado del espejo.

—¿Qué espejo? No sé de qué me hablas.

—Me salvaste de las garras de tu hermano Kartik. Me salvaste de caer del caballo. Te golpeaste por mi culpa.

—¿Sois la chica que salve y por la cual me golpeé?

—Sí, soy yo y... y me siento tan culpable —las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas —, lo siento, lo siento.

Dreick se levantó de la cama a pesar del mareo y se acercó a Anabella como si algo lo obligara a consolarla.

—No llores —dijo él.

—Pero es que estás así por mi culpa.

—Y tú estás bien, no te hiciste daño.

Anabella lo abrazó y apoyó su frente en el hombro de él. Dreick la miró, pero no la apartó, todo lo contrario, sintió calor y le correspondió al abrazo.

—No llores, por favor, estoy bien, solo un poco mareado.

—Pero no recuerdas nada.

—Por eso no te preocupes ahora, si debo recuperarla, ocurrirá, poco a poco iré recordando cosas o eso supongo.

Ella levantó la mirada y deseó poder besar los labios del chico, pero no se atrevía. Él también se percató de la cercanía y en vez de contenerse como ella, acercó sus labios y la besó. Anabella abrió los ojos, sorprendida, pero luego sin saber por qué se dejó llevar y pasó sus brazos por el cuello del chico.

Qué labios tan suaves, pensó Dreick mientras la estrechaba contra sí.

De repente, ella se apartó y lo miró fijamente.

—Dreick, no.

—No ¿qué?

—No puedes besarme, somos de mundos diferentes y tú eres un príncipe, yo apenas soy alguien en el otro lado. Esto no puede volver a pasar.

—¿Y si yo quiero? Según esa mujer que es mi madre soy el futuro rey y yo puedo elegir esposa.

—Puedes, pero yo no sería una buena esposa —dijo apoyando la cabeza en el hombro de él—. Esta vida no es la mía. Lo siento.

Se apartó para salir de allí con el corazón encogido. No recordaba absolutamente nada y aún así la había besado. Era tan difícil aquella situación.

Sin darse cuenta, tropezó con alguien.

—¿Anabella? ¿Qué te ocurre?

—Silvana, es horrible, tu hermano ha perdido la memoria y todo por mi culpa.

—¿Perdió la memoria? No puede ser, mi hermano tiene la cabeza dura.

—Es verdad, no recuerda absolutamente nada, no reconoció ni a tu madre —dijo la joven apartando la mirada—, quizás tú puedas ayudarlo un poco.

Sin decir más se alejó rápidamente hasta la habitación que le habían asignado no hacía mucho. Una vez dentro cerró la puerta y se apoyó en esta con una mano en los labios, pero con la mirada llena de tristeza.

No hacía más que culparse por el golpe que se dio el chico y, encima, para colmo, él la había besado. Aquella situación era horrible. Ella no podía estar con él siendo de mundos diferentes. El mundo de Dreick era casi como estar viviendo en otra época y ella vivía en una mucho más moderna con muchos avances tecnológicos y también tenía a su familia en ese otro lado.

—No puedo quedarme aquí, si me quedo caeré rendida al cariño que me da Dreick y probablemente no quiera volver a mi mundo.

Se acercó al pequeño escritorio que había en la habitación, tomó hoja y pluma para escribir una breve nota. No podía quedarse en ese castillo cuando tenía sentimientos tan encontrados, pero no solo por eso sino también porque su torpeza estaba haciendo daño a los que allí vivían. Ahora era Dreick quizás en unos días podría ser otro miembro de la familia real y no quería hacer daño a nadie.

Tras escribir la nota, puso un papel secante encima y luego la dobló. Cogió una capa que tenía de Silvana y tras ponérsela, salió con la nota en la mano. Bajó las escaleras sin hacer ruido, mirando a su alrededor por si veía a alguien. Al no ver a nadie, dejó la nota junto a la entrada y salió del castillo.

Tomó aire y sin mirar atrás salió corriendo. Muchas personas que trabajaban en el castillo la miraron sorprendidos e incluso algunos soldados intentaron seguirla, pero corrió con tanta velocidad que cuando salieron de los muros del castillo no la encontraron. Se había internado en el bosque.

Anabella corrió y corrió sin detenerse hasta que, ya cansada, se apoyó contra un enorme árbol para recuperar el aliento. Pegó la espalda contra el tronco y poco a poco descendió hasta quedar sentada en el suelo.

Miraba a la nada pensando en Dreick. Aquel beso la había pillado desprevenida, pero como le había dicho, ambos eran de mundos distintos, ella debía volver, no le quedaba otro remedio. Cerró los ojos dejándose vencer por el cansancio.

La reina estaba en el salón, preocupada por su hijo cuando apareció un joven lacayo con cara de preocupación. Ella al verlo, se incorporó.

—¿Sucede algo?

—Su majestad, la chica esa que vino del otro lado del espejo ha escapado.

La reina se acercó al lacayo y lo miró.

—¿Qué?

—Salió corriendo, no nos dio tiempo a alcanzarla. Se internó en el bosque.

—No puede ser, que vayan a buscarla, el bosque es peligroso.

—Enseguida, su majestad.

El lacayo salió corriendo mientras la reina se retorció las manos con preocupación para luego subir al piso de arriba, algo debía haber pasado para que se fuera de esa forma.

Entró en la habitación de su hijo que estaba acompañado por su hermana Silvana, la cual estaba sentada en la cama junto a Dreick.

—¿Madre? —preguntó la joven— ¿Sucede algo?

—Anabella se ha escapado, salió en dirección al bosque.

—¿Qué? —preguntó Silvana.

Dreick, al oír aquello, se levantó de la cama. Su madre intentó detenerlo.

—¿A dónde vas? Estás débil tras el golpe, no puedes moverte.

—Se fue por mi culpa.

—¿Por qué dices eso, hijo?

—La besé, no pude evitarlo, es por mi culpa. Tengo que ir a buscarla.

La reina lo miró, sorprendida, pero luego dijo:

—No, hijo, ya me he encargado de eso, tú debes descansar. Un golpe en la cabeza es peligroso. Nuestros hombres la encontrarán, ya verás. Vamos, vuelve a la cama.

Dreick obedeció a regañadientes, la cabeza le dolía demasiado y comenzaba a marearse.

—Encontradla, por favor.

—Así se hará, hijo. No quiero ni imaginar si tu hermano la encuentra. Tú descansa.

El chico asintió y se recostó, pero una vez que su hermana y su madre salieron, se incorporó pensando en aquella joven tan bella que había besado. Se llevó las manos a la cabeza no por el dolor sino por haber hecho lo que hizo. En ese momento sintió deseos de besarla y no pudo resistirse, pero ella lo había cortado todo en un momento con aquellas palabras. Algo en su interior le decía que aquella joven era lo que él necesitaba, que era perfecta para él, aunque no entendía la razón. ¿Sería acaso lo que pensaba antes de perder la memoria?

Volvió a recostarse y se cubrió los ojos con un brazo. Las punzadas en la cabeza lo estaban matando.

La guardia real estuvo toda la noche buscando a la joven por los alrededores, pero no dieron con ella y volvieron al amanecer. El rey y la reina los esperaban en el salón y, al ver que no traían a la joven consigo, se preocuparon aún más.

—¿Qué haremos si no aparece? El bosque es muy peligroso —dijo la reina a su esposo.

—Hay que seguir buscándola, esa chica debe volver a su hogar y no lo hará si permanece en ese bosque. Tarde o temprano la encontraremos.

Ninguno se dio cuenta de que la puerta del salón donde estaban se había abierto hasta que el intruso habló.

—Dejadme ir a buscarla.

Ambos miraron en dirección a la puerta y vieron a su hijo mayor vestido con unos pantalones oscuros y una camisa blanca. Las botas eran de color negro.

—Aún no estás recuperado —dijo la madre.

—Estoy bien, ya no me duele la cabeza ni me siento mareado. Tengo que encontrar a esa chica. Antes de entrar aquí, encontré esto —dijo mostrándoles una nota—. Cree que nos va a hacer daño y que no la busquemos que va a buscar el espejo ella sola. ¿Se puede saber a qué espejo se refiere? No entiendo esa parte.

—Es una larga historia, hijo, solo te puedo decir que quien tiene el espejo ahora es tu hermano menor y es peligroso que ella vaya sola a ese castillo. Hay que encontrarla —dijo el rey.

La reina se levantó y tomó la nota para leerla.

—Se siente tan culpable de lo sucedido que huyó. Pobre chica —dijo la mujer apenada—. Está en un serio peligro.

—Por eso quiero ir a buscarla.

—Con tu pérdida de memoria podría ser peligroso que vayas solo, le diré a tu segundo que te acompañe y no voy a aceptar un no por respuesta.

—De acuerdo, padre.

El rey avisó a un lacayo para decirle que buscara a Nitziel que iba a acompañar al príncipe a

buscar a la joven.

Al poco llegó al salón y tras las explicaciones asintió. Acompañó al príncipe hasta las caballerizas donde ya preparaban los caballos. Ambos se montaron en sus respectivos corceles y salieron al galope hacia el bosque.

A medio camino bajaron el ritmo, momento que aprovechó Nitziel para hablar con su amigo.

—¿Cómo te sientes?

—Aún me duele un poco la cabeza y supongo que por la confianza con la que me tratas somos buenos amigos ¿no?

—Prácticamente tú me enseñaste todo lo que sé.

—Ya veo, siento no poder recordarlo.

—No te preocupes, para eso nos tienes a todos, para ayudarte a recordar poco a poco quién eres.

—Gracias —dijo Dreick sonriendo—, ahora lo importante es encontrar a Anabella.

—¿Por qué huyó?

—Se siente culpable y... —dijo sin acabar la frase, no podía dejar de pensar en aquel beso y cómo había reaccionado ella.

—¿Y?

—Y porque la besé.

Nitziel lo miró, sorprendido.

—El golpe te afectó más de lo que pensaba. Antes te contenías y mucho.

—No sé qué pasó, la vi tan afectada y al tratar de consolarla sentí deseos de besarla. Pero ella me apartó, me dijo que éramos de mundos diferentes ¿a qué se refería?

—Ella viene del otro lado del espejo, cuando lo recupere, ella volverá a su mundo, no pertenece a nuestro mundo. Si sientes algo por ella, mejor olvídale, no es buena idea.

Dreick no dijo nada, simplemente miró a su alrededor en busca de alguna pista que la llevase hasta Anabella, pero no parecía haber rastro de ella.

Anabella dormía totalmente encogida cuando sintió un aliento cerca del rostro por lo que abrió los ojos. Ante sí vio unos fieros ojos en una cabeza peluda. Era un lobo. La joven se incorporó asustada mientras el lobo le gruñía.

La joven quiso gritar de miedo, pero nada salía de su garganta.

—No te muevas —dijeron cerca de donde se encontraba.

Anabella miró a su lado y vio a un chico más o menos de su edad que tenía un arma en la mano. Era un chico bastante alto con el pelo corto de color negro y unos ojos igual de oscuros que miraban fijamente al animal que no hacía más que gruñir.

—Ayúdame —dijo Anabella, atemorizada.

—Cuando yo te diga, apártate para disparar ¿entendido?

Ella asintió levemente, el lobo no dejaba de mirarla. A un grito del joven, ella corrió y se metió detrás de él y este disparó al animal en plena frente matándolo al instante.

El chico se giró hacia Anabella y, al verla, quedó sorprendido ante la inusual belleza de esta.

—¿Te hizo algo?

Ella negó con la cabeza mientras se miraba. Al mirar hacia abajo vio una parte de la capa rasgada y al que le faltaba un trozo de tela que se había quedado enganchado a una rama baja.

—Gracias —susurró.

—De nada, ¿puedo saber cómo te llamas?

—Me llamo Anabella.

—¿Qué haces en este bosque? Es peligroso para que vayas sola.

—No lo sabía, pero no puedo decirte por qué estaba aquí.

—¿Por qué?

—No quiero contarlo.

—¿Acaso huyes de algo? —ella apartó la mirada— ¿Eres una prófuga?

Ella negó efusivamente.

—No, no, de verdad que no, es solo que... que he puesto en peligro la vida de otra persona y me sentí tan culpable que me alejé todo lo que pude. Creo que me perdí aquí.

—Ya veo. ¿Quieres venir conmigo a la aldea donde vivo? Supongo que tendrás hambre y frío. Esa capa que llevas es demasiado fina para un lugar como este.

La joven se abrazó.

—Será mejor que no, soy muy torpe y podría crear problemas.

—No puedes quedarte aquí, el bosque es peligroso.

—Yo solo quiero llegar al castillo de Kartik, tiene el espejo que puede llevarme a mi mundo. Quiero volver a mi casa.

—¿Te refieres al espejo mágico que te lleva a otro mundo? ¿Hablas de ese espejo? ¿Tú vienes del otro lado?

Anabella simplemente asintió, ya no tenía fuerzas para seguir explicando algo que por lo que veía ya todos sabían. Si tenía que enfrentarse con Kartik para conseguir traspasar el espejo y alejarse de ese mundo, lo haría con todas sus fuerzas, pero no sabía cómo llegar. La noche que la rescató Dreick, estaba inconsciente por lo que no podía saber dónde estaba exactamente.

—Necesito llegar al castillo de Kartik.

—Es un lugar muy peligroso, ese tipo es cruel. Muchas jóvenes de mi aldea han sido secuestradas por sus hombres y no sabemos nada de ellas. No puedo dejar que tú vayas a un lugar como ese.

—Pero necesito recuperar el espejo. Tú no lo entiendes.

—Quizás no lo entiendo, pero no puedo dejarte ir allí así como así, lo siento.

—De todas formas no te he pedido ayuda, gracias por salvarme y adiós —la joven se giró para marcharse, pero él la agarró del brazo.

—No vayas. ¿Cómo piensas acabar con él?

—Aún no lo he pensado.

—Eso es una locura, ¿piensas ir sin tener una idea de cómo acabar con ese horrible ser? Necesitas aprender a defenderte. Mi padre fue guerrero de la corona, él podría enseñarte a manejar una espada.

Anabella lo miró. ¿De verdad era tan peligroso? Ella misma vio con sus propios ojos lo que había en el salón cuando la llevaron ante Kartik, pero aquellas chicas parecían que disfrutaban de estar allí. ¿Acaso había visto algo que no era real?

—¿Es verdad lo que dices sobre las chicas de tu aldea?

—Completamente, ninguna de ellas ha vuelto. Por eso no puedo dejar que vayas a ese lugar así. Ven conmigo, por favor.

La joven sopesó las opciones y finalmente decidió ir con ese chico a su aldea.

—De acuerdo, pero por favor no dejes que me encuentren.

—Tranquila, yo te protegeré. Por cierto, me llamo Helian.

—Encantada.

Ambos se alejaron del lugar donde dejaron al lobo muerto hasta que tras mucho caminar llegaron a una pequeña aldea con varias casas. Algunas de ellas tenían huertos donde había algunos árboles y también hortalizas. El chico se acercó a una casa más grande que las demás

como si fuese una casa señorial, así se lo pareció a Anabella.

—Pasa —le dijo al verla quedarse fuera.

La joven lo siguió al interior decorada de forma sencilla, aunque con elegancia. Varios cuadros decoraban las paredes de papel amarillo y blanco. Unos pocos muebles decoraban la entrada, había también varias puertas y unas escaleras al fondo. Él la guió hasta una de las puertas y tocó antes de entrar.

11. Encuentros.

Habían pasado ya varios días y no había ni rastro de Anabella. Todos estaban preocupados por ella, en especial Dreick que todos los días salía a buscarla, pero volvía más apesadumbrado.

—Ya aparecerá, Dreick, ya lo verás —le decía Silvana.

—¿Cuándo? No está, es cómo si se la hubiese tragado la tierra.

—Todos estamos preocupados.

—Tengo que encontrarla —dijo mientras salía de la sala en la que estaba.

Al salir se topó con Nitziel que precisamente lo estaba buscando.

—¿Vas a salir de nuevo?

—¿Por qué lo preguntas?

—Tu padre nos ha mandado al pueblo por un problema con unas tierras y no podemos negarnos.

—¿Tiene que ser ahora?

—Podemos mirar por el pueblo, a lo mejor la han visto por allí, ¿quién sabe?

Dreick lo pensó durante unos instantes y al final asintió.

—Debo encontrarla, así que miraremos por allí.

Ambos salieron del castillo rumbo al pueblo que les había indicado el rey. Dreick no dejaba de pensar en Anabella y en si la encontraría algún día. Se había ido tan de repente y en su interior sentía algo muy fuerte por ella.

Atravesaron el bosque que era más rápido y cuando ya estaban llegando, Dreick divisó algo enganchado a una rama baja. Se bajó del caballo y lo cogió. Era un trozo de tela fina, como de una capa. Nitziel se paró a su lado y observó lo que llevaba Dreick en la mano.

—Se parece a la tela de una de las capas de Silvana —dijo el joven.

—Mi hermana le dejó ropa a Anabella. La llevaba ella, entonces. Anabella estuvo aquí.

—No puede andar muy lejos.

Dreick se subió en su caballo y puso rumbo al pueblo mirando a todas las chicas con las que se topaba que tampoco eran muchas. ¿Qué pasaba en ese pueblo que apenas había chicas jóvenes?

—¿Por qué hay tan pocas chicas? —preguntó Dreick a Nitziel.

—Eso es porque muchas de ellas han sido raptadas por tu hermano.

—¿Mi hermano?

—Sí, el que se llevó el espejo, Kartik. Tiene unos gustos extraños con respecto a las mujeres.

—¿Qué quieres decir?

—Le gusta forzar a las chicas y apuesto lo que sea a que muchas de las chicas que aquí vivían están ahora en posesión de Kartik.

—¿Cómo es posible que mi hermano sea tan malo? No lo entiendo.

—Mantuvo retenida a su propia hermana y a Anabella cuando llegó del otro lado. Nosotros fuimos a salvarlas.

Dreick se llevó una mano a la cabeza intentando recordar, pero le estaba resultando del todo imposible. A veces veía imágenes inconexas que no tenían ningún sentido, pero nada que le aclarara su pasado, aunque su hermana y su madre se habían encargado de contarle casi toda su vida.

—Nos espera el soldado que vive aquí en la mansión.

—Perfecto. No la has visto ¿verdad?

Nitziel negó con la cabeza.

—No pierdas la esperanza.

Se acercaron a la mansión donde vieron a un joven con una espada en la mano entrenando a... ¿una chica? Extrañados, se miraron y se acercaron lentamente.

Anabella entrenaba con Helian como hacía todos los días cuando miró hacia la entrada de la mansión y vio dos caballos que se acercaban. Al ver quiénes iban montados sobre los caballos, soltó la espada de repente.

Helian preocupado se acercó.

—¿Qué pasa?

—Es él. Tengo que esconderme, no puede verme.

—¿Quién?

—¡Dreick!

—¿El príncipe?

—Sí, no puede saber que estoy aquí, no puede. Ayúdame, por favor.

—Escóndete en el cuarto de armas, allí no podrá verte —dijo Helian mirando a sus espaldas.

La joven asintió y corrió a esconderse en el cuarto de armas. Después de tanto tiempo escondida ¿cómo era posible que él la hubiese encontrado? Pero no se iría con él. Se había prometido no volver y no lo haría, aunque su corazón latiese de forma desenfrenada por tener cerca a Dreick.

No. No iba a volver a ese castillo, su misión era llegar al castillo de Kartik y atravesar el espejo para volver a su mundo y olvidarse de todo lo que había vivido en aquel lugar.

Durante todo ese tiempo, Helian y su padre le habían enseñado a manejar una espada y el arco que era más ligero, pero como su vista no era muy buena porque no tenía sus gafas, no acertaba nunca en un objetivo concreto, por eso habían desistido y ahora solo entrenaba con la espada.

Apoyó la espalda en la pared y poco a poco fue descendiendo hasta quedar sentada en el suelo. Se abrazó las rodillas sin dejar de pensar en lo maravilloso que había sido ver a Dreick y en cómo había latido de forma desbocada su corazón.

Deseaba salir de allí y correr a los brazos del príncipe, pero su mente le decía que no lo hiciera, que no debía hacerle más daño del que ya le había hecho.

Algunas lágrimas escaparon de sus ojos con dolor.

De repente, la puerta que la mantenía oculta, se abrió de repente.

—Sé que estás aquí —dijo una voz que enseguida reconoció. Ella se internó entre las sombras aún más e intentó hacer el menor ruido posible, negando con la cabeza. No podían encontrarla—. Sal y hablemos, no le voy a decir nada a Dreick.

—Vete —dijo Anabella encogiéndose más—, no quiero ver a nadie.

—No puedes esconderte toda la vida, tienes a todo el reino preocupado por ti. No solo Dreick.

—Me da igual. Yo solo quiero volver a mi hogar. Quiero alejarme de todo esto.

—¿Te da miedo lo que sientes acaso? ¿Te asusta lo que sientes por todos los del castillo? ¿Por eso huyes? Yo era igual que tú, yo también intenté huir de mis sentimientos hacia esas personas.

Anabella se mantuvo callada unos instantes, luego se incorporó y salió de entre las sombras.

—¿Tú huiste de ellos?

—Sí, sentí miedo de lo que ellos significaban para mí. Yo no era un chico muy especial, al contrario, era un chico con la rebeldía y la rabia siempre en el cuerpo. El odio era mi forma de vida.

—¿Por qué?

—Nunca se lo he contado a nadie —dijo él algo cortante— y mejor no preguntes.

La joven retrocedió unos pasos.

—Lo siento.

—Lo importante es que no puedes huir siempre de lo que sientes.

—Pero no puedo volver a ese castillo, no hago más que hacer daño. Por mi culpa Dreick perdió la memoria. Soy torpe.

—Antes no te veías tan torpe cuando manejabas la espada.

—¿Cómo me reconociste? ¿Dreick me vio?

—No le dio tiempo a verte mucho, pero yo sí que te vi. Puedes estar tranquila que no le he dicho nada.

—No le digas nada, no voy a volver por el momento, pero antes quiero pedirte un favor.

—Dime. Si está en mi mano haré lo que sea.

—Tenéis que salvar a todas las chicas que se ha llevado Kartik de este pueblo.

—Por eso había tan pocas... —especuló Nitziel.

La joven asintió.

—Todas esas madres están sufriendo por no saber de sus hijas.

—Me lo puedo imaginar. De todas formas con esto podrás ver cómo es el sufrimiento de todos aquellos que te quieren.

Anabella apartó la mirada.

—Lo siento mucho, pero no puedo volver. Será mejor que vuelvas con Dreick, no vaya a preocuparse y al final acabe encontrándome.

Nitziel asintió y sin decir nada más salió de allí. Anabella se abrazó pensando en todos aquellos que había conocido en el castillo y que parecían echarla de menos.

Al rato apareció Helian, que al verla tan afectada se acercó.

—¿Todo bien?

—No, nada está bien. Me echan de menos y no han dejado de buscarme.

—Lo sé, he tenido que advertirle a mi padre que no dijera nada porque el príncipe preguntó por ti.

—¿Qué crees que debería hacer, Helian? He hecho daño a Dreick.

—Pero no lo hiciste intencionadamente, Anabella. Fue un accidente.

—Me asusté y aún estoy asustada por lo que sucedió y también por el peligro de que Kartik pase al otro lado del espejo y haga algo con mi familia.

Helian la abrazó con fuerza. La joven apoyó la cabeza en el hombro de él, buscando un consuelo que no llegaba a su corazón.

—Confiemos en que esté tan entretenido que ni siquiera se acuerde del espejo —dijo apretándola con fuerza, sintiendo rabia en su interior.

—Sigues pensando en ella ¿verdad?

Helian asintió y ocultó su rostro a los ojos de ella. Anabella lo obligó a mirarla.

—Es muy duro pensar en ella y saber que está en ese lugar.

—Cuando vaya a ese castillo te prometo que cuando acabe con Kartik liberaré a todas esas chicas. Aunque se lo pedí al segundo de Dreick por si ellos podían hacer algo, si no lo hago yo, lo haré.

Helian se apartó y se pasó una mano por el pelo que comenzaba a crecerle.

—Daría lo que fuera por verla, por decirle lo que no pude decirle antes de que desapareciera tan de repente. Me dijo una vez que le gustaba mi pelo largo, pero fui tan estúpido que me lo corté cuando ella desapareció. Si vuelve, me gustaría que me viese con el pelo como lo tenía antes y no sé, hacer que olvide el tiempo que ha pasado en ese lugar.

Anabella sonrió y le acarició la mejilla.

—Serás un gran consuelo para ella. Acabará aceptando lo que sientes, no lo dudes. Saca esa valentía que sacaste cuando me salvaste de aquel lobo para confesarle tus sentimientos.

—Gracias, Anabella.

—De nada —dijo ella apartándose para darle la espalda.

El dolor le laceraba por dentro, su corazón reclamaba a gritos que fuera detrás de Dreick, que lo detuviese y volver con él al castillo, pero su mente siempre se metía de por medio imponiéndole lógica y más dolor a su pobre corazón.

—La cabeza no manda en esto que te pasa, Anabella, déjate guiar por tu corazón.

—Si me guío por él, saldría corriendo tras él y no puedo. Mi misión ahora es evitar que ocurra una desgracia al otro lado del espejo.

—Pero solo te puedes manejar con la espada, no va a ser fácil entrar en ese castillo.

—Lo sé. Es mi deber para con mi familia, Helian. Necesito protegerlos y si puedo cruzar, hacerlo. Necesito olvidar a Dreick. Él es un príncipe y yo solo soy una chica que viene del otro lado con una madre cantante y un padre empresario. Alguien que aquel día, antes de traspasar el espejo por accidente, había comprado un precioso vestido que se iba a poner tras el regreso de su madre para celebrarlo —se cubrió el rostro—. ¡Los echo tanto de menos!

Helian se acercó a ella y posó una de sus manos en el hombro de la joven.

—Conseguirás pasar al otro lado, ya lo verás, solo espero que si lo haces, no te olvides de nosotros.

Anabella apartó las manos de su rostro y sonrió levemente.

—Jamás podré olvidaros, formáis parte de mi vida.

—Sé que no lo harás, ahora es mejor que entrenemos un poco más, lo necesitas.

Anabella asintió y ambos salieron portando una espada cada uno con la que se pusieron a practicar sin descanso hasta el anochecer.

Dreick iba hacia el castillo con la cabeza gacha, decaído. Seguía sin tener noticias de Anabella. Creyó verla junto al chico que entrenaba cuando llegó, pero enseguida desechó la idea.

Nítziel lo observaba fijamente y pensaba en todo lo que le había dicho Anabella en aquel cuartucho de armas. Él la había visto perfectamente y decidió que mientras Dreick hablaba con el dueño de la casa, él la buscó hasta encontrarla allí. Estaba bastante preocupado por su amigo, pero no había conseguido mucho.

No había conseguido convencerla de que volviese. Al parecer, está empeñada en acabar con Kartik cuando iba a ser imposible que una mujer pudiese con él cuando había estado raptando jóvenes de aquel pueblo.

—He confirmado las sospechas que tenía con respecto a las jóvenes de este lugar. Se las ha llevado tu hermano.

Dreick salió de su ensimismamiento y lo miró.

—¿Qué?

—Que he logrado confirmar que las jóvenes se las ha llevado tu hermano a su castillo.

—Maldita sea, mi hermano es cruel.

—Lo es, siempre lo ha sido.

—Debemos ir allí y salvar a esas chicas.

—Tenemos que idear un buen plan antes de hacer algo semejante. Tú aún no estás bien del todo. Necesitas recuperarte.

—Lo que necesito es encontrar a Anabella, no puedo dormir pensando en dónde podrá estar. No puedo descansar tranquilo sabiendo que está lejos de mí y de mi familia, que también sufren

por ella.

—Lo sé, amigo. Aún así debes pensar en tus súbditos, esa chica te va a volver loco.

—Ya lo ha hecho. Maldita sea, que me cuelguen ahora mismo si no hago más que pensar en ella, en si estará bien o mal.

—Apuesto lo que sea a que está bien.

—Tú no puedes saberlo.

—Bueno, lo supongo, si no, ya habría vuelto. El bosque es peligroso para ella, así que llegó a algún sitio, sana y salva.

—Me da igual que esté bien, yo quiero tenerla junto a mí.

—Ten un poco de paciencia, Dreick, la chica está asustada después de lo que pasó. Volvamos al castillo y si quieres mañana sigues buscando.

Dreick asintió y se alejaron de allí para ir al castillo.

12. Rescate.

Dreick apenas durmió esa noche, cada vez que cerraba los ojos veía a Anabella y eso le hacía sentirse desdichado, su búsqueda no había dado el fruto esperado. Al no poder permanecer más tiempo en la cama, se levantó y se asomó a la ventana mirando al cielo. La luna estaba en fase nueva por lo tanto todo estaba oscuro fuera.

De repente, una imagen vino a su cabeza. Había una celda que él mismo había abierto y se abrazaba a su hermana. Luego, tras una pequeña conversación, entró y se encontró con Anabella tendida sobre un montículo de paja, casi desnuda, profundamente dormida. La cogía entre sus brazos para hacerla reaccionar y cuando ella abrió los ojos, la oyó susurrar una palabra: Adonis.

La imagen se volvió borrosa y un terrible dolor se apoderó de su cabeza lo que lo hizo caer de rodillas al suelo. Aquello era un recuerdo, estaba seguro que era el momento en el que conoció a Anabella. Apoyó la espalda en la pared sentándose en el suelo.

—¿Dónde estás, Anabella? No soporto estar sin ti, has calado tan hondo en mí que necesito tenerte cerca.

Mientras él se lamentaba en la oscuridad de su habitación, Anabella salía al jardín de la mansión a mirar el cielo. Tampoco podía dormir. Solo pensaba en Dreick.

—Te echo de menos, Dreick, pero debes entender que nuestros destinos no pueden unirse. Mi corazón anhela estar a tu lado y mi mente me hace entender que no es posible. Lo siento.

Un ruido a su espalda la hizo girarse rápidamente. Le habían enseñado a utilizar su oído en vista la falta de visión que ella tenía y al parecer lo estaba consiguiendo ya que había oído los pasos suaves de Helian.

—Me oíste —dijo él alumbrándola con la lámpara que llevaba en la mano.

Anabella sonrió levemente.

—He desarrollado un buen oído.

—Eso es maravilloso, te servirá para defenderte.

Helian miró al cielo como había hecho ella minutos antes y luego dijo:

—Voy a ir al castillo de Kartik —dijo el joven girándose hacia ella mirándola con determinación—, necesito salvarla. Sin ella siento que me falta algo y no sé qué voy a hacer si le pasara algo en manos de ese tipo. No puedo dormir pensando en si estará bien o mal, en si le habrá hecho daño o no.

Anabella lo abrazó intentando consolarlo.

—Tiene que ser duro para ti estar aquí sin hacer nada.

—Lo es, por eso quiero ir a ese castillo. Voy a partir ya, todos estarán durmiendo y no se darán cuenta.

—Iré contigo.

Helian negó con la cabeza.

—Olvidalo, iré solo.

—Necesitarás ayuda si vas a sacarlas a todas.

—No, Anabella, no voy a dejar que vayas.

—Me da igual lo que tú digas, yo voy a ir, es mi oportunidad de cruzar el espejo para volver a mi casa, cuanto antes me vaya, antes podré olvidar a Dreick, no me digas que no puedo ir porque buscaré la forma de hacerlo y no podrás detenerme.

—Es peligroso, entiéndelo.

—He aprendido a manejar la espada, puedo defenderme.

—El uso de la espada no es suficiente.

—¿Quieres que siga sufriendo aquí? ¿Quieres que la nostalgia me mate poco a poco pensando en Dreick? Prefiero sufrir al lado de mi familia que aquí, estando tan cerca. No me pidas que me quede.

Anabella se abrazó sintiendo las lágrimas arder tras sus párpados.

—¿Y si Kartik te hace algo? Tú misma me contaste que tuvo una fijación contigo cuando supo que eras del otro lado del espejo.

—Tengo que enfrentarlo, no puedo seguir temiéndole. Déjame ir.

Helian miró al cielo suspirando resignado. Sabía que cometía un error al llevarla, pero sabía que si no la dejaba, iría por su cuenta.

—De acuerdo, pero no te separes de mí.

Ella asintió y entró en la mansión para cambiarse.

Cuando estuvo lista se dirigió a las caballerizas donde ya Helian tenía dos caballos preparados para partir. Cada uno se subió en uno y marcharon hacia el castillo de Kartik.

Por el camino, Helian le daba indicaciones a Anabella para que pudiese defenderse.

Al llegar, dejaron los caballos atados a un árbol cerca del bosque para que no los descubriesen y se adentraron en el castillo. Entraron por la cocina y pasaron por varios salones en busca de las jóvenes con poco éxito.

—¿Dónde están? ¿Cuándo estuviste aquí, había chicas encerradas en las mazmorras?

Anabella negó con la cabeza.

—Cuando llegué, todas estaban en un gran salón, casi todas ellas desnudas y con hombres a su alrededor —dijo la joven sintiendo escalofríos al recordarlo.

—Iremos a ese gran salón del que hablas para ver si están allí.

Los dos se dirigieron sigilosos hacia unas puertas dobles que Anabella recordaba perfectamente. De repente sintió un ruido de pasos cerca y agarró a Helian del brazo.

—Aquí hay alguien más. Oigo sus pasos.

—Entremos, rápido.

Helian abrió una de las puertas y entró en el gran salón donde pudieron ver el mismo espectáculo que había encontrado Anabella la primera vez que estuvo allí.

El joven miró todo con sorpresa y a la vez con rabia al ver que a las chicas de su pueblo las habían rebajado al nivel de rameras. Algunas tenían las mejillas empapadas de las lágrimas derramadas.

—Maldito —dijo Helian sintiendo la ira invadir su cuerpo. Sin pensar muy bien lo que hacía sacó la espada de su vaina y la clavó en el hombre que encontró más cerca—. ¡Maldito!

Los que allí estaban abrieron los ojos poco a poco al oír el grito y cuando vieron al chico con la espada en la mano, se incorporaron rápidamente. Muchos de ellos sacaron las espadas para atacarlo.

Anabella sacó la suya, lista para pelear.

—¿Quién osa despertarme a estas horas? —preguntó Kartik incorporándose en su asiento.

—El hombre que va a sacar a todas estas chicas de aquí —dijo Helian mirándolo fijamente.

—¿Eso crees? —preguntó Kartik burlón.

La rabia de Helian era tal que sin pensarlo corrió hacia el príncipe con la espada en alto sin que nadie se lo impidiese. Kartik al verlo sacó la suya para detenerlo y entre ellos empezó una encarnizada lucha.

Mientras tanto, Anabella se encontraba frente a algunos soldados con su espada en alto, de espaldas a la puerta así que no vio al joven que entraba por ella que al oír el ruido de espadas

corrió al interior.

Dreick al ver a una joven con una espada en alto, pero sin siquiera moverse, se acercó y la agarró de la cintura para apartarla.

—¡Suéltame! —gritó la joven.

Aquella voz retumbó con fuerza en su cabeza y miró a la joven, que al verlo se puso pálida.

—¿Anabella? —preguntó él.

—¿Dreick? —preguntó ella a su vez.

—¿Qué haces aquí? ¿Dónde has estado todo este tiempo?

Ella apartó la mirada y trató de que la soltara con poco éxito.

—Eso a ti no te importa, suéltame, Dreick.

—No lo voy a hacer, tenemos que hablar.

—No hay nada de lo que hablar.

—Claro que sí, nos abandonaste sin una explicación, te hemos estado buscando sin cesar.

—No puedo volver. No quiero volver, yo tengo que irme por el espejo al lugar que verdaderamente pertenezco.

—¿Piensas abandonarnos, entonces?

—¿Abandonaros? ¡Yo nunca quise cruzar ese espejo!

Dreick se apartó y se puso a luchar con mayor fuerza. Aquellas palabras lo hirieron profundamente.

—¿Te arrepientes de habernos conocido? —preguntó Dreick.

Anabella no pudo contestar a aquella pregunta porque sabía que no podía decirle que sí porque sería una mentira. Cerró los ojos y de repente oyó un silbido que provenía de su derecha. Abrió los ojos y vio como una flecha estaba peligrosamente cerca de Dreick. Sin pensarlo, lo empujó.

Dreick cayó sobre uno de los hombres que estaba medio moribundo y miró hacia la causante de que cayese. Lo que vio lo dejó lívido.

Anabella tenía una flecha atravesando su hombro derecho y de la herida manaba muchísima sangre. Ella se agarraba el brazo.

—¡Anabella! —exclamó Dreick incorporándose.

Se acercó a la joven, pero ella se apartó y lo miró.

—Jamás me arrepentiré de haberos conocido —dijo ella con algo de esfuerzo—, pero yo no pertenezco a este lugar, entiéndelo.

Retrocedió algunos pasos hasta quedar pegada a una columna en la que se apoyó sintiéndose débil. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas, no solo por el dolor de la herida sino por lo que significaba perder todo aquello que había llegado a querer, pero tenía razón, ella no pertenecía a ese lugar.

Anabella descendió lentamente hasta quedar sentada en el suelo. Dreick se agachó a su lado.

—¿Cómo pudiste interponerte entre la flecha y yo si no ves de lejos? —Dreick se sorprendió ante sus propias palabras, ¿cómo era que sabía aquello?

La joven lo miró.

—¿Lo has recordado? —preguntó ella al ver su cara de asombro. Comenzaba a ver borroso. Dreick no reaccionó por lo que Anabella no pudo oír su respuesta ya que perdió el conocimiento poco después.

—¡Anabella! —exclamó Dreick agarrándola por los brazos mientras la zarandeaba— Reacciona, por todos los astros, ¡reacciona!

Helian que aún seguía peleando con Kartik, vio la escena que estaba teniendo lugar en ese

momento y que aprovechó el príncipe para intentar huir como un cobarde.

—Vamos, Niseya —dijo Kartik cogiéndola del brazo con brusquedad.

Helian se giró al oír aquel nombre y miró a la joven, la cual apartó la mirada avergonzada y tratando de cubrirse con la mano libre su semidesnudez.

—Niseya... —dijo Helian.

Ella miró a otro lado y siguió a Kartik, pero él la agarró del otro brazo con fuerza.

—No te la vas a llevar.

—¿Me lo vas a impedir?

La joven tenía la cabeza gacha.

Helian sacó su espada y apuntó al otro justo en el pecho.

—Déjala.

Kartik tiró de la joven, la puso delante de él y sacando una daga la colocó justo sobre el cuello de Niseya.

—Intenta matarme ahora.

Helian abandonó la posición de ataque. Niseya parecía asustada ante la visión de la daga por lo que trató de no moverse. Kartik comenzó a retroceder con ella sin que Helian pudiese hacer nada.

—Niseya... —solo pudo decir Helian al verla alejarse con Kartik mientras soltaba la espada.

—¡Anabella! —exclamaba una y otra vez Dreick— Despierta, por favor, despierta.

Helian se acercó hasta la pareja y tras mirar lo sucedido, dijo:

—Hay que sacarle la flecha, su majestad.

Anabella abrió levemente los ojos y miró a Helian.

—Niseya.

—Se la ha llevado Kartik, pero la recuperaré.

La joven asintió levemente y miró a Dreick.

—Te vamos a salvar, aguanta, por favor. Helian, saca a las chicas de aquí antes de que nos detengan.

Helian asintió y se acercó hasta las chicas de su pueblo para indicarles que lo siguieran, aunque no dejaba de pensar en Niseya.

—Dreick.

—No hables —dijo poniéndole un dedo sobre los labios—. Tenemos que sacarte la flecha y no sé cómo hacerlo. Debemos ir corriendo al castillo.

Dreick la cogió entre sus brazos y se incorporó para salir de allí siguiendo a las jóvenes que iban detrás de Helian. Al salir vieron que el joven tenía ligeros problemas con algunos guardias así que Dreick colocó a Anabella contra la pared y corrió a ayudarlo.

Las chicas estaban todas juntas, mirando asustadas a su alrededor. Anabella al verlas, se acercó danto traspiés y las miró.

—Seguidme —dijo con voz apenas audible y avanzó lentamente hasta la salida.

Una de las jóvenes se acercó hasta ella una vez fuera.

—Será mejor que descanses, estás perdiendo mucha sangre.

—Estoy bien —sonrió levemente antes de perder el conocimiento y caer al suelo.

La joven se arrodilló junto a ella y el resto de las jóvenes se acercaron para ver si podían hacer algo, pero no tenían conocimientos de medicina y no sabían qué hacer para ayudarla.

13. Cura.

Helian y Dreick habían terminado con los guardias y miraban a los heridos.

—Buen trabajo —dijo Dreick y miró en busca de Anabella—. ¿Dónde está?

—Creo que sacó a las chicas fuera —dijo Helian guardando la espada para dirigirse fuera.

—Apenas puede mantenerse en pie, está perdiendo demasiada sangre.

Ambos salieron y vieron a las chicas en un corro por lo que se acercaron. En el centro estaba Anabella mortalmente pálida con el hombro lleno de sangre. Dreick se arrodilló junto a esta para tomarla entre sus brazos.

—Llévemola a mi mansión —dijo Helian observándola preocupada.

—No, viene conmigo al castillo.

—Ella no quiere volver allí.

—Me da igual, me la llevo al castillo, tú encárgate de las chicas y yo de Anabella ¿entendido? —al ver que Helian no decía nada volvió a decir— ¿Entendido?

—De acuerdo —dijo Helian y se giró hacia las chicas que se cubrían como buenamente podían—, volvamos al pueblo.

Sin decir más, Helian y las chicas se alejaron del lugar. Ya había amanecido.

Dreick se incorporó con Anabella entre sus brazos y le besó la sien.

—Te vas a poner bien, ya lo verás.

Se dirigió hasta su caballo en el que se montó y con Anabella delante de él, se dirigió al galope hasta el castillo, temía no llegar a tiempo de salvarla, se la veía muy mal. Llegó al castillo bien entrada la mañana y sin siquiera detener al caballo, se bajó rápidamente para llevar a Anabella dentro.

Silvana, que daba un paseo por allí, lo vio y se acercó corriendo hasta su hermano.

—¿La has encontrado! Pero ¿qué le ha pasado?

—Avisa a la curandera, rápido —trató de mantener un tono calmado a pesar del miedo que sentía en su interior por perderla. Solo de pensarlo le daba escalofríos.

Entró al castillo y la llevó a su habitación. Poco después apareció la reina en el lugar.

—¿Qué ha pasado? —preguntó al ver a Anabella— ¿Dónde estaba? ¿A dónde fuiste?

—Fui al castillo de Kartik y la encontré allí de casualidad, le han herido por mi culpa, me apartó del trayecto de esta flecha y no lo entiendo porque ella no ve bien de lejos —dijo el joven mientras rompía la camisa que llevaba Anabella.

La mujer lo miró con sorpresa.

—¿Cómo sabes eso?

—Lo recuerdo, mamá, al verla herida, todos los recuerdos volvieron a mí —el joven puso los restos de la camisa alrededor de la flecha para evitar que saliese más sangre—. No quiero perderla ahora que la he encontrado.

—Ya fueron a buscar a la curandera —dijo la reina posando su mano en el hombro de su hijo en señal de apoyo—. Se va a recuperar, no lo dudes.

—Está muy pálida y, a pesar de estar herida, fue capaz de sacar a las jóvenes prisioneras de Kartik del castillo, es muy valiente —dijo Dreick sonriendo levemente.

Al poco rato, apareció la curandera que se sentó por el lado de la herida y sin decir nada, partió la flecha por encima de la herida. Dreick intentó detenerla, asustado, pero la mujer lo detuvo.

—Incorpórala, esto es doloroso, por suerte está inconsciente —decía mientras Dreick

mantenía a Anabella erguida. La curandera cogió la flecha por la punta y tiró de esta hasta sacarla haciendo que la herida soltase mucha sangre.

Rápidamente, la taponó por ambos lados y los miró a ambos.

—Voy a necesitar algunas cosas para hacer un ungüento que detenga la hemorragia.

—Lo que sea —dijo Dreick.

La curandera le dijo algunos ingredientes que debía conseguir y no dudó ni un segundo en ir a buscarlos.

—¿Se recuperará? —preguntó la reina una vez estuvieron solas.

—La flecha salió limpiamente, todo dependerá de ella —dijo la curandera mirando a Anabella.

—Si le pasa algo, mi hijo no podría vivir de nuevo con su pérdida.

—Si la chica lo quiere, se mantendrá viva por él.

La reina asintió levemente y se mantuvo a la espera de que su hijo llegase con todo lo necesario para salvar a la joven.

Dreick buscaba desesperado en la cocina los ingredientes que le había pedido la curandera. Nitziel, que entró por un vaso de agua ya que había estado entrenando, se sorprendió al verlo tan alterado.

—¿Pasó algo? —preguntó confuso— ¿Qué haces en la cocina?

—Anabella está herida y necesito algunos ingredientes para detener la hemorragia.

—¿Anabella?

—¡Sí, la encontré! Pero si no encuentro lo que necesito, la perderé de nuevo. Ayúdame, por favor.

—Claro, no lo dudes, por algo somos amigos.

—Gracias.

Ambos buscaron los ingredientes y cuando los tuvieron todos, lo llevaron a la habitación para que la curandera preparara el ungüento.

—Esperad fuera —dijo la mujer mientras comenzaba a mezclar los ingredientes.

Los dos jóvenes salieron de allí quedándose dentro la reina.

—Si puedo ayudar en algo.

—Ayúdeme ahora a incorporarla para ponerle el ungüento y vendarla.

La reina asintió y cuando ya estuvo lista la pasta, incorporó a Anabella y, con delicadeza, la curandera fue poniendo el ungüento en la herida de la joven, luego vendaron el hombro. Volvieron a recostarla y la cubrieron.

—La herida fue limpia y no creo que le dé fiebre, pero si le da, avisadme.

—Así lo haremos.

La curandera salió de allí y Dreick entró.

—¿Qué dijo? ¿Se pondrá bien?

—Depende de ella, pero guardo esperanzas que ocurra algo bueno. Tú deberías descansar, no te has recuperado del todo.

—Estoy bien, no voy a separarme de ella.

—Al menos descansa un poco.

Dreick asintió y la reina salió de allí. El joven miró a Anabella y le acarició la mejilla con delicadeza.

—Vuelvo a tenerte a mi lado así que, por favor, no me vayas a dejar. Si sobrevives, te juro que recuperaremos el espejo y si decides irte, te dejaré ir, pero vive.

Apoyó la cabeza en la almohada, mirándola, y al poco rato se quedó dormido.

Kartik y Niseya se habían escondido en un pasadizo secreto que solo ellos conocían. Niseya seguía al joven con la mente perdida en lo que había sucedido minutos antes. Helian había ido a sacar a las chicas del pueblo de allí, incluso a ella, a pesar de que se había ido voluntariamente. Ahora dudaba si había hecho lo correcto al abandonar su hogar para irse tras Kartik. Últimamente estaba más violento de lo normal.

—Maldito chico —dijo Kartik mientras abría una puerta que llevaba a los aposentos principales—, atacar mi castillo ¿cómo se atreve?

La rabia de Kartik era palpable.

Niseya lo miró y se llevó la mano al cuello donde antes había estado la daga.

—¿Me hubiera matado si él hubiese continuado, señor? —la duda la carcomía.

Kartik se asomó a la ventana para ver cómo se alejaban las chicas, seguidas de Helian y no contestó la pregunta de Niseya lo que a ella le confirmó que lo hubiese hecho sin dudar.

No tenía corazón. La joven quedó de rodillas en el suelo con la mirada perdida y al pensar en lo que podía haber sido su destino, comenzó a llorar.

Kartik la miró y con rabia se acercó a ella, la agarró del brazo y la arrastró sin miramientos a la cama, tumbándose encima de ella.

—¡Cállate! ¡Me pone de los nervios que te pongas a llorar como una estúpida!

Pero Niseya no podía parar de llorar, el amor que creía tener por Kartik desaparecía por momentos. Ya no lo veía con tan buenos ojos.

La rabia de Kartik se incrementó y sin dudar la golpeó con el puño en el pómulo.

—No —protestó Niseya tras el golpe.

—¡Cállate! ¡Maldita sea!

La despojó de los restos de ropa que aún llevaba dejándola desnuda y allí mismo, sin preparación, la violó dolorosamente. No tuvo en cuenta el dolor de Niseya. Cuando terminó, él se vistió y salió de allí, dejándola sola.

La joven se encogió dolorida, sollozando de impotencia y de rabia. Maldecía una y mil veces el hecho de haber ido detrás de Kartik y abandonar su hogar y a Helian. Tras desahogarse, se incorporó y se vistió con lo poco que quedaba de su ropa para marcharse a su habitación.

Las horas pasaban muy lentas para Dreick que se había despertado al atardecer. Descubrió que Anabella aún no había despertado y esperaba un milagro de los astros.

Silvana entró en la habitación.

—¿Aún no ha despertado?

—No —negó Dreick—. Aún está pálida.

—Ha perdido sangre, es normal.

—Lo sé, pero me desespera verla así. La otra vez no la conocía.

—¿Lo recuerdas?

—Me llamó Adonis. Lo recuerdo todo, Silvana.

La joven lo abrazó.

—No sabes lo que me alegra oírte decir eso, así Anabella podrá quedarse cuando se recupere. Dreick miró a otro lado cerrando los ojos con dolor.

—La voy a dejar marchar. Una vez que recuperemos el espejo, la dejaré ir —Silvana se apartó y lo miró, con sorpresa—. No puedo retenerla aquí cuando tiene su vida en el otro lado.

—Pero, Dreick...

—Es lo mejor, necesita a su familia. Por mucho que la quiera sé que no se quedará, es más, quizás nada de esto hubiese sucedido.

—¿Y tu felicidad?

—Seré feliz cuando se recupere, prefiero saber que está viva, aunque lejos, que muerta —dijo mientras la miraba.

Silvana volvió a abrazarlo para consolarlo. Sería muy duro para él, ahora que la había encontrado, dejarla ir cuando el espejo esté en posesión del rey. Estaba renunciando a su felicidad por su pronta recuperación.

Dreick se apartó y sin decir nada, salió de allí bajo la mirada de su hermana.

Una vez fuera, se metió en su habitación y golpeó la pared con rabia. No quería dejarla ir, pero era lo mejor para ella. Apoyó la cabeza al lado del puño sintiendo los ojos arder por las lágrimas que no quería derramar.

—¿Por qué? —se preguntaba— ¿Por qué me enamoré de ella? Sabía que tarde o temprano se iba a ir y yo me enamoré como un estúpido. Tengo que dejarla marchar, tengo que hacerlo. Astros, ayudadme —dijo mirando hacia el techo mientras una lágrima escapaba de sus ojos.

Alguien tocó en la puerta, pero Dreick no tenía ganas de contestar. Se sentó en el suelo con la espalda pegada a la pared.

—Dreick —era la voz de Nitziel—, sé que estás ahí, tu hermana me ha contado todo.

—Déjame en paz, Nitziel, no quiero ver a nadie.

—¿Te vas a encerrar con tu dolor?

—¿Acaso importa? Ese dolor es mío, así que márchate y déjame tranquilo.

—Sabías que un día tenías que dejarla marchar, no entiendo por qué te pones así.

—La amo, amigo, la amo más que a nada en este mundo y ni siquiera me di cuenta —dijo soltando una risa amarga—, qué patético soy. Lo mejor es que vaya ya a por ese espejo, cuanto más tiempo permanezca ella aquí, mayor será mi dolor al perderla.

—No puedes ir al castillo de tu hermano ahora y lo sabes. La vigilancia será extrema después de lo que ha pasado.

Dreick miró al techo de nuevo y suspiró.

—¿Crees que no lo sé? Pero ese espejo debe volver a su verdadero hogar y ella también.

—¿Acaso sabes si ella quiere irse de verdad?

—Estaba allí para entrar en el espejo y volver a su hogar, te recuerdo que salió huyendo tras mi pérdida de memoria. Pretendía cruzar hacia al otro lado y, por protegerme a mí, no lo pudo hacer.

—Deja que despierte y habla con ella. No saques conclusiones tan deprisa.

—Tengo que hacerlo por ambos, la despedida, cuanto más tarde, mucho peor. No intentes convencerme de lo contrario, Nitziel, de verdad que no. Ahora, por favor, quiero estar solo.

—De acuerdo —dijo Nitziel y sin decir nada más se alejó.

La oscuridad de la noche envolvió a Dreick que no se movió ni siquiera para ir a cenar.

14. Recuperación.

El sol del amanecer ya asomaba tras las montañas cuando Anabella despertó. El brazo le dolía bastante y se sentía un poco mareada. Miró a su alrededor con cierta confusión y, entonces, vio a su lado sentada en un incómodo sillón a Silvana, que dormía.

Anabella trató de incorporarse y soltó una maldición cuando el dolor se hizo presente, se miró la zona herida que tenía vendada. Silvana, al oírla, se despertó y sonriendo se sentó en la cama junto a ella. Tomándola de las manos le dijo:

—No sabes lo que me alegra verte despierta y también de tenerte de vuelta. ¿Cómo te sientes?

—Mareada y un poco dolorida.

—Es normal, la herida era horrible y perdiste mucha sangre, pero parece que la curandera hizo un maravilloso trabajo.

—¿Y Dreick?

Silvana apartó la mirada de repente.

—Creo que está en su habitación. Ayer dijo algo tan raro y no ha salido de allí para nada.

—¿Qué dijo? —preguntó confusa.

—Que iba a recuperar el espejo para que te marches. No lo vas a hacer ¿verdad? No te vas a ir. Es la primera vez que tengo una amiga y me dolería mucho perderte.

Anabella la miró. ¿Tan sola se sentía Silvana? La joven trató de sonreír.

—Somos amigas, eso no lo dudes. ¿Por qué no me ayudas a llegar a la habitación de Dreick para hablar con él?

Silvana la miró por unos instantes, antes de responder.

—No sé si será buena idea, aún estás débil.

—No te preocupes, vamos, ayúdame, por favor.

La joven al final no pudo negarse y la ayudó a levantarse. Se mantuvo a su lado para que no cayese, ya que los pies no la mantenían. Anabella se miró de arriba abajo. Estaba hecha un desastre. Su pantalón de color oscuro estaba manchado, la camisa que había llevado se la habían roto y solo llevaba la camisola.

—No creo que sea buena idea que camines cuando no estás recuperada del todo.

—Silvana, tengo que hablar con Dreick, por favor.

La joven asintió y la llevó hasta la puerta de la habitación de su hermano. Anabella se apartó un poco y la abrió para entrar dejando a Silvana fuera.

Dentro, todo estaba oscuro y apenas veía.

—Fuera —se oyó la voz de Dreick desde algún lugar de la estancia—, no quiero ver a nadie.

Anabella miró a su alrededor intentando adivinar de dónde venía la voz, pero era casi imposible. Se movió con pasos lentos, sujetándose el brazo herido.

Quizás si abriese una cortina...

—He dicho que fuera, ¿es que no entiendes?

Sin decir nada, Anabella se acercó hasta la ventana y lentamente describió la cortina con la mano sana. Se giró para ver a Dreick sentado en el suelo con la espalda pegada a la pared.

Dreick se cubrió el rostro con una mano al sentir los rayos del sol. Cuando recuperó un poco de visión pudo ver la silueta de una joven que enseguida reconoció.

—Anabella —dijo el joven incorporándose—, eres tú ¿verdad? ¿Estás despierta?

La joven sonrió levemente.

—Sí, Dreick.

Él se acercó corriendo y la abrazó procurando no tocar el brazo herido. Apoyó la cabeza en el hombro sano mientras el abrazo se hacía más fuerte.

—Menos mal. Pensé que no te recuperarías. Habías perdido mucha sangre y quizás el remedio de la curandera no fuese suficiente.

—Estoy bien —dijo ella sonriendo levemente.

—Los astros escucharon mis súplicas. Gracias por no rendirte.

—No podía dejarme vencer —Dreick se apartó un poco para apoyar su frente en la de ella—. Silvana me dijo que quieres recuperar el espejo para que vuelva a mi hogar.

El joven se apartó de ella y le dio la espalda, suspirando.

—Tengo que hacerlo. Ahora me he dado cuenta de la razón que tenías al decir que somos de mundos diferentes. Casi mueres por salvarme a mí y no quiero ni imaginar cómo se sentirían tus padres si llegaran a enterarse de que su hija había muerto lejos de ellos, en un mundo que no era el suyo. Debes volver con ellos —se giró para mirarla—. Te amo, Anabella, y justamente por eso debo dejarte marchar. No puedo atarte a este mundo cuando tú tienes una vida en otro sitio.

Ella lo miró fijamente y sin decir nada se acercó hasta él. Tomó su rostro entre sus manos para luego tocar sus labios en un dulce beso.

Este gesto tomó por sorpresa a Dreick que la miró.

Anabella se apartó y lo miró fijamente a los ojos.

—Sé que un día tendré que volver a mi antigua vida, Dreick, nadie más que yo desea saber cómo están mis padres, pero en este momento hay algo que me retiene a no salir corriendo a buscar ese espejo. Dices que me amas y que por eso me dejas marchar, pero ¿por qué no aprovechar el tiempo que nos quede juntos? Yo intenté olvidarte durante este tiempo que permanecí en casa de Helian, de verdad que lo intenté y no lo conseguí. El corazón se me encogía de dolor al pensar en tener que dejar de pensar en ti, en dejar de amarte. En el corazón nadie manda y ahora me doy cuenta de ello. No puedo luchar contra esto que ambos sentimos. No me eches tan rápido de tu vida. Disfrutemos, por favor.

Dreick miró el rostro de la joven y luego su mirada se desvió hacia el brazo herido donde se veía una mancha de sangre en el vendaje.

—Estás sangrando —dijo él bajándole el brazo.

—No es nada.

—Sí que es, Anabella, has perdido demasiada sangre, no puedes permitirte perder más. Vamos, acuéstate en mi cama, iré a por la curandera y que te revise la herida.

Ambos se acercaron hasta la cama en la que ella se recostó. Luego, él salió para avisar a la curandera. Una vez mandado el aviso, volvió con Anabella y se sentó a su lado.

—¿Estás dispuesta a disfrutar de nuestro momento juntos sabiendo que luego vendrá el dolor?

—No hay dolor sin felicidad, quiero disfrutar de este momento a pesar de todo, el dolor vendrá y será terrible, pero eso no hará que deje de amarte.

Ambos sonrieron y él la mantuvo a su lado hasta que apareció la curandera. Esta se acercó a la cama.

—¿Cómo te sientes?

—Me duele, pero parece que no tanto.

—La herida se abrió —dijo la mujer sentándose al lado de la chica y quitó el vendaje—, por suerte no habrá que poner más unguento, pero sí habrá que vendar y deberás mantener el brazo en cabestrillo durante unos días hasta que se cierre la herida del todo.

Anabella asintió y arrugó un poco la nariz al oler el unguento que tenía justo encima de la herida.

—Yo mismo me encargaré de que cumpla los consejos —dijo Dreick.

—Bien —dijo la mujer y se levantó para coger la palangana con agua y una toalla que había junto a esta. Limpió la herida cuidadosamente y le puso un nuevo vendaje. Con otro trozo de vendaje le hizo un cabestrillo y tras revisar todo, se marchó.

Dreick acomodó a la joven para que se mantuviese erguida y con una sonrisa en los labios acarició su mejilla con delicadeza. Se sentía en un sueño al pensar en que podría estar con ella, al menos por el momento hasta que recuperaran el espejo.

—Tus padres se pueden enfadar si me quedo aquí.

—No te preocupes, ahora que estamos juntos no pienso dejarte escapar. Me da igual lo que ellos piensen, vas a estar conmigo.

Anabella sonrió tímidamente y su mano sana se posó en la de él que aún permanecía en su mejilla.

—¿Estarán bien las chicas que rescatamos?

—Seguro que sí, fuiste muy valiente al sacarlas mientras Helian y yo peleábamos.

—Era mi deber, en parte había ido para salvar a esas chicas. Tu hermano es un sádico.

—Lo sé, me cuesta mucho creer en lo que se ha convertido, pero parece que la envidia lo ha vuelto loco.

—Me gustaría saber cómo se encuentra Helian, no pudo salvar a la joven que ama y me da mucha pena.

—¿Aquella joven es la mujer que ama?

—Sí, se llama Niseya.

—Lo sé, estuvo aquí un tiempo antes de que mi hermano se fuese. Ella se fue con él, no sé si obligada o por voluntad propia, pero se le notaba que estaba enamorada de mi hermano. Esa chica parecía tan inocente cuando llegó.

—Espero que Helian pueda volver a tenerla junto a él y que esa chica no se fuera por voluntad propia con tu hermano.

—De todas formas, creo que va a ser difícil que Kartik la deje ir y mucho menos ahora que sabe que la quieren rescatar.

—Cuando me recupere, me gustaría ir a ver a Helian.

—Sí —dijo Dreick poniéndose a su lado para abrazarla.

Niseya estaba limpiando la habitación de Kartik mientras pensaba en todo lo que había sucedido el día anterior. Aún se sentía dolorida y apenas había logrado dormir por lo que había amanecido con los ojos hinchados.

Desde el momento en que Kartik la dejó tirada en la cama tras haberla violado, no lo había vuelto a ver, ni siquiera quiso cenar y para ella fue casi un alivio. No verlo suponía menos dolor y humillación. Pero ese alivio le duró poco cuando por la puerta entreabierta apareció él.

La joven al verlo, trató de permanecer lo más quieta posible, evitando mirarle y temblando como una hoja. No creía poder soportar otra violación como la del día anterior.

—¿Quién era ese hombre de ayer para ti? —preguntó Kartik de repente, parecía estar borracho.

Niseya se encogió un poco y con voz apenas audible, respondió.

—Un amigo de mi pueblo.

—Estaba dispuesto a pelear por ti, ¿acaso estabais enamorados?

—No lo sé, yo fui a trabajar al castillo de vuestro padre y...

—¡Yo no tengo padre! —exclamó de repente lo que hizo que Niseya se encogiese aún más.

—Lo... lo siento.

—Contesta a mi pregunta, ¿estabais enamorados?

—Yo..., yo no sé —dijo ella mirando al suelo.

—No sabes. Dices que no sabes. Entonces ¿por qué te viniste conmigo?

—Porque pensé que lo amaba, señor.

—¿Amarme? —preguntó sorprendido— Nadie me ama.

Se tiró en la cama, murmurando cosas y de repente, se quedó dormido. El sonido de la acompasada respiración de Kartik hizo que Niseya respirase tranquila.

—El mal que hay en ti ha hecho que nadie quiera amarte, Kartik —dijo Niseya en un susurro—, todos acaban odiándote por lo que haces.

La joven salió de la habitación para ir a la suya a intentar descansar, la tensión la había dejado exhausta. Quiso intentar escapar, pero Kartik la hubiese encontrado rápido, solo deseaba que Helian volviese por ella.

La habitación se hallaba a oscuras y Helian no se había movido desde el día anterior de allí. No quería ver a nadie. Se sentía frustrado ya que no había podido salvar a Niseya de las garras del príncipe Kartik.

Se maldecía una y mil veces el haber perdido la oportunidad de volver a tenerla a su lado. El dolor era insoportable porque a pesar de haber salvado al resto de chicas de su pueblo, no lo había hecho con la que más amaba.

—Hijo —se oyó desde el exterior de la habitación la voz de su madre—, tienes que comer algo.

—No quiero nada, madre.

—Pero te vas a enfermar. Haz un esfuerzo, por favor.

—No insistas, de verdad.

—Hijo.

—Déjame solo, por favor.

—No puedo hacer eso, Helian, quiero consolarte en tu dolor.

El joven no contestó por lo que la madre abrió la puerta lentamente. Su aspecto era de delicadas facciones. Su hijo se parecía bastante a ella.

Se acercó hasta él y se arrodilló a su lado. Él la miró por unos instantes y al ver el dulce rostro de su madre transmutado de pena, se dejó abrazar.

—Casi la mata, madre, casi me la arrebató del todo. No pude hacer nada cuando me amenazó y le puso la daga en el cuello. Me sentí tan impotente...

Las lágrimas escapaban de los ojos del joven por sí solas a pesar de que él intentaba controlarlas, pero le resultaba imposible.

—No hables más, sólo desahógate, hijo. Supongo que es muy duro, pero tienes que sacar fuerzas suficientes para que un día puedas volver allí y rescatarla. Salvaste a casi todas las chicas del pueblo y todo el mundo te está agradecido, eres un héroe.

—No quiero ser un héroe si no la tengo a mi lado.

—Lo sé, hijo, lo sé.

Su madre lo abrazó fuertemente tratando de darle un consuelo que sabía que no le llegaría porque el dolor de no tener a la persona que amas a tu lado es muy difícil de soportar.

—Todos en el pueblo quieren verte, deberías salir un poco para que te despejes, sé que no podrás dejar de pensar en ella, pero tienes que intentar seguir adelante con el pensamiento de volver a salvarla, no puedes quedarte aquí encerrado para siempre. ¿Lo harás?

El joven asintió levemente y se limpió las lágrimas.

—Lo intentaré. Lo haré por Niseya.

Su madre sonrió y le acarició la mejilla con cariño.
—Sé que lo harás, eres muy valiente, hijo.
Dicho esto, la mujer se levantó y salió de la habitación.

15. Helada.

Pasaron algunos días en los que Anabella se recuperó lentamente ya que la pérdida de sangre había sido más de lo que se había pensado. Dreick apenas se apartaba de ella. Quizás merecía la pena pasar el mayor tiempo posible con ella.

Silvana los miraba con envidia ya que ella no había tenido una experiencia parecida antes.

Estaba sentada bajo un árbol observando los arrumacos que su hermano y Anabella se hacían cuando Nitziel se sentó a su lado.

—¿Envidia? —preguntó él.

Silvana se encogió de hombros y soltó un suspiro.

—Simplemente me alegro por ellos.

—Yo no creo lo mismo. En tu mirada se nota que quieres vivir algo parecido.

Ella se incorporó mirándolo.

—¿Acaso importa lo que yo deseé? A ti por lo menos no te importa, imbécil.

—¿Se puede saber qué te pasa? —preguntó Nitziel.

Ella no contestó y se alejó de allí. El joven se incorporó y la siguió, cuando se acercó lo suficiente, la agarró del brazo.

Silvana se negó a mirarlo e intentó soltarse.

—Déjame en paz.

—Hasta que no me digas que te pasa, no lo haré.

La joven finalmente giró su cara hacia él y lo miró.

—Me siento sola, nada más, ahora suéltame.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es así. No tengo amigas con quien compartir confidencias, la única amiga que he hecho está ahora pegada a mi hermano mayor, el que tiene un amigo que va con él a todos lados. Incluso mi hermano pequeño tiene una amiga. Yo no tengo a nadie. ¿Te parecen suficientes argumentos?

—Pero no estás sola, Silvana.

Ella lo miró.

—¿No? ¿Acaso te vas a convertir en mi amigo? No, no te caigo tan bien como para eso —dijo ella mordazmente y se soltó—. Déjalo Nitziel.

Sin decir más, se alejó rápidamente dejando al chico un poco preocupado. Era verdad que no le caía bien del todo, pero no era mala chica e incluso le daba un poco de pena.

Silvana caminaba deprisa, intentando mantener una postura de altivez para disimular hasta que llegó a la parte trasera del castillo, allí dejó de ser la que había estado siendo hacia unos minutos y su ánimo decayó.

—A nadie le interesa mi vida —dijo lastimeramente—, seguro que si desaparezo, no se percatarían de nada—. La joven comenzó a caminar sin mirar muy bien por donde iba y no se dio cuenta de unos tablones que había ocultos por la hierba, que al pisarlos, se quebraron y Silvana cayó a un profundo pozo— ¡Ah! —gritó la joven— ¡Socorro!

La joven se agarró a las piedras para intentar subir, desesperada, ya que la altura del agua era demasiado para su cuerpo tan pequeño. Estaba muy oscuro y frío. Al intentar escalar, sus manos resbalaban con las piedras mojadas y volvía a caer al agua, haciéndose daño.

Sus manos y brazos estaban llenos de arañazos tras intentar varias veces subir sin éxito.

—¡Que alguien me ayude! —gritó al exterior, pero nadie podía oírlo. Nadie se acercaba a ese lugar. Silvana comenzó a llorar mirando hacia arriba dándose cuenta de que comenzaba a anochecer, intentando mantenerse a flote— ¡Dreick! —llamaba a su hermano con la esperanza de que ocurriese lo mismo como cuando Kartik la encerró en la mazmorra.

Volvió a intentar subir, pero por el frío tenía las manos heladas y apenas las sentía. Las lágrimas escapaban sin control pensando que moriría ahogada por aquellas aguas sin que nadie se diese cuenta de su ausencia. Todo su cuerpo temblaba de frío. Debía mantenerse a flote, pero las fuerzas comenzaban a fallarle.

Nitziel recorría el jardín buscando a Silvana que no había vuelto al castillo y por los custodios sabía que no había salido hacia el bosque por lo que debía de estar en algún lugar del jardín.

Acababa de llegar al jardín trasero cuando oyó un grito que lo puso en alerta.

—¡Dreick!

Aquella era la voz de Silvana, pero ¿dónde estaba?

—¡Silvana! —gritó Nitziel esperando una respuesta que no llegaba.

Recorrió el jardín buscándola y no había rastro de ella. Giró sobre sí mismo un par de veces, hasta que vio a unos cuantos metros un agujero que destacaba a pesar de que comenzaba a oscurecer.

Nitziel se acercó corriendo y tras agacharse, miró al interior.

—¿Silvana? ¿Estás ahí?

Pero nadie le contestó. Intentó enfocar la mirada buscando algo y los primeros rayos de la luna le hicieron ver la enorme tela de una falda y un cuerpo que se estaba hundiendo. Era Silvana, que al parecer, había perdido el conocimiento y se estaba ahogando.

Sin pensar en nada que no fuera salvar a Silvana, se incorporó y gritó con todas sus fuerzas hacia el castillo para ver si alguien lo oía, no podía alejarse de allí. Tras varios intentos, alguien se asomó a una de las ventanas alertado por los gritos. Era una doncella.

—¿Sucede algo, mi señor?

—Avisa de que la señorita Silvana está en el pozo, que traigan una cuerda, ¡rápido!

La joven lanzó un grito de espanto y corrió sin demora a cumplir la orden.

Nitziel no podía esperar, ya que si no Silvana se ahogaría por lo que se lanzó al interior del pozo para intentar mantenerla a flote. Una vez abajo, incorporó a la joven que estaba inconsciente y fría como un témpano de hielo.

—Eh —le dijo dándole unas suaves palmadas en el rostro—, Silvana, despierta.

Pero la joven no contestaba y eso le preocupó aún más.

Tras esperar varios minutos, se oyó el ruido de gente acercándose.

—¿Nitziel? ¿Silvana? —preguntó Dreick.

—Aquí abajo, amigo, lanza una cuerda, tu hermana está inconsciente.

—¡Oh Dios mío! —exclamó Anabella— ¡Sácalos de ahí, Dreick!

Nitziel miró hacia arriba y vio cómo cayó una cuerda gruesa muy fuerte.

—Ataos con ella que os ayudo a subir —dijo el joven príncipe.

El otro obedeció y tras pegar a Silvana contra sí, los ató a ambos procurando mantenerla bien sujeta.

—¡Ya estoy!

—De acuerdo, voy a comenzar a tirar, mira a ver si puedes apoyar los pies en la pared del pozo.

—Déjame ayudarte, Dreick —dijo Anabella.

—No, tu aún estás herida, mejor ve a buscar ayuda al castillo, por favor. ¡De acuerdo! ¡Estoy listo! Voy a contar hasta tres y tiraré ¿entendido? —preguntó a Nitziel mientras Anabella corría al interior del castillo.

—¡Vale!

—¡Uno, dos y tres! —tras esto, comenzó a tirar de la cuerda— ¡Vamos, Nitziel!

El joven apoyó los pies en la pared del pozo y se agarró a la cuerda, preocupado por el estado de Silvana. Lo mejor era no pensar en eso sino en salir de allí cuanto antes.

Al momento se oyó un enorme alboroto que se acercaba rápidamente. Eran los reyes y varios lacayos que corrieron a ayudar al príncipe.

—¿Mi hija está bien? —preguntó la reina, preocupada.

—¡Está inconsciente, su Majestad! —exclamó Nitziel con esfuerzo, ya que el frío estaba comenzando a hacer mella en él y aún quedaba un buen trecho para llegar arriba.

—¡Oh Dios mío! —se lamentó la mujer abrazándose a Anabella.

El rey también se sumó a tirar de la cuerda junto con su hijo y los lacayos y, tras varios minutos de desaliento, una mano de Nitziel se agarró a la hierba de alrededor del pozo. Dreick lo ayudó a terminar de subir y luego tomó a su hermana, desatándola del chico.

—Está helada —dijo Dreick.

—El agua estaba muy fría —dijo Nitziel temblando de frío.

La reina y Anabella se acercaron a los hermanos.

—Está sufriendo hipotermia —dijo Anabella—, hay que llevarla dentro y darle calor.

Dreick cogió a su hermana en brazos y corrió al castillo, seguido del resto. Una vez en el interior, la llevó a su habitación.

—Debemos quitarle la ropa mojada y ponerle algo caliente. ¡Que alguien avive el fuego de la chimenea! —Exclamó la reina— Anabella y yo nos hacemos cargo —dijo a los hombres, por lo que Dreick depositó a su hermana sobre la colcha y salió para llevar a su amigo a un lugar caliente a que se le pasase el frío.

Entre las dos mujeres le quitaron la ropa mojada y le pusieron un camisón para luego meterla bajo las mantas. Silvana estaba muy pálida y sus labios tenían un tono ligeramente azulado. El fuego de la chimenea caldeaba la habitación.

—Se pondrá bien ¿verdad? —preguntó Anabella.

—Esperemos que sí, sólo necesita entrar en calor para recuperarse.

—Eso espero.

Ambas se sentaron junto a la joven, esperando alguna mejoría.

Nitziel se sentó delante de la chimenea en el gran salón con una manta sobre los hombros después de haberse quitado la camisa empapada. El pantalón también se lo había quitado y se había puesto uno que le trajo un lacayo de su amigo. Temblaba considerablemente.

Dreick daba vueltas por el salón con el semblante preocupado. El rey también estaba con ellos.

—¿Cómo acabó mi hija en ese pozo? —preguntó el rey.

—La verdad es que no lo sé, su Majestad. Yo estuve hablando con ella por la tarde y luego se alejó, pensé que se metería en el castillo, pero me equivoqué. Se fue a la trasera y cayó en el pozo.

—Si no llegas a pasar por allí, a lo mejor hubiese muerto congelada —dijo Dreick—. Te agradezco que te metieras para salvarla, amigo.

—Era mi deber.

—Todos te estamos agradecidos, muchacho —dijo el rey solemnemente— iré a ver cómo está.

El rey salió del salón y ambos amigos se quedaron solos. Nitziel observaba el fuego fijamente.

—¿Le dijiste algo esta tarde?

—No, simplemente vi que os observaba a ti y a Anabella y le pregunté si sentía envidia. Su mirada era muy triste. No le pregunté con maldad. Pero me respondió un poco a la defensiva, me dijo que se sentía sola, que nadie estaba con ella. Me sorprendió que dijera algo así.

—¿Te dijo eso?

Nitziel asintió y miró a su amigo.

—Estaba muy triste, se alejó de mí fingiendo altivez y luego la perdí de vista. Como bien dije, pensé que se había metido en el castillo y no era así —se levantó y miró a su amigo—. Por los astros, pensé que estaba muerta. Apenas respiraba y estaba tan fría.

—Por suerte no era así, Nitziel, así que no hay de qué preocuparse.

—Quizás no hubiese pasado nada de esto si al menos alguien hubiese estado con ella como amigo.

—No te mortifiques. Lo importante ahora es que se recupere y tú también. Aún no has entrado en calor así que vuelve junto al fuego. Si quieres, luego vamos a ver cómo está.

Nitziel asintió y volvió a sentarse frente al fuego. Cuando pareció que entraba en calor se relajó un poco y entonces Dreick salió de allí para ir a ver a su hermana dejando a su amigo solo con sus pensamientos confusos.

Después de mucho tiempo allí, decidió subir a ver cómo estaba Silvana. Una vez frente a la puerta de la habitación tocó despacio. Desde el interior le dieron paso y, tras abrir, se topó con Anabella sentada junto a la joven que estaba cubierta de mantas para que entrara en calor.

—¿Cómo está?

—Aún no ha despertado, pero tiembla mucho y aún está helada.

Nitziel se acercó y miró a la joven que estaba pálida y el labio inferior le temblaba del frío.

A Anabella se le cerraban los ojos del cansancio. Aún no estaba recuperada del todo y no sería bueno que se quedara con Silvana, toda la noche en vela.

—Deberías ir a descansar, yo me quedo con ella.

—No quiero dejarla sola. Dreick me contó lo que le dijiste. No pensé que se sintiera tan abandonada.

—Ella lo entiende, estás enamorada de su hermano. No te preocupes por nada y ve a descansar, lo necesitas.

—Pero...

—Insisto.

La joven no replicó más y se levantó para salir. Cuando abrió la puerta, se volvió hacia Nitziel.

—Si ocurre algo, no dudes en avisar.

El joven asintió y ella salió de allí dejándolo solo con Silvana. Este se acercó a la chimenea y echó un par de troncos para avivar el fuego y calentar la habitación. Se incorporó y se acercó a la cama una vez más para luego sentarse junto a ella.

Se sentía un poco culpable por conocer la triste realidad de Silvana. Se sentía sola y no tenía ningún apoyo.

—Seguro que pensaste que nadie iría en tu ayuda ¿verdad? Siento mucho cómo te has sentido, quizás podía haberme llevado mejor contigo y esto no habría pasado. Si te recuperas, prometo no molestarte con estupideces e intentaré ser un amigo.

Le tocó la mejilla pálida y helada. Sin pensar muy bien lo que hacía, se recostó al lado de la joven apartando las mantas por un momento y luego, tras abrazarla con fuerza, los cubrió.

Pretendía darle más calor del que pensaba que le daban las mantas y el cobertor.

Con el paso del tiempo, el joven comenzó a sentirse cansado y se quedó dormido con ella entre sus brazos.

-

16. Una mentira.

Al día siguiente por la mañana, Anabella se despertó más temprano de lo normal. Había dormido poco, ya que aún estaba preocupada por el estado de su amiga Silvana. Antes de vestirse, se miró el hombro del que solo quedaba una cicatriz por delante y suponía que una por detrás para ver que cada vez estaba mucho mejor.

Tras ponerse el vestido, se dirigió a la habitación de Silvana y, tratando de no hacer ruido, abrió la puerta.

Del fuego de la chimenea solo quedaban los rescoldos por lo que pensó que sería buena idea volver a encender el fuego y mantener la habitación a una temperatura tal que la recuperación de Silvana fuese lo más rápida posible.

Miró a su alrededor en busca de Nitziel y se sorprendió al encontrarlo en la cama de la joven abrazándola, como si estuviese dándole calor con su cuerpo. Una tierna sonrisa escapó de los labios de Anabella al pensar en que un chico que parecía llevarse tan mal con ella, haya pasado toda la noche velando por darle calor.

Se acercó y tocó el rostro de su amiga, notando que la temperatura había subido suficiente como para alejarla del peligro. Decidió salir de allí, no quería despertarlos, por lo que salió de allí sin hacer el más mínimo ruido.

Una vez fuera, se dirigió a la habitación de Dreick. Desde que ella había recuperado el conocimiento tras haber sido herida por una flecha, había decidido vivir sus sentimientos todo el tiempo que pudiese hasta que recuperasen el espejo. Quizás cuando volviera a su hogar pensaría que había sido un error haberse dejado llevar por sus sentimientos, pero no podía seguir ocultando sus sentimientos por Dreick.

Una vez dentro de la habitación se acercó hasta la cama y sonrió al verlo dormido, todo despeinado y en una posición nada elegante. La manta no cubría su torso desnudo. Se arrodilló junto a la cama y cruzó sus brazos sobre el colchón observándolo. Le tocó la nariz con un dedo haciendo que el joven hiciese una mueca, pero no abrió los ojos.

—Despierta —susurró Anabella—, es de día.

—No.

—Vamos, dormilón. No quiero que mi Adonis siga durmiendo.

Al oír la palabra Adonis, Dreick abrió un ojo y miró a la joven, mostró una sonrisa y se medio incorporó.

—Adonis ¿eh? ¿Te sigo recordando a ese tal Adonis?

—Bueno, la verdad que Adonis era mucho más guapo —dijo ella bromeando.

Dreick la agarró y la arrastró hasta que ella quedó encima de él mientras comenzaban a reírse. Luego se miraron a los ojos sin dejar de sonreír hasta que no pudieron evitar unir sus labios en un lento y dulce beso.

Cuando se separaron, él la miró fijamente y le apartó un mechón de pelo de la cara.

—¿Qué haces levantada tan temprano?

—Quería ver cómo estaba Silvana.

—Pensé que habías pasado la noche con ella.

—Nitziel se quedó en mi lugar, parecía muy preocupado y no me negué. Esta mañana entré a la habitación y lo encontré dormido, abrazándola, como si pretendiese darle calor con su cuerpo.

—Estaba muy preocupado. Nunca lo había visto así porque normalmente no se lleva con Silvana. ¿Dices que estaba en la cama con ella?

—Solo dormían, no vayas a montar un espectáculo. Bastante tiene el pobre Nitziel como para que ahora te enfades con él por estar acostado con tu hermana.

—Es que está acostado con mi hermana. Ya es motivo más que suficiente para pelear conmigo en un duelo.

—Por Dios, Dreick, solo están durmiendo. Te recuerdo que yo ahora mismo estoy en tu cama sobre ti.

—No es lo mismo, Anabella.

—Claro que lo es. Que tú quisieras alejarte de todo cuando me hirieron no quiere decir que todos deban hacer lo mismo, otros pagan sus preocupaciones del mismo modo en que lo hace Nitziel. No hagas nada, además, es tu amigo.

—Eso que has dicho me ha dolido. Las circunstancias no eran las mismas.

—Déjalo, Dreick. Tenías que haber visto su cara anoche. Apenas se atrevía a mirar a Silvana. Todos tenemos parte de culpa por haberla dejado olvidada, pero él se sentía mucho peor. Algo me dice que la culpa le reconcome porque él estaba siempre picándola para que saltase de alguna forma, la molestaba y verla así le impactó. No le digas nada, hagamos como que no sabemos nada.

Dreick lo meditó durante unos instantes y luego asintió.

—De acuerdo.

Anabella sonrió y se puso a su lado.

—Tu hermana ha recuperado la temperatura normal así que no debería tardar mucho en despertar, creo que el calor de Nitziel le hizo mucho bien.

—Sólo espero que no monte un espectáculo cuando lo vea a su lado.

—Ya nos enteraremos si es así —dijo Anabella sonriendo levemente.

—Tienes razón— dijo Dreick y la abrazó—. Será mejor que me levante y me vista, no estoy muy decente, solo llevo unos pantalones.

Anabella asintió y se incorporó. Luego salió de allí no sin antes mostrarle una dulce sonrisa.

—Estaré en el comedor.

Dreick asintió y se levantó para vestirse.

El calor envolvía su cuerpo y no había ni comparación con el frío que había sentido antes. Los recuerdos de aquel pozo llegaron a su mente soñolienta y quiso gritar de desesperación, pero los sonidos no salían de sus labios. Unos brazos calientes la mantenían fuera del agua. ¿Quién era?

Lentamente, sus ojos se abrieron y se encontraron con una barbilla angulosa. Giró un poco la cabeza y vio que estaba en su propia habitación, ¿acaso había sido un sueño? Volvió a mirar al frente y al levantar la mirada vio el rostro tranquilo de Nitziel, que dormía profundamente. Frunció el ceño ante aquella imagen y trató de apartarse un poco, pero él la tenía abrazada.

Al notar los movimientos de ella, Nitziel abrió los ojos hasta encontrar la mirada dudosa de Silvana. Miró a su alrededor por unos instantes y volvió a mirarla a ella.

—Has despertado —dijo él en un susurro, temiendo que no fuese real.

—¿Qué... qué ha pasado?

—Te caíste en un pozo y estuviste a punto de morir congelada.

Silvana bajó la mirada.

—¿Quién me sacó de allí?

Nitziel no supo si contestarle la verdad o no. Ella lo odiaba y lo había dejado claro muchas veces, seguro que se enfadaría por decirle que él había bajado al pozo para sacarla, así que prefirió mentirle.

—Tu hermano oyó que alguien gritaba su nombre y corrió hacia el pozo. Entre todos ayudamos, pero él fue el verdadero héroe.

—¿Y por qué me estás abrazando?

El joven se apartó rápidamente y se sentó en la cama.

—Lo siento, es que pensé que dándote calor te pondrías bien. Parece que funcionó.

—Ya veo. Entonces debo darte las gracias.

—Iré a avisar a sus majestades que has despertado —dijo levantándose y saliendo de la habitación dejando a la joven sola.

Cuando ella lo miró, se sintió un poco extraño sin saber muy bien la razón. Su mirada no era de odio, era casi confusa y dulce a la vez. No parecía ser la Silvana desafiante que peleaba por todo con él. Se pasó una mano por el pelo, confuso y sin pensar más en ello, se dirigió al comedor a ver si encontraba al rey y a la reina.

Mientras, Silvana en el interior, se incorporaba y miraba hacia la chimenea. Había estado a punto de morir congelada. Sola en un pozo oscuro y tan estrecho que apenas podía estirar los brazos. Se miró las manos por un momento y descubrió que los tenía llenos de cortes, al igual que sus brazos. Heridas causadas por las piedras del pozo cuando había intentado ascender para no ahogarse.

Se abrazó las rodillas mientras pensaba en si nadie la hubiese escuchado. Seguro que habría muerto allí mismo sin posibilidad de escape. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo.

La puerta se abrió poco después y aparecieron sus padres y Dreick junto a Anabella, seguidos todos de Nitziel.

—Mi pequeña —dijo la reina sentándose a su lado abrazándola—, ¿cómo te sientes? Mandé a las cocinas que te preparan algo caliente para que recuperes fuerzas.

—Aún siento un poco de frío, pero creo que estoy bien. Solo tengo unas pocas heridas en los brazos.

—Lo importante es que estás viva, hija —dijo el rey sonriendo afable.

Silvana asintió mostrando una leve sonrisa. Anabella se sentó por el otro lado y cuando la reina soltó a la joven, esta la abrazó con fuerza.

—Nos asustaste mucho, Silvana. No lo vuelvas a hacer, por favor.

—Lo intentaré —luego miró a su hermano que sonreía abiertamente—, gracias por salvarme, Dreick.

El joven príncipe frunció el ceño y miró a Nitziel que estaba apoyado en la pared. Este hizo un gesto apenas perceptible para los demás que su amigo rápidamente entendió. Volvió la vista hacia su hermana.

—Eres mi hermana, era lo menos que podía hacer.

—Siento haberos asustado. Yo no sabía que había un pozo.

—Tendremos que señalarlo —dijo el rey—. Ahora mismo me encargaré de eso.

Dreick agarró a Nitziel del brazo.

—Tú y yo tenemos algo de lo que hablar —dijo Dreick y ambos salieron de la habitación de la joven—. ¿Se puede saber por qué no le has dicho que fuiste tú quien la salvó?

—¿La persona que ella odia más que a nadie?

—¿Y no crees que podrías erradicar eso? Mi hermana no te va a comer si le dices que fuiste tú.

—Mejor dejarlo así, Dreick. Lo importante es que tu hermana está viva.

—¿Tanta preocupación para mentirle? Yo ni siquiera sabía que ella había desaparecido hasta que no vino la criada a decírmelo. No podemos mentirle, eso hará que te odie más si se enterara de la verdad.

—Pero nadie se lo va a decir. Así que deja las cosas tal y como están.

—Perfecto, entonces. Haz lo que quieras.

Dreick se giró para volver a la habitación y Nitziel se quedó en medio del pasillo mirando hacia la puerta. Luego se giró y bajó las escaleras pensando que hacía lo mejor para todos. Silvana lo odiaba, como todas las personas de su pasado. Él solo sabía hacer daño. No era capaz de hacer algo bien y ya se lo había metido en la cabeza. Era un salvaje, tal y como había dicho ella no hacía mucho tiempo.

Un chico que mata a su padre no era un hombre en ningún sentido y jamás podría hacer el bien. Dreick había intentado convencerlo de lo contrario, pero en el fondo sabía que nada podía hacer contra su naturaleza.

Preparó su caballo y cuando lo tuvo listo, se subió en él para ir al bosque. Uno de los pocos lugares en donde se sentía tranquilo y en paz. El lugar donde había pasado gran parte de sus días tras haber asesinado a su padre. Aún no entendía la razón por la que había saltado al pozo a sacarla. La visión de la joven pálida y casi sin vida trajo recuerdos de su pasado. Recuerdos que creía enterrados bajo tierra, pero no era así.

Se bajó del caballo para sentarse en la base de un gran árbol y allí pasó varias horas.

Anabella y Dreick salieron de la habitación de la joven, que tras tomarse un tazón de caldo caliente volvió a quedarse dormida.

—¿Por qué tu hermana te agradeció que la sacaras si fue Nitziel quien saltó al pozo?

—Nitziel le contó que fui yo quien la salvó.

—¿Por qué?

—Dice que mi hermana lo odia y que lo mejor es que piense que fui yo y no él quien la sacó de allí.

—No lo entiendo, ella no se va a enfadar por algo así.

—Él cree que sí. Dejémoslo así, ella tendrá que olvidar lo ocurrido por lo que no importa si fue él quien la sacó de allí, Nitziel no quiere agradecimientos de ningún tipo.

—Ya veo.

Se dirigieron al jardín para pasear. Anabella iba pensativa y apenas contestaba a lo que le decía Dreick.

—¿Pasa algo?

—Pensaba en Helian. En si estará bien.

—La verdad es que no nos hemos preocupado mucho por él desde que te traje malherida al castillo.

—Me gustaría ir a verlo.

—Quizás podamos ir mañana, ¿qué te parece?

—Estaría bien, supongo que estará destrozado por no haber podido rescatar a Niseya, él la quiere demasiado y tú y yo sabemos cómo es tu hermano de cruel.

—Tan cruel que fue capaz de encerrar a mi hermana y a la joven más bella de este mundo y del otro lado del espejo —dijo Dreick poniéndose delante de ella con una amplia sonrisa—. La joven que me ha robado el corazón y por la que he estado dando todo lo que soy por tenerla junto a mí.

Ella sonrió y lo abrazó con fuerza.

—¿Crees que hacemos bien el darnos todo el amor posible antes de que vuelva a mi mundo?

—Claro que sí, Anabella, debemos disfrutar el momento ahora que podemos.

—La despedida será muy dura.

—Eh, tú fuiste la que dijo que disfrutáramos de esto mientras pudiésemos, aprenderemos a sobrellevar el dolor. No podemos negar que sufriremos con tu partida, pero no pienses en eso ¿de acuerdo?

Ella asintió y apoyó la cabeza en el hombro de él. Dreick la abrazó con fuerza, aspirando el dulce olor que emanaba de su piel.

—Ojalá hubiese una forma de estar juntos y no tener que separarnos cuando encontremos el espejo.

—No pensemos en eso ahora, Anabella, vivamos esto. ¿Qué te parece si volvemos dentro?

Ella asintió y ambos entraron en el castillo.

Kartik estaba en su despacho, con una copa en la mano a la que daba vueltas observando el ambarino líquido que había en su interior. Su mente no paraba de idear planes para acabar con su hermano y así ser él el único heredero de la corona de su padre.

Tenía que encontrar algo que realmente le hiciese daño y se había dado cuenta cuando estuvo en el castillo con la chica que venía del otro lado del espejo y el otro chico, que su hermano parecía interesado en ella.

Su hermano, que nunca antes se había fijado en ninguna mujer, ahora se fijaba en una chica que venía del otro lado del espejo. ¿Podría ella ser lo que necesitaba para acabar con Dreick?

Dejó la copa en la mesa y se dirigió a la habitación donde estaba el espejo. Desde que se lo había llevado del castillo, apenas le había puesto atención, pero ahora sentía curiosidad por ver el otro lado. Se preguntaba cómo sería el lugar donde vivía aquella joven.

Una vez dentro de la habitación, se acercó hasta el espejo que mostraba su propia imagen y las paredes oscuras de aquel lugar. Sin dudar acercó su mano al cristal mientras con la otra buscaba algo con lo que hacerse un pequeño corte y aprovechó uno de los salientes del espejo. Un pequeño corte apareció en la palma de su mano del que manó sangre que pasó por el cristal del espejo.

Al ser más cantidad de sangre, el espejo actuó más rápido que cuando se cortó Anabella.

De repente, Kartik se vio reflejado a sí mismo, pero de fondo se veía otra habitación. Probablemente se trataba de la habitación de la joven.

Acercó la mano a la superficie para notar que no había cristal, entonces metió su mano completa traspasando al otro lado. Su corazón latía frenético porque nunca había probado a pasar por el espejo a un lugar desconocido para él. Cierto que su madre era de ese lugar, pero jamás pensó que podría ir hacia el otro lado.

Cruzó el espejo sin llegar a conocer aún las razones y se encontró en la habitación de Anabella. Miró a su alrededor, reflejando confusión ante la cantidad de objetos extraños que allí había. Se acercó para tocarlos y vio sobre la mesa de noche un pequeño librito que le llamó la atención.

Lo cogió entre sus manos y lo abrió. Comenzó a leer y se dio cuenta de que eran pensamientos de la joven, dueña de esa habitación.

De repente oyó pasos fuera y rápidamente volvió a su castillo desde el espejo como había hecho para ir allí. Una vez en el otro lado, miró hacia el espejo y vio entrar a una mujer que se parecía bastante a la chica. Se acercó hasta la mesilla de noche justo donde había estado él y cogió el mismo librito que él había cogido y que había dejado en el sitio él antes.

La mujer miró algunas páginas acariciándolas y al instante dejó el librito sobre la cama para cubrirse el rostro llorando desconsoladamente. Al momento, apareció un hombre que se sentó junto a la mujer para abrazarla con la pena reflejada en su rostro.

Kartik dejó de mirar y se fue a su habitación. Odiaba todas esas muestras de pena y dolor, al igual que las de cariño y amor. El amor no existe y el dolor acaba pasando. ¿No ven a su hija? Quizás sea mejor para ellos, según había leído en el diario de la joven, pasaba la mayor parte del tiempo sola.

Si la dejaban sola se suponía que no la querían, sus padres bien que se lo demostraron

siempre, solo había ojos para Dreick y sus hazañas, en cambio él no hacía nada bien. Tal había sido el trato que había llegado a odiar a su hermano hasta límites insospechados y por eso quería acabar con él para heredar la corona de rey. Su hermano se merecía sufrir.

Volvió al despacho donde se sentó y volvió a servirse de la botella que había dejado allí.

Aquella chica tenía que servirle para la venganza hacia su hermano y quizás podría empezar por el chantaje. Él podía ir al otro lado siempre que quisiese y qué mejor forma de asustarla y que se vaya con él que amenazarla y así dejara a su hermano.

Sonrió para sí. Las amenazas eran capaces de asustar hasta al más valiente de los caballeros y con esa chica sería muchísimo más fácil. Era temerosa por naturaleza y no querría que le hiciera daño a su madre.

Haber visto a esa mujer lo había dejado bastante sorprendido de la belleza tan sensual que poseía. Quizás podría aprovecharse no solo de vengarse de su hermano sino también de seducir a una mujer que era bellísima.

Niseya apareció en el despacho con una bandeja con la cena.

—Le traigo la cena, señor —dijo la joven en voz baja.

—Déjala ahí —dijo Kartik sin mirarla.

—De acuerdo.

La joven puso la bandeja sobre la mesa y se fue de allí. Kartik no se había fijado en la cara ojerosa y pálida de esta.

17. Nuevo amor.

Niseya salió del despacho de Kartik con una sensación de mareo. Llevaba varios días con unos síntomas que le indicaban algo que deseaba que no fuese cierto.

Se metió en su habitación y se tendió en la cama a ver si se le pasaba el mareo. Sentía miedo al imaginar la razón de todo aquello y lo que menos quería era estar embarazada de Kartik.

Si ese era el caso y se enteraba Helian, ¿iría de nuevo a por ella? ¿O la rechazaría? A pensar en eso último sintió una terrible congoja en el pecho que hizo que se pusiera a llorar de repente. Niseya no quería que eso ocurriese. Nada deseaba más que salir de ese castillo de una vez por todas e irse con Helian hacia su pueblo.

De tanto llorar, la joven se quedó profundamente dormida. Soñaba que estaba con Helian en su pueblo junto a su familia, sin ningún tipo de sufrimientos. En sueños sonreía.

Al día siguiente, Dreick y Anabella prepararon todo para ir a visitar a Helian, ya que ella estaba preocupada por el estado de su amigo.

—Deberías montar en *Fugaz* —dijo Dreick cuando vio a Anabella acercarse al otro caballo que estaba ensillado—, es un caballo más dócil.

La joven asintió y se subió al caballo, ayudada por el chico. Una vez que ambos estaban subidos a los caballos, se dirigieron sin demora al pueblo donde vive Helian.

No tardaron mucho en llegar allí. En la entrada del pueblo se encontraba una de las chicas que fueron rescatadas y, que al verlo, corrió para avisar a todos los habitantes del pueblo que salieron a recibirlos entre vítores. La joven se sonrojó de vergüenza, pero trató de sonreír.

Muchos familiares les agradecían el que hubiesen salvado a las jóvenes prisioneras en el castillo de Kartik.

Sólo había una familia que no celebraba y fue de la que Anabella se percató. Miró a Dreick para decirle en voz baja.

—Creo que esa es la familia de Niseya.

Dreick asintió.

—La tristeza los delata.

—Quiero hablar con ellos.

El joven asintió y detuvo ambos caballos. Anabella se bajó del suyo y se acercó a la familia, compuesta por tres miembros: el padre, la madre y un niño pequeño que se agarraba a la falda de su madre.

La chica los miró con compasión y, sin decir nada, se acercó a la madre a la que abrazó. La mujer rompió a llorar en los brazos de Anabella. El hombre quiso apartarla, pero la joven le hizo un gesto que lo hizo desistir.

—¿Por qué? —sollozaba la mujer— ¿Por qué mi hija no está con nosotros?

—Helian hizo todo lo posible, señora, lo intentó, pero Kartik amenazó con matarla, no pudo traerla. Lo siento mucho.

—Mi pobre niña.

—Estoy segura que Helian volverá por ella. Él la ama y no va a dejarla con Kartik. Lucharé por ella, por eso no debe llorar. Guarde la esperanza de que será así. Pronto podréis reuniros con ella, eso seguro.

—Ojalá sea verdad —dijo la mujer.

—Ya lo verá —dijo Anabella mostrándole una leve sonrisa—. Tened fuerza y esperad un poco

¿de acuerdo?

La pareja asintió y entonces la joven volvió al lado de Dreick. Una vez junto a él, le abrazó y lloró sobre su hombro. Ver a aquella mujer le hizo recordar a su madre, en cómo lo estaría pasando.

—Eh, no llores, Anabella.

—Es que pienso en mi madre y me hace sentir tan mal que no puedo evitarlo.

—Volverás con ella, te lo prometo. Vayamos a casa de Helian.

La joven se limpió las lágrimas y juntos echaron a andar a la casa del joven.

Cuando llegaron allí, vieron a Helian fuera con una espada en la mano, entrenando. Estaba sudoroso como si llevase mucho tiempo entrenando sin descanso.

—Helian —lo llamó Anabella a una cierta distancia.

Este se detuvo y cuando la vio, se acercó rápidamente y la abrazó.

—¡Anabella! Menos mal que estás bien, me has tenido preocupado. ¿Cómo te encuentras? —el joven sonreía aunque aquella sonrisa no le llegaba a los ojos.

—Soy dura de matar —dijo la joven sonriendo también—. ¿Cómo estás tú?

—Bien, entrenando duro para rescatar a Niseya.

—No estarás sobre esforzándote ¿verdad? —preguntó Dreick dándole la mano— No tienes muy buena cara.

—Estoy bien, no os preocupéis.

—Estamos preocupado por cómo te sientes sobre lo de Niseya, estabas muy afectado —dijo Dreick.

—Lo estoy, pero no puedo encerrarme a esperar, tengo que pelear muy duro para rescatarla.

Anabella bajó la mirada.

—Acabamos de ver a su familia y están muy desanimados y preocupados.

—Por eso estoy entrenando duro. Esa familia no estará tranquila hasta que no tengan a su hija a su lado.

—Sí —dijo Anabella y se abrazó a Dreick.

—Pasemos dentro, mis padres se alegrarán de verte —dijo Helian a Anabella.

Esta asintió y los tres entraron en la mansión donde pasaron casi todo el día.

Llegada la tarde, el cielo comenzó a oscurecerse anunciando una tormenta. Helian al verlo, miró a la pareja, en especial a Anabella, ya que él conocía su miedo a las tormentas.

—Me parece que se acerca una tormenta.

La joven se asustó y se agarró con fuerza a la mano de Dreick.

—No —susurró Anabella.

—A lo mejor nos da tiempo a llegar al castillo —dijo Dreick.

—Ya casi está encima de nosotros —dijo Helian—, de todas formas, Anabella teme las tormentas. Lo mejor es que os quedéis aquí esta noche.

Dreick miró a la joven que estaba pálida.

—¿Te dan miedo las tormentas?

Ella lo miró y asintió una vez con ojos asustados.

—Enviaré a alguien al castillo para avisar —dijo Helian—, mandaré preparar dos habitaciones.

—De acuerdo.

Dicho esto, Helian salió del salón donde estaban reunidos, dejando a la pareja sola.

—No quiero dormir sola, me da mucho miedo.

Dreick la abrazó con fuerza.

—Las tormentas pasan rápido, no ocurrirá nada.

Ella escondió el rostro.

—No puedo soportarlas, no quiero estar sola.

—Vale, no te preocupes que no voy a dejarte sola.

Helian apareció al instante en el salón y algo en su interior se resquebrajó al ver a la pareja. ¿Niseya lo estaría pasando bien? ¿Le habrá hecho mucho daño ese tipo? Él deseaba abrazarla y consolarla, pero no podría hasta que la rescatara.

—Un hombre de mi padre se dirige al castillo y las habitaciones estarán listas de un momento a otro.

—Gracias —dijo Dreick deseando decirle que no preparan dos, ya que no pensaba dejar a Anabella sola mientras durara la tormenta.

—Dentro de un rato estará lista la cena, así que dirijámonos al comedor.

Los tres fueron al comedor y allí cenaron junto a los padres de Helian. A esa hora ya comenzaba a llover con fuerza.

Tras la cena, Anabella y Dreick fueron acompañados a las habitaciones donde pasarían la noche. Anabella miró a Dreick que le hizo un gesto para que no se preocuparan.

Anabella entró en la habitación y la criada que la acompañó la ayudó a ponerse el camisón prestado por la madre de Helian, igual que cuando estuvo allí. Una vez vestida, la criada salió de la habitación dejándola sola.

La joven se sentó en la cama abrazándose las rodillas con temor. El primer relámpago no se hizo esperar y asustó a Anabella que dio un grito y se tapó los oídos.

Dreick entró en la habitación vestido únicamente con el pantalón.

—Tranquila, ya estoy aquí —dijo el joven sentándose al lado para abrazarla—, no pasa nada.

Ella temblaba considerablemente y él le besaba la sien con cariño, hablándole para que se calmara, pero con cada nuevo relámpago o trueno, Anabella gemía aterrorizada.

La joven contaba por lo bajo, recordando las palabras de la reina para ver si se relajaba. Dreick la obligó a recostarse sin dejar de abrazarla mientras le susurraba palabras tranquilizadoras.

Con el paso del tiempo, la tormenta se fue alejando poco a poco y Anabella por fin consiguió relajarse. La joven miró a Dreick y sonrió levemente.

—Gracias por no dejarme sola.

—No me lo agradezcas, por ti haría esto y más —dijo Dreick dándole un beso en la frente—, intenta descansar.

Anabella asintió y cerró los ojos. Había estado tan tensa que al cerrar los ojos se relajó por completo y se quedó profundamente dormida.

Dreick la observó dormir hasta que él también se dejó vencer por el sueño.

El frío la entumecía y se sentía hundir en aquellas aguas heladas, perdiendo las pocas fuerzas que le quedaban. Se debatía entre la conciencia y la inconsciencia. De repente sintió que algo o alguien caía a su lado, supuso que sería alguien porque sintió unos brazos a su alrededor y una voz lejana que la llamaba. Quería abrir los ojos, quería mantenerse despierta.

—Silvana, despierta —se oía en aquel lugar cerrado y lleno de agua helada.

Por unos instantes, abrió los ojos levemente. Vio el rostro de Nitziel y no el de su hermano.

Silvana abrió los ojos y miró a su alrededor. Se encontraba en su habitación. Se incorporó pensando en el sueño que acababa de tener. ¿Por qué había visto el rostro de Nitziel? ¿Era aquello un sueño? Tenía que serlo porque fue Dreick quien la sacó del pozo.

Fuera cayó un relámpago y ella dio un leve brinco, ya que la había pillado desprevenida y encima se había desvelado. Quizás si leía un libro podría recuperar el sueño. Se bajó de la cama y buscó su chal, que estaba en el sillón que había junto a la cama. Cuando se lo puso, cogió la pequeña lámpara que había junto a la puerta y salió de allí.

Se dirigió a la biblioteca y vio la puerta entreabierta que proyectaba luz hacia fuera. Se acercó sigilosamente y se asomó por la rendija. Allí estaba Nitziel con un vaso en la mano, vacío. Parecía pensativo y triste. A su lado había una botella casi vacía. De repente, él miró hacia arriba y cerró los ojos mientras una solitaria lágrima caía por su mejilla.

A Silvana aquella lágrima le encogió el corazón. Lo veía abatido, pero ¿por qué?

Ella abrió un poco más la puerta y dijo casi en un susurro:

—¿Puedo pasar?

Nitziel abrió los ojos y giró la cabeza hacia ella para mirarla.

—Es tu casa, no la mía —dijo él con voz ahogada.

—Venía por un libro, no hace falta que te vayas.

—Ya me iba de todas formas —dijo él dejando el vaso junto a la botella.

Se incorporó y se tambaleó al dar un par de pasos. Silvana se acercó para que no cayera y lo llevó hasta el sofá.

—Estás borracho.

—¿Acaso importa? Soy un simple sirviente, el segundo al mando de tu hermano.

—Eres su amigo y has vivido aquí casi desde siempre ¿a qué viene esto ahora? ¿Por qué pareces triste?

Él se apartó de ella.

—Coge el libro y vuelve a tu habitación, aún no estás recuperada del todo.

Silvana lo miró por unos instantes, luego se dirigió a uno de los estantes de donde cogió un libro y con este contra el pecho, se giró hacia él.

—Sé que no nos llevamos bien, pero si tienes un problema no dudarías en escucharte, buenas noches —dijo y se alejó con paso lento.

Justo antes de salir, ella sintió los brazos de él abrazándola. Silvana se sorprendió ante ese contacto.

—Tenías razón al decir que era un salvaje, Silvana. Lo soy —dijo él en un susurro.

Ella intentó mirarle, pero Nitziel la tenía tan bien sujeta que no podía moverse.

—Yo... yo no lo pensaba.

—Siempre lo has pensado, aparecí aquí de la nada, tu hermano me encontró en el bosque. Soy un ser despreciable —dijo apoyando la frente en la cabeza de ella—. No merezco nada de esto que tengo.

—Estás borracho y no sabes lo que dices, Nitziel.

—Estoy más cuerdo que nunca, Silvana. Yo no debería estar en este castillo.

Tras otro intento, Silvana logró girarse para mirarlo, ya que él había aflojado el agarre y miraba a otro lado.

—¿Por qué dices eso? Eres el mejor amigo de mi hermano y todos te apreciamos —dijo ella mientras levantaba una mano para acariciarle la mejilla.

—Todos no.

—No somos los mejores amigos del mundo, pero tampoco te odio.

—Soy un ser despreciable. Yo soy hijo de un rey. Un hijo que mató a ese rey —dijo él apartándose evitando mirarla.

Estaba seguro de que la miraría con odio y desprecio.

Silvana lo miró con duda. No entendía nada de lo que le estaba diciendo.

—¿Qué?

—Soy un asesino, por eso no debería estar aquí. Dreick me encontró en el bosque tiempo después de que me desterraran del reino.

—Eras un niño cuando apareciste, ¿cómo es posible que mataras a tu padre con tan poca edad?

—Lo mate, Silvana, Dreick dice que no, pero yo sé que es cierto. Mis manos estaban manchadas de sangre —dijo mostrándole las manos—, se mancharon de la sangre de mi padre.

—No pudiste haberlo hecho.

—¡Sí que lo hice! Sí, lo hice —dijo él dándole la espalda mientras se llevaba las manos a la cabeza—. Yo no quería a mi padre, no lo quería y por eso lo maté.

Silvana se acercó y posó una mano en la espalda de él.

—Si Dreick confía en ti, por algo será. Él no ve la culpabilidad de la que tú me haces partícipe ahora.

—Dreick piensa que Kartik llegará a arrepentirse algún día, Silvana. Es un iluso —dijo con sorna.

—Llevas muchos años aquí y no has cometido ningún asesinato, ¿de verdad crees que eres un asesino?

—Yo lo maté, ¿quién si no iba a serlo? Todo el mundo lo quería.

Silvana se puso frente a él y tomó el rostro del chico entre sus manos para que la mirara.

—¿Eres feliz aquí? —él apartó la mirada— Mírame, por favor. ¿Eres feliz con nosotros? Porque si es así, no tienes que ir a ningún lado ni nada parecido. No has asesinado a nadie desde que apareciste en este castillo. Ese asesinato es parte de tu pasado, no vivas con esos recuerdos, vive el presente y en buscar un futuro mejor.

Él la miró.

—¿Por qué me dices esto?

Silvana sonrió levemente.

—Porque algo me dice que me mentiste con respecto a lo del pozo. ¿Fuiste tú, verdad? Tú me sacaste de allí.

—Ya te dije que fue tu hermano.

—Tuve un sueño hace un rato y en él veía tu rostro junto al mío en el pozo.

—Fue un sueño, tú misma lo acabas de decir.

—No lo sentí así, yo creo que era más bien un recuerdo. Las caras de Anabella y Dreick eran de sorpresa cuando se lo agradecí a mi hermano. Incluso él te miró. ¿Por qué me mentiste?

Sin saber muy bien por qué, él no podía apartar la mirada de los ojos de Silvana.

—Yo... Tu odio hacia mí me hizo mentirte. No podías ni verme y estabas enfadada conmigo.

—Me salvaste la vida, Nitziel, ¿cómo me iba a enfadar si me salvaste de morir congelada? —preguntó ella sonriendo levemente.

Nitziel posó sus manos sobre las de ella y se las apartó para él acercar su rostro mientras seguían mirándose a los ojos. Silvana mostraba una dulce sonrisa y cerró los ojos anticipándose a lo que estaba por llegar. No se hizo esperar y sintió cómo los labios de Nitziel rozaban suavemente los de ella.

Él la atrajo más hacia sí para sentirla cerca y ella pasó sus brazos por el cuello del chico. Fue un beso lleno de consuelo de ella hacia él y ternura de él hacia la joven. Luego se separaron para mirarse a los ojos. Silvana acarició la mejilla de Nitziel, sonriendo.

—Mi salvador...

Nitziel apoyó su frente en la de ella durante unos minutos.

—Deberías volver a tu habitación, aún no estás recuperada, princesa, bastante preocupado me has tenido. Prometo no irme de aquí si es lo que te preocupa. Intenta descansar.

Él acarició las mejillas de la joven y le dio un tierno beso en los labios.

Silvana se alejó lentamente sin dejar de mirarlo, le dijo adiós con la mano antes de desaparecer en la oscuridad. Nitziel la miró irse aún con el sabor de Silvana en sus labios. Dejó la copa al lado de la botella y se fue a su habitación.

Ella entró en su habitación con una mano en el pecho. Su corazón retumbaba acelerado. Nunca había sentido algo igual por un hombre y justo tenía que ser con el que ella consideraba casi un enemigo en su vida cotidiana.

Él la había salvado de aquel pozo y, aún así, le había dicho que la salvó su hermano pensando que estaba enfadada con él. La verdad que antes de caer sí que estaba enfadada, pero con todo el miedo que había pasado se había olvidado de aquel momento, lo único en lo que pensaba era en si moriría allí sola sin que nadie se diese cuenta de su desaparición.

Le sorprendió, también, la confesión que le había hecho sobre el asesinato de su padre. Algo le decía a ella que no era tan culpable como él se sentía. Era difícil saberlo a ciencia cierta, ni siquiera sabía de qué reino venía Nitziel. Quizás podría investigar un poco sobre él y su pasado. Debía hablar con Dreick.

Con estos pensamientos se acostó en la cama y casi al instante se quedó profundamente dormida.

-

18. Pasado.

El día amaneció soleado y algunas gotas de lluvia de la noche anterior estaban posadas en las hojas de los árboles y las flores. Anabella abrió los ojos lentamente y vio las cortinas del dosel corridas ocultando lo que había fuera de esa cama. Dreick había sido tan considerado con su miedo a las tormentas que cerró las cortinas para no ver nada. La joven sonrió levemente y acarició la mano del joven que descansaba sobre su cintura.

Había pasado la noche con ella a pesar de que se durmió una vez se alejó la tormenta. No la había dejado sola. Había cumplido su promesa y eso la llenó de felicidad. Giró el cuerpo hacia él y le acarició la mejilla, aprovechando que estaba profundamente dormido. Se sentía tan feliz estando a su lado que ojalá pudiese estar para siempre junto a él, pero sabía que eso era imposible porque ella debía volver a su mundo. Una vez más, aquel pensamiento hizo que se le encogiera el corazón de dolor.

Debía aprovechar el momento con él porque cuando se despidieran ya tendría tiempo de sufrir.

—Odio cuando pones esa mirada triste.

La joven se sobresaltó y se dio cuenta de que Dreick estaba despierto y la miraba fijamente.

—Oh, no pensé que estuvieras despierto ya.

—¿Por qué estás triste?

—Por nada —intentó disimular con una sonrisa—. Gracias por no haberme dejado sola. Mi comportamiento ante las tormentas parece infantil, pero le tengo mucho miedo y reacciono de esa forma.

Dreick le besó la frente.

—No te disculpes, todos tenemos miedo de algo y reaccionamos, seguramente, como tú.

—¿Tú tienes miedo a algo?

—Claro que sí.

—¿A qué le temes?

—A quedarme solo —Anabella lo miró, inquisitiva—. Es una historia un poco larga de contar.

—No me importaría escucharla, aún es temprano.

—De acuerdo, te la contaré aunque puede parecer un poco infantil, ya que esto me ocurrió con nueve años. Yo jugaba cerca del castillo, a la orilla del bosque cuando ocurrió todo. Estaba jugando solo porque Kartik no quería jugar conmigo, cuando de repente, me rodeó un grupo de hombres que no conocía de nada y sin darme tiempo a reaccionar, me llevaron al interior del bosque. Me llevaron a una cabaña donde me encerraron sin posibilidad de escape. Intenté hacerme el valiente enfrentándolos, pero todo fue en vano. Estuve allí tres días, solo, sin comida ni agua. No podía parar de llorar porque no tenía a mi familia a mi lado.

—¿Cómo saliste de allí? Te deshidratarías —dijo Anabella.

—Al tercer día no tenía fuerzas ni para levantar la mano, aunque un ruido me alertó. Intenté hacerme oír, parecía que me había oído porque sentí cómo forzaban la puerta. Cuando esta se abrió, vi a un niño de unos seis años que me miró con ojos asustados.

—¿Quién era?

—Nitziel —Anabella lo miró confusa—. Sí, era él. Llevaba mucho tiempo en el bosque y había oído mis lloros.

—¿Por qué estaba en el bosque?

—Es una historia muy larga y muy personal para él. Nitziel me alimentó durante dos días y me dio agua para recuperarme y así volver al castillo. Le ofrecí que viniera conmigo y tras muchas

reticencias, aceptó. Ahora es mi mejor amigo y mi segundo al mando.

—Ahora entiendo por qué está tan arraigada vuestra amistad. Son muchos años juntos.

Dreick sonrió.

—La razón por la que no le dijo a Silvana que había sido él es por lo que le ocurrió en el pasado, estoy seguro.

—Debió ser muy traumático.

—Más de lo que puedas imaginar, aunque yo no creo que las cosas ocurrieran como me las contó, pero no hablemos de Nitziel —dijo Dreick y se puso encima de Anabella con una sonrisa traviesa—. ¿Te he dicho ya que me encantan tus labios?

La joven sonrió levemente y acarició las mejillas del chico.

—Para mí eres mi Adonis.

—Me encanta serlo. Fue lo primero que me dijiste cuando nos conocimos.

—Sí, es que te parecías mucho.

—Me hubiese gustado conocer a ese tal Adonis.

—Es un personaje mitológico, me gustas más que él.

Ambos sonrieron y Dreick acercó su rostro al de ella para rozar sus labios en un dulce y tierno beso que a ambos les robó la razón. Anabella posó sus manos en el torso desnudo del chico notando bajo una de sus palmas, los intensos latidos del corazón del joven.

Dreick bajó sus manos lentamente por su cuerpo y sin proponérselo siquiera comenzó a acariciar las piernas de Anabella debajo del camisón que subía al paso de sus manos.

—Dreick... —dijo Anabella separándose un poco de los labios de él—, espera, por favor.

Él la miró.

—¿Sucede algo?

Anabella se sonrojó levemente.

—Es que yo... nunca he hecho esto.

Dreick no la comprendió al principio, luego cayó en la cuenta y se apartó más.

—¿Eres virgen?

Ella se llevó una mano al corazón que latía con fuerza y bajó la mirada avergonzada. Luego asintió.

Dreick se pasó una mano por el pelo.

—Lo siento —dijo ella.

El joven tomó el rostro de ella entre sus manos y la obligó a mirarlo.

—No lo sientas. Me precipité así que perdóname a mí —dijo posando su frente en la de ella.

Anabella sonrió levemente y se abrazó al chico.

—Aún no estoy preparada para esto, tengo un poco de miedo y no quiero cometer un error con esto que nos ocurre.

—No tienes nada que temer, es normal que tengas miedo si va a ser tu primera vez, pero olvídale. Así estamos bien también ¿no crees? —preguntó él sonriendo levemente. Ella asintió y se apartó— Debería volver a mi habitación para vestirme y bajar a desayunar. Ahora que ha pasado la tormenta debemos volver al castillo.

—Nos vemos en el comedor, entonces —dijo ella viéndolo marchar.

Él la miró antes de salir y asintió. Cuando él salió, Anabella se incorporó para vestirse. Dreick era tan caballeroso que no parecía real. Siempre era tan amable con ella, pero la joven necesitaba recompensarlo por todo lo que estaba haciendo.

Una vez completamente vestida bajó al comedor donde vio a Helian comer en silencio mirando a la nada, al lado de su madre que lo miraba preocupada.

—Buenos días —dijo Anabella y se sentó frente a Helian.

—Buenos días, Anabella —dijo la madre del chico—, ¿lograste dormir con la tormenta?

—Me costó un poco, pero luego lo conseguí, gracias por preocuparte.

La mujer sonrió levemente e hizo un gesto con la cabeza invitándola a que comiese. Al momento, apareció Dreick que se sentó al lado de Anabella mirándola dulcemente.

Helian apartó la mirada al ver aquellas muestras de amor. El dolor se instalaba en su pecho como una daga. Su madre le tomó la mano en señal de apoyo.

—Señora, le agradecemos que nos haya dejado pasar la noche en su mansión, pero es nuestro deber volver al castillo.

—El placer ha sido nuestro, su majestad, perdonad que no esté mi esposo en este momento. Se le ocurrió que podríamos tener guardias en todos los pueblos colindantes al castillo que podrían ser atacados por Kartik para proteger a las jóvenes. Me pidió que os lo contara.

—Me parece una idea magnífica, mi señora —dijo Dreick—. Mi padre ha dejado a un buen hombre en este pueblo y me alegra saber que, a pesar de todo, cumple su función de cuidar de los pueblos.

—Gracias por vuestras palabras, nos alegra saber que mi esposo es tan bien considerado en el castillo.

Terminaron de desayunar y la pareja se incorporó.

—Es hora de marcharnos —dijo Dreick.

Helian se incorporó también.

—Yo los acompañaré, madre, termina de desayunar.

La mujer asintió, mirándolo, preocupada, ya que él apenas había probado bocado. Anabella lo miró igual, pero él no le dio importancia y salió junto a Dreick.

—¿Lleva sin comer desde que volvió del castillo de Kartik?

—Sí y ya no sé qué hacer para que coma, me tiene muy preocupada y su padre también lo está.

—Intentaré hablar con él, no puede seguir así.

La madre de Helian asintió y vio a la joven marchar.

—Ojalá le haga recapacitar.

Anabella salió de la mansión y se acercó a los dos jóvenes.

—Estás invitado a venir al castillo cuando quieras —dijo Dreick.

—Gracias —dijo Helian.

—Quiero hablar contigo, Helian —dijo Anabella.

—Dime, Anabella.

La joven se acercó y le dio una bofetada. Él la miró sorprendido. Dreick no se movió de la impresión.

—¿Qué haces? —preguntó Helian confuso.

—Hacer que reacciones, todos están preocupados por ti. No comes nada.

—¿Acaso importa?

—¡Claro que importa! Te pasas el día entrenando y no comes. Kartik te derrotará fácilmente.

—Eso no es cierto, voy a vencerlo.

—¿Cómo? ¿Dejando de comer? Te debilitarás cada vez más y no podrás luchar por Niseya.

—Necesitas estar fuerte, Helian, mi hermano estará preparado para pelear, no tiene diversión, ahora solo le regirá la ambición y la venganza.

—Él no podrá conmigo, mi padre me enseñó a pelear desde pequeño.

—Kartik también sabe pelear, es el hijo del rey —dijo Dreick—. Debes ser más fuerte y debes cuidarte.

—Tus padres están muy preocupados, hazlo por ellos y por Niseya —dijo Anabella.

—Aunque quiera no puedo. No me entra nada en el estómago y más al pensar en lo que podría estar pasando Niseya. Estoy seguro que aquel día le hizo daño, Kartik sabe que yo iba especialmente por ella.

—Piensa que dentro de poco podrás ir a por ella, pero debes mantenerte fuerte —dijo Anabella abrazándolo.

El chico se dejó abrazar y luego se apartó para mirarla a los ojos.

—Gracias por abrirme los ojos, quizás lo haya estado haciendo mal y he preocupado a mucha gente, pero eso se acabó.

Tanto Anabella como Dreick sonrieron y tras despedirse, cada uno se montó en su caballo para volver al castillo.

Silvana se despertó temprano aún recordando el beso que se había dado con Nitziel y no pudo evitar sonrojarse. Era su primer beso y para ella había sido mágico. ¿Había significado algo para él? Ojalá que sí.

Tocaron en la puerta haciéndola salir de su ensimismamiento.

—Adelante.

La puerta se abrió y apareció su madre con una bandeja. Muchas veces, la reina hacía estas cosas como si no tuviese sirvientes. Toda su vida se había valido por sí misma y le costaba mucho perder las costumbres. Ella se sentía cómoda llevando el desayuno a sus hijos de vez en cuando.

—¿Cómo te encuentras, hija?

—Mucho mejor, mamá.

—No sabes lo que me alegra oír eso.

Silvana sonrió mientras su madre le ponía la bandeja sobre su regazo. Esta, luego, se sentó a su lado y la contempló mientras daba cuenta de su desayuno. En un momento dado, Silvana miró a su madre y le preguntó:

—¿Cómo fue tu primer beso?

Su madre la miró, sorprendida. No se esperaba esa pregunta para nada.

—¿Por qué lo preguntas?

La joven se sonrojó levemente.

—Bueno... La verdad que no nos cuentas mucho de tu pasado y quería conocer algo de tu vida al otro lado del espejo.

La mujer tomó la mano de su hija.

—Los últimos años allí fueron horribles, pero guardo muy gratos recuerdos, en especial de mi primer beso. Fue con un chico con el que iba a clase todos los días. Era mi vecino. Habíamos sido amigos desde siempre y yo lo amaba en secreto. Entonces un día que volvíamos de clase, me declaré y yo fui quien lo besó. Él se quedó paralizado y no supo reaccionar al principio. Luego me abrazó y correspondió a mis sentimientos.

—¿Y fueron novios mucho tiempo?

—Hasta que decidimos irnos a la universidad, él se iba a ir a otro país a estudiar y le deseé lo mejor, me dolió, pero si hubiese seguido con él, quizás no hubiera conocido a tu padre y ninguno de vosotros existiríais —dijo la reina sonriendo.

—¿No te arrepentiste?

—Para nada. Fue un momento hermoso de mi vida que guardo en mi corazón. Lo que no entiendo es por qué me preguntas por esto. No creo que solo sea por conocer algo más de mi pasado en el otro lado.

La joven se sonrojó aún más y apartó la mirada.

—Es que no sé si contártelo —la joven se mordió el labio inferior—, no sé si lo aceptaréis.

—Puedes contarme lo que quieras, hija. Nunca íbamos a tener secretos entre nosotras.

—Lo sé.

—Pues cuéntamelo.

—Verás... Anoche, me desperté tras un sueño un poco extraño y me desvelé. Decidí ir a la biblioteca a por un libro para ver si me relajaba y conseguía dormir. Allí vi a Nitziel borracho. Estuvimos hablando un poco, me contó en parte la verdad sobre lo del pozo, que fue él y no Dreick. Y sin saber muy bien por qué nos besamos.

—¿Nitziel y tú? Pensé que te caía mal.

—Yo también lo pensaba, pero creo que realmente intentaba ocultar que había algo de él que me gustaba. Ahora lo que me da miedo es que me rechace. Anoche estaba borracho.

—Bueno, será cuestión de ver qué pasa durante el día.

—¿No te opones? Lo digo porque él es solo un ayudante de Dreick.

—Hija, yo era una mujer sencilla que no tenía riquezas, sino lo justo para vivir. Tu padre no miró eso, ¿por qué deberíamos mirarlo nosotros para tu felicidad? —la reina tomó la mano de su hija— Mientras seas feliz, da igual con quién sea.

Silvana sonrió.

—Gracias por escucharme, mamá.

—Somos madre e hija, pero también amigas.

La joven apartó la bandeja y le dio un abrazo a su madre con cariño.

—Cuando termine de desayunar, bajaré. Me siento mucho mejor y me aburro mucho aquí.

—Me parece perfecto.

Silvana volvió a tomar la bandeja y se terminó el desayuno. Tras acabar, se levantó de la cama y buscó un vestido bonito para ponerse. De entre todos eligió uno de color rosa pálido que se recogía bajo el pecho en un lazo un poco más oscuro y el resto caía delicadamente. Se puso unos zapatos a juego y se recogió el pelo en un moño bajo y no muy apretado. Se miró en el espejo y sonrió ante su aspecto.

Una vez lista, salió de su habitación y bajó al piso inferior. Al terminar de bajar las escaleras, levantó la mirada y se topó con Nitziel que en ese momento iba a salir a las caballerizas.

Ambos se miraron fijamente sin moverse ni un milímetro. Silvana sonrió levemente y le saludó con un gesto de la mano.

Él se acercó sin dejar de mirarla a los ojos.

—Cumplí mi promesa —dijo Nitziel—. Aún sigo aquí.

Silvana sonrió y le tomó la mano.

—Tenía miedo de que no recordaras nada de lo de anoche.

—¿Cómo olvidarlo? Nunca había sentido nada igual. Fue maravilloso, fue...

—Especial —terminó ella la frase con una sonrisa.

Ambos sonrieron.

—Jamás pensé que ocurriría algo así.

—Yo pensé que te odiaba y mírame.

—¿Quieres venir conmigo a las caballerizas? El caballo que estaba domando está casi listo en su doma.

—Me encantaría.

Nitziel le tendió la mano y ambos se dirigieron a las caballerizas.

19. Atacados.

Dreick y Anabella volvían al castillo hablando tranquilamente sobre el tema de Helian.

—¿Crees que nos hará caso?

—Después del bofetón que le diste, no me extrañaría —dijo Dreick sonriendo.

La joven se sonrojó.

—Su madre estaba muy preocupada y no me pareció justo que sufriera de esa manera.

—Lo sé, al menos lo hicimos recapacitar.

—Es verdad. Espero que coma y se ponga fuerte.

—Ya verás que sí, es cuestión de tiempo que se haga más fuerte y logre rescatar a Niseya de las manos de mi hermano —hubo unos minutos de silencio—. ¿Te duele mucho la cabeza cuando fuerzas la vista?

Ella lo miró.

—¿Por qué lo preguntas?

—Te veo a veces frotarte la frente.

—Es que mis gafas las dejé al otro lado del espejo. Por eso, Helian me entrenó usando el oído, no se me daban bien las distancias largas. Gracias a mi oído pude salvarte de aquella flecha en el castillo de Kartik. Me gustaría seguir practicando con la espada.

—¿Quieres que te enseñe?

—Sería maravilloso —dijo ella sonriendo—. En el otro lado intenté entrar en una academia de defensa personal, pero nunca lo hice y me arrepiento.

—Entonces cuando lleguemos al castillo y descansemos, te enseñaré lo que quieras, siempre y cuando no te obligue a forzar la vista.

Ella asintió y sonrió. De repente, oyó un ruido no muy lejos de ella y se alertó.

—¿Has oído eso?

—¿El qué?

—Me pareció oír un ruido.

—Seguro que fue algún animal que pasó junto a los matorrales.

—Sí, puede ser.

Siguieron el camino un poco más y sin que ninguno de los dos lo esperase, alguien saltó de un árbol sobre el caballo de Dreick y con el brazo lo agarró del cuello.

Anabella gritó espantada mientras veía al hombre ponerle una daga al cuello.

—No te muevas, chico, o te juro que te rajo la garganta de un tajo.

Por delante de ellos salió un hombre y por detrás otro. Los tres tenían aspecto andrajoso con pelos sucios de color oscuro y ojos brillantes de malicia. Probablemente fueran hermanos por el enorme parecido entre ellos.

—¡Dreick! —exclamó Anabella.

Uno de los hombres que estaban en el suelo se acercó al caballo mirando a la joven con descaro.

—¡No os atreváis a tocarla, os lo advierto! —exclamó Dreick.

—Sólo queremos verla de cerca y si nos gusta, llevárnosla —dijo el hombre que se acercó.

—¡Eso jamás!

Dreick golpeó al hombre que tenía detrás arriesgándose a sufrir un corte en el cuello e intentó lanzarlo al suelo, pero el hombre lo agarró y ambos cayeron comenzando una pelea donde ambos recibían golpes por todos lados.

Anabella no sabía qué hacer, el miedo la había dejado paralizada al ver a Dreick pelear con aquel hombre mientras los otros dos la rodeaban sin remedio.

—Bella dama, ¿por qué no baja de ese caballo para que la veamos mejor? —preguntó uno de ellos con sonrisa maliciosa.

La joven miraba asustada a los hombres sin poder hacer nada, no tenía ninguna espada para defenderse.

Un golpe seco la sacó de sus cavilaciones y vio a Dreick tendido en el suelo, inconsciente. Ella se bajó del caballo rápidamente para acercarse.

—¡Dreick! —exclamó asustada.

Pero no llegó al lugar donde estaba el chico ya que los dos hombres la agarraron con fuerza.

—No, pequeña, tú no vas a ningún sitio si no es con nosotros.

—¡Soltadme! ¡Dreick! ¡Dreick! ¡Despierta!

El hombre que había peleado con el príncipe se limpió el labio partido del que manaba sangre y se incorporó mirando a Anabella.

—Haced que se calle. Odio cuando se ponen histéricas.

Uno de ellos le tapó con la boca con la mano, pero ella le mordió haciendo que la soltara.

—¡Dejadme! —intentaba ser fuerte a pesar de que algunas lágrimas habían escapado de sus ojos a causa del miedo.

El otro intentaba sujetarla. El que parecía ser el cabecilla, se acercó y le dio un golpe seco que la dejó inconsciente también.

—Así no molesta, vamos, coged a los caballos y a la chica que nos los llevamos.

—¿Y el chico? —preguntó el de la mano mordida.

—Dejadlo ahí, aunque nos busque no nos va a encontrar.

El cabecilla del grupo se alejó con paso pausado mientras los otros dos se encargaban de Anabella y los caballos dejando solo a Dreick tirado e inconsciente.

Tras mucho andar, llegaron a una pequeña casa en bastante mal estado a la que entraron dejando los caballos amarrados a un árbol fuera. Una vez dentro, cogieron una silla donde sentaron a Anabella, aún inconsciente y le ataron las manos a la espalda y la amordazaron.

—Apuesto que recibiremos mucho dinero si se la entregamos al príncipe Kartik —dijo el cabecilla que era el hermano mayor.

—Así podremos comprar las medicinas de Alina —dijo el pequeño.

—Seguro que nos dará más y nos sobrá lo suficiente como para poder comprar más comida —dijo el mediano.

—Sí, seguro que sí —dijo el mayor.

—Aunque me da pena de esta chica. He oído que Kartik hace cosas malas con las jóvenes —dijo el pequeño.

—A nosotros no nos importa, lo importante es conseguir el dinero para comprar las medicinas y ya está. Lo que ocurra con ella no es de nuestra incumbencia.

El más joven miró a Anabella con cierta pena y sin decir nada, se alejó hasta un camastro en otra pequeña habitación donde había alguien recostado que temblaba considerablemente.

—Alina...

La joven, de gran parecido a los tres hermanos abrió los ojos levemente y trató de sonreír.

—Hola, Sen —dijo la joven con voz ronca. Al respirar hacía un ruido extraño y lo hacía con dificultad.

—¿Cómo te sientes? —la joven se encogió de hombros y comenzó a toser. Una tos horrible que tenía asustado al chico—. No te preocupes, hemos encontrado una forma de comprarte las

medicinas. Ya verás que te pones bien.

La joven trató de sonreír y se cubrió con la manta sin dejar de temblar.

La cabeza le dolía demasiado como para pensar en algo, pero sabía que debía despertar, aquellos hombres parecían peligrosos. Abrió los ojos lentamente y tuvo que volver a cerrarlos ya que la claridad le molestaba.

De repente se acordó de Anabella y se incorporó rápidamente a pesar del mareo repentino que sintió. Miró a su alrededor en busca de la joven, pero no había ni rastro de ella ni de los caballos.

—¿Anabella? —preguntó a la nada y se levantó a duras penas. La cabeza le iba a estallar—
¡Anabella!

La llamó varias veces y el único ruido que oyó fue el de los animales que corrían de un lado a otro o volaban sobre su cabeza. Maldijo una y mil veces aquello.

Se puso en camino para buscarla, no podía perderla y deseaba que aquellos tres no le hubiesen hecho nada.

Anabella gimió dolorida por el golpe que había recibido en la cabeza. Lentamente abrió los ojos y miró a su alrededor. Se encontraba en una casa destartada con muy poco mobiliario, apenas una mesa con algunas sillas y un pequeño lugar donde hacían el fuego, suponía que para la comida.

Intentó moverse, pero se percató de que estaba con las manos atadas a la espalda en una silla y amordazada. Asustada al recordar lo que había sucedido, intentó gritar haciendo que solo saliesen unos gemidos ahogados por la mordaza.

Ante su mirada apareció el cabecilla del grupo de tres hombres que les habían atacado a ella y a Dreick.

—Será mejor que te estés quietecita o me veré en la obligación de hacer algo para que no te muevas.

Ella movió la cabeza intentando librarse de la mordaza mientras lanzaba patadas desde la silla en la que estaba sentada sin alcanzar al hombre. Este, enfadado, se acercó y le dio un fuerte bofetón que casi la tira al suelo. Anabella giró la cara hacia él mortalmente asustada.

Por allí apareció el segundo de los hermanos que agarró al mayor.

—¿Te has vuelto loco? No podemos dañarla.

—Me pone nervioso.

—¿Se puede saber qué te tiene tan nervioso?

—Ambos sabemos la razón así que no hace falta que te lo diga.

—No debes ponerte así, intenta tranquilizarte.

—No hay tiempo, no nos queda mucho tiempo.

Anabella los escuchaba mientras las lágrimas escapaban de sus ojos y sentía un terrible dolor en la mejilla por el golpe.

No pudo evitar pensar en Dreick. ¿Estaría bien? Había recibido un golpe en la cabeza y podría volver a la amnesia. Se negó a creer algo así. Solo deseaba que estuviese bien y que viniese a rescatarla.

Los dos hermanos salieron fuera mientras el pequeño con la hermana estaban en la habitación. Desde allí se podían oír los sollozos de Anabella.

—¿Qué habéis hecho, Sen? ¿Quién está llorando ahí fuera? —preguntó Alina.

—No te preocupes, Alina.

—Hay alguien llorando ahí fuera. ¿Por qué?

Sen miró a otro lado y su hermana se incorporó a pesar del temblor de su cuerpo.

—Sabía que estaba mal.

—Dímelo, Sen.

—Hemos secuestrado a una chica para entregársela al príncipe Kartik para que nos dé dinero y comprar tus medicinas.

—¿Qué?

—Lo hicimos por ti, Alina, entiéndelo.

—¿Por mí? ¿Y qué pasa con esa chica? Destrozaréis su futuro —la joven comenzó a toser y tras recuperarse un poco miró a su hermano—. Si pensáis hacer eso, prefiero no seguir viviendo.

Sen agarró a su hermana por los brazos.

—No digas esas cosas.

—¡Sí!

La joven comenzó a faltarle el aire y su hermano se asustó.

—¡Arion, Meidan! ¡Venid, por favor! —gritó el chico.

Los dos hermanos aparecieron casi al instante, que al ver a Alina corrieron a socorrerla.

—¿Se puede saber qué le has dicho? —preguntó el mayor.

—La verdad, Arion, oyó a la chica llorar. No pude mentirle. Se alteró diciendo que prefería morir antes que destrozar el futuro de esa chica.

—Eres un estúpido, Sen. Siempre acabas metiendo la pata.

—¡Ella la oyó llorar!

—¡Ayudadme, maldición! —dijo el mediano, Meidan, que intentaba ayudar a su hermana a respirar mejor.

—Sal fuera, Sen, es lo mejor —dijo Arion.

El joven salió fuera y Anabella lo miró al igual que él a ella. Se sentó en una silla apartado de ella que no dejaba de mirarlo. Tenía las mejillas empapadas.

—Yo no quería que nada de esto ocurriese, de verdad que no. Mi hermana se está muriendo y no tenemos dinero para pagarlo, estamos tan desesperados que hemos hecho una atrocidad. Lo siento mucho.

Con la frustración reflejada en su rostro, se incorporó y salió fuera.

Dreick recorría el bosque sin dejar de llamar a Anabella. Aún se encontraba algo mareado por el golpe, pero no iba a dejar que esos hombres le hiciesen daño a la chica de la que él estaba completamente enamorado.

Tendrían que pasar sobre su cadáver.

—¡Anabella! —gritaba a su paso— ¡Contesta, por todos los astros!

Pero nadie respondía a su llamada. Furioso consigo mismo golpeó un tronco haciéndose daño en los nudillos.

Aquel bosque era demasiado grande para recorrerlo a pie. Quizás sería mejor volver al pueblo donde vive Helian para pedir ayuda y conseguir otro caballo. Con uno sería mucho más fácil explorar el bosque, aunque corría el riesgo de que le hiciesen daño a Anabella.

¿Qué podía hacer? La desesperación lo estaba matando.

—¡¡Anabella!! —volvió a gritar.

Debía arriesgarse, tenía que conseguir un caballo. Sin pensar se dirigió al pueblo de Helian a pedir ayuda.

Mientras tanto, en la casucha del bosque, los dos hermanos mayores habían conseguido tranquilizar a Alina que ahora descansaba en su lecho. Ambos salieron y miraron a Anabella, que al verlos se encogió de miedo.

—Sen es un estúpido —dijo Arion—, ¿cómo se le ocurre contarle que hemos secuestrado a

esta chica?

—Dijo que Alina la oyó llorar. Si no la hubieses tratado tan mal, ella no se habría enterado. Arion miró a su hermano con la rabia reflejada en su mirada.

—Lo hacemos por ella y no se hable más.

Dicho esto, Arion salió de la casucha. Meidan cogió un trozo de pan de su bolsa y se acercó hasta Anabella que se encogió, más por temor a que le hiciesen daño.

—No te asustes, solo quiero que comas un poco —dijo Meidan quitándole la mordaza a la joven.

—¿Qué van a hacer conmigo? —preguntó Anabella—. No me hagáis daño, por favor, conozco al príncipe Dreick y sea lo que sea os ayudará.

El hombre negó y decidió desatarle las manos.

—Te voy a soltar, no hagas ninguna tontería ¿entendido?

La joven solo pudo asentir mientras Meidan la desataba. Una vez liberada, Anabella se frotó las muñecas que estaban algo enrojecidas y vio cómo el hombre le entregaba el trozo de pan.

—Gracias —dijo ella tomando aquel pedazo.

—Siento no tener más, pero la situación de mi familia no es muy buena.

—Sé que será indiscreto por mi parte, pero ¿quién está en esa habitación? ¿Es algún familiar?

El hombre miró a Anabella, que dio un mordisco al pedazo de pan que le había dado, sin saber muy bien qué contestar.

—Se trata de mi hermana pequeña, está enferma y necesitamos la medicación para curarla. Estábamos muy desesperados y nos vimos en la obligación de hacer lo que hicimos. Es la única solución que hemos encontrado.

—¿Secuestrarme?

Meidan no respondió. No podía contar el plan de su hermano.

—Sigue comiendo y no preguntes —contestó de forma un poco brusca—. Tengo que volver a atarte.

—Por favor, no lo hagas, juro no moverme de aquí.

—Lo siento, pero tengo que hacerlo, así que come rápido antes de que venga mi hermano.

La joven asintió, derrotada, y cuando terminó se dejó atar de nuevo guardando la esperanza de que Dreick la salvase de aquel lugar.

Dreick llegó corriendo al pueblo y se dirigió a la mansión donde vio a Helian practicando con su espada. Este al verlo acercarse solo y sucio, se preocupó.

—¡Helian! Tienes que ayudarme, por favor.

—¿Qué pasa? ¿Por qué vienes corriendo y solo?

—Nos atacaron en el bosque y se llevaron los caballos y a Anabella. Necesito que me dejes un caballo para buscarla.

—¿Se llevaron a Anabella?

—Sí, me golpearon en la cabeza y cuando desperté me encontré solo. Tengo que encontrarla.

—Ven, ensillaremos dos caballos, te voy a ayudar a buscarla.

—Gracias, amigo.

Ambos corrieron hacia las caballerizas y prepararon dos caballos, cuando iban a salir, Helian le dejó un mensaje a uno de los que trabajaban allí para que se lo dieran a su padre.

Sin esperar respuesta, Dreick y Helian se dirigieron al bosque montados en sus caballos que iban al galope.

—¿Cómo es posible que os atacaran?

—No lo sé, nos cogió desprevenidos. Uno se tiró desde un árbol en mi caballo y mantuvimos

una pelea, pero había otros dos que estaban cercando a Anabella. Opuse resistencia, pero al recibir el golpe en la cabeza perdí la consciencia.

—No sé de nadie que viva en el bosque. Al menos no me suena.

—Tenemos que buscarla, esos tipos eran peligrosos y no dudarán en hacerle daño.

—La vamos a encontrar.

—Eso espero.

20. Rescate.

La casucha estaba casi vacía. Los tres hermanos habían ido a por leña al bosque.

Alina se sentía preocupada por la chica que estaba fuera y con dificultad se incorporó. Se puso la manta por encima de los hombros y con paso lento se dirigió fuera de la habitación.

Anabella que estaba algo somnolienta, abrió los ojos asustada y miró a su alrededor hasta que vio a una joven envuelta en una manta. La piel estaba ligeramente azulada y no parecía respirar bien. Parecían síntomas de la difteria. Vio como se acercaba a ella y con cierta dificultad por la debilidad, le quitó la mordaza.

—Siento mucho que mis hermanos te trajeran y te traten tan mal.

—Estás enferma, no deberías estar en pie.

—No voy a dejar que hagan una atrocidad —dijo mientras iba hacia las manos de Anabella—, te voy a desatar y vas a huir.

—Pero...

—No te preocupes, yo les dije que prefería morir antes que hagan lo que tienen pensado.

Le costaba un poco hablar, pero había determinación en su mirada. Una vez desatada, Anabella se frotó las manos y se incorporó.

—No puedo dejarte sola, estás muy enferma.

—Podrías contagiarte.

—Si tienes lo que creo que es, no te preocupes, yo estoy vacunada.

—¿Vacunada? —preguntó Alina confusa.

—Sí, es una cosa que hace que no te contagies de una enfermedad. Venga, deberías recostarte. No tienes muy buen aspecto. ¿Cuánto tiempo llevas enferma?

—Casi una semana.

—Oh, madre mía. Necesitas medicación urgentemente.

—No es tan fácil, mira dónde vivimos. ¿Crees que podemos conseguir medicación tan fácilmente?

—El príncipe Dreick puede ayudaros si se lo pedís —dijo Anabella.

—¿Conoces al príncipe Dreick?

—Iba con él cuando tus hermanos nos atacaron, lo dejaron inconsciente en medio del bosque.

—Oh, por todos los astros. Mis hermanos están locos.

—Si pudieras ayudarme a convencerlos. Dreick perdonará lo que nos hicieron y te conseguiría la medicación que necesitas para sanar.

—Mis hermanos son unos cabezotas, en especial Arion. Cuando se le mete algo en la cabeza no hay quien lo detenga. No será fácil.

—Buscaremos una forma, mientras tanto debes recostarte.

Anabella ayudó a Alina a acostarse y la cubrió con la manta, luego se sentó a su lado. La joven enferma se quedó dormida casi al instante y Anabella se quedó allí.

Tras un rato, sintió la puerta de la casucha abrirse y se incorporó rápidamente con el temor grabado en su rostro. Los tres hermanos aparecieron en la habitación al instante y el mayor de ellos la apuntó con un cuchillo.

—¡Aléjate de mi hermana!

Anabella se pegó a la pared.

—Yo no quiero hacerle daño, al revés, yo quiero ayudarla a que se cure.

—No te trajimos aquí para esto, así que mejor aléjate —dijo Arion acercándose amenazador.

Ella solo pudo encogerse de miedo, temblando y quedó sentada en el suelo.

Sen, no pudiendo soportar algo así, se acercó y apartó a su hermano.

—Basta, Arion. Ya es suficiente. ¿No tenemos suficiente con secuestrarla que también le quieres hacer daño? Mírala, por todos los astros. Está temblando.

—¿Quién la desató?

—Yo lo hice —dijo Alina sentándose—. No es justo lo que quieres hacer, Arion.

Sen se acercó hasta Anabella y con una leve sonrisa, para transmitirle confianza, la ayudó a levantarse.

—¿Por qué lo has hecho, Alina?

—No quiero cargar sobre mi conciencia la atrocidad que tienes pensada. ¿Acaso te gustaría que me hicieran lo mismo?

—Claro que no, pero tú no estás en su situación.

—Eres un egoísta, Arion. Con estas acciones solo vas a conseguir que te odie.

Meidan se acercó hasta la cama y se sentó al lado de su hermana.

—Con esta actitud no haces ningún bien —dijo este tomando las manos de Alina—. Hay otras maneras de conseguir el dinero para curar a nuestra hermana.

—Meidan tiene razón —dijo Sen.

Arion miró a todos sus hermanos y a Anabella.

—El príncipe Dreick os puede ayudar —dijo la joven—, sé que lo hará.

El hermano mayor bajó el cuchillo.

—No lo hará después de lo que hemos hecho. Yo mismo le golpeé.

—Si le explicamos las razones quizás nos perdone —dijo Sen—. Es un príncipe benevolente.

—Yo podría interceder por vosotros —dijo Anabella—, por favor, es la única solución porque si vuestra hermana tiene lo que yo creo, no sé si aguantará mucho más sin medicación. Él debe estar buscándome.

—Arion, por favor —dijo Sen—, piensa en Alina.

El hermano mayor miró a su hermana que comenzaba a temblar víctima de la fiebre y luego miró a Anabella.

—Lo buscaremos, pero vendrás conmigo. Solo yendo contigo puedo conseguir que no me haga daño.

—Iré.

Sen y Meidan sonrieron levemente.

—Saldremos ahora mismo, iremos en uno de los caballos que os quitamos.

Anabella asintió y siguió a Arion que le hizo una seña para ir fuera. Desató a uno de los caballos del árbol y se subió en él. Le tendió la mano a Anabella que se subió detrás.

—Iremos al claro donde os atacamos por si lo encontramos por el camino.

—De acuerdo.

Ambos se pusieron en camino hacia el lugar indicado.

Dreick y Helian llegaron al claro donde aquellos tipos atacaron al primero y a Anabella.

—Aquí fue donde nos sorprendieron. Cuando desperté ya estaba aquí solo.

—Ya veo, quizás deberíamos bajarnos e intentar rastrear la zona por la que se fueron.

Dreick asintió y ambos se bajaron de sus respectivos caballos mirando la hierba en busca de pisadas o algo que les diese una pista para ver por dónde se habían ido aquellos maleantes.

—Si me los encuentro, ya no me cogerán desprevenido y también voy armado —dijo apoyando la mano en el mango de la espada que Helian le había dejado.

—Debemos estar preparados por si acaso, el bosque es peligroso. Cuando encontré a

Anabella estaba a punto de ser atacada por un lobo.

—Parece este un bosque maldito, solo ocurren cosas malas. Lo de Anabella, este ataque, mi secuestro.

—¿Te secuestraron?

—Sí hace muchos años, cuando era un niño.

—Ya veo, entonces este bosque no te trae buenos recuerdos.

—Pues no, pero ahora mismo lo más importante es encontrar a Anabella sana y salva.

—Tienes razón —dijo Helian mirando detenidamente el lugar por el que pisaba—. ¿Dónde te encerraron?

—En una casucha abandonada en medio del bosque... un momento... —dijo recordando de repente—, ¡eso es!

Helian levantó la mirada, confuso.

—¿Qué?

—La casucha abandonada. Solo allí podrían haber llevado a Anabella. Cuando me secuestraron y me encontré con mi, ahora, segundo al mando, me contó que era la única casucha que había en el bosque y que normalmente lo ocupaba gente de baja calaña que atacaban a los viajeros.

—¿Sabes dónde se encuentra?

—La verdad es que no mucho, pero recuerdo que estaba junto a unas montañas muy escarpadas, casi en las lindes del bosque.

—Unas montañas... —dijo Helian pensativo—, entonces debemos ir al oeste porque mi pueblo está al sur y el castillo está al norte, por lo tanto el camino es por ahí —dijo el chico señalando una dirección con el dedo.

—Pues pongámonos en marcha, cuanto antes lleguemos, antes podremos salvar a Anabella.

Helian asintió y ambos se subieron en los caballos para poner rumbo al lugar donde Dreick deseaba que estuviese Anabella.

Arion y Anabella iban por el camino en un incómodo silencio que hacía cavilar a cada uno con sus cosas. De repente, Anabella miró al hombre que parecía concentrado en el camino. No parecía ser tan mayor como cuando estaba enfadado, es más, si se asease un poco podría hasta ser atractivo.

—Cuando consigáis la medicación, ¿qué pensáis hacer luego?

—Intentar alejarnos de este lugar. El príncipe podría cambiar de opinión con respecto a mis hermanos y a mí. Queremos que nuestra hermana pueda casarse con un buen hombre.

—No creo que el príncipe cambie de opinión.

—Todos los príncipes lo hacen, al igual que los reyes.

—¿Acaso os ocurrió algo con algún rey?

—Digamos que vivíamos en un reino de opresión y miedo. El rey nos pedía unos impuestos que no podíamos pagar y mis hermanos y yo nos vimos obligados a huir una noche de allí. Un rey muy cruel.

—El padre de Dreick no se caracteriza por su crueldad, es más, es muy benevolente si la situación lo requiere, solo castiga al que se lo merece.

—No podríamos ir a un lugar donde está un rey cuyo hijo hemos atacado.

—Lo solucionaremos, no te preocupes. ¿Has montado en caballo antes? *Fugaz* no se ha deshecho de nosotros.

—Parece un caballo dócil, no es muy difícil de montar, de todas formas sí que tengo experiencia con caballos.

—Ya veo. No eres tan malo como aparentas ser.

—He tenido que crearme un perfil malvado para poder subsistir y evitar los ataques de verdaderos ladrones que solo buscan nuestras pertenencias y quizás violar a nuestra hermana.

—Ha tenido que ser muy duro.

—Lo más duro de llevar es la enfermedad repentina de Alina.

—La diferencia si no se trata bien y a tiempo puede ser mortal. Conseguiremos ese medicamento.

—Ojalá que los astros te oigan.

A lo lejos pudieron oír unos caballos que corrían al galope en dirección hacia ellos y Arion se detuvo mirando hacia el frente. Podía oír varias pisadas, probablemente se tratase de dos caballos. De repente, aparecieron por el camino, dos caballos con sendos jinetes montados en ellos.

Anabella al verlos, quiso bajarse pero Arion la detuvo.

—Si te bajas, me matarán.

Ella miró al hombre y entonces vio como Dreick y Helian se bajaban de sus caballos sacando sus espadas.

—Tú fuiste el que me atacó y me golpeó en la cabeza —dijo Dreick apuntándolo con la espada—. Deja a Anabella y a mi caballo ahora mismo o juro que te mataré.

—Dreick —dijo Anabella—, no hagas una tontería, hay una explicación para todo esto.

—Huye, Anabella, Helian te llevará a un sitio seguro.

—No lo entiendes. Escúchalo.

—¿Qué quieres que escuche? ¿Que me atacó y te secuestró? Eso me quedó muy claro.

—Lo hizo por una razón de fuerza mayor. Deja que se explique, por favor. Bajemos Arion, no dejaré que te hagan daño.

El hombre asintió y los dos se bajaron del caballo bajo la atenta mirada de Dreick.

—No quiero escuchar razones, solo quiero hacer justicia.

—Maldita sea, Dreick, escúchalo, tú no has visto lo que yo vi en ese lugar, necesitan de nuestra ayuda. Tienen una hermana enferma que necesita medicación o se morirá. Tenemos que ayudarlos, yo misma vi cómo de mal estaba su hermana.

Dreick la miró, confuso.

—Pero te secuestraron, Anabella.

—Lo sé. Óyeme, vamos a ayudarlos. Él no nos hará daño —dijo señalando a Arion.

Helian se acercó a Dreick.

—Anabella parece muy tranquila, no creo que mienta ni se sienta amenazada.

Dreick miró a su amigo.

—¿Tú crees?

—Lo creo. Dice la verdad. Si su hermana está enferma habrá que ayudarlo. Solo es un consejo.

El príncipe meditó durante unos instantes y luego miró a Arion.

—Te vamos a ayudar, pero suelta a Anabella y a mi caballo.

—¿Cómo creeré tu palabra? Aún me estás apuntando con una espada.

Dreick miró a Helian y le hizo un gesto. Ambos envainaron sus espadas y levantaron las manos. Arion, entonces, instó a Anabella a acercarse al príncipe.

Cuando estuvo cerca, Dreick la abrazó con fuerza.

—¿Estás herida? ¿Te hicieron algo? No me mientas, por favor.

—Estoy bien, solo un poco magullada.

Dreick tomó las manos de Anabella y besó las muñecas heridas con delicadeza.

—Helian, encárgate de conseguir el medicamento para la hermana de este hombre y que vaya contigo —dijo Dreick mirando a Arion por unos segundos.

Helian asintió.

—Sígueme —dijo el chico.

—No tengo caballo —dijo Arion.

—Puedes coger este —dijo Dreick señalando el caballo que había montado él minutos antes.

Arion se acercó lentamente, mirando al príncipe con sospecha por si decidía atacarlo por la espalda, pero Dreick estaba más atento a lo que le sucedía a Anabella. Cuando los dos hombres se subieron a los caballos y se alejaron, la pareja se abrazó.

—¿Estás bien? —preguntó Anabella— ¿Te duele la cabeza? El golpe fue muy fuerte.

—Estoy bien, no me preocupaba el golpe, me preocupabas tú.

—Pasé miedo, no te lo niego, pero estoy bien. No son tan malos como aparentaron. Lo hacían por su hermana.

—Podían haber acudido al castillo y pedir ayuda.

—No son de esta región. Al parecer huyeron de otro reino con un rey tirano.

—¿Huían de otra región?

—Sí, me contó que les obligaban a pagar unos impuestos muy altos y se vieron en la obligación de irse de allí en busca de algo mejor.

—Podrían haber pedido asilo en mi reino.

Anabella se abrazó a él.

—Se lo puedes ofrecer ahora. Es bueno con los caballos y estoy segura que sus hermanos también. Ella podría ser una sirvienta en el castillo cuando se recupere.

—Quizás. Esperemos a ver qué ocurre ahora.

La joven asintió y ambos se sentaron bajo la sombra de un árbol, aunque ya estaba a punto de caer la noche. Tras un rato largo de espera, se oyó el ruido de cascos que se acercaban al galope.

Dreick miró hacia el camino por donde venían, sosteniendo a Anabella que se había quedado dormida. Helian y Arion aparecieron casi al instante y se detuvieron ante él.

—¿Habéis conseguido la medicación?

Helian se bajó del caballo y asintió. Arion aún permanecía subido al suyo llevando en la mano una bolsita de tela con un cordel que lo cerraba.

—¿Puedo marcharme? —preguntó Arion.

—Espera —dijo Dreick, dejando a Anabella apoyada contra el árbol e incorporándose—, me ha contado tu historia y la de tus hermanos. Siento haberos juzgado como lo hice, pero entiéndeme. Nos atacasteis de esa forma y os llevasteis a Anabella. Ella es especial y realmente estaba asustado. ¿Aceptarás mis disculpas?

Arion lo miró.

—Quien debería pedir perdón aquí somos mis hermanos y yo. Estábamos desesperados por conseguir dinero que no pensamos en las consecuencias de lo que hacíamos.

—Por mi parte estáis perdonados —dijo Dreick—. Me habéis devuelto a Anabella sana y salva. Os lo agradezco.

Arion asintió y miró a Anabella que dormía profundamente.

—Lo mejor sería que me acompañarais a la casucha en la que estamos, es tarde y así podéis descansar. El espacio es reducido, pero estaréis cobijados.

Dreick asintió. Se acercó a Anabella y la sacudió levemente.

—Anabella, despierta.

Ella movió la cabeza haciendo un gesto extraño que divirtió a Dreick.

—Un poco más —dijo ella.

—Vamos a un lugar mejor para descansar. No podemos quedarnos en medio del bosque.

—Mmm...

Dreick sonrió y sin más la cogió en brazos para dirigirse al caballo. Helian lo ayudó a sostenerla mientras se montaba y luego la colocó delante. La joven apoyó la cabeza en su hombro suspirando.

Helian se montó en su caballo mirando con envidia a Dreick y Anabella. Verlos hacía que los recuerdos de Niseya volvieran con fuerza. Intentó apartar esos tristes pensamientos de su mente. No podía sentirse triste cuando necesitaba más fuerza que nunca para tratar de salvarla.

—Estamos listos —dijo Dreick a Arion.

Arion asintió y se puso en camino. Al rato llegaron a la casucha y muchos recuerdos del pasado vinieron a la mente de Dreick. Aquella misma casucha había sido su celda durante algunos días hasta que Nitziel lo sacó de allí. Parecía que alguien había construido una habitación al lado porque él no recordaba aquella parte. Una vez allí, todos se bajaron de los caballos.

—Entrad, que yo me encargo de los caballos —dijo Helian.

Los dos hombres asintieron y se dirigieron al interior de la casucha.

-

21. Buenas noticias.

Una vez dentro, Sen y Meidan se acercaron a su hermano, mirándolo con la esperanza reflejada en sus rostros.

—¿Has conseguido la medicación? —preguntó Sen.

Arion sonrió levemente y le tendió la bolsa con la medicación.

—Hay que dárselo en infusión.

Sen asintió con una sonrisa y corrió a preparar el remedio para salvar a su hermana.

Arion miró a Dreick y señaló una esquina donde había un montón de paja.

—Puedes dejarla allí. Meidan te alcanzará algo con qué taparla.

—Gracias —dijo Dreick acercándose al montón de paja donde depositó a Anabella, que estaba profundamente dormida.

El mediano de los tres hermanos se acercó y le tendió una manta con la que la tapó.

—Sentimos mucho haber hecho lo que hicimos —dijo Meidan.

Dreick lo acalló.

—No te preocupes, cierto es que me enfadé mucho con vuestro hermano y estuve a punto de atacarlo, pero cuando me explicaron la situación comprendí todo. Yo también tengo una hermana y hubiese hecho cualquier cosa por ella. No os preocupéis, lo importante ahora es que se recupere.

—Gracias —dijo Meidan haciendo una leve reverencia.

Helian entró en la casucha y se sentó junto a la puerta.

—Se van a preocupar en el castillo, Dreick.

—Lo sé, pero no podemos hacer nada, es tarde y Anabella está cansada.

—Tú también deberías descansar, recibiste un golpe en la cabeza y me apuesto lo que sea que tienes un chichón.

Dreick se llevó una mano a la zona golpeada e hizo un gesto de dolor al tocar el chichón que se le había formado tras el golpe.

—Quizás tengas razón.

—Ve junto a Anabella.

El joven asintió y se acercó a la joven para acostarse a su lado. La abrazó con fuerza y casi al instante se quedó dormido.

Sen echó en un tazón el agua caliente para luego echarle una pizca de la mezcla medicinal que había conseguido su hermano mayor. Lo removió y, cogiéndolo entre sus manos, lo llevó a la habitación donde dormía su hermana.

Una vez dentro, se sentó al lado del débil cuerpo de la joven que respiraba con cierta dificultad.

—Alina, te traigo la medicación, gracias a esa chica la conseguimos —dijo Sen sonriendo mientras la incorporaba.

La joven abrió los ojos y tras mirar a su hermano, sonrió levemente. Este le acercó la taza a los labios para que bebiese el brebaje que la curaría. Ella al olerlo arrugó la nariz, pero aún así bebió varios sorbos a pesar del mal sabor que tenía. Luego su hermano la volvió a recostar y volvió a quedarse profundamente dormida.

Salió de allí sin hacer ruido y sus hermanos lo miraron.

—Se lo tomó todo, ahora habrá que esperar a ver si le hace efecto.

—Seguro que sí, el médico al que acudimos tu hermano y yo es de los mejores de la nación —dijo Helian mirándolos.

—Nos lo han dicho. Cuando vinimos, gente del pueblo nos recomendaron que fuésemos allí.

—Hicisteis bien.

—Podríamos haber llegado a esto por otros medios, no de la forma vil en que lo hicimos —dijo Sen colocando la taza junto al caldero donde había hervido el agua.

—La verdad que la forma no fue la adecuada para conseguir el dinero, pero olvidémoslo. Ahora ellos están juntos y descansando tranquilos —dijo mirando a la pareja que dormía profundamente.

—Deberíamos irnos a descansar todos.

—Yo me quedaré vigilando a Alina —dijo Arion—. Alguien debería vigilarla mientras el medicamento le hace efecto.

Ambos hermanos asintieron y el mayor entró en la habitación de su hermana. El resto se fue a dormir.

Niseya estaba recostada en su cama sin poder dormir. Las molestias no habían cesado y sus sospechas se hacían realidad. Estaba embarazada de Kartik.

Aquello la hizo sentir desdichada porque si Helian se enteraba quizás no la sacaba de allí y tendría que vivir para siempre con el príncipe que tantos problemas le había traído últimamente.

Se había dado cuenta de que se pasaba mucho tiempo en la habitación donde estaba el espejo que llevaba al otro lado. Ella se preguntaba qué era lo que haría allí encerrado durante horas y horas. Solo deseaba que no cruzara hacia allá y se alejara demasiado del espejo. Había sido cruel con ella, pero tampoco le deseaba tanto mal.

Ella solo quería irse de allí con Helian y ser feliz, cosa que creyó posible al lado de Kartik y que a base de humillaciones y vejaciones le hicieron darse cuenta que eso no era la felicidad con la que soñaba.

Se tocó el vientre suavemente y al poco se quedó profundamente dormida.

Mientras, Kartik se encontraba en la habitación donde estaba el espejo observando la habitación de la chica. Allí se encontraba la madre de esta recostada en la cama abrazada a lo que parecía una muñeca. Los hombros de esta se movían evidenciando el llanto desesperado de una madre por la desaparición de su hija.

—Es tan bella —habló hacia el espejo posando una mano sobre el cristal—. Desearía tenerla junto a mí.

El marido de esta apareció en la imagen y se agachó frente a su mujer, intentando consolarla lo que consiguió que Kartik se sintiera celoso porque ese hombre podía tenerla y él no.

Con rabia se giró y salió del allí dando un fuerte portazo. Él no quería que ese hombre tocara a esa bella mujer. Ella tenía todo el porte de una reina.

El de su reina.

Quizás podría traerla a su castillo y convertirla en su mujer. Planeándolo bien, seguro que algún día la traería y la haría suya.

Con ese pensamiento se dirigió a su habitación y se acostó a dormir.

Alina despertó al amanecer sintiéndose un poco mejor. No sentía tanta dificultad para respirar y el frío de su cuerpo había desaparecido. Las fuerzas aún no habían regresado del todo, pero podría decir que estaba recuperándose.

Miró a su alrededor y vio a su hermano mayor sentado en el suelo con la espalda apoyada en la pared. Seguramente se había quedado dormido en el transcurso de la noche.

—Arion —dijo Alina en un tono bajo para no asustarlo y casi con temor de hablar por si le salía la voz como en los días anteriores.

El hombre abrió los ojos y al ver a su hermana sentada en la cama mirándolo, se incorporó rápidamente y se acercó.

—Alina, ¿cómo te sientes? —dijo palpándole la frente para ver si tenía fiebre.

—La verdad es que me siento un poco mejor. No me duele al respirar y no siento frío. La voz parece que ha mejorado.

Arion la abrazó con fuerza y ella sonrió, dejándose abrazar.

—No sabes lo que me alegra saber que te sientes mejor.

—Y yo por vosotros porque no habéis sido hechos prisioneros. Hicisteis mal al secuestrar a esa chica.

—La desesperación nos llevó a esto, Alina. Estabas muy mal.

—Había otros medios.

—Mejor olvidémonos de lo que ha ocurrido y concéntrate en recuperarte.

La joven asintió y su hermano se levantó. Le dijo que iba a buscar algo para comer y tomarse el medicamento. Cuando salió fuera, al momento aparecieron los otros dos hermanos que la abrazaron sonriendo junto con el mayor.

—Que alegría nos da que estés mejor —dijo Sen.

Alina sonrió.

—Ahora no tendremos que preocuparnos por mi enfermedad y buscar un lugar mejor donde vivir.

—Por eso no os preocupéis —dijo el príncipe Dreick apoyado en la entrada de la habitación—. He estado pensando mucho, ya que Anabella me ha contado vuestra historia, creo que deberíais venir a mi castillo y podríais trabajar allí.

Los cuatro hermanos lo miraron con la sorpresa reflejada en sus rostros.

—¿Qué? —preguntó Meidan sin creérselo.

—Lo que oís, sé lo que os ha ocurrido y merecéis un futuro mejor. A vosotros os ofrezco trabajar en las caballerizas del castillo —dijo mirando a los tres chicos— y a ti, te ofrezco ser la doncella de Anabella —esta vez miró a Alina.

—¿Doncella? ¿Yo?

—Sí.

—Eso sería maravilloso —dijo mirando a sus hermanos—, iremos al castillo ¿verdad?

Los tres varones se miraron sin saber muy bien qué decir. Arion entonces miró al príncipe.

—Después de todo lo que hemos hecho ¿aún quieres ofrecernos trabajo? ¿Por qué?

—Todos nos merecemos una segunda oportunidad —dijo Dreick—. Hicisteis esto por la situación en la que os visteis y no es justo que alguien se vea obligado a hacer algo que realmente no quiere.

—Yo acepto —dijo Sen.

Dreick sonrió ampliamente.

—Serás bienvenido.

—Yo también acepto —dijo Meidan.

—Solo faltas tú, Arion —dijo el príncipe.

—Vamos, hermano —Alina lo miró.

Lo meditó durante unos segundos y finalmente asintió.

—Acepto.

—Me alegra oírte decir eso, quiero partir cuanto antes, ¿crees que tu hermana podrá ponerse en camino hasta el castillo?

Arion miró a su hermana, dudando.

—La verdad es que aún está un poco débil, no sé si soportaría el camino.

—Lo mejor es que descanse —dijo Anabella apareciendo detrás de Dreick y sonrió a Alina—. Qué bueno que estés mejor, pero como ya he dicho, ella no está recuperada del todo, la medicación ha hecho gran parte del proceso de curación, aunque su cuerpo aún está débil. Mejor que descanse unos días más.

—Os estaremos esperando en el castillo, cuando lleguéis decidle al guardia de la puerta que venís de parte mía, él sabrá de vosotros y os dejará pasar.

—Gracias. Gracias por todo —dijo Arion.

—No hay nada que agradecer. Nosotros debemos partir ya hacia el castillo, los reyes estarán preocupados por nosotros.

Todos asintieron y se despidieron hasta que se volviesen a ver. Anabella y Dreick salieron de la casucha, Helian los esperaba fuera con los caballos listos.

—Nos despedimos aquí —dijo el joven montándose en su caballo—, debo seguir entrenando para poder salvar a Niseya.

—Recuerda lo que hablamos, por favor —dijo Anabella.

—Lo recordaré —dijo Helian sonriendo levemente.

—Espero que nos veamos pronto —dijo Dreick mientras se acercaba a su caballo.

Helian se alejó al galope y la pareja se subió en los caballos para poner rumbo al reino.

A medio camino sintieron el galope de varios caballos. No muy lejos aparecieron los guardias del castillo armados. A la cabeza iba Nitziel, que al verlos suspiró aliviado.

—¡Dreick! —exclamó Nitziel— ¡Menos mal! Pensamos que os había ocurrido algo. El castillo entero está preocupado por vosotros.

—Tuvimos un pequeño percance —contestó Dreick.

—¿Qué sucedió?

—Nos atacaron ayer por la mañana y secuestraron a Anabella, tuve que pedir ayuda a Helian.

—¿Estáis bien?

—El susto metido en el cuerpo, pero nada más. Todo quedó en un malentendido y ya está solucionado.

Nitziel miró a Anabella y vio las muñecas aún marcadas.

—Anabella, necesitas que alguien te cure esas heridas.

Ella sonrió levemente.

—No es grave, estoy bien.

—¿Segura?

—Sí, claro.

—Volvamos al castillo, entonces, los reyes se alegrarán de veros.

—Ya tengo ganas de verlos —dijo Dreick.

Todos se pusieron en camino seguidos por los guardias del castillo. Anabella, entonces, se acordó de Silvana.

—¿Cómo se encuentra Silvana? Cuando nos fuimos se encontraba un poco mejor.

—Ya está mucho mejor. Ya se levanta y sale a pasear —dijo Nitziel y sonrió levemente, pero evitando que lo viesen.

Quería hablarlo con Dreick cuando estuviesen en el castillo, la opinión de su mejor amigo era importante para él.

—Qué bien. Tengo ganas de verla.

—Seguro que se alegrará de veros a ambos.

El viaje de regreso se hizo bastante corto y al llegar al castillo, los esperaban los reyes,

Silvana y el pequeño Kerel. El pequeño se acercó corriendo hacia el caballo de su hermano justo cuando este bajaba.

—Hola, pequeñajo —dijo Dreick alborotándole el pelo a su hermano pequeño mientras sonreía—. ¿Has cuidado bien de nuestros padres y hermana?

El pequeño asintió.

—Fui el hombre de la casa.

—Me alegro mucho.

—Tengo que enseñarte una cosa que descubrí ayer con Inay.

—Perfecto, me lo enseñas luego ¿vale?

El niño volvió a asentir y Dreick ayudó a bajar a Anabella del caballo. Ambos se acercaron al resto que sonrieron aliviados al verlos.

—Nos habíais tenido preocupados —dijo el rey.

—Ya te contaré, lo importante es que estamos de vuelta y Anabella necesita unas pequeñas curas.

—No es nada, Dreick, se me quitará.

—¿Qué te pasó? —preguntó Silvana acercándose a su amiga.

—Es una historia larga de contar, vamos dentro y te cuento.

Silvana asintió y ambas entraron dentro mientras los reyes miraban a su hijo.

—¿Qué sucedió? Pensé que vendríais ayer —dijo el rey.

—Tuvimos un pequeño altercado en el camino, pero todo quedó en un error, de todas formas quiero hablarlo contigo tranquilamente ya que me he permitido ciertas libertades a las que espero que no te opongas.

—Entonces vayamos dentro.

—Iré a coger el ungüento de las heridas que uso con Kerel para curar las muñecas de Anabella —dijo la reina.

La mujer entró y los dos se quedaron a solas, luego pasaron al despacho del rey donde ambos se sentaron.

—Ahora me vas a contar qué ocurrió.

El chico asintió y le contó la historia de los cuatro hermanos.

—Por eso me vi en la obligación de ofrecerles trabajo, lo han pasado muy mal. Se merecen un futuro feliz.

—Eres tan noble como tu madre —dijo el rey sonriendo—. Ella hubiera hecho lo mismo.

—¿Aceptas entonces mi decisión?

—Por supuesto. La desesperación te lleva a hacer cosas indeseables, así que entiendo lo que hiciste.

—Perfecto, habrá que avisar a los guardias para que cuando lleguen los dejen pasar. Tardarán un poco porque su hermana se está recuperando.

—De acuerdo, lo dejo en tus manos.

El joven asintió y salió del despacho para hablar con los guardias.

Mientras tanto, Silvana y Anabella se encontraban en la habitación de la primera.

—¿Te secuestraron?

—Sí, pero se portaron bien luego cuando me enteré de la enfermedad de su hermana. Por suerte ya está recuperándose.

—Me alegro mucho por ella.

—Pero cuéntame de ti, ¿cómo te encuentras? Cuando me fui estabas recuperándote.

—Bastante bien, la verdad, han sucedido tantas cosas que no sé por dónde empezar.

—Estoy deseando escucharte.

—Descubrí que Dreick no fue quien me sacó del pozo, sé que fue Nitziel.

—¿Cómo lo descubriste?

—Bueno, primero fue vuestras caras de sorpresa cuando le di las gracias a mi hermano y luego tuve un sueño, aunque creo que fue más bien un recuerdo en el que veía su cara estando allí abajo. Él me lo confirmó. Estaba en la biblioteca y no me negó la verdad, yo le dije que no me iba a enfadar por saberlo y después... —la joven se sonrojó— nos besamos.

Anabella la miró con sorpresa.

—¿Os besasteis? ¿De verdad?

—Sí —dijo Silvana sonriendo—. Fue tan bonito.

—Jamás lo imaginé, pero me alegro mucho por ti.

—Más me alegro yo. No es tan malo como yo lo pintaba, su pasado es de lo más triste.

—Dreick me contó algo en casa de Helian. Él confía en su inocencia.

—Yo también confío, es imposible que un niño matara a su padre.

—Opino lo mismo —dijo Anabella.

La puerta se abrió y apareció la reina con el bote de ungüento en las manos.

—Te voy a echar un poco en esas muñecas, te aliviará y ayudará a curarse, Anabella.

—Gracias —dijo la joven.

La reina se acercó y con delicadeza puso el ungüento en las heridas de las muñecas, al principio le escocieron un poco, pero luego sintió bastante alivio.

—Esto ayudará. Supongo que mi hija te estaba contando los últimos acontecimientos.

—Sí y me alegro mucho por ella, la verdad que me sentía muy culpable por ella porque la había dejado sola.

—No te culpes —dijo Silvana—, entiendo que quieras estar con mi hermano, el amor que os tenéis es maravilloso y no me importa.

—Ahora has encontrado tu amor y vas a estar con él, así que aprovéchalo —dijo Anabella cogiendo las manos de su amiga con una amplia sonrisa.

Silvana la abrazó, sonriendo.

22. El pasado vuelve.

Nitziel se reunió con su amigo Dreick en la biblioteca para contarle lo que ocurrió con su hermana en su ausencia. Necesitaba la aprobación de su amigo con el que tanto ha compartido y con el que tantas cosas ha vivido.

—¿Para qué querías verme? —preguntó Dreick mientras se servía un vaso de whisky— Me has tenido intrigado.

—Se trata de tu hermana Silvana.

—¿Qué pasa con ella?

—Anteayer mientras se producía la tormenta, yo estaba aquí bebiendo cuando ella apareció en busca de un libro para poder dormir porque se había desvelado. Yo me sentía mal al recordar mi pasado cuando ella apareció. Le di la razón al decir que yo era un salvaje porque había matado a mi padre y ella intentó convencerme de lo contrario porque se dio cuenta que fui yo quien la sacó del pozo y no tú. Después de eso, nos besamos.

Dreick frunció el ceño mientras dejaba la bebida sobre la mesita donde estaban las botellas.

—¿Os besasteis? Pero ¿no os odiabais?

—Yo pensaba que ella me odiaba, que fue la razón por la que no le conté nada sobre quién había sido su verdadero salvador. Ella se dio cuenta y dice que ahora no me ve como un salvaje. Le hablé de mi pasado y piensa lo mismo que tú.

—No logro entenderlo, mi hermana y tú... Siempre os habéis llevado tan mal y ahora de repente ocurre esto.

—Lo que ocurrió esa noche con ese beso fue especial y empiezo a sentir algo que no sentía antes, quería contártelo porque aparte de mi amigo, también eres su hermano y tienes derecho a saberlo. Necesito saber qué piensas.

Nitziel lo miró fijamente, esperando una respuesta.

Dreick dio un par de vueltas por la biblioteca sin decir nada y luego lo miró.

—Sigo sin entenderlo, pero si eso os hace feliz a ambos tenéis mi aprobación. Sé que no le harás daño.

—Solo quiero pedirte algo.

—Lo que sea.

—Si por casualidad ves que le hago daño, no dudes en encerrarme en la mazmorra más oscura de este castillo, no soportaría saber que le hago algo de lo que pueda arrepentirme. Ella es delicada y yo soy quien soy. No voy a negar mi pasado, por eso quiero que intervengas en cuanto veas que algo no va bien entre ella y yo. ¿Lo harás?

—No le vas a hacer nada.

—Promételo —insistió.

Las miradas de ambos se cruzaron y finalmente, Dreick asintió con convicción.

—Sabes que por mi hermana haré lo que sea. Te lo prometo.

—Gracias.

Ambos se dieron la mano para cerrar el trato y el joven príncipe sonrió.

—Esto hay que celebrarlo ¿no? Mi hermana y mi mejor amigo juntos.

Nitziel sonrió y asintió mientras Dreick servía dos vasos de abundante whisky que se tomaron entre risas.

Dreick apostaba que todo iba a salir a la perfección en aquella relación. Tendrían sus peleas por lo diferentes que eran, pero lo mejor de esas situaciones son las reconciliaciones.

Unos días más tarde, los cuatro hermanos de la cabaña del bosque se acercaron al castillo con las ilusiones puestas en sus futuros trabajos allí. Arion siguió las indicaciones que le dio Dreick antes de partir y al poco rato, los cuatro estaban dentro en un salón amplísimo.

No tuvieron que esperar mucho ya que al instante apareció Dreick acompañado del rey.

Rápidamente, los hermanos hicieron una reverencia a ambos. El príncipe sonrió y se les acercó dándoles una calurosa bienvenida.

—Me alegro mucho de veros —dijo sonriendo.

—Alina está completamente recuperada, gracias a vos y su bondad —dijo Sen.

—No tienes por qué darlas.

El rey se acercó.

—Mi hijo me ha contado vuestra situación y quise venir personalmente a daros la bienvenida

—Gracias su majestad, el honor es nuestro —dijo la joven haciendo una reverencia.

—Bien —dijo Dreick—, avisaré a uno de los criados para que os digan dónde están vuestras habitaciones y descanséis por hoy, mañana comenzaréis con vuestras tareas.

—Como usted mande —dijo Arion

—Esperad aquí, entonces —dijo Dreick saliendo de la sala con su padre.

Los hermanos esperaron dentro de la salita mientras Dreick buscaba a algún sirviente que los acompañara a las habitaciones que los cuatro hermanos iban a ocupar. Cuando encontró a uno, le indicó lo que tenía que hacer y este obedeció al instante.

Los hermanos siguieron al sirviente por los pasillos admirando todo lo que veían hasta que Alina reparó en alguien que venía de frente. Aquellos rasgos creyó reconocerlos en un rostro perdido hacía muchos años. Sin saber muy bien por qué se giró cuando pasó y dijo:

—¿Nitziel?

El joven se detuvo y se giró, confuso.

—¿Nos conocemos? —preguntó él.

Los hermanos de la joven también se giraron y vieron como Alina se acercaba al chico.

—¿No me recuerdas? —preguntó ella mirándolo fijamente— Han pasado muchos años.

Nitziel observó detenidamente a la chica y de repente vino a su mente la imagen de una niña de trenzas que lo seguía a todos lados para jugar.

—¿Alina?

Ella sonrió abiertamente y corrió a abrazarlo haciendo que casi se cayeran al suelo. Nitziel apenas pudo reaccionar. ¿Qué hacía ella allí?

—Me alegro tanto de volver a verte, pensé que jamás te encontraría de nuevo.

—¿Qué... qué haces aquí?

—Vengo a trabajar al castillo como doncella, mis hermanos van a las caballerizas. Tuvimos que abandonar nuestro pueblo. El rey ha subido demasiado los impuestos y hay gente pasando hambre.

Algo dentro de Nitziel se removió y se apartó un poco. Ella lo miró.

—Sabes que yo no tengo nada que ver con ese lugar. Yo... yo...

—Eso ahora no importa, volvemos a encontrarnos y no sabes lo que me alegra ver que estás vivo y bien.

Nitziel intentó sonreír.

—Debo marcharme, ya nos veremos.

Alina asintió con una resplandeciente sonrisa y vio a Nitziel alejarse. Luego volvió con sus hermanos para volver a seguir al sirviente que los miraba con cierto fastidio porque tenía cosas que hacer.

Nitziel debía reunirse con Dreick en la biblioteca y por el camino iba pensando en aquel encuentro que había tenido en el pasillo que daba a las habitaciones de los sirvientes.

Aquella chica que había conocido en su infancia estaba allí. Él que no querían ningún vínculo con su pasado y por allí aparecía esa joven.

Cuando llegó a la biblioteca miró a su amigo fijamente y este, casi como si le hubiese leído la mente, dijo:

—Vienen de las tierras de tu tío —dijo Dreick—, ¿verdad? Solo un rey como él podría ser tan tirano.

—Vienen de allí, la chica me reconoció.

—¿Te reconoció?

—Sí, jugábamos juntos cuando era pequeño y aún vivía en el castillo.

—Ya veo. Se pondría muy contenta ¿tú no te alegras?

—No quiero tener relación con mi pasado, Dreick. Que ella esté cerca me hará recordar todo lo que pasó y de verdad que no quiero volver a tener pesadillas.

—Necesitas enfrentarte al pasado. Si no lo haces, no podrás seguir adelante.

—Estoy bien como estoy, no tengo que recordar nada del pasado, no quiero.

—Nitziel, escúchate. No podrás hacerlo teniendo a esos hermanos por aquí, te lo recordarán continuamente.

El joven se acercó a la ventana para mirar fuera. Se negaba a pensar en el pasado, no quería revivir las pesadillas que lo habían asolado desde que abandonó el castillo.

—Quiero olvidarlo, Dreick. No quiero seguir recordando, ya no soy Nitziel, el príncipe; yo soy Nitziel —dijo y se giró para mirarlo—, tu segundo al mando.

—¿Estás seguro de esto?

—Muy seguro. No quiero recordar más. Quiero vivir este momento que estoy viviendo. Ahora soy feliz, no solo por estar aquí sino, también, por poder estar con tu hermana.

Dreick sonrió.

—La quieres mucho.

—Tantas discusiones parece ser que nos unió mucho.

—Me alegro. Se os ve muy bien juntos.

—Por eso mismo no quiero empañar esto por mi pasado, ella lo sabe, pero no hablamos del tema.

—Te comprende.

Nitziel asintió y mostró una leve sonrisa.

—Debemos hablar sobre otro tema relacionado con unas tierras del norte.

—Perfecto, pongámonos a ello, acomodémonos y tomemos algo.

El joven segundo asintió y se dirigió al aparador para servir dos vasos de bebida, luego ambos se sentaron en sendos sillones para hablar del tema.

Kartik había salido al jardín de su palacio porque necesitaba tomar aire. Su obsesión por la mujer del otro lado del espejo estaba incrementando haciéndole desear tenerla a su lado y no soltarla jamás. Lo que de verdad le molestaba era el hecho de que ese hombre, que supuso sería su esposo, estuviese tan cerca de ella.

Los celos le carcomían por dentro. Deseaba cruzar el espejo y matarlo para llevársela con él.

No dejaba de dar vueltas por el jardín cuando apareció Niseya con la cabeza baja y con una ligera palidez en su rostro.

—Señor —dijo ella casi en un susurro.

—¿Qué quieres? —preguntó Kartik bruscamente.

—La comida está lista para ser servida.

—Enseguida voy —la joven asintió y se giró. Aquel movimiento provocó que se mareara y se tambalease su cuerpo. No se encontraba nada bien y Kartik lo notó— ¿Se puede saber qué te pasa?

—Nada, señor, solo estoy un poco mareada.

—Entonces dile a otro sirviente que se encargue de la comida, no quiero que te desmayes sobre ella y me la estropees.

—Como usted ordene, señor.

La joven se dirigió al interior dejando a Kartik con oscuros pensamientos sobre la madre de Anabella.

Primero debía conseguir el diario de la joven. Podría extorsionarla con ello de alguna manera. Una sonrisa malvada apareció en su boca y sin dudar, volvió al interior del castillo para comer y luego pasar al otro lado en busca del apreciado diario de la Anabella.

Se sentó en el gran comedor a degustar de los platos que habían preparado para el almuerzo con cierta rapidez, no podía esperar el momento de tener algo tan valioso entre sus manos.

Una vez terminó, corrió hacia la habitación donde estaba el espejo y tras hacerse una pequeña herida en un dedo abrió el portal para poder atravesarlo. Antes de hacerlo miró hacia la habitación y al no ver a nadie, aprovechó para entrar y coger el diario que estaba sobre la mesilla de noche.

Con este en las manos se dispuso a volver lo más rápido posible y justo cuando traspasaba el umbral del espejo, la puerta de la habitación se abrió.

Alguien gritó y Kartik se vio obligado a cerrar el portal del espejo rápidamente. Miró hacia el cristal y vio a la madre de Anabella mirando el espejo y tocándolo con cara de susto. El joven se acercó y posó su mano justo donde estaba la de ella deseando que no hubiese un cristal de por medio.

Girándose se alejó del espejo.

Mientras tanto, la madre de Anabella observaba como loca aquel espejo que tenía su hija en la habitación. Al instante apareció su marido tras oír el grito.

—¿Qué ocurre?

La mujer lo miró.

—Acabo de ver a alguien cruzar el cristal de este espejo.

El hombre entró para acercarse a ella y alejarla.

—¿Qué dices? ¿Cómo va a traspasar alguien un espejo? Estás cansada de no dormir y seguro que te lo imaginaste.

—¡No! ¡Yo sé lo que vi! Si ese alguien pudo hacerlo, Anabella también podría haberlo hecho. Tú mismo dijiste que no había ventanas forzadas y no la sentiste salir. Seguro que ella traspasó ese espejo. Ella tiene que estar por ahí. Sí, eso es.

El padre de Anabella abrazó a su mujer y la alejó del espejo.

—Es imposible que alguien traspase un cristal sin romperlo, Cath.

—Entonces ¿dónde está mi hija? ¿Por qué no hay noticias de ella por ningún sitio? —preguntó ella comenzando a llorar amargamente— Yo vi a alguien entrar por ese espejo, tienes que creerme.

—Lo mejor será que descanses, anda, vayamos a nuestra habitación.

La mujer miró al interior de la habitación una vez más antes de que su marido la sacase de allí. Lo que había visto era real, no había sido ninguna invención suya y lo iba a demostrar en cuanto su

marido se hubiese ido a trabajar. Iba a encontrar a su hija costase lo que costase.

23. Latidos fuertes.

Unos días más tarde, tras su regreso, Anabella se levantó temprano y bajo al campo de entrenamiento de los soldados del castillo. Quería seguir con su entrenamiento de espada que había dejado de lado por el ataque sufrido en el castillo de Kartik y todo lo que había ocurrido después.

Le había costado algunos días conseguir un pantalón para poder estar más cómoda, ya que con vestidos era imposible moverse. Por suerte, Silvana le había ayudado a conseguir unos de Dreick de hacía algunos años que ya le quedaban pequeños y a ella le quedaban perfectos. La blusa que llevaba puesta sí que le quedaba un poco grande, pero al menos se sentía liberada de la presión que ejercían los vestidos a su torso. Se recogió el pelo en una coleta alta dándose cuenta de que en el tiempo que llevaba allí le había crecido bastante y apenas se había percatado hasta ese momento.

Al llegar al campo de entrenamiento, los soldados la miraron con sorpresa. Nadie se esperaba que ella apareciera por allí y menos que cogiera una espada ligera y empezara a usarla. La joven al sentirse observada, se detuvo y los miró para mostrar una leve sonrisa.

—No os molesto ¿verdad?

Los soldados se miraron por unos instantes y mucho de ellos negaron embelesados por la dulce sonrisa de Anabella. Ella hizo una leve reverencia y siguió con su propio entrenamiento.

Al rato apareció por allí Dreick para hablar con uno de sus soldados cuando la vio con una espada en la mano. No se esperaba para nada verla como la estaba viendo. Se veía realmente hermosa con el cuerpo recto y el brazo en alto con la espada como si fuese una extensión de este. Sus movimientos eran elegantes y sutiles. Helian le había enseñado bien.

Al pensar en esto, repentinamente, sintió celos. Seguro que él le había enseñado la postura correcta con cada movimiento de espada. Un instinto casi animal lo llevó a ir hasta ella y tras agarrarla de la cintura por sorpresa desde atrás, le obligó a girar la cara y besarla profundamente.

Anabella abrió los ojos desmesuradamente por la sorpresa, pero luego soltó la espada y se giró hacia él para profundizar aún más aquel beso. Cuando se apartó, sonrió un poco.

—Qué efusivo ¿no crees? Estamos ante tus soldados.

—Es que te vi con la espada y me vino a la mente imágenes que realmente no desearía ver.

Anabella enarcó una ceja, divertida.

—¿Y qué imágenes son esas?

—Helian detrás de ti, indicándote las posiciones correctas para el manejo de la espada.

—¿Acaso te has puesto celoso de pensarlo? Piensa que gracias a él yo te salvé la vida.

—Y casi te pierdo en el intento.

—Pero estoy bien ¿verdad? No pienses en eso, además, creo que he perdido un poco de práctica, el brazo se me cansa.

—Es normal, tienes una cicatriz reciente en el hombro, es normal que se te cansé el brazo.

—No me duele.

—No tiene nada que ver, una herida de ese calibre tarda mucho en curarse del todo y cuesta volver a coger la espada sin que el brazo se cansé.

—¿Acaso tienes experiencia en ese sentido?

—Digamos que tengo alguna que otra cicatriz y sé de lo que hablo. Te va a costar un poco más de lo que seguro tenías en mente así que debes tener paciencia. Quizás deberías entrenarte en el arte de la daga, es más cómodo y puedes ocultarla en cualquier sitio. Por cierto —se acercó para

hablarle al oído—, me suenan mucho esos pantalones.

Ella se sonrojó.

—Silvana me dijo que eran tuyos, pero que ya no te servían.

—Te quedan muy bien, aunque no me gusta que mis soldados vean todas tus curvas —dijo él sonriendo junto a su oído—. Creo que me voy a tomar la licencia de secuestrarte y encerrarte en un sitio donde solo pueda tenerte yo.

—¿Serías capaz? —preguntó ella divertida.

Sin pensarlo, la cogió en brazos y salió de allí bajo la atenta mirada de todos los soldados que gritaron de aprobación ante aquella muestra de amor de su príncipe a la joven forastera.

—Tus soldados se alegran mucho. Creo que se sentían incómodos con mi presencia.

Dreick sonrió y se metió en el castillo para ir directamente a la habitación de ella donde se encerraron. Allí la bajó para apoyarla contra la pared y besarla con pasión. Sus manos viajan por su espalda hasta llegar a la cinturilla de los pantalones de donde sacó la camisa que ella llevaba puesta para poder tocar aquella suave y cálida piel de su vientre y luego subir poco a poco hasta rozar uno de los pechos de la joven que gimió al notar cómo sus pezones se endurecían ante el contacto.

Sin dejar de besarla, Dreick agarró la camisa y la rompió para tener libre acceso y tocarla sin nada de por medio.

—Eres perfecta, mi dulce Anabella.

Ella tenía los ojos cerrados y la cara vuelta hacia un lado mientras Dreick besaba su cuello con dulzura. Sintió cómo la camisa caía sin remedio desde sus brazos hasta el suelo y un repentino escalofrío recorrió su torso haciendo endurecer aún más los pezones que Dreick tomó entre sus dedos para jugar con ellos.

Sin pensar, la condujo hasta la cama en donde la recostó para luego ponerse de rodillas encima. Sus manos descendieron y le sacó las botas que seguramente había cogido del mismo lugar donde había estado metido el pantalón. Una vez tuvo los pies de ella libres, se dirigió a la cinturilla para quitárselo lentamente.

Anabella se dejaba llevar por la pasión y se dejó desnudar por completo. Cuando sintió la mano de Dreick sobre su centro, algo se encendió en su ser y abrió los ojos que habían permanecido cerrados hasta ese momento.

Los ojos de Dreick brillaban de deseo y al mirar hacia su entrepierna pudo ver cómo su miembro había crecido aún manteniéndose dentro de los pantalones.

Sin saber muy bien por qué, ella retrocedió y se cubrió con las manos. La vergüenza que sentía era demasiado.

—¿Anabella?

—No estoy preparada, Dreick. No puedo.

—¿Qué ocurre?

—No puedo. Nunca he hecho esto y tengo miedo, me bloqueo, lo siento —dijo ella mirando a otro lado totalmente avergonzada.

Dreick se levantó con cierta frustración, e incómodo se acercó hasta el lugar donde había caído la camisa de ella para ponérsela por encima. Una vez, ella la tuvo puesta se abrazó las rodillas y escondió el rostro.

—No lo sientas, Anabella.

—Sí. Ya es la segunda vez que ocurre.

—No importa —dijo él y la abrazó—, olvídalo.

Ella se dejó abrazar y apoyó la cabeza en el hombro de él.

—Gracias por comprenderme.

Dreick le dio un beso en la frente y luego se apartó.

—Será mejor que vuelva al campo de entrenamiento, tenía que hablar con uno de mis soldados.

La joven asintió y lo vio salir.

Soltó un amargo suspiro cuando se quedó sola. Su cuerpo ardía por las caricias de Dreick y aún no lograba entender por qué lo había detenido. Podía notar sus pechos tensos y su centro de placer húmedo.

Se levantó rápidamente para ponerse un vestido y así ocultar su excitación. Una vez vestida, volvió a la cama y se tendió de lado intentando olvidar lo que había estado a punto de suceder.

En el otro lado del bosque, justo en el pueblo donde vivía Helian, este se encontraba sentado bajo la sombra de un árbol tras un duro entrenamiento. Su mente vagaba en pensamientos relacionados con Niseya.

El no saber nada de ella le tenía el alma en vilo. Ojalá pudiese ir al castillo de Kartik ahora mismo para sacarla de aquel lugar, pero no estaba lo suficientemente preparado para meterse allí y él lo sabía.

Cerró los ojos por unos instantes y dejó caer su mano que se topó con una rama algo gorda. Helian abrió los ojos y tomó aquel trozo para mirarlo. A su mente llegaron recuerdos de un pasado algo lejano, pero que conservaba tan vívido como si hubiese sido ayer mismo.

A él le gustaba tallar figuras que luego regalaba a Niseya y que a ella tanto le gustaban, en especial los animales. Recordando aquellos momentos, sacó una daga que siempre llevaba oculta en una de sus botas y comenzó a tallar aún sin saber muy bien qué es lo que iba a hacer.

El tiempo pasaba lentamente mientras él tallaba y tallaba sin parar hasta que por fin pudo identificar lo que estaba haciendo. Había tallado a Niseya. Sonrió con tristeza y al mirar al horizonte se dio cuenta de que había anochecido. Guardó la daga en su bota y con aquella figura tallada en la mano volvió a su casa donde cenó todo lo que había cumpliendo así la promesa que le había hecho a Anabella.

Una vez acabó, se metió en su habitación y quitándose la ropa, se recostó en su cama cogiendo la pequeña pieza tallada entre sus manos.

—Pronto iré por ti, Niseya, te lo prometo.

Se recostó de lado y casi al instante se quedó completamente dormido.

Anabella se había acostado tras haber pasado un rato con Silvana después de la cena en la biblioteca. Se había sentido tensa por la mirada de Dreick que también estaba allí con Nitziel.

En la soledad de su habitación intentó cerrar los ojos para dormir, pero a su mente le llegaban las imágenes de lo que había sucedido esa tarde. Su cuerpo había respondido a cada una de las caricias que Dreick le había prodigado.

Se destapó al notar cómo su cuerpo reaccionaba a esos recuerdos. Este ardía y podía sentir cómo se mojaba aquel lugar escondido entre sus muslos. Se abrazó a sí misma intentando calmar el ardor que la invadía. Sin poder soportarlo, se levantó de la cama y comenzó a dar vueltas por la habitación, pero aquello no la aliviaba.

Las imágenes no se iban de su cabeza. Anhelaba aquellas caricias que Dreick tan cariñosamente le daba, pero tenía mucho miedo de no estar a la altura. No tenía experiencia alguna.

Salió de su habitación para despejarse y así no pensar en el tema. Iría a la biblioteca por algún libro que le sacara aquellos pensamientos. Una vez allí, empezó a buscar entre las estanterías

cuando sintió la puerta abrirse. Anabella se giró y contuvo la respiración al ver a Dreick allí, con los pantalones puestos y la camisa abierta dejando ver su torso. Estaba descalzo y algo despeinado.

—¿Anabella? ¿Qué haces aquí?

Ella apartó la mirada.

—Vine por un libro.

—¿No puedes dormir?

—La verdad es que no.

Se giró hacia las estanterías con el rostro colorado. Al instante notó la mano de Dreick sobre su brazo y se puso tensa.

—¿Te pasa algo? —la joven no contestó así que él la giró para tenerla frente a frente— ¿Qué te ocurre, Anabella?

—Nada.

—¿En serio? Desde que salí de tu habitación esta tarde has estado evitándome. No quiero forzarte a hacer algo que no quieras, pero no entiendo por qué me ignoras así. ¿He hecho algo malo?

Anabella se apartó un poco.

—No es eso, Dreick. Esta tarde he estado a punto de entregarme a ti, pero no pude porque me dio miedo. Nunca he hecho esto y no sé si lo haría bien. No he dejado de pensar en lo que me has hecho sentir. Mi cuerpo está tenso y ansioso de algo que sólo tú me puedes dar, pero ¿cómo te puedo dar yo lo que desconozco? No sé qué hacer.

Dreick se acercó hacia ella y tomó su rostro entre las manos.

—Es normal que tengas miedo, pero no tienes nada que temer, yo esperaré a que estés lista. No quiero hacerte daño.

Ella posó una mano en la de él y sonrió levemente.

—Sé que no quieres y te lo agradezco. Realmente quiero ser tuya, pero me da mucho miedo.

—No te obligues a ti misma a hacer algo de lo que te puedas arrepentir.

—Sé que no me arrepentiré porque será contigo, el problema es que no sé si estaré a la altura.

—No digas eso, eres perfecta tal y como eres, con tus virtudes y tus defectos, estarás a la altura de cualquier circunstancia.

Ella se abrazó a él con fuerza y hundió el rostro en su pecho. Luego Dreick la tomó de la barbilla para que lo mirara y así besarla con dulzura. Anabella se dejó llevar una vez más como aquella tarde mientras él le acariciaba la espalda con delicadeza como si fuese un objeto valioso que temiese romper.

—Dreick, te amo —logró decir ella contra los labios del chico.

El príncipe sonrió y la atrajo más hacia él.

—Estoy seguro que no tanto como yo —le dijo apartándose levemente—, ven, vayamos a mi habitación.

Ella asintió y ambos salieron de la biblioteca para subir las escaleras hasta la habitación de Dreick iluminada únicamente por el fuego que salía de la chimenea. Una vez en el interior, él cerró la puerta y se acercó hasta ella para volver a besarla.

—Dreick... —suspiró Anabella.

El joven la llevó hasta la cama donde le hizo recostarse contra las almohadas mientras él se ponía de rodillas encima de ella.

—Eres tan bella... —susurró con voz velada por el deseo.

Anabella se sentía nerviosa, pero a la vez ansiosa de poder saber qué se sentía más allá de

aquello a lo que habían llegado aquella tarde. Su cuerpo comenzaba a sentir el estrago de las caricias de Dreick que desató el lazo que unía la parte de arriba del camisón que ella llevaba para besarle el cuello.

Anabella tembló de anticipación y notó cómo sus pezones se endurecían. Las manos de Dreick acariciaron los lados de su cuerpo rozando los pechos haciéndola removerse. La joven movió sus manos hasta el torso que podía verse a través de la camisa abierta y subió sus manos para quitársela. Él la dejó hacer y volvió a besarla mientras subía el camisón lentamente y así dejarla completamente desnuda ante la visión oscurecida de deseo de Dreick.

Ella apartó la mirada avergonzada, pero él la obligó a mirarlo.

—No sientas vergüenza, eres hermosa y no debes avergonzarte por algo así —le cogió la mano y la puso sobre su torso a la altura del corazón—. Mira cómo late mi corazón por ti.

Anabella pudo notar los acelerados latidos y lo miró, admirando la sonrisa que le mostraba. Entonces subió su mano hasta el cuello de él y lo acercó para besarlo.

—Mi corazón late igual —dijo ella entre susurros—. Quiero ser tuya, Dreick, no quiero pertenecer a otro que no sea a ti.

Él volvió a acariciarla con delicadeza y rozó los pezones duros haciendo que ella se arquease anhelando más de aquellas caricias que Dreick no le negó. Luego acercó su rostro hasta estos y tomó un pezón entre sus dientes mientras acariciaba el otro con una de sus manos. Anabella gimió.

La mano libre de Dreick bajó por las caderas y el muslo buscando el interior de este y tocar el lugar oculto entre las piernas de Anabella. La joven estaba húmeda de excitación y anticipación.

Ella se agarraba a los hombros del príncipe y gemía mientras él acariciaba tantos lugares que su cerebro era incapaz de procesar, solo de sentir y dejarse llevar. Podía notar la mano de él acariciando aquel pequeño botón que se escondía entre sus pliegues que la hacía humedecerse aún más y sin poder aguantar más, gritó convulsionándose en un orgasmo que la había dejado laxa.

24. Fuego.

Anabella había cerrado los ojos cuando le llegó el orgasmo, pero al abrirlos vio el rostro de Dreick que la miraba fijamente con un amor que casi consigue que le salgan lágrimas.

—Tan bella... —susurró Dreick.

—Oh Dreick —dijo ella.

Él volvió a besarla y la abrazó.

—Quiero estar dentro de ti, Anabella, quiero poseerte hasta el final.

Anabella asintió.

—Sí...

—Si te hago daño, párame, por favor.

—Sé que no me harás daño —dijo ella acariciándole la mejilla.

Dreick volvió a tocar a la joven con delicadeza y casi con devoción volviéndola a poner húmeda. Se desabrochó el pantalón para liberar su miembro y Anabella al verlo, jadeó.

—Tranquila, relájate —le susurró al oído Dreick.

Ella inspiró hondo y al volver a notar las manos del príncipe sobre su cuerpo, se encendió. Necesitaba liberarse otra vez. Dreick volvió a tocar el centro de placer de Anabella y al notarlo húmedo acercó la punta de su miembro a la estrecha entrada.

La joven se tensó, pero las dulces palabras que le dedicaba Dreick hicieron que se relajara, entonces notó cómo se introducía poco a poco en su interior hasta que llegó a la barrera de su virginidad. Antes de entrar por completo, la miró a los ojos para besarla con intensidad y finalmente la penetró. Anabella lanzó un grito, no solo de dolor ya que en su mente se mezcló con el placer.

—Pronto pasará, te lo prometo y solo obtendrás placer.

Tras unos segundos, él salió lentamente lo que provocó una leve protesta por parte de la joven que se sintió vacía, aunque no por mucho tiempo ya que él volvió a penetrarla.

Así comenzaron las acometidas lentas mezcladas con besos y caricias por parte de ambos. La velocidad fue aumentando conforme Anabella se iba acostumbrando a tener el miembro de Dreick en su interior. Se agarraba a su espalda provocándole leves arañazos con las uñas mientras sentía una corriente eléctrica que recorrió todo su cuerpo justo antes de liberarse. Dreick aumentó un poco más la velocidad y ambos llegaron juntos hasta la cima del placer proclamando el nombre del otro en un grito de liberación.

Dreick la besó con delicadeza.

—¿Estás bien?

Anabella tenía los ojos semiabiertos y sonrió levemente.

—Sí, muy bien.

El príncipe se acostó a su lado y los cubrió a ambos con el cobertor. La joven se recostó de lado y lo miró por unos instantes. Se abrazó a él y se quedó profundamente dormida con una sonrisa en la cara.

Dreick la observó fijamente y, al rato, él también se quedó dormido.

Anabella abrió los ojos unas horas antes del amanecer sintiendo sed. Se incorporó un poco sintiendo un leve dolor en su bajo vientre que supuso normal después de lo que había ocurrido. Miró a su lado y vio a Dreick profundamente dormido.

No pudo evitar sonreír amorosamente y le apartó algunos mechones que ocultaban sus ojos, le

había crecido el pelo desde que ella había llegado. Apartó la vista en busca de una jarra con agua para beber y al no ver nada, se incorporó buscando el camisón que Dreick le había quitado para ponérselo e ir a buscar agua a las cocinas.

Se puso el camisón no sin antes mirarse los muslos manchados con sangre de su virginidad perdida y pensó que cogería un poco más para lavarse esa zona tan sensibilizada.

Cuando estuvo junto a la puerta cogió el pequeño candelabro con las velas aún encendidas, aunque casi a punto de extinguirse. Salió de la habitación para bajar y de repente oyó ruidos en la parte baja. Pensando que los sirvientes se habían levantado antes siguió bajando, pero los ruidos no provenían de las cocinas como ella supuso en un principio. Aquellos ruidos venían del despacho del rey.

Confusa, ya que pensaba que todos dormían, se acercó hasta el despacho y vio una sombra que rebuscaba por todos lados. Aquella sombra se le hizo familiar. A través de las llamas que aún quedaban en la chimenea pudo ver el rostro por un instante y, entonces, entró.

—¿Qué haces aquí?

El tipo no se sorprendió, sino que la giró la cara hacia ella.

—Vaya, pensé que no habría nadie despierto.

—¿Qué haces aquí? —volvió a preguntar Anabella.

—Vine de visita —dijo él mirándola y cruzándose de brazos.

—Sabes que si grito, te atraparán, Kartik.

—No te dará tiempo a gritar.

—¿Eso crees?

—Claro que lo creo, no te conviene delatarme, pequeña extranjera que viene del otro lado del espejo. ¿Sabes? Tienes una habitación muy curiosa, llena de cosas que no valen para nada.

Anabella retrocedió un paso.

—¿Has cruzado el espejo?

—Claro, ¿cómo si no iba a conseguir esto? —preguntó sacándose algo del interior de la chaqueta que llevaba puesta.

Al verlo, Anabella intentó arrebatárselo con poco éxito.

—¡Mi diario! ¡Devuélvemelo!

—No, es una lectura muy interesante de tus pensamientos, ¿de verdad te has sentido abandonada? Yo estaría orgulloso de la madre que tienes, es realmente hermosa.

—¡Deja eso! —la joven volvió a la carga, pero Kartik la agarró de la muñeca con fuerza y la alzó hasta casi dejarla de puntillas— ¡Me haces daño!

—Conozco todos tus secretos, pequeña. Esas palabras muestran mucho resentimiento hacia tu madre.

—¡Cállate!

Ella trató de empujarlo con la mano libre y le dio algunas patadas lo que enfadó a Kartik y la empujó con fuerza contra una mesa dándose en un costado. La respiración de Anabella se cortó por unos instantes y trató de recuperarlo.

—Siento tener que despedirme tan rápido, extranjera, pero debo marcharme y acabar con mi plan.

Ella lo miró desde donde se encontraba sin fuerzas para levantarse por el dolor y vio que cogía el candelabro que ella antes tenía y que lo lanzó sobre un montón de papeles que había justo en la misma puerta. La miró con una sonrisa maliciosa y desapareció.

Anabella intentó levantarse a duras penas para intentar salir, pero el fuego se estaba expandiendo por toda la habitación. El humo que se condensó allí la estaba asfixiando por

momentos y no creía poder aguantar mucho sin respirar aire limpio.

Kartik observó cómo el fuego creía poco a poco y Anabella no podía huir sin quemarse en el intento. Ese sería el comienzo de la caída del castillo de su padre. Con el espejo en su poder ya nada podría pararle y conquistar ambos mundos.

—¡Kartik! —exclamó alguien desde lo alto de las escaleras.

El aludido levantó la mirada con una sonrisa.

—Nos volvemos a ver, hermanito.

Dreick bajó corriendo las escaleras vestido únicamente con un pantalón y la espada en su mano.

—¿Qué has hecho?

—Acabar con este castillo, por cierto, tu preciosa extranjera del otro lado del espejo está ahí dentro.

—¿Qué?

—Corre a salvarla, antes de que muera abrasada.

—¡Maldito!

El grito de Dreick despertó al resto del castillo que enseguida se asomaron y al ver el humo salir del despacho del rey comenzaron a gritar desfavoridos algunos y otros a correr como locos sin dirección alguna.

El rey cuando apareció con su mujer a su lado ordenó a todos salir de allí salvo algunos que iban a ayudar a apagar el fuego.

Silvana observaba todo conmocionada, sin moverse por el miedo por lo que Nitziel se acercó a ella y la agarró de una mano.

—¡Tenemos que salir, Silvana!

Ella lo miró y asintió, pero sus pies no respondían así que Nitziel la cogió entre sus brazos y la sacó del castillo.

—¡Hijos! —exclamó el rey bajando las escaleras.

—¡Él es tu hijo! —exclamó Kartik— ¡Yo no tengo padres!

Dreick levantó su espada con rabia.

—¿Cómo te atreves? Es nuestro padre.

—Corrige, hermanito, ese que dices nuestro padre solo tiene ojos para su hijo mayor, es decir tú, del resto de sus hijos ha olvidado su existencia, por eso me fui. Estaba harto de ser siempre el segundo.

—Por eso siempre has querido deshacerte de mí ¿no? —dijo Dreick.

—Exacto, pero ahora mi arma contra ti es esa chica. Estabais muy bien durmiendo juntos hasta hace un rato —dijo mostrando una sonrisa maliciosa.

Dreick lo miró con furia y descargó la espada contra su hermano que logró esquivar por poco.

—¡Dreick! —oyó el grito desesperado de Anabella desde dentro del despacho y no pudo evitar mirar hacia el interior.

—Hasta otra, hermanito —dijo Kartik alejándose con rapidez.

Dreick volvió a mirarlo y al ver que se iba a alejar intentó correr en pos de él, pero Nitziel apareció de repente para cortarle el paso al otro.

—¡Ve por Anabella! He mandado a varios soldados a pedir ayuda a los pueblos que pertenecen al castillo, pronto vendrán a ayudarnos.

—Gracias, amigo.

El príncipe se giró y corrió hacia el despacho de su padre que estaba envuelto en llamas y cubierto de humo. Intentó buscar un hueco por el que entrar, pero resultaba imposible.

Arriesgándose a quemarse saltó al interior por encima del fuego y cayó de rodillas con varias partes del cuerpo sufriendo algunas quemaduras. Miró a su alrededor buscando a Anabella y la vio sentada en el suelo tosiendo sin parar. Él se incorporó tosiendo e intentó acercarse esquivando las llamas que cubrían la alfombra.

Una silla junto al escritorio de su padre estaba ardiendo en llamas y esta se fue hacia delante al quebrarse las patas por el fuego. El grito de Anabella le obligó a correr hacia ella. Tenía un pie atrapado bajo la pesada madera y el fuego estaba quemando el camisón y parte de la piel del tobillo aprisionado.

—¡Anabella!

Corrió a su lado y trató de liberar la pierna de la joven. Cuando consiguió apartarla, apagó las llamas del camisón y la atrajo hacia sus brazos mientras se veían envueltos por las llamas.

—Dreick —dijo la joven mirándolo—, te has quemado.

—No te preocupes, lo importante es salir de aquí, ¿crees que podrás levantarte?

—Creo que sí...

—Te voy a ayudar ¿vale?

La joven asintió y Dreick se incorporó con ella. Al intentar apoyar el pie, Anabella lanzó un gemido de dolor.

—No puedo apoyar el pie.

—No te preocupes. Vamos a buscar una forma de salir de aquí.

Ambos miraron a su alrededor buscando una salida alternativa, pero las cortinas también estaban en llamas y no podían apartarlas para salir por las puertaventanas.

—¡No hay salida, Dreick!

—La hay, solo debemos buscar una forma de apartar las cortinas.

—¡Nos quemaremos!

El príncipe miró a su alrededor y encontró un atizador no muy lejos de ellos en una zona que aún no había tocado el fuego y con ella apoyada en él se acercó.

—Vamos a salir de aquí, te lo prometo —dijo cogiendo el atizador y acercándose a las cortinas que intentó apartar con este.

Lo intentó varias veces hasta que por fin consiguió abrir las cortinas. Abrió la puerta y salieron fuera donde se toparon con el balcón a una leve altura del césped del jardín.

Ambos miraron hacia abajo y él se apartó un poco para ponerla frente a él.

—Voy a saltar primero, luego salta tú y te cojo ¿entendido?

Anabella asintió y se apoyó en la balaustrada mientras Dreick se preparaba para saltar. Se subió a este y de un saltó cayó al jardín. Una mueca de dolor apareció en su cara por las quemaduras que tenía.

Se giró hacia balcón y extendió las manos hacia Anabella para que saltara.

Ella se subió a la balaustrada, con cuidado se giró hacia fuera y saltó. Dreick la agarró, aunque el pie de Anabella se apoyó en el suelo haciéndola gritar de dolor. Apoyó la cabeza en el hombro desnudo de Dreick, sudorosa.

—Mi pie... —gimió.

—Tranquila, ya estamos fuera. Te voy a llevar con mi madre.

Anabella se dejó llevar, mareada por el dolor.

Poco a poco se acercaron hasta donde se encontraba su madre y sus hermanos. La reina, al verlos se acercó corriendo.

—¡Hijo! Tienes muchas quemaduras.

—Estoy bien, atiende a Anabella, se ha quemado el pie. Debo volver dentro.

—Pero hijo...

La mujer no pudo decir más por lo que se preocupó en atender la quemadura del pie de Anabella que tenía muy mala pinta.

—Madre, la curandera debería venir —dijo Silvana.

—Sí, será lo mejor.

Dreick entró y se topó con su amigo y su hermano, enfrentados con espadas. El joven príncipe miró a su alrededor y cogió una de un soldado que pasaba por allí para acercarse.

—¡Apártate, Nitziel! Esta pelea es mía.

—¿Ya despides a tu perro guardián? Me quería divertir un poco más con él.

—Esta pelea es entre tú y yo. Por tu culpa, Anabella se ha quemado el pie.

—Si no hubiese bajado, no se hubiera quedado atrapada en ese despacho. No es mi culpa, hermanito —dijo Kartik serio—. Dormía profundamente cuando os vi en la misma habitación.

Dreick lanzó un ataque con su espada hacia su hermano que esquivó rápidamente.

—¡Maldito! ¿Cómo te atreves siquiera a venir por aquí después de todo lo que has hecho? Robaste el espejo y retienes a nuestra hermana en contra de su voluntad.

—Nadie le daba uso a ese espejo y me lo llevé, y nuestra hermana fue allí por su propia voluntad. ¿Pretendía recuperar el espejo? —preguntó con una carcajada— No tenía la fuerza suficiente para conseguirlo. Ahora que he conseguido mi objetivo de haceros sufrir, me voy a ir.

—¡Ni te atrevas! ¡Esto no ha hecho más que empezar!

Dreick intentó darle una estocada que Kartik detuvo con su espada.

—Te recuerdo que ambos aprendimos del mismo. Sé cómo me vas a atacar.

—Me da igual —las quemaduras le estaban matando, pero resistiría hasta el final.

Las estocadas de ambos se sucedieron casi sin descanso y en un momento dado, que Dreick pilló a Kartik con la guardia baja, le hizo un corte en el brazo. El herido retrocedió unos pasos y miró a su hermano con rabia.

—Juro que un día de estos acabaré contigo y me proclamaré rey de todo —dijo retrocediendo taponando la herida con la mano sana.

—¡No escapes, cobarde!

Pero no pudo alcanzarlo, las quemaduras en su torso le estaban doliendo demasiado y cayó de rodillas, debilitado.

Nadie pudo detener a Kartik en su huida ya que todos estaba preocupados de apagar el fuego que había llegado al piso superior y estaban evitando que avanzara más.

25. Heridos.

Al pequeño pueblo donde vivía Helian habían llegado algunos soldados del castillo para pedir ayuda. Rápidamente, todo el pueblo se movilizó para ayudar al rey y su familia, en especial al príncipe Dreick por haber salvado a sus hijas.

Helian, sorprendido por aquella noticia, se acercó a un soldado para preguntarle qué es lo que había ocurrido.

—El príncipe Kartik vino al castillo y prendió fuego el despacho de rey. Nos cogió por sorpresa porque nadie lo vio entrar y solo los gritos de la chica que viene del otro lado del espejo alertaron al resto del castillo.

—¿El príncipe Kartik fue al castillo del rey?

—Sí, mi señor.

—Entiendo. Gracias por la información.

—De nada, mi señor —dijo haciendo una leve reverencia.

Helian no podía creer lo que acababa de oír de la boca de aquel soldado. Esa era su oportunidad de salvar a Niseya de las garras de Kartik. Si él estaba en el castillo del rey, él podría ir a salvar a la joven.

Sin pensarlo mucho, corrió al establo y tras preparar rápidamente su caballo, lo montó para ir en dirección al castillo que ocupaba Kartik. Niseya al fin estaría libre de las manos de ese maltratador.

Espoleó a su caballo para que galopara lo más rápido posible y pronto llegó al lugar. Se bajó del caballo sin importarle que hubiesen guardias a su alrededor, nada le importaba más que Niseya y si tenía que pelear por ella con alguien lo haría.

Se acercó hasta la puerta y al ver a los guardias durmiendo abrió para pasar al oscuro interior que poco a poco se iba iluminando con los primeros rayos del amanecer. Debía ser rápido, no quería tener que encontrarse con Kartik si llegaba a aparecer en el castillo.

—¿Dónde estás, Niseya? —se preguntó mirando al piso superior.

Casi como si la hubiese llamado a gritos, la vio aparecer para acercarse a las escaleras y bajarlas.

Ella levantó la mirada ante la presencia que había en el piso de abajo y se tapó la boca con la mano, no pudiendo creer lo que veía.

—¿Helian? —preguntó ella sin dar crédito.

El joven sonrió.

—He venido para sacarte de aquí. Kartik no está en este momento y podemos aprovechar.

—¿No está?

Él negó con la cabeza.

—Vamos, no tenemos tiempo que perder.

La joven miró temerosa a su alrededor, pero al no ver a nadie, comenzó a bajar las escaleras. A mitad de estas, un fuerte dolor le sobrevino y tuvo que agarrarse al pasamanos.

—¿Niseya? —preguntó Helian preocupado.

La joven se llevó la mano libre a la frente para cubrirse los ojos, como si estuviese mareada.

Helian, al verla tan mal y temiendo que se fuese a caer, subió corriendo el tramo de escaleras que los separaba y la agarró entre sus brazos.

—No puedo irme, Helian —dijo la joven débilmente—, estoy sucia.

—No digas eso, ven, vayámonos de aquí.

Niseya, mareada, se apoyó en el hombro de él y de repente perdió el conocimiento. Helian la miró y pudo ver la palidez de su rostro donde destacaban las ojeras azuladas. La joven llevaba un camisón blanco en el que comenzó a destacar una mancha de sangre en la zona de su bajo vientre.

El chico, preocupado, la tomó en brazos y salió corriendo de allí, dando gracias a los astros de que los soldados de vigilancia aún estuviesen dormidos. Llegó a su caballo y montó en él con Niseya entre sus brazos para llevársela a su pueblo. Al lugar al que pertenecía.

Volvió a espolear al caballo con el miedo recorriendo sus venas por lo que le sucedía a la joven.

Muy pronto llegó a su pueblo y se lo encontró desierto. Cierto. Todos habían ido a ayudar al rey en su castillo, quizás allí podría estar la curandera para que mirara a Niseya.

—Aguenta, pronto estaremos a salvo y jamás volverás a ver a Kartik. Te lo prometo.

Con prisa se dirigió hacia el castillo y pudo ver en el cielo el humo que probablemente salía del edificio. Pronto dejó atrás el bosque y pudo ver a varias personas corriendo de un lado a otro con cubos para llenar de agua.

Se bajó del caballo con Niseya inconsciente entre sus brazos y corrió en busca de la ayuda. Frente a él vio a Anabella apoyada en el hombro de una joven con cara de dolor y sufrimiento. Dos mujeres estaban arrodilladas junto a sus piernas como si observaran algo.

Cuando logró acercarse más pudo ver que la pierna de Anabella lucía una terrible quemadura.

Anabella al sentir la presencia de alguien justo detrás de ella, giró la cara y vio a Helian con una joven en brazos.

—Helian... —dijo con la garganta seca, había inhalado mucho humo.

—Necesito ayuda —dijo Helian agachándose para colocar el cuerpo inconsciente de Niseya —. Fui a buscarla y perdí el conocimiento.

—¿Es Niseya? —preguntó Anabella.

Helian asintió con el miedo reflejado en su mirada. Anabella, entonces, miró a la curandera que aplicaba un ungüento muy frío sobre su pie.

—Ayúdela, lo necesita más que yo.

La curandera miró a la joven y asintió.

—La reina podrá terminar de aplicar el ungüento, esa joven tiene muy mala cara.

Anabella asintió y vio cómo la curandera se acercaba al cuerpo de Niseya mantenido entre los brazos de Helian.

—Antes de desmayarse se llevó las manos a su bajo vientre, no sé si eso servirá de algo — dijo Helian.

La curandera se puso a los pies de la joven y tocó aquella zona delicadamente. Luego levantó la parte baja del camisón y pudo ver la sangre manchando sus muslos.

—¿Sabes si la chica estaba embarazada?

Helian levantó la mirada, sorprendido.

—¿Qué?

—Que si estaba embarazada.

—Yo... no lo sé...

—Esa sangre puede ser la pérdida de un bebé que estuviera esperando. Hay que parar la hemorragia para salvarla, mucha sangre perdida puede ser mortal para ella.

—Haga lo que sea, por favor, no deje que se muera —pidió Helian.

—Necesito que la llesves a una habitación, aquí no podemos.

La curandera miró a la reina.

—El ala oeste está fuera de peligro, lo peor está en el ala este, díselo a mi esposo.

La mujer asintió y se incorporó seguida de Helian con Niseya.

—Mientras vamos dentro, intenta por todos los medios hacer que reaccione, necesitamos saber si estaba embarazada o no.

Helian asintió y acercó su rostro al de la joven para intentar despertarla.

—Niseya, abre los ojos, por favor. Soy yo, Helian, mírame, te lo ruego.

La joven se removió gimiendo y abrió los ojos levemente.

—He... Helian...

—Mi flor —dijo Helian sonriendo levemente—, ¿cómo te sientes?

—Mal, me duele el bajo vientre.

—La curandera del castillo del rey te va a ver, nos dirigimos al interior, te pondrás bien — Helian dudó unos instantes antes de preguntar algo que le parecía muy duro—. ¿Estás embarazada, Niseya?

Niseya bajó la cabeza, sintiendo vergüenza por aquella pregunta. ¿Cómo le diría la verdad a alguien a quien ella apreciaba demasiado? Asintió levemente con la cabeza y las lágrimas amenazaron con escapar de sus ojos por lo sucia que se sentía.

—Tenías que haberme dejado allí.

—No podría haberlo hecho, eres mi vida y no iba a dejarte en manos de ese malnacido.

Ella apoyó la frente en el hombro de Helian mientras las lágrimas escapaban sin control.

—¿Tu vida? Me ha estado usando como una ramera, no merezco tu amor.

Helian, al ver que la curandera se detenía para hablar con el rey, él también se paró y aprovechó para besarle la cabeza con delicadeza.

—Me da igual lo que te haya hecho, no lo volverá a hacer y te juro que se arrepentirá. Lo importante ahora es que te recuperes, tus padres estarán deseando verte.

—¿Están bien?

—Muy preocupados, pero se alegrarán de verte.

La joven asintió y se llevó la mano al vientre con dolor.

—Me duele mucho.

—Lo sé, intenta mantenerte despierta, por favor.

Niseya asintió aunque las fuerzas le estaban fallando por la pérdida de sangre.

La curandera le hizo una señal a Helian cuando acabó de hablar con el rey y la siguió hasta el piso superior mientras veía cómo la gente se afanaba en apagar el fuego que se había formado en el despacho del rey.

Dreick apenas podía mantenerse en pie, pero aún así, después de que escapara Kartik, se incorporó para ayudar a los soldados a apagar el fuego pasando cubos de agua.

—Hijo —dijo el rey acercándose a este—, deja que acaben los soldados, no estás en condiciones de ayudar.

—Estoy bien, padre.

El chico mostraba un semblante rabioso a la vez que dolor.

—Sé que sientes rabia por lo que hizo tu hermano, pero debes parar, tienes quemaduras que necesitan atención.

Dreick miró a su padre fijamente.

—No lo entiendes, ese fuego hay que apagarlo y no hay suficientes personas para llevar cubos con agua, toda ayuda es imprescindible.

—¡Basta, Dreick! Como soberano, te ordeno que salgas de aquí para curarte esas quemaduras. Tu madre, tu hermana y Anabella seguro que están preocupadas por ti.

Al oír el nombre de Anabella recordó el dolor y la angustia reflejado en su rostro tras haberse

quemado el tobillo por culpa de la silla y apoyó las manos en los brazos de su padre.

—Casi la mata al dejarla allí encerrada y rodeada de fuego, padre. Juro por los astros que si me lo encuentro de nuevo, lo mataré, aunque sea mi hermano, yo lo mataré con mis propias manos.

—La rabia habla por ti, hijo. Sé que quieres que tu hermano vuelva con nosotros y jamás podrías matarlo. Vamos, entra en razón y sal para que curen tus quemaduras.

Algunas de las bolsas producidas por las quemaduras se habían reventado y Dreick comenzó a ver todo borroso, las fuerzas estaban mermando. Cayó de rodillas sin soltar a su padre, hasta que todo ante sus ojos se volvía negro. Pudo oír algunas voces de lejos, pero la oscuridad lo estaba devorando.

Después de varias horas, consiguieron apagar el fuego del despacho del rey que llegó hasta una de las habitaciones del piso superior. Los sirvientes se habían afanado en preparar comida para los exhaustos soldados y gentes que vinieron a ayudar buenamente a su rey.

Dreick estaba siendo atendido por la curandera después de haber estado con la recién salvada Niseya. Mientras tanto, Anabella descansaba en su habitación tras un intenso amanecer. Sus pulmones se hallaban un poco intoxicados por el humo del incendio, pero parecía recuperarse poco a poco.

La joven estaba preocupada por Dreick y todo el que entraba allí esquivaba sus preguntas. ¿Serían tan graves las quemaduras? Si al menos pudiese levantarse de esa cama, pero el pie le dolía horrores y no solo por la quemadura, algo le decía que la silla caída sobre su tobillo le había hecho algo más que quemarla. Lo tenía hinchado y cualquier movimiento hacía que viera las estrellas.

Tras mucho tiempo esperando, entró la reina seguida de una sirvienta que llevaba una bandeja de comida y que dejó sobre sus muslos.

—Debemos comer algo, ha sido una mañana muy larga.

—¿Cómo está Dreick?

—La curandera está con él, llegó a su límite estando como estaba.

—Se pondrá bien ¿no?

—Es un chico fuerte. ¿Cómo te encuentras tú?

—Creo que tengo algo más aparte de la quemadura en el tobillo. Se me ha hinchado y me duele bastante. La silla me cayó encima.

—Intenta comer ahora y la curandera vendrá por aquí en cuanto termine con Dreick.

—¿Sabe cómo está Niseya? La chica que trajo Helian.

—Ahora mismo está descansando, por lo que sé, ha perdido un bebé que estaba esperando y necesita mucho descanso.

—¿Un bebé? ¿Quiere decir...?

La reina asintió tristemente.

—Probablemente producto de lo que hacía mi hijo Kartik con todas las jóvenes que secuestraba.

—Pobre chica. Lo que debe haber sufrido. Ojalá Helian le dé la felicidad que seguramente necesitará.

—Seguro que sí, ese chico la quiere mucho por lo que pude ver y no va a dejarla desamparada. Me apuesto lo que sea que si Niseya no hubiera perdido el bebé, se hubiera hecho cargo de él como si fuese de su sangre.

—Lo haría, sí.

La joven comió un par de bocados de la carne de ave que le habían llevado. Cuando estaba a punto de terminar de comer, la curandera entró en la habitación para hacerle una revisión en la

pierna. Ella al verla, dejó la bandeja en un lado.

—¿Cómo está Dreick? —preguntó Anabella.

—Está descansando, algunas de las heridas tenía mal aspecto y he intentado ponerle algo para que no se le infecten. ¿Tú cómo te encuentras?

—Me duele mucho el pie y no solo por la quemadura.

—Lo supuse, te cayó la silla encima y el golpe fue fuerte, el problema es que con esa quemadura ahí no puedo trabajar con lo que probablemente le haya pasado al hueso.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó la reina.

—Entablillar la pierna para prevenir y mantenerla colocada en caso de que estuviese roto.

—Iré a buscar unas tablillas, entonces —dijo la reina incorporándose para salir.

La curandera asintió y se sentó en la cama con cansancio, habían sido unas horas muy largas para la anciana mujer.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Anabella posando su mano en el brazo de la mujer.

—Un poco cansada, nada más, cosas de la edad.

—Cuando salga de aquí debería descansar. Por cierto, ¿cómo está la chica que llegó inconsciente?

—Ella está bien aunque perdió el bebé que esperaba, necesitará bastante reposo porque perdió mucha sangre.

—Podrá volver a tener hijos ¿verdad? —ella sabía que casi todas las mujeres deseaban tener hijos y en este lugar, probablemente, sería la totalidad de ellas.

—No puedo decirte si es así o no, tendrá que intentarlo.

—Entiendo.

—Lo importante es que te recuperes y para eso, te pondremos las tablillas en el pie. Te revisaré la quemadura antes que nada.

La mujer le revisó la quemadura a la que aplicó de nuevo el ungüento después de haber limpiado el que tenía. Al rato apareció la reina con las tablillas y las vendas y procedieron a inmovilizar la pierna de la joven.

-

26. Celos.

Kartik llegó a su castillo pasado el amanecer con un intenso dolor en el hombro. A pesar de haber sido un corte casi superficial, había perdido demasiada sangre y solo deseaba llegar a su castillo para que alguien le curase, descansar y recuperarse para luego celebrar el desastre que había formado en el castillo del rey.

Al llegar allí vio la puerta principal abierta y a dos de sus soldados dormidos en el suelo junto a esta.

—Maldita sea, no os pago para esto —dijo dándole una patada a uno de ellos.

Este despertó sobresaltado y se incorporó para saludar como se debe al príncipe.

Kartik lanzó un bufido de fastidio y entró en el castillo. Fue a su despacho esperando encontrar allí a Niseya, ya que le había dicho que tenía que limpiar allí y reponer la bebida, pero al entrar no vio a nadie y fastidiado salió.

—¡Niseya! ¿Dónde te has metido? ¡Ven aquí ahora mismo!

Pero nadie respondió a su llamada, la llamó varias veces más y nadie contestó. Enfadado, se fue a buscarla por todo el castillo y no la halló en ningún lugar. Cuando bajaba las escaleras, en uno de los escalones vio una pequeña mancha de sangre que había pasado desapercibida antes.

El chico entonces cayó en la cuenta de algo. Alguien había venido a su castillo, la puerta estaba abierta, pero ¿y la mancha de sangre? Se habían llevado a Niseya.

—¡Maldita sea! Seguro que fue el imbécil de la otra vez. ¡Maldición!

Bajó las escaleras y salió para hablar con los soldados sobre si habían visto algo, pero como habían estado durmiendo durante casi toda la noche no vieron nada, cosa que enfadó bastante a Kartik.

—Lo sentimos, mi señor —dijo uno de los soldados.

—Salid a buscarla, enconradla sea como sea.

Los soldados asintieron y se fueron rápidamente para buscar a Niseya. Kartik volvió dentro y llamó a otro soldado para que lo curara. No quedaba ninguna joven en el castillo.

Maldiciendo, volvió a su despacho y al poco apareció el soldado que le lavó la herida y le vendó con fuerza para evitar que perdiera más sangre. Después de que el soldado se fuera, fue a la habitación donde estaba el espejo.

Se asomó a este y, como siempre, vio a la mujer que le robaba el sueño por las noches. Lo tenía obsesionado hasta tal punto que en cualquier momento cometería una locura.

La mujer observaba el espejo detenidamente y tocaba el cristal como buscando algo, ella fue quien había gritado cuando él traspasaba el espejo, pero no tenía forma de traspasarlo si no conocía el secreto para que se abriese.

Vio cómo la mujer se giraba frustrada llevándose las manos a la cara y luego se las pasaba por su largo cabello oscuro que le llegaba casi hasta la cintura. Kartik deseaba poder tocar aquel pelo que se veía suave y sedoso, lo imaginaba escurriéndose entre sus dedos como si fuese agua.

Le vio mover los labios suavemente mientras las lágrimas escapaban por aquellos hermosos y brillantes ojos del color de las esmeraldas.

—Ojalá pudiese saber qué estás diciendo —dijo Kartik tocando el cristal imaginando que tocaba a la mujer—, pero no te preocupes, pronto estarás aquí conmigo. Te haré una reina y olvidarás todo lo demás.

Kartik permaneció mucho rato allí observando a la mujer que no se había movido del sitio.

Niseya se removió inquieta a pesar de la comodidad en la que descansaba su cuerpo. Algunos rayos del sol traspasaban las cortinas y le dieron de lleno en el rostro, lo que hizo que frunciera el ceño.

Abrió los ojos lentamente y miró a su alrededor, confusa. Entonces reparó en que alguien agarraba su mano, que descansaba sobre la cama, con fuerza y dirigió su mirada hacia allí.

—¿Helian?

El joven estaba con la cabeza apoyada sobre uno de sus brazos durmiendo profundamente mientras con la otra mano agarraba la de ella, pero al oír la voz de la joven abrió los ojos y se incorporó rápidamente para sentarse a su lado en la cama.

—Niseya, ¿cómo te encuentras? —ella intentó incorporarse, confusa, pero Helian se lo impidió— No, no te muevas, es preciso que descanses y no hagas movimientos bruscos.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde estoy?

—Te saqué del castillo de Kartik y estamos en el castillo del rey.

—¿Del rey? Pero, esta habitación... no es la del servicio.

—Eres una invitada, además necesitas recuperarte, has estado muy mal y casi te pierdo. Perdiste el bebé que estabas esperando, lo siento —dijo él apenado.

Niseya se llevó una mano al vientre y suspiró con pesar.

—El pobre no debía la culpa de nada, era un pequeño inocente engendrado con crueldad por un hombre terrible.

La joven comenzó a sollozar al revivir aquel trato vejatorio después de que Helian intentara salvarla. El joven la abrazó para consolarla.

—No volverá a tocarte y te prometo que en un futuro vendrán más niños, ya verás —dijo besándola en la cabeza—. No quiero verte llorar por ese malnacido, no merece tus lágrimas.

—¿Crees que me buscará?

—No sabrá dónde buscar, estamos en un lugar seguro y yo te protegeré.

—Pero podría ir a por mi familia.

—Por ellos no te preocupes, el rey los protegerá de cualquier ataque.

—Tengo miedo.

Helian la estrechó con fuerza y de repente recordó aquella pequeña escultura de madera que hizo y que siempre llevaba con él, quizás aquello la animara un poco. Buscó en el bolsillo de su chaqueta y cuando lo encontró, lo sacó.

—Mira lo que tengo aquí, ¿recuerdas cuando hacía animales? He mejorado mi técnica.

Se lo entregó y ella lo cogió entre sus manos, tocó cada detalle de la estatuilla y lo miró.

—Soy yo.

—Sí. Sé que no es perfecto, pero al menos lo intenté.

—Es precioso, Helian, siempre me han gustado las estatuillas que hacías y esta es preciosa.

La joven se apoyó en su hombro mirando la figurita con una sonrisa nostálgica.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, es solo que me gustaría ver a mi familia.

—Pronto los verás, seguro. Ahora lo mejor es que descanses.

—Quédate conmigo, no me dejes sola, por favor.

Helian asintió y ambos se recostaron en la cama. Niseya se quedó dormida al instante.

Dreick dormía profundamente cuando la reina entró tras dejar a Anabella descansando después de haberle entablillado la pierna. El joven tenía el torso y parte de los brazos cubiertos por vendajes que contenían el ungüento que la curandera había usado con la joven.

Se sentó en la silla que había junto a la cama a la espera de que este despertara. Se sentía tan

orgullosa por él por la proeza de haber aguantado tanto después de lo que Kartik había hecho.

Al pensar en su segundo hijo, sintió las lágrimas rodar por sus mejillas. Jamás pensó que fuese a hacer algo semejante con su familia. El odio que Kartik sentía no era normal y la entristecía porque ella lo quería tanto como a sus otros tres hijos.

—¿Por qué lloras, madre? —se oyó la voz de Dreick desde la cama— ¿Ocurrió algo grave?

La mujer se limpió las lágrimas rápidamente y sonrió.

—No, no ocurre nada, hijo.

—¿Seguro? —preguntó intentando incorporarse.

—No te muevas, Dreick, tienes varias heridas en mal estado —la reina intentó detenerle.

El chico volvió a recostarse y suspiró.

—Entonces, ¿por qué llorabas?

—Lloraba por Kartik y el futuro tan triste que se está buscando con sus malas acciones.

—Yo no voy a perdonarlo jamás. Ha estado a punto de matarnos a todos, en especial a Anabella —de repente se acordó de ella y su pie—. ¿Cómo está ella?

—Ahora mismo está descansando, tiene el mismo ungüento que tú y le hemos entablillado la pierna.

—¿Entablillado? ¿Por qué?

—Al caerle la silla encima del tobillo es posible que se haya roto algo.

—Pero está bien ¿verdad?

—Preocupada por ti, así es como está.

—Quiero verla.

—Ninguno de los dos os podéis mover, debéis esperar.

—Si no la veo, no podré estar tranquilo.

La reina sonrió levemente y tomó la mano de su hijo.

—Ella está bien, créeme, debéis poneros bien. Lo mejor es que descanses, nos asustaste mucho ¿vale?

Dreick asintió y cerró los ojos para volver a dormir. La reina se quedó allí velando el sueño de su hijo.

Nitziel estaba junto al rey evaluando los daños del despacho y tras acabar, se dirigió a las cocinas para comer algo.

Allí estaba Alina ayudando a la cocinera a cortar la verdura y al verlo sonrió.

—¿Cómo te encuentras, Nitziel? —preguntó acercándose y abrazándolo— Estaba preocupada.

—Estoy bien, por suerte yo no me vi afectado por el fuego, simplemente ayudé a apagarlo.

—Fue peligroso, de todas formas. Me alegro que estés bien, aunque estoy preocupada por Anabella.

—Se pondrá bien, eso seguro.

—Eso espero, gracias a ella he podido reencontrarme con mi amigo de la infancia.

La joven volvió a abrazarlo y, en ese momento, apareció Silvana en las cocinas. Al ver la escena, se quedó parada por unos instantes sin entender lo que ocurría.

—¿Nitziel?

El joven se giró y cuando vio a Silvana con su rostro acongojado, se acercó y le tomó las manos. Ella lo miró, confusa.

—Mi princesa, ya conoces a Alina ¿verdad? Al parecer, las casualidades de la vida nos han vuelto a poner en el mismo lugar, es una amiga de la infancia.

Silvana miró a Alina, la cual hizo una reverencia. La princesa le correspondió, pero las palabras de Nitziel no le habían gustado nada.

—Yo... te estaba buscando —dijo Silvana volviendo a mirar al joven—. Es que quería ver a mi hermano y a Anabella. Quería que fueras conmigo si no tienes nada que hacer.

—Claro que no, mi princesa —dijo él dándole un beso en la frente—. Iré contigo.

La princesa se abrazó a él y ambos salieron juntos bajo la atenta mirada de Alina. La cocinera miró a la pareja sonriendo.

—Hacen buena pareja ¿verdad?

Alina sonrió.

—Una pareja muy bonita, ambos tienen ese porte de aristocracia que los define. Me alegro tanto de que sea feliz.

—¿Entonces no quieres conquistar al joven Nitziel? La princesa se vio un poco celosa.

—Para nada, él es como un hermano para mí —la joven se mordió el labio—. Quizás no debería abrazar tanto a Nitziel ¿no?

La cocinera asintió.

—Sería un gran problema para esa pareja.

—Pues lo intentaré y me gustaría mucho ser amiga de la princesa Silvana, se lleva tan bien con Anabella que sería maravilloso que las tres compartiésemos secretos.

—Seguro que lo conseguirás.

Alina sonrió y volvió a su tarea de cortar verdura.

Silvana subía las escaleras pensando en lo que había visto y miraba de reojo a Nitziel casi con temor. Él le había dicho que era una amiga de la infancia y ella se preguntaba si había sido algo más. El miedo a perderlo se había instalado en su corazón.

Nitziel que se dio cuenta, se detuvo. Ella lo hizo un escalón más arriba y se giró para mirarlo.

—¿Qué ocurre, Silvana? —preguntó él.

Ella apartó la mirada por unos segundos para luego volver a mirarlo.

—Esa chica... ella...

—¿Qué pasa con Alina?

—¿Ella fue tu primer amor? —preguntó no queriendo mirarlo por miedo a su respuesta— Es que se os ve tan bien juntos y tenéis tanta confianza... quizás yo solo sea una intrusa en tu corazón y...

Nitziel la obligó a mirarlo y puso un dedo sobre sus labios para callarla.

—Silvana, eres mi primer y único amor, no hay nadie más aparte de ti, Alina es como una hermana para mí. Ella fue la única que se acercó a jugar conmigo porque todos me tenían miedo por ser el príncipe.

El joven la abrazó y apoyó la cabeza en su hombro.

—¿Estabas solo?

—Nunca tuve amigos, salvo Alina y sus hermanos, ellos intentaron esconderme cuando ocurrió lo de... mi padre —dijo con cierta congoja —, pero no pude, no quería que ellos pagaran por algo que yo hice.

—Entonces ella no significa nada para ti ¿verdad?

—En mi corazón solo estás tú.

Ambos se miraron a los ojos y se besaron dulcemente. Cuando se separaron, sonrieron y subieron para ir a ver a Dreick y Anabella.

27. Peticiones y pistas.

Pasados varios días, en los que los heridos se recuperaron lentamente.

Niseya estaba en la habitación que le habían asignado cuando llegó gracias a Helian. En ese momento se hallaba mirando por la ventana el paisaje sin poder creer que estaba libre de las garras de Kartik.

Tocaron en la puerta y ella se giró.

—Adelante.

La puerta se abrió y apareció Helian con una bandeja de comida que dejó sobre el mueble junto a la puerta.

—¿Cómo te sientes hoy?

—Mejor, ya no me duele nada.

—No sabes lo que me alegra oírte decir eso.

Ella sonrió levemente y alargó la mano para que él se acercara. El joven así lo hizo y la abrazó con fuerza.

—Gracias por estar aquí conmigo.

—No tienes que agradecerme, Niseya, sin ti yo no era nada y soy feliz de tenerte a mi lado ahora, pero no venía a eso, quiero que me acompañes abajo.

—¿Para qué?

—Quieren verte. Ven, yo voy a estar contigo.

Helian se apartó un poco y tras cogerla de la mano la llevó fuera.

—Pero ¿y la comida?

—No te preocupes por ella ahora, esas personas no pueden esperar mucho más.

—¿Quiénes son?

—Ya lo verás —dijo Helian sonriendo.

Bajaron las escaleras y se dirigieron a la biblioteca que por suerte no había sufrido los estragos del incendio de días anteriores.

La puerta estaba abierta y cuando Niseya vio a las personas que estaban dentro, se adelantó a Helian para entrar sin poder creérselo.

—Madre, padre...

Ambos se giraron al oír la voz de su hija y corrieron a abrazarla con lágrimas de alegría corriendo por sus mejillas.

—Mi niña, mi pequeña —decía la mujer feliz.

—Hija mía —dijo el hombre abrazándolas a ambas con fuerza—, qué felicidad poder volver a verte.

—Oh, por los astros —dijo Niseya llorando de emoción—. Os he echado tanto de menos.

Las lágrimas de la joven dejaron paso a un llanto incontrolable mientras sentía el calor de los brazos de sus padres a su alrededor. Tanto tiempo había pasado desde la última vez que los había visto que apenas recordaba sus rostros.

Helian sonreía complacido desde un rincón no queriendo molestar en aquel reencuentro. Ambas partes estaban felices de volver a verse y se sintió reconfortado de haberlo conseguido. Esa familia volvería a ser feliz.

—¿Cómo estás? Helian me contó que no estabas bien —dijo la madre apartándose un poco y limpiando las lágrimas de su hija.

Niseya miró a Helian y él le confirmó con la mirada que no le había dado detalles de la

situación. Ella asintió y volvió a mirar a su madre, que al ver cómo se contemplaban ambos, se preocupó un poco.

—¿Qué ocurre, hija? —preguntó el padre.

La joven tomó aire para soltarlo lentamente.

—Kartik no me trató bien. Él... él me forzó y me dejó embarazada, pero lo perdí.

La madre se tapó la boca, conmocionada por la noticia y volvió a abrazar a su hija.

—Oh mi pequeña, ojalá hubiese estado a tu lado en esos momentos —dijo la mujer.

—Como me lo encuentre, juro que lo mato —dijo el padre con mucha rabia.

—No se preocupe por eso, todos queremos verlo muerto —dijo Helian—. Yo el primero y me vengaré por el daño que le hizo a Niseya —el joven se acercó y tomó la mano de ella sin dejar de mirarla—. Es el amor de mi vida y me la arrebataron sin poder hacer nada. Ahora pienso protegerla con mi vida si es necesario y si me dais vuestro permiso —miró a los padres— me gustaría convertirla en mi esposa.

Ella lo miró con sorpresa y se apartó un poco. Helian la miró confuso.

—No puedes desear algo así, Helian.

—¿Por qué no?

—¿Es que no lo ves? ¿No ves la suciedad en mí? —preguntó ella abrazándose.

—No estás sucia, Niseya, eres la mujer más hermosa que he conocido, jamás podría querer a otra que no seas tú.

—No puedes, yo ya estoy marcada por la desgracia.

Helian la tomó de las manos y la miró a los ojos.

—¿Qué más da eso? Yo te amo y quiero amarte hasta el fin de mis días, no me rechaces, por favor, me partirías el corazón.

Niseya no podía contestar, se sentía contrariada ante las palabras de Helian, ¿cómo podía quererla después de todo lo que había ocurrido?

—¿De verdad no te importa nada? ¿Ni siquiera el hecho de que no eres mi primer hombre?

—Desde el momento en el que me aceptes, seré el único si de verdad lo deseas, no dejaré que te hagan daño nunca más.

El labio inferior de Niseya comenzó a temblar y las lágrimas comenzaron a escapar de nuevo, pero Helian se las limpió con delicadeza mientras le sonreía dulcemente.

Ella logró poner una leve sonrisa en sus labios y asintió.

—No me abandones, por favor.

—Jamás —dijo él abrazándola, luego miró a los padres que contemplaban la escena entre alegres y preocupados—. ¿Me dejarán tomar a Niseya como esposa?

Ambos padres se miraron por unos segundos y luego miraron a su hija. El padre se adelantó y tomó las manos de ambos que aún estaban unidas.

—Tenéis mi bendición para poder casaros. Hazla feliz y que olvide este tiempo de desesperación.

—Así será —dijo Helian.

Todos sonrieron y llovieron felicitaciones por parte de los padres a los jóvenes.

Dreick acababa de desayunar cuando apareció la curandera para cambiarle el vendaje por lo que se sentó en un taburete que había en la habitación y la mujer procedió a retirar el vendaje antiguo.

Una vez se las quitó todas, Dreick vio algunas de las que tenía en su torso que a pesar de estar casi curadas, sabía que iban a dejar terribles marcas, aunque poco le importaban ahora porque, gracias a ese sacrificio, Anabella estaba viva y recuperándose.

—¿Cómo están las quemaduras de la espalda? —preguntó Dreick.

—Le van a quedar marcas. Piense que está vivo y olvídense de las marcas.

—Las marcas no me importan, como acabas de decir, estoy vivo, Anabella y todo el castillo también. Eso es lo más importante.

La curandera sonrió.

—Siempre ha sido un chico maduro para su edad. Lo bueno es que está disfrutando del amor cómo lo hizo su padre cuando conoció a su madre.

Dreick sonrió y cuando la curandera terminó de vendarlo, se incorporó y se puso una camisa.

—Voy a visitar a Anabella, quiero ver cómo se encuentra.

La mujer asintió y, tras una reverencia, salió de allí. Dreick se abotonó la camisa haciendo algunos gestos de dolor por la tirantez de la piel. Tras terminar de abrochársela, salió de su habitación para ir hacia la de Anabella que terminaba de desayunar en ese momento.

La joven aún seguía recostada en su cama con la pierna entablillada sin apenas poder moverse.

—¿Cómo te encuentras hoy? —preguntó Dreick desde la puerta.

Ella levantó la mirada y al verlo sonrió.

—Me siento mejor, la quemadura casi se ha curado, aunque lo que es la pierna aún me duele si hago el más mínimo movimiento cuando me quitan el vendaje y las tablillas para curarme.

El joven se acercó y se sentó junto a ella.

—Siento que tuvieras que pasar por algo semejante. ¿Por qué bajaste?

—Tenía sed y no había agua en la habitación, cuando bajé vi a tu hermano en el despacho de tu padre. No pensé que me iba a dejar rodeada de llamas porque estaba rebuscando en las cosas que había allí.

—Mejor olvidémonos de esto —dijo Dreick acariciándole la mejilla con delicadeza y al estirarse hizo un leve gesto de dolor del que Anabella se percató.

—¿Te duele?

—Me tiran las cicatrices, pero no es nada grave.

Anabella le abrió la camisa para ver el torso vendado de Dreick y tocó algunas de las zonas con delicadeza.

—Estás así por mi culpa —dijo ella casi en un susurro—, lo siento.

Él posó sus manos sobre las de Anabella y la miró a los ojos negando con la cabeza.

—No lo sientas, hubiera entrado ahí cien mil veces más con tal de que estuvieses viva, así que no tienes que sentirlo. Ambos estamos vivos que es lo importante.

Sin decir nada, él la abrazó con fuerza y besó su sien con delicadeza.

—Me mostró algo que cogió de mi mundo, concretamente mi diario personal. Está traspasando el espejo cuando le viene en gana. Tengo miedo de que le haga algo a mis padres.

—Vamos a recuperar el espejo, no puedo permitir que haga algo malo en el otro lado, ahora mismo me voy a reunir con mi padre y Nitziel para idear un plan de ataque efectivo contra el castillo de Kartik.

Anabella sonrió levemente con cierto alivio, aunque aún seguía preocupada por todo lo que Kartik había leído en su diario.

—Gracias.

—De nada, ahora intenta descansar un rato. ¿Qué te parece si por la tarde te bajo a los jardines?

—Me encanta la idea, ya me siento un poco claustrofóbica aquí dentro.

—Perfecto, luego vendré por ti.

—Espera... ¿me vas a llevar tú? ¿No sería mejor que lo hiciese un sirviente? Tus heridas aún no están curadas del todo.

—No te preocupes ¿vale? —dijo dándole un suave beso en los labios— Nos vemos después.

Dicho esto, el joven salió de allí para reunirse con su padre y Nitziel. Debían hacer algo rápidamente. Lo que le había contado Anabella no eran para nada buenas noticias y si Kartik pasaba al otro lado podría ocurrir algo muy grave. Su hermano no estaba en sus cabales y quizás podría hacer daño a alguien.

Mientras la reunión tenía lugar en el castillo del rey, en el de Kartik, este se encontraba mirando el espejo hacia la habitación de Anabella que en ese momento se hallaba vacía.

Su obsesión por la madre de Anabella crecía cada día más y ansiaba el hecho de que esa espléndida mujer cruzara hacia este lado para poder tocarla de una vez por todas.

Si no hacía algo jamás lo conseguiría, la había visto mirando el espejo buscando una forma de entrar en él, ella lo había visto cruzarlo y Kartik lo sabía.

Una sonrisa se formó en sus labios y corrió hacia su despacho para coger un trozo de papel en el que escribió algo rápidamente. Luego volvió a la habitación donde estaba el espejo para traspasarlo después de haber abierto el portal con una gota de su sangre. Pasó al otro lado procurando no hacer ruido por si había alguien en la casa y se alertara ante sonidos en la habitación que supuestamente estaba desierta.

Con paso lento se acercó hasta la mesilla de noche y dejó el papel allí para luego volver rápidamente a cruzar el espejo y cerrándolo a su paso. Sin mirar atrás, volvió a su despacho para celebrar la gran idea que había tenido en ese momento con respecto a esa mujer que lo volvía loco. Muy pronto la tendría a su lado.

Catherine se encontraba en el salón mirando la televisión en la que no dejaban de hablar de la desaparición de su hija y ofrecían varias imágenes de ella y de su marido huyendo de los medios. Ninguno de los dos tenía fuerzas para hablar con la prensa sobre la situación.

Su hija no estaba desaparecida del todo, ella no había salido de la casa. Algo le decía a Catherine que su hija estaba encerrada en aquel espejo que tenía en su habitación. Ella misma había visto entrar a alguien y debía encontrar la manera de hacerlo para traer a Anabella de vuelta. La echaba tanto de menos que creía que se iba a volver loca de la desesperación.

Apagó la televisión y volvió a subir al cuarto de su hija para volver a intentar lo que fuese con el espejo. Tenía que haber algo. Cuando entró, la nostalgia y el dolor se instalaron en su corazón. Todo estaba tal cual su hija lo había dejado, salvo la cama que estaba hecha. Las lágrimas acudieron a los ojos de Catherine, pero se negó a derramarlas, debía ser fuerte por ella y por su hija, así que entró decidida en la habitación para volver a inspeccionar el espejo.

Antes de acercarse a este, se fijó en algo que no encajaba con la habitación y que sabía que no estaba ahí hasta ayer mismo. Un trozo de papel que parecía antiguo descansaba sobre la mesilla de noche junto a la lamparita.

Se acercó hasta allí y tras sentarse en la cama tomó el papel entre sus manos para abrirlo y leer lo que allí ponía. La nota decía así:

“No existe ningún botón para accionarlo, debes entregar algo que aceptará sin problemas.”

Catherine leyó la nota una y otra vez sin comprender muy bien lo que quería decir y miró el espejo. ¿Acaso alguien le estaba ayudando para llegar hasta su hija? Pero ¿por qué no le decía exactamente qué tenía que hacer?

Miró hacia el espejo esperando ver algo y nada salía de allí. Tendría que meditar sobre aquella nota. No podía decírselo a nadie, su marido ya la comenzaba a tratar como una loca y no la creería, ni siquiera mostrándole aquel pedazo de papel que llenaba su corazón de esperanza.

28. Verdades.

Silvana se encontraba en la biblioteca leyendo un libro esperando por Nitziel que le había prometido ir a dar un paseo a caballo por la zona segura del bosque. Tan concentrada se encontraba que no se percató de la presencia de Alina.

—Perdón, ¿molesto?

La voz de la joven sacó de su ensimismamiento a Silvana que la miró y algo en su interior se revolvió. Trató de sonreír.

—No, no molestas, adelante.

—Gracias —dijo la joven acercándose—. Quería decirle algo, si me lo permite.

—Habla —Silvana dejó el libro sobre su regazo y miró a la joven que se agachó para poder mirarla mejor.

—El otro día usted me vio dándole un abrazo a Nitziel y creo que no le gustó mucho. No quiero que usted piense mal de mí porque yo a él lo quiero como un hermano más. Nunca he podido verlo con otros ojos y mucho menos después de haber estado separados tanto tiempo. Si se hubiese quedado en mi casa, quizás con el tiempo podría haberme enamorado de él, pero en mi mente siempre lo vi como otro hermano más al que querer.

Silvana la miró sin saber muy bien qué decir sobre todo lo que le había confesado la joven Alina.

—¿De verdad que no sientes nada por él?

—Claro que no. Él cuidaba de mí como mismo hacían mis hermanos. No quiero que malinterprete los abrazos que le doy porque solo significan amor de hermanos, aunque no sea hermano de sangre. No quiero que se enfade conmigo por esos abrazos, es más, me gustaría ser su amiga como mismo es Anabella. Me gustaría gozar de su amistad porque se ve alegre y muy adorable. Por favor, señorita Silvana.

La joven princesa la miró unos instantes pensando en lo que le había dicho y si de verdad ella no sentía nada por Nitziel podría ser su amiga perfectamente así le contaría cosas sobre él de pequeño.

Silvana mostró una leve sonrisa y le tomó la mano a la joven.

—Me encantaría, ahora que conozco la verdad, quiero que seas mi amiga y me gustaría que me contaras cosas de Nitziel de cuando era pequeño.

—Por supuesto, estaré encantada de contarle todo lo que desee.

Silvana asintió y la invitó a sentarse a su lado para que le contara hasta que llegara Nitziel para ir a pasear.

Nitziel se dirigió a las caballerizas para preparar los caballos en los que Silvana y él irían a pasear por el bosque. Al llegar allí se encontró con Sen, el hermano de Alina con el que más relación tenía después de la joven.

Al entrar, el joven lo saludó con una sonrisa.

—¿Cómo estás? —preguntó Sen mientras cepillaba a uno de los caballos con delicadeza.

—Bien, pensaba ir a pasear con Silvana por el bosque.

—Siempre te gustaba estar en el bosque —recordó Sen con una leve sonrisa y, luego, su rostro cambió a desolación—. Si vieras como está el reino ahora no lo reconocerías.

—Yo ya no vivo allí, Sen, hace muchos años que olvidé ese lugar.

—Fue el lugar donde naciste y pasaste parte de tu infancia ¿cómo puedes olvidarlo?

—He tenido que hacerlo y, sinceramente, no sé si quiero recordarlo.

—Tu tío se ha vuelto un rey malvado, Nitziel.

—No quiero saberlo.

—Tu gente está pasando hambre por los impuestos abusivos que ha impuesto, ¿por qué crees que huimos nosotros? El hambre está matando a la gente.

—Yo no pertenezco a ese lugar como vosotros tampoco, tenéis que olvidarlo tal y como yo lo hice.

Sen negó con la cabeza.

—Tú no lo entiendes, Nitziel. Esa gente ha estado buscándote en secreto durante años, habían perdido la esperanza y mira lo que hacen las casualidades. Estás aquí. Tan cerca. Deberías reclamar lo que es tuyo.

Nitziel le dio la espalda para coger un asiento para colocarlo en su caballo.

—No, Sen. No voy a reclamar nada. El matar a mi padre me ha quitado todo derecho con respecto a la corona y no voy a ir a ese lugar nunca más.

—Tú no lo mataste, Nitziel. Alguien vio todo lo que ocurrió esa noche y tú no mataste a nuestro rey.

Al joven se le cayó el asiento y se giró.

—¿Qué? ¿Qué has dicho?

—Hay alguien que lo vio todo. Tú no fuiste. Debes creerme.

—¿Cómo sabes eso?

Sen se puso frente a él y se señaló a sí mismo.

—Yo fui quien lo vio, Nitziel.

Este retrocedió un paso.

—¿Qué hacías allí?

—Fui a buscarte porque te olvidaste una cosa en mi casa y entré por la entrada secreta que nos enseñaste cuando sentí ruido en el despacho del rey. Objetos cayendo al suelo. La puerta estaba entreabierta y me asomé lo justo para ver lo que ocurría dentro.

—¿Qué viste?

—Estabas allí, pero no eras tú, estabas como ido, ausente de lo que ocurría allí. Tu padre y tu tío discutían muy fuerte llegando incluso a las manos. Tú no reaccionabas, no te movías del sillón en el que estabas, entonces tu tío sacó una daga que llevaba oculta y se la clavó a tu padre en el pecho, justo sobre el corazón. Cuando el rey cayó, se acercó hasta ti, te puso la daga en la mano y te arrodilló frente a tu padre. Luego, casi como por arte de magia reaccionaste y al ver la sangre y la daga miraste a tu tío que enseguida gritó para que viniesen los guardias. Te asustaste y saliste corriendo, no me dio tiempo a apartarme y caí al suelo cuando abriste la puerta.

Nitziel se llevó las manos a la cabeza sin poder creer lo que estaba oyendo. Él solo recordaba el momento de ver la daga manchada de sangre en sus manos, de aquello que le contaba su amigo no recordaba nada. Cayó de rodillas.

—¿Yo no lo maté? —preguntó Nitziel con un hilo de voz— ¿De verdad que no lo maté?

Sen negó con la cabeza.

—No fuiste tú, Nitziel.

—No puede ser... no puede ser...

A su mente vinieron las imágenes que recordaba y pasaban ante sus ojos con una rapidez mareante mientras negaba con la cabeza.

—Nitziel, ¿estás bien?

—No fui yo, no fui...

De repente recordó algo a lo que no le había dado importancia hasta ese momento en que su amigo le contó todo. Su tío le había dado un vaso con un extraño líquido que él pensó que era algún zumo especial ya que sabía algo raro, pero no, aquel brebaje era lo que le había dejado ido y que no recordara nada de lo que sucedió aquella noche.

Algunas lágrimas escaparon de sus ojos y Sen preocupado corrió a buscar a alguien. Por el camino se encontró con Alina y se acercó corriendo a ella que sonreía abiertamente e iba a contarle que tenía una nueva amiga a su hermano.

—¡Alina! ¡Ve a pedir ayuda! ¡Rápido!

—¿Qué ocurre?

—Es Nitziel, le acabo de contar toda la verdad de la muerte de su padre y no es capaz de reaccionar con raciocinio.

—¿Le has contado todo?

—Tenía que hacerlo, pero ve corriendo, por favor.

La joven asintió y corrió al castillo con la preocupación reflejada en su rostro. Corrió a la biblioteca donde había dejado a Silvana y entró.

—Silvana, tienes que venir, rápido.

La joven princesa se incorporó y la miró sin entender.

—¿Qué ocurre?

—Se trata de Nitziel, ven, por favor.

—¿Qué le pasa?

—Es una historia un poco larga de contar, tenemos que ir, quizás tú puedas calmarlo.

Silvana asintió y ambas corrieron a las caballerizas donde encontraron a Sen tratando de hacer que Nitziel reaccionara. La princesa se acercó y tomó el rostro del chico.

—Nitziel, ¿qué ocurre? ¿Qué te pasa?

—No fui yo...

—¿De qué estás hablando?

—No maté a mi padre, no lo maté.

Silvana miró a los dos hermanos.

—¿Por qué está diciendo eso ahora? ¿Qué ha pasado?

—Yo vi lo que ocurrió esa noche —dijo Sen— y se lo conté todo. Él es inocente, cayó en la trampa de su tío.

La princesa volvió a mirar a Nitziel.

—Mí amor, reacciona, todos sabíamos que eras inocente, esto solo te ha confirmado la verdad. En tu corazón sabías que no eras el culpable. Por fin te puedes quitar esa carga de encima y ser feliz. Mirame, Nitziel.

Él levantó la mirada hacia ella y pareció reaccionar. Silvana le sonreía dulcemente acariciando sus mejillas empapadas.

—¿Silvana?

Ella le besó la mejilla.

—¿Cómo estás? —preguntó la joven.

—Yo... yo... no sé. Sen me contó todo y... de verdad que no sé cómo me siento.

—Eres inocente —dijo Alina—. Quisimos decírtelo, pero desapareciste de repente y nunca más supimos de ti, incluso mis hermanos te dieron por muerto.

Nitziel alzó la mirada hacia Sen y Alina.

—Siento haberos preocupado.

—No pasa nada, ahora sabes toda la verdad que creo que era lo que necesitabas.

—¿Vas a hacer algo? —preguntó Sen— No deberías dejar que el verdadero asesino esté cumpliendo un papel que no es el suyo.

Nitziel bajó la mirada.

—¿Y qué hago? ¿Ir allí como si nada y quitar el trono a mi tío? Es imposible, es muy listo, si fue capaz de drogarme y hacerme creer que yo maté a mi padre ¿qué crees que hará ahora?

—Debes reclamar lo que es tuyo por derecho, Nitziel, eres inocente, no tienes nada que esconder —dijo Silvana.

—Me apresarán desde que descubran quién soy —dijo el joven acariciando el rostro de la joven a la que amaba—. Me condenarían a muerte. No quiero que sufras algo así.

—Han pasado muchos años, no te reconocerían.

—Soy el vivo retrato de mi padre, Silvana. No puedo ocultar quien soy.

—Algo se nos ocurrirá, pero debes ir allí. Alina me contó la situación de tu reino —dijo Silvana—. Solo tú puedes poner orden allí. Yo te apoyaré. Vayamos a hablar con Dreick, él seguro que nos ayudará en esto.

La joven se levantó y le ofreció la mano para que se incorporara. Él se levantó y juntos se fueron al castillo.

—Siento haber fastidiado el paseo.

—Esto es más importante, no te preocupes.

Entraron al castillo y buscaron a Dreick por todas partes hasta que lo encontraron en la habitación de Anabella haciéndole compañía. El príncipe se preocupó al ver tan pálido a su amigo y se incorporó.

—¿Qué te ha pasado, Nitziel?

—Soy inocente, compañero —dijo el joven sonriendo levemente—. Yo no maté a mi padre.

Dreick parpadeó varias veces, confuso.

—¿Qué quieres decir?

—Esos hermanos que vinieron, que vivían en el reino de mi padre, el menor de ellos me contó todo lo que ocurrió esa noche. Yo no lo maté, mi tío me drogó y luego me hizo creer que fui yo el culpable.

—Entonces eres inocente —dijo Dreick sonriendo—. Te lo dije, amigo. Era imposible que mataras a tu padre.

—Debería ir a recuperar lo que le pertenece por derecho —dijo Silvana—, la situación allí no es la adecuada. Alina me contó todo y la razón por la que huyeron. Ese hombre no puede gobernar.

Dreick meditó unos instantes y asintió.

—La verdad que sí que deberías hacer algo por tu pueblo.

—Ya le dije a Silvana que me apresarán y me matarán, soy el vivo retrato de mi padre, no puedo ir allí como si nada.

—¿Y si vas encubierto? —preguntó Anabella desde la cama.

Todos la miraron sin comprender muy bien lo que quería decir.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Silvana.

—Ir no siendo él, siendo otra persona. Ir disfrazado.

—¿Cómo? —preguntó Dreick.

—Podría dejarse barba, eso ocultará buena parte de su rostro —dijo Anabella mirándolo fijamente— y luego podrías ponerte un parche en el ojo. Solo verán una pequeña porción de tu cara, nadie podría reconocerte.

—Pero no puede llegar allí y matarlo porque sí —dijo Dreick.

Todos se quedaron pensando y luego a Silvana se le ocurrió una idea.

—Puedes ir como emisario del rey con algún tratado.

—¿Qué tipo de tratado? No estamos en guerra con él, apenas tenemos trato con ese lugar, ¿qué podemos ofrecerles? —preguntó Dreick.

—Utilizaremos a Kartik. Le mandaremos un tratado de unión contra Kartik por el secuestro de jóvenes. Se le podría decir que podría ir allí y secuestrar a las chicas de ese lugar —dijo Anabella—. Si fue capaz de hacerlo en el poblado donde vive Helian, también podría ir allí ¿no creéis?

—Es una buena idea —dijo Silvana sonriendo.

—¿Creéis que será una buena idea? —preguntó Nitziel.

—Sí, es un buen plan —dijo Dreick—. Hablaremos con mi padre y cuando tú estés listo, te mandaremos allí con una pequeña guardia personal, no es bueno que vayas solo por si te descubren. La verdad que Anabella ha tenido una buena idea con respecto a dejarte crecer un poco la barba y ponerte un parche en un ojo.

—Entonces, vayamos a hablar con el rey para empezar cuanto antes con esto, no puedo dejar que esa gente esté gobernada por un asesino —dijo Nitziel sintiendo ya en su interior la furia de la venganza hacia su tío por el asesinato de su padre.

Dreick asintió y ambos salieron de la habitación de Anabella dejando a las chicas solas.

Silvana se acercó y se sentó junto a su amiga.

—¿Cómo te encuentras de la pierna?

—Un poco mejor, parece que sí que había algo roto y el reposo me está ayudando ¿y tú? ¿Qué tal estás?

—Bueno, hasta hace un rato pensaba que esa chica que vino, Alina, tenía intención de robarme el amor de Nitziel por el cariño que le tenía y por ser amiga de su infancia, pero vino a donde yo estaba y me contó que ella no lo veía como un hombre si no como un hermano más. Me sentí tremendamente aliviada. Ahora somos amigas.

—Que bien —dijo Anabella—. La verdad es que yo no la veía una rival para ti, las peleas entre tú y Nitziel ha conseguido un amor muy profundo.

—Tú no peleaste nunca con mi hermano y aún así os amáis mucho. ¿Qué haréis cuando regreses a tu casa?

Anabella bajó la mirada. Odiaba pensar en ese momento ya que cada vez estaba más enamorada de Dreick y la despedida sería mucho más dura cuanto más tiempo pasasen juntos.

—La verdad es que no lo sé, Silvana. Tengo miedo de ese momento y me va a costar mucho.

—Ojalá no te vayas nunca, pero no puedo ser egoísta porque tus padres te echarán mucho menos.

—Los extraño tanto, pero a la vez no quiero irme y perder al único chico que he amado, es el primero en todo, en el otro lado no era más que una joven que permanecía en un segundo plano por timidez. Mi madre es una cantante reconocidísima en mi mundo y muchas veces no he querido acompañarla porque no tengo el carisma que tiene ella. A mí me encantaría ser como ella, pero no puedo. Y aún así la echo mucho de menos al igual que mi padre.

Anabella se cubrió el rostro comenzando a llorar por la melancolía y su amiga la abrazó con cariño.

—No te preocupes, seguro que muy pronto los verás y les dirás lo mucho que los has echado de menos.

La joven la abrazó con fuerza.

—Gracias —dijo Anabella.

La joven apoyó la cabeza en el hombro de su amiga y se calmó después de haber derramado muchas lágrimas. Tenía un gran lío en la cabeza con respecto a sus padres y Dreick. No sabía cómo iba a actuar en el momento de la despedida. Ojalá las cosas fuesen más fáciles para ella.

29. Despedidas.

Habían pasado varios días desde que había recibido aquella nota de no sabía dónde, aunque podía suponer que de la persona que estaba al otro lado del espejo. Querían ayudarla, pero ¿por qué no le daban indicaciones claras? No se había separado del papel intentando buscar una explicación a aquellas palabras que no lograba darle sentido.

Se iba a volver loca si no sabía lo que querían decirle. Su hija estaba a solo un palmo y no podía hacer nada porque no entendía la pista que le habían dejado.

Volvió a la habitación de su hija por si le habían dejado alguna pista nueva y ese día tuvo suerte porque había otra nota justo donde había estado la otra. Corriendo la cogió y la abrió para leerla.

“Lo que debes dar es un poco de algo que necesitas para vivir”.

Catherine volvió a leer la nota y se puso a pensar qué podía ser. Había muchas cosas que necesitaba para vivir. Aquella nota era más confusa que la anterior. ¿Qué haría para resolver semejante misterio? Su mirada se dirigió al espejo, como cada vez que iba allí, y se acercó lentamente hasta que todo su cuerpo quedó reflejado en este.

—Por favor, si estás ahí, dime qué tengo que hacer para recuperar a mi hija, no quiero pistas que no me resuelven nada. Te lo ruego, ayúdame.

Posó una mano en el frío cristal del espejo por unos segundos e inspiró hondo cerrando los ojos. Tras unos segundos se apartó del espejo y salió de la habitación.

Kartik, en el otro lado del espejo, pudo leer los maravillosos labios de aquella mujer en la que le rogaba que no le diera pistas sino que le dijera directamente cómo pasar. Una sonrisa se dibujó en su rostro. Las pistas eran lo suficientemente claras, pero a la vez muy confusas para quien no conocía la realidad del espejo.

—Quizás en la próxima pista sea un poco más explícito, necesito tenerte a mi lado ya. No creo que pueda esperar mucho.

Apoyó la mano justo donde estaba la de esa mujer apoyada y cuando la vio marchar, él también se fue a su despacho. Tenía que tener todo listo para cuando ella cruzara el espejo. Quería darle una gran bienvenida y para eso necesitaba sirvientes. Llamó a uno de sus soldados que llegó al instante.

—¿Qué desea, mi señor?

—Quiero que busques gente que quiera trabajar aquí y si no hay nadie, encárgate de secuestrarlos para que trabajen para mí, me da igual lo que tengas que hacer.

—Así se hará, mi señor.

El soldado hizo una reverencia y se marchó tan rápido como había llegado.

Días más tarde, ya casi todo estaba listo para la partida de Nitziel que ahora lucía una barba de varios días y cambiaba bastante, incluso llevaba el pelo un poco más largo. Habían conseguido un parche para que lo llevara en uno de sus ojos y los papeles estaban firmados por el rey.

El joven preparaba todo en su habitación acompañado de Dreick.

—Todo va a ir bien, ya lo verás.

Nitziel inspiró hondo y se giró hacia su amigo.

—¿Sabes? Tengo miedo de llegar allí y fallar en mi misión. Soy muy impulsivo y eso podría

ser fatal para mí.

—Confía en ti, compañero, no debes preocuparte por nada, piensa que lo haces por tu pueblo.

—Lo sé, por eso estoy haciendo esto.

—Es raro que Silvana no esté aquí contigo cuando es tu última noche en el castillo.

—Mejor que no, su cara de sufrimiento por la separación me parte el corazón.

—Os arrepentiréis si no os despedís.

—La conozco y se pondrá a llorar. No quiero llevarme esa imagen conmigo.

—Pero tendrás que despedirte de ella ¿no crees?

—Si mañana no está cuando me vaya, lo entenderé, no se lo pienso reprochar.

—Como tú lo veas, amigo, te dejo solo, nos vemos mañana antes de tu partida.

Nitziel asintió y Dreick salió del cuarto dejándolo solo. Se sentó en la cama pensando en lo que le depararía los días venideros. Vería a su tío después de tantos años, al hombre que asesinó a su padre.

Tocaron en la puerta y él salió de su ensimismamiento.

—Adelante.

La puerta se abrió un poco y apareció el rostro de Silvana.

—¿Puedo entrar?

—Claro, pasa.

La joven entró y cerró tras de sí. Lo miró por unos segundos con la tristeza reflejada en su rostro sin acercarse. Quería mantenerse fuerte y no llorar ya que ella había sido una de los que le habían animado a recuperar lo que era suyo.

—Esto... venía a desearte suerte en el viaje —dijo ella intentando mostrar una sonrisa que no le llegó a los ojos—. Bueno, suerte y espero que vuelvas pronto.

Se giró rápidamente para marcharse, pero Nitziel se puso detrás de ella impidiéndole abrir la puerta. Silvana no se giró.

—¿Qué te pasa? —preguntó Nitziel.

—Na... nada, estoy bien.

—Tu cara no me dice lo mismo. Mírame, Silvana.

Ella negó con la cabeza.

—No, si me giro te arrepentirás de ir y no es justo, mejor me voy ¿vale?

—Mírame, Silvana —repitió Nitziel.

Finalmente, ella se giró y lo miró con lágrimas en los ojos.

—Lo siento, no quería llorar, de verdad que no quería, es que me he acostumbrado a tenerte siempre a mi lado y ahora te vas a ir... Me voy a sentir muy sola.

Nitziel la abrazó con fuerza y ella se desahogó.

—No vas a estar sola, Silvana, Anabella y Alina van a estar a tu lado.

—Ellas no son tú. Quiero que hagas justicia en tu tierra, pero también quiero tenerte a mi lado.

—No será mucho tiempo, te lo prometo.

—Las cosas se pueden alargar ¿y si te descubren?

—No lo harán, mírame, apenas me reconozco con esta barba. Antes me puse el parche y no parezco yo.

Silvana escondió el rostro en el torso del chico.

—¿Si te pidiera que me hicieras tuya me lo concederías?

Nitziel la apartó un poco mirándola sorprendido.

—¿Qué?

—Hazme tuya, por favor, déjame tener un recuerdo tuyo antes de que te vayas.

—No puedo hacer eso, Silvana, lo que me pides es imposible.

—Por favor, Nitziel.

Ella acercó su rostro al de él para besarlo.

—No podemos, no me pidas eso.

Silvana se apartó y bajó la mirada entristecida.

—Está bien, lo siento.

La joven salió corriendo de la habitación dejándolo solo. Nitziel maldijo por lo bajo. Justamente por eso hubiera preferido que no viniera a despedirse de él.

Sin pensar en lo que hacía, corrió en pos de ella y al no verla por el pasillo, se dirigió a la habitación de la joven donde tocó varias veces.

—Abre, Silvana. Ábreme la puerta.

Dentro nadie contestaba, así que abrió él mismo. Cuando entró, la vio tirada bocabajo en su cama. Sus hombros se movían al compás de sus sollozos incontenibles. Nitziel se acercó y se sentó junto a ella.

—Déjame sola, Nitziel.

—Primero escúchame, por favor —el llanto cesó y se convirtió en hipidos lastimeros—. Lo que me pides no es posible, quiero que ese momento sea especial y también quiero ofrecerte algo mejor de lo que soy. Quiero ser el rey de mi tierra cuando regrese y así será todo perfecto.

Ella se incorporó rápidamente.

—Yo te quiero a ti, no quiero tu título. Yo quiero al Nitziel que conozco. Te quiero a ti.

Silvana se abrazó a él.

—Es mejor cuando sea rey, Silvana, ¿qué diría tu padre si lo descubriese?

—No lo hará. Nadie lo sabrá, te lo prometo.

—Si ocurre, el dolor será mucho mayor, entiéndelo, mi princesa. Por favor, entiéndeme. No quiero que mañana al despertar te des cuenta de la dureza de la situación por tener que irme, es más, si me apresan y me matan ¿qué será de ti? Si me pasara algo yo querría que fueras feliz.

—Solo seré feliz contigo.

—Lo sé, pero si me ocurre algo allí, quiero que seas feliz y que encuentres a otra persona que realmente te quiera como yo te quiero a ti.

—No te despidas así de mí.

—Yo no quiero pensar así, pero me preocupo por tu futuro.

—Entonces quédate conmigo esta noche, por favor —dijo Silvana rindiéndose ante las coherentes explicaciones de Nitziel.

—Sí —dijo él.

Ambos se acostaron en la cama abrazados y mirándose a los ojos fijamente.

—Te quiero mucho, Nitziel, jamás podría amar a otro que no seas tú. Quiero que tengas mucho cuidado.

—Yo también te quiero, Silvana, y te prometo que tendré todo el cuidado del mundo por ti. Intentaré escribirte para que sepas cómo estoy.

—Gracias.

—Intenta dormir, yo estaré aquí.

Ella asintió y cerró los ojos para intentar dormir. Tras un rato, la joven dormía profundamente y Nitziel la observó.

Le iba a doler mucho el separarse de ella, pero debía hacerlo para ofrecerle un futuro mejor, que simplemente ser la mujer de un segundo al mando sin ningún tipo de linaje noble. Él era rey por derecho e iba a recuperar su puesto, fuese como fuese.

Pasó la noche con ella en la que vio como ella gemía y se le escapaba alguna lágrima, seguramente soñando con su partida.

El sol ya despuntaba por el horizonte y Nitziel se incorporó con cuidado de no despertar a Silvana. La miró fijamente y le dio un suave beso en la sien para luego salir de allí. No quería despedidas por parte de ella. Quería llevarse en la memoria el rostro tranquilo de la joven durmiendo antes que una cara llorosa. El dolor de ella lo mataría y no podría cumplir con su misión como se requería.

Salió sin hacer el más mínimo ruido y se fue a su habitación a recoger sus cosas. Se puso una capa sobre sus hombros y cogió el parche que se puso sobre su ojo izquierdo. Miró la habitación por última vez y salió de allí. Los miembros del servicio ya estaban con sus tareas como cada día y al bajar las escaleras se topó con su amigo y compañero.

—Estoy listo —dijo Nitziel.

—El caballo ya está listo —dijo Dreick cuando su amigo bajó las escaleras y se dirigieron hacia la puerta principal.

Cuando estaban a punto de salir, alguien gritó el nombre del joven.

—¡Nitziel!

El joven se giró y en lo alto de las escaleras vio a Silvana que luego bajó rápidamente para abrazarse a él. Se apartó lo justo para mirarle a la cara con lágrimas corriendo por sus mejillas, pero a la vez con una sonrisa.

—Ten cuidado, por favor. No dejes que te hagan daño. Salva a tu tierra.

Nitziel asintió y con delicadeza le limpió las lágrimas.

—Te prometo mantenerme vivo porque pienso volver aquí, a tus brazos. No llores ¿vale?

Ella asintió y finalmente se apartó para dejarlo marchar. Una vez se cerró la puerta principal, la joven se abrazó y cayó de rodillas llorando por la separación a la que se iban a someter.

Alina que pasaba por allí para ir a las cocinas, la vio y se acercó corriendo. Se arrodilló a su lado.

—Silvana, ¿qué ocurre?

La joven princesa, se giró hacia ella y la abrazó llorando.

—Voy a echarlo mucho de menos, Alina, no sé si podré soportarlo.

—Será difícil, pero piensa que cuando vuelva lo hará como rey. Luchará contra su tío y salvará a todo un pueblo.

—Lo sé. No puedo evitar temer por su vida, es peligroso lo que está haciendo.

—Lo hará bien, es un gran guerrero. ¿Qué te parece si vamos a la cocina? Seguro que te distraes un poco.

—Prefiero volver a mi habitación, gracias —dijo Silvana incorporándose y sonriendo levemente a su nueva amiga.

—Si necesitas algo, no dudes en avisarme.

Silvana asintió y volvió a su habitación con la tristeza reflejada en su rostro.

Nitziel miró hacia la puerta principal tras salir del castillo con una sensación de congoja que le hizo frotarse el pecho con la mano. Él no quería una despedida así, mejor hubiese sido que se despertara después de haberse marchado.

—¿Estás bien? —preguntó Dreick.

—Sí. Ella sabe que lo hago por mi pueblo y por nosotros. Quiero ofrecerle algo mejor de lo que tengo y solo siendo rey puedo dárselo.

Dreick miró a su amigo.

—Ella te quiere por ti, no por lo que tengas.

—Lo sé, pero sé que haciendo esto le ofrezco lo mejor.

—Eres muy noble, amigo.

Se acercaron hacia las caballerizas y Nitziel montó en el caballo que le habían preparado.

—Intentaré hacerte llegar cartas de cómo van sucediéndose las cosas allá.

—Ten mucho cuidado.

—Lo tendré.

—Buen viaje.

—Gracias.

Tras decir esto, espoleó a su caballo para ponerse en camino y los soldados, que había por allí montados en sus caballos, lo siguieron en silencio. Dreick los vio marchar y pidió a los astros que todo fuera bien allá en el reino de Nitziel.

-

30. Dolor y amor.

Anabella esperaba la visita de la curandera para ver cómo iba su pierna, estaba desesperada por salir de aquella habitación. Alina le había contado lo mal que lo había pasado Silvana al despedirse de Nitziel y quería ir a apoyarla.

La mujer no tardó mucho en aparecer y rápidamente se puso a quitar el vendaje y las tablillas.

—Intenta mover el pie —dijo la mujer.

Anabella intentó moverla, pero el dolor se hizo insoportable y se recostó ahogando un gemido de dolor.

—Maldita sea —dijo la joven.

—Me parece que no está curado del todo.

—Pero yo necesito levantarme ya de esta cama, no soporto estar aquí un minuto más.

—Lo sé y ojalá pudiese hacer algo.

—Deme algo para apoyarme, algún tipo de muleta, quiero ver a mi amiga.

—No deberías moverte.

—Por favor.

La mujer suspiró y se incorporó tras volver a colocarle la venda con las tablillas.

—Veré que puedo hacer.

Anabella sonrió y asintió.

—Gracias, de verdad.

La curandera salió de allí. Después de un buen rato esperando, entró de nuevo en la habitación portando un par de muletas muy rústicas.

—Por suerte había un par guardadas que usó el rey hace mucho tiempo. Tómalas, pero ten cuidado.

Anabella las tomó y, con la ayuda de estas, se incorporó y poco a poco fue caminando hacia la puerta.

—Menos mal, muchas gracias.

—De nada, niña.

La joven salió con paso pausado de la habitación para dirigirse a la de su amiga. Como la puerta estaba cerrada, tocó y nadie respondió. Lentamente abrió la y se asomó.

—¿Silvana?

Encima de la cama había un bulto que no se movía para nada y al principio pensó que estaba durmiendo, pero de repente oyó los tenues sollozos de su amiga, por lo que entró.

Se sentó junto a ella y le tomó una de las manos. Silvana la miró.

—Sé que no debería llorar porque él va a recuperar algo que le pertenece, pero es que duele tanto.

Anabella le sonrió levemente y se acostó a su lado.

—Es normal que te sientas triste, te acostumbraste a su compañía.

—Debería estar contenta y no puedo. Le lloré e incluso le pedí que me hiciera suya, pero se negó.

La joven la miró con cierta sorpresa.

—¿De verdad le pediste algo así?

—Sí. Sé que no estuvo bien. No quiero llorar y aún así no puedo evitarlo.

La princesa se abrazó a su amiga.

—No pasa nada porque llores. Desahógate, me quedaré contigo.

El llanto de Silvana se incrementó y cuando por fin cesó su llanto, se quedó profundamente dormida.

La puerta se abrió y apareció Alina que traía una bandeja de comida que dejó junto a la entrada y se acercó a la cama.

—Está muy mal ¿no?

Anabella asintió.

—La despedida fue muy dura para ella. Se acostumbró a su compañía y ahora que no está se siente sola. Por eso vine con ella, no quería que se sintiera así, que tiene a su amiga a su lado.

—Sabe que Nitziel corre peligro al ir allí, supongo que eso agrava más su estado.

—Probablemente.

Alina se sentó junto a las dos amigas y de repente recordó algo.

—Ah, se me olvidaba, esta mañana encontré una carta a tu nombre.

—¿A mi nombre?

—Sí, la pasaron por debajo de la puerta —dijo la joven metiendo la mano en el bolsillo del delantal que llevaba puesto. Cuando lo sacó, se lo entregó—, normalmente siempre viene un mensajero a dejar las cartas.

Anabella se incorporó en la cama y abrió la carta. Al leer las palabras se puso pálida de repente. Negó con la cabeza. En ella solo había una frase que decía:

Mamá quiere venir a por su hija y probablemente lo consiga.

—No puede ser —dijo Anabella.

—¿Qué ocurre?

—Es de Kartik. Quiere traer a mi madre desde el otro lado del espejo. Oh, por Dios, no. ¿Qué voy a hacer? Mi madre no puede venir aquí, Kartik podría hacerle daño.

—Quizás debería avisar al príncipe.

—Por favor.

Alina salió corriendo en busca de Dreick mientras Anabella releía la nota de Kartik. Su madre no debía cruzar el espejo, era peligroso.

Tras un rato de espera, Dreick entró en la habitación acompañado de Alina.

—¿Qué ocurre?

Anabella le tendió la carta y el príncipe la leyó.

—Mi madre no puede cruzar el espejo. Si lo tiene Kartik podría ser peligroso.

—¿Crees que sea cierto? A Kartik le gusta jugar con los sentimientos de la gente.

—El la observa y tiene mi diario, esto va en serio.

—¿La observa?

—Sí, me lo dijo el día del incendio. Tenemos que hacer algo.

—No puedo creer que vaya a llegar tan lejos. No puedo permitir que siga haciendo daño —dijo sentándose en la cama.

De repente, Silvana abrió los ojos ante el movimiento de la cama y los miró a ambos para luego incorporarse. Sus ojos estaban hinchados y enrojecidos por el llanto.

—¿Qué pasa?

Ambos la miraron al igual que Alina y su hermano respondió.

—Anabella recibió una carta de Kartik. En ella habla de su madre y creemos que pretende traerla a este lado.

—¿Qué? No podemos permitirlo, es peligroso —dijo Silvana preocupada.

—Lo sé y eso es lo que haré —dijo Dreick—. Voy a preparar una partida de soldados para ir

al castillo de Kartik. No voy a permitir que haga algo malo.

Dreick le tomó la mano a Anabella y luego la abrazó con fuerza.

—No dejes que mi madre cruce a este lado.

—Te lo prometo.

Alina, mientras tanto, se acercó a Silvana.

—¿Cómo estás?

—Aunque quiera decir que estoy bien, no puedo. Me cuesta no tenerlo a mi lado.

—Ya. Si quieres podemos salir fuera y te cuento cosas de cuando él era pequeño, así quizás no lo sientas tan lejos.

—Eso me reconfortaría un poco —miró a Anabella—. Gracias por estar a mi lado.

La joven asintió.

—Eres mi amiga, es lo menos que puedo hacer —dijo sin soltarse de Dreick.

—Por cierto ¿cómo pudiste llegar aquí si aún no estás recuperada? —preguntó Dreick percatándose de que estaban en la habitación de su hermana.

—La curandera me consiguió unas muletas que pertenecieron a tu padre.

Silvana se levantó de la cama y salió con Alina para dejarlos solos, ver aquella escena tan tierna le daban más ganas de llorar por no tener a Nitziel cerca.

—Ah, las muletas, ¿por qué no se me ocurrió antes? —se preguntó— Bueno, prefería llevarte en brazos.

Anabella sonrió levemente y se abrazó más a él.

—Tengo miedo por mi madre.

—No dejaré que le haga nada. Ven, vayamos a tu habitación y descansas un poco.

—Alcázame las muletas, por favor. Me gustaría andar un poco, aunque sea hasta mi habitación, me siento un poco inútil.

—No te sientas así, tienes el pie entablillado y por eso no te puedes mover con libertad.

—Ojalá se me cure pronto.

—Ten paciencia. Vamos —dijo cuando la ayudó a incorporarse y ayudarla con las muletas. Ambos se pusieron en camino hacia la habitación de la joven. Cuando llegaron, ella se recostó en la cama casi por obligación. Dreick se acostó a su lado y la abrazó—. Me encanta tenerte así, entre mis brazos.

Ella no dijo nada, solo levantó la mirada con cierta tristeza.

—Se acerca nuestra despedida, Dreick, ¿qué vamos a hacer? Yo quiero estar contigo, pero mi vida está allá y cuando recuperes el espejo debo volver.

Dreick le acarició la mejilla con delicadeza.

—No quiero renunciar a ti, pero como has dicho, debes volver a tu mundo. No nos quedará más remedio que despedirnos porque no puedo hacer que te quedes. Nada desearía más que las cosas no fueran así entre nosotros. No debimos enamorarnos de esta forma.

El príncipe tomó los labios de Anabella con posesión. Sabía que esos probablemente fueran los últimos besos antes de que ella se marchara y quería retenerlos en su memoria. Posó las manos en sus mejillas y las notó húmedas por lo que se apartó un poco. Al parecer, ella estaba pensando lo mismo.

Él se incorporó lentamente y se puso de rodillas encima de ella para volver a besarla mientras le acariciaba las mejillas con delicadeza para bajar por su cuello.

—Dreick —susurró Anabella entre sollozos.

Él la acalló con otro beso y la incorporó un poco para poder desabrocharle el vestido que llevaba puesto.

—No llores, por favor —le rogó él con un susurro—, odio verte llorar.

Besó el rastro de lágrimas mientras le sacaba el vestido con delicadeza por delante bajándolo hasta la cintura, dejándole únicamente con la camisola.

—No puedo evitarlo, Dreick, no puedo...

Dreick bajó el resto del vestido y luego se encargó de quitarle lo que le quedaba de ropa, si esa iba a ser su última vez juntos quería recordar cada curva de su cuerpo. Mantener su recuerdo vivo en su memoria. Rozó los hombros con sus manos para bajar lentamente por los brazos y agarrar sus manos.

—Te amo, mi princesa, no lo olvides nunca.

Tras estas palabras que emocionaron más a Anabella, posó sus labios en el cuello de esta para besarla dulcemente e ir bajando con lentitud hasta el valle entre sus pechos y luego se dirigió a uno de ellos para lamer el pezón. Anabella se arqueó.

Con una mano acariciaba el otro pezón para darle placer en ambos y la joven gemía de anticipación. Anabella alargó las manos para quitarle la camisa a Dreick, pero las manos le temblaban y no podía sacar los botones de los ojales por lo que él la ayudó y se libraron de su camisa.

El príncipe levantó la cabeza y volvió a acercarse a sus labios para besarla de nuevo mientras se deshacía de los pantalones para quedar así ambos desnudos ante el otro.

Anabella tocó el torso marcado por las cicatrices de las quemaduras y tras separar los labios de los de él, se incorporó y besó cada una de las cicatrices con delicadeza. Luego Dreick posó sus manos en sus mejillas para mirarse a los ojos.

—Dime que me amas —dijo el joven poniéndose de rodillas con el miembro enhiesto y la acercó para sentarla sobre él—. Dímelo, Anabella.

Ella se removió levemente sintiendo cómo aumentaba la humedad entre sus piernas al tener tan cerca el miembro de Dreick.

—Dreick... yo... yo...

El príncipe la elevó y colocó su miembro justo sobre la entrada de ella sin entrar aún, lo que aumentó la excitación de la joven.

—Dímelo, Anabella, quiero oír de tus labios esas palabras.

—Te amo, Dreick, te amo tanto que me duele.

Tras esto, él la penetró y ella ahogó un gemido. Ella estiró el tobillo entablillado para no hacerse daño, para luego entregarse completamente a él.

Volieron a besarse para ahogar sus gemidos mientras sus cuerpos se mecían al mismo compás hasta que juntos llegaron a lo más alto y cayeron rendidos sobre las almohadas. El peso de Dreick sobre ella le resultó reconfortante hasta que él se apartó, se acostó a su lado y los cubrió.

La atrajo hacia sí.

—¿Te hice daño en el pie?

Ella negó con la cabeza.

—Estoy bien. ¿Tú cómo estás? ¿Te molestan las cicatrices?

—No te preocupes, ya no me duelen.

Dreick pegó la espalda de ella en su torso para abrazarla.

—Me alegro mucho, no me gustaba verte sufrir por los dolores.

—Olvidalo, ya está todo bien. Deberías descansar.

—Quédate conmigo un rato antes de que vayas a hablar con los soldados, por favor. Déjame disfrutarte un poco más.

Dreick apoyó la barbilla en su cabeza.

—De acuerdo.

La joven se acurrucó un poco más y cerró los ojos.

Cuando se quedó dormida, Dreick la observó detenidamente mientras le acariciaba el brazo con delicadeza.

—¿Qué voy a hacer sin ti, mi princesa? —susurró para sí— ¿Qué voy a hacer si no te tengo a mi lado? Jamás podré querer a otra como te quiero a ti. ¿Cómo cumpliré para con el reino? ¿Cómo podría reinar un rey sin su reina?

Con esos sombríos pensamientos, se levantó intentando no despertar a Anabella, se vistió y salió de la habitación para hablar con los soldados, que encontró en el campo de entrenamiento como siempre.

Una vez los reunió a todos, les comentó lo que sucedía y que se iba a llevar con él una pequeña partida para intentar recuperar el espejo. Comenzarían a idear un plan para recuperarlo y, probablemente, al día siguiente por la noche partirían hacia el castillo de Kartik para devolver el espejo al lugar al que pertenecía.

-

31. Conociendo al mal.

Acababa de recibir una nueva nota de la persona misteriosa que se esconde al otro lado del espejo. La nota decía así:

“Rojo como la pasión, sobre el cristal y pronto vendrás a este lugar.”

Catherine reunió todas las notas para leerlas una a una en el orden en el que las había recibido. Aquellos acertijos tenían una solución clara y tenía que verla como fuese.

Las leía una y otra vez para luego mirar hacia el espejo durante unos instantes.

—¡Maldita sea! ¿Por qué no me das la respuesta? ¿Rojo y que necesito para vivir? ¡Dímelo!

Entonces, cuando fue a coger las hojas de las notas se hizo un pequeño corte en un dedo y se le escapó un poco de sangre. Catherine se miró el dedo y, de repente, cayó en la cuenta de lo que querían decir las notas. Necesitaba su sangre para poder traspasar el espejo, para poder abrirlo y recuperar así a su hija.

Se acercó corriendo al espejo y posó el dedo herido en sobre el cristal del espejo.

De repente, el espejo comenzó a vibrar mientras los ojos de la máscara de la parte superior se encendían. En el cristal comenzaron a verse círculos de colores que luego llevaron a la imagen de una habitación de piedras oscuras.

Vio su propio reflejo, pero con otro lugar de fondo. Posó la mano sobre lo que debería haber sido el cristal y se sorprendió al notar que este casi parecía agua al tocarlo. Metió la mano para ver si se podía traspasar y luego la sacó con un jadeo de sorpresa.

—¿Esto es real? —se preguntó— ¿De verdad puedo cruzar este espejo a otro lugar?

Miró la habitación por unos instantes y, sin pensarlo, cruzó al otro lado. Cuando salió del espejo, miró a su alrededor para luego mirar a su espalda. El espejo ahora le mostraba la habitación de su hija.

Dio unos pasos en esa otra habitación mirando a su alrededor y en la pared de enfrente vio una puerta grande y oscura. Su corazón bombeaba con fuerza esperando encontrar a su hija pronto, por lo que corrió hacia allí y abrió.

De frente se topó con un chico alto de ojos marrones que la miró al principio con sorpresa y luego sonrió satisfactoriamente.

—Bienvenida, mi señora —dijo el joven haciendo una leve reverencia.

Catherine lo miró extrañada por las ropas que vestía. ¿Es que acaso había viajado a una época anterior?

—¿Eres tú el que me ha estado enviando las pistas? —cuando él asintió, lo cogió por la camisa y lo zarandeó— ¿Dónde está Anabella? ¿Dónde está mi hija?

El joven agarró las manos de Catherine y se las quitó de encima.

—Tenga un poco de paciencia, mi señora, es preciso que nos presentemos antes. Soy Kartik, rey de este castillo y me complace convertirlos en mi invitada de honor.

—Yo solo quiero saber dónde está mi hija para llevármela de vuelta.

—Vuestra hija estará bien ¿por qué no viene conmigo y le muestro mi castillo?

—¿Estará? ¿Quieres decir que mi hija no está aquí?

—Tu hija se encuentra en otro castillo. Pero habrá tiempo para todo. Sígueme, ya verás que te gustará estar aquí.

—He venido por mi hija, es lo único que me interesa de este lugar.

—Pues siento decirle que va a tener que permanecer un poco más del que usted desea.

Catherine lo miró sin entender.

—¿Qué?

—Tu hija sabe que ibas a cruzar el espejo, pero no cuándo y te aseguro que me encantará darle la sorpresa de que su querida madre está conmigo en mi castillo. ¿Sabes? Dicen que soy un tipo peligroso. Me echaron del castillo del que dice ser mi padre —dijo él acercándose a ella para acorralarla—, luego he secuestrado a varias chicas de un mismo pueblo. Las mantengo aquí para mi disfrute personal, pero luego mi querido hermano y tu hija vinieron a rescatarlas. Una lástima. Aunque me apuesto lo que sea a que ninguna de ellas será como tú —dijo él y le acarició la mejilla con delicadeza.

Catherine apartó la cara y lo empujó lejos de ella.

—Estás loco.

—Sí, ahora mismo estoy loco por ti.

Kartik intentó besarla y Catherine lo empujó con fuerza para salir corriendo, pero el joven la agarró por el brazo para así arrastrarla hacia otra habitación.

—¡Suéltame!

Pero Kartik no le hizo caso y la metió en una habitación lanzándola sobre la cama para luego ponerse encima.

—Me tienes loco. Tienes una belleza sin igual, quiero que seas mi reina.

—¡Estás loco! —exclamó ella golpeándolo donde podía— ¿Quién te crees que eres? ¡No eres más que un niño comparado conmigo! Yo solo he venido a recuperar a mi hija y lucharé contigo si hace falta para conseguirlo.

—Me encantan las mujeres que pelean con toda su alma —le susurró.

Ella gritó casi con rabia y le dio un rodillazo en la entrepierna a Kartik que se apartó para retorcerse de dolor a su lado. Catherine se incorporó y se colocó el pelo que se había desordenado un poco.

—No pienses que vas a conseguir todo lo que deseas. Seguro que tienes más o menos la edad de mi hija. ¿Crees que va a ocurrir algo? Ni en tus mejores sueños —decía respirando agitada por la lucha.

Kartik levantó la mirada con odio y se incorporó con dolor.

—Cuida tus palabras, mujer, porque si no eres mía, no serás de nadie y ni siquiera tu hija sabrá que estás aquí ¿me entiendes?

—Estás loco.

Catherine se giró para marcharse de aquella habitación y cuando ya salía, Kartik volvió a agarrarla del brazo para meterla dentro.

—¿A dónde crees que vas?

—A buscar a mi hija.

—Tú no vas a ir a ningún sitio.

—¿Cómo que no? ¿Quién te crees que eres?

—Soy el rey de este lugar y ahora eres mi prisionera. Si no quieres sufrir en la oscuridad de una mazmorra como le ocurrió a tu hija cuando llegó, te recomiendo que no te muevas de esta habitación.

—¿A mi hija la encerraste en una mazmorra?

—Sí, pero el imbécil de mi hermano se la llevó al castillo de su padre. El problema es que si te encierro nadie sabrá que estás ahí y no podrán salvarte. Ah y no intentes escapar por las ventanas, me he encargado de que le pongan rejas para que no huyas —luego la miró de arriba abajo para fijarse en que llevaba unos vaqueros ajustados y una camiseta de tiros de color celeste

—. Deberías cambiarte de ropa, estarás más hermosa con uno de los tantos vestidos que he conseguido para ti.

—No me voy a poner tus vestidos, así que puedes llevártelos.

—No dirás lo mismo dentro de tres días, volveré más tarde.

Tras decir esto, cerró la puerta tras él y le pasó la llave. Catherine corrió hacia la puerta para intentar abrirla, pero no pudo hacer nada y golpeó con rabia.

—¡Sácame de aquí! —gritaba una y otra vez hasta que se cansó y se sentó en la cama pensando que quizás había cometido un error al guiarse de las pistas de ese tipo que la acababa de encerrar — Solo quiero recuperar a mi hija y volver a casa.

Se acercó a una de las ventanas para observar el paisaje sin dejar de pensar en lo que acababa de ocurrir.

Al llegar la tarde, Dreick y los soldados que irían con él estaban casi listos para partir hacia el castillo de Kartik para, por fin, recuperar el espejo. Anabella estaba en la puerta del palacio junto a Alina y Silvana, que a pesar de su tristeza, acompañó a su amiga a despedirse de su hermano.

El príncipe se acercó hasta ella y la miró a los ojos.

—Todo va a salir bien, no te preocupes —le dijo Dreick besándola dulcemente.

—Ten cuidado, por favor, tu hermano es peligroso.

—No va a pasar nada, confía en mí, pronto estarás junto a tu familia.

Aquellas palabras hicieron mella en el corazón de Anabella, pero intentó mostrar una sonrisa.

—Vuelve sano y salvo.

Dreick asintió y volvió a besarla.

—Así lo haré, te lo prometo.

Se alejó sin dejar de mirarla hasta que llegó junto a su caballo en el que se montó y se despidió de las tres con la mano mientras partía con el pequeño séquito de soldados que iban a acompañarlo en aquella peligrosa expedición.

Cuando estuvo lo suficientemente lejos, pudo dejar relucir su tristeza ante lo que estaba por llegar. La despedida sería inminente y él no podría detenerla. Sería incapaz de reinar sin ella.

Ojalá hubiese una forma de hacer que se quedara con él, pero sabía que eso era imposible. Ella está preocupada por sus padres y deseaba cruzar el espejo para verlos. No podía ser egoísta y retenerla.

Con todos estos pensamientos lúgubres llegó al castillo de su hermano a cara descubierta. No valía la pena ir por detrás ya que el espejo era muy grande y el ruido sería infernal y lo descubrirían tarde o temprano.

Algunos soldados que vigilaban la puerta dieron la voz de alarma y los que acompañaban a Dreick bajaron de sus caballos para pelear mientras el príncipe se bajaba del suyo para entrar al castillo.

—¡Kartik! —gritó una vez estuvo dentro— ¡Sal de donde quiera que estés! ¡Vengo a vengarme por lo que hiciste en el castillo y para llevarme el espejo de una vez por todas!

—¿De verdad? Has tardado mucho en venir por mí —dijo Kartik desde lo alto de las escaleras—. Ah claro, estabas herido por lo que recuerdo ¿cierto? ¿Anabella está bien?

—¡Ni la nombres! Sólo por haber hecho lo que hiciste mereces morir en la más lenta agonía. ¡Baja y pelea conmigo!

—Claro, pero te recuerdo que ambos hemos aprendido del mismo maestro y tenemos la misma técnica. Podríamos tardar siglos en acabar.

—Eso ya lo veremos —dijo Dreick sacando su espada y apuntando a su hermano con esta.

Kartik desenvainó su espada y bajó las escaleras para encontrarse con Dreick comenzando así una ardua pelea en el que las espadas hacían saltar chispas. Giraban sin parar tratando de herir al otro sin conseguirlo por la igualdad de condiciones entre ellos.

—Vaya, parece que tu odio hacia mí ha aumentado a lo largo de todos estos días.

—Has intentado matarnos. Anabella tiene una quemadura en su tobillo y le cayó una silla que se lo partió. La chica que retenías aquí y que Helian salvó estaba tan mal que perdió un hijo que esperaba, probablemente fruto de tus abusos hacia ella. No mereces vivir porque solo sabes hacer daño. ¿Cómo pretendes que no te odie?

—El odio te hace débil, hermanito, cualquier sentimiento que albergues en tu corazón te hará débil ante tu adversario y lo sabes muy bien. Fue una de las primeras cosas que nos enseñaron cuando aprendimos a coger una espada.

Kartik lanzó una estocada que Dreick detuvo. Aquello era una pelea que no tendría fin, cada uno sabía por dónde iba a atacar el otro. De repente, en uno de los choques de espadas, ambas salieron volando y los hermanos se miraron para luego comenzar a pelear mano a mano. Los golpes se sucedían y los dos estaban magullados, con labios partidos de los cuales salían hilos de sangre, incluso la nariz de Kartik se había roto por un puñetazo que le había dado Dreick.

—Te odio, Kartik, no sabes lo mucho que te odio.

—Ten por seguro que no más que yo a ti.

Algunos soldados entraron y cuando vieron la pelea intentaron ayudarles, pero entre ellos se lo impedían. Muchos estaban heridos sobre todo de la partida de Dreick. Los soldados de Kartik eran unos sanguinarios.

Dreick miró por unos segundos a sus soldados y al verlos tan malheridos, gritó:

—¡Id a buscar refuerzos! Los que puedan seguir que se queden, ¡es una orden! —exclamó sabiendo que alguno pondría objeciones.

Los que peor estaban salieron del castillo para volver al del rey en busca de ayuda.

—Eres un estúpido, esto será tu perdición. ¡Apresadlos a todos! —exclamó Kartik mientras empujaba a su hermano.

Dreick cayó hacia atrás y se golpeó contra una mesa que había por allí. Cuando cayó al suelo, su mirada se volvió borrosa y en el momento en que su hermano lo miró con satisfacción, todo se volvió negro.

Catherine había visto por la ventana la llegada y pelea de aquellos soldados con los que, supuso, serían los soldados de Kartik. Cuando vio entrar a uno de ellos, tuvo esperanzas y corrió hacia la puerta para golpearla.

—¡Ayuda! ¡Sáquenme de aquí! ¡Por favor!

Pero nadie pareció oírla y, frustrada, volvió a sentarse en la cama. Eran unas puertas demasiado gruesas y no se oía nada.

Tras un buen rato, la puerta se abrió y Catherine se levantó esperando que fuera alguien que la había oído, pero volvió a sentarse al descubrir que era Kartik. Tenía varios golpes en la cara como el labio inferior partido y, probablemente, la nariz rota por la cantidad de sangre que salía de esta.

—Maldito Dreick —se quejaba mientras entraba y cerraba la puerta, luego miró a Catherine—. Ayúdame a curarme.

Catherine enarcó una ceja cruzándose de brazos.

—¿Crees que soy una enfermera?

—¡Maldita sea! ¡No me obligues a enviarte a una mazmorra!

—No te tengo miedo. ¿Qué ha pasado con los soldados que llegaron hace un rato?

Kartik rió divertido.

—Ahora son mis prisioneros —dijo acercándose a la jofaina y echando agua en la palangana para lavarse el rostro sangrando—, no sé si son casualidades prodigadas por los astros, pero mi hermano ha venido a mi castillo cuando tú has cruzado el espejo. Casi lo mismo que ocurrió cuando vino tu hija. Esta vez no tuvo tanta suerte. Es mi prisionero y va a sufrir mucho —dijo con una sonrisa maliciosa.

Catherine retrocedió hasta la pared, asustada por aquellas palabras.

—¿Lo vas a matar?

—No, pero lo deseará y me rogará que lo haga, eso hará sufrir mucho a tu querida hija. ¿Sabes que ambos están enamorados? Tu hijita quedó acorralada por un fuego que yo mismo provoqué justo después de que ellos hicieran el amor y él la salvó de quemarse viva.

La madre de Anabella al oír esto una intensa rabia aumentó en su interior y corrió a pegarle a Kartik.

—¿Cómo te has atrevido? ¿Pretendías matar a mi hija? ¡Voy a matarte!

Kartik la empujó hasta que Catherine cayó al suelo.

—¡No vuelvas a tocarme o te juro por los astros que pagarás cada una de tus insolencias!

—¡Eso te pasa por haber intentado hacerle daño a mi hija!

Kartik se acercó hasta Catherine que se había incorporado y le dio un fuerte bofetón. La mujer se llevó una mano a la mejilla dolorida mirándolo con cierta sorpresa, pero con rabia a la vez.

—Si no quieres que te haga daño y tampoco a tu hija, vas a tener que empezar a obedecerme, así que haz lo que digo y ayúdame a curarme.

Catherine con cierto temor ante aquella mirada de loco, se acercó despacio y tras coger el paño que le tendía Kartik le limpió la sangre y la pasó por las heridas y magulladuras.

32. Llegada.

El soldado intentaba mantenerse erguido en su caballo que galopaba a gran velocidad hacia el castillo del rey para informar de lo que había ocurrido. A pesar de estar herido, había sido el único que había logrado escapar de los soldados del príncipe Kartik.

Había perdido mucha sangre y cada vez estaba más débil, pero debía llegar al castillo para dar la voz de alarma.

Cuando llegó, era ya noche cerrada y la familia real cenaba en el comedor. Entró a trompicones allí y todos lo miraron, sorprendidos. El rey se levantó.

—¿Se puede saber qué ocurre?

El soldado cayó al suelo de rodillas mientras se sujetaba el costado del que manaba una gran cantidad de sangre.

—El príncipe... —le estaba costando respirar— ha sido... apresado.

El rey se acercó y se agachó frente al soldado.

—¿Qué has dicho?

—Su hijo... apresado... por Kartik... solo yo... conseguí escapar...

—¡Que alguien avise a la curandera! —exclamó levantándose mientras se giraba hacia su familia que se veían con expresiones de sorpresa.

Uno de los sirvientes corrió fuera del comedor para buscar a la curandera.

—No puede ser —dijo la reina—, Dreick no se dejaría atrapar tan fácilmente.

—Algo tuvo que haber pasado.

—Debemos decírselo a Anabella —dijo Silvana abrazando a su hermano pequeño que parecía a punto de llorar ya que no estaba acostumbrado a ver a un hombre con tanta sangre.

El rey miró a su hija y negó con la cabeza.

—No podemos contarle nada aún. Si lo hacemos querrá ir a buscarlo y no está recuperada. Sería peligroso para ella.

—¿Piensas ocultarle algo así?

—De momento es lo mejor, Silvana. El pie de Anabella no está bien del todo. No queremos que le ocurra algo a ella también.

—Tiene derecho a saberlo —dijo Silvana.

—Claro que lo tiene, pero es lo mejor, hija, entiéndelo.

—Cariño —dijo la reina—, será mejor que se lleven al soldado de aquí, nuestro Kerel está asustado.

El rey asintió e hizo una seña a los sirvientes que quedaban en el comedor para que se llevaran al soldado herido. Miró a su mujer que parecía a punto de llorar por la preocupación y la abrazó.

—Intentemos disimular al menos hasta que la curandera diga que el pie de Anabella esté mejor —dijo el rey.

—Yo pienso que no es justo, pero obedeceré —dijo Silvana.

Tras esto, el rey se apartó de su mujer y salió del comedor para ver lo que hacía la curandera con el soldado que acababa de llegar y que le había traído tan malas noticias.

Kartik entró en una de las mazmorras del sótano donde se encontraba su hermano, aún inconsciente, encadenado con las manos sobre su cabeza. De la sien, donde se había abierto una herida al caer, corría un pequeño hilo de sangre por su rostro al igual que desde el labio partido.

Con una sonrisa iluminando su rostro, tomó un cubo con agua que había pedido a uno de sus soldados y se lo echó encima para despertarlo.

Dreick abrió los ojos con un jadeo y miró a su hermano. Se sentía mareado, pero enseguida reaccionó y fue a golpearlo dándose cuenta luego de que no podía moverse ya que estaba encadenado.

—No sabes cómo me divierte verte así —dijo Kartik.

—Maldito, suéltame.

Kartik comenzó a reírse y paseó alrededor de su hermano.

—¿Acaso crees que estoy loco? Bueno, quizás lo esté, pero no soy estúpido. No pienso dejar que escapes de aquí porque este lugar va a ser tu perdición. Desearás morir.

—Esto no va a quedar así, Kartik, pienso luchar.

—Lucha lo que quieras, no creo que te sirva de mucho. Por cierto, supongo que viniste por la amenaza que le mandé a tu querida Anabella sobre su madre ¿verdad? ¡Buenas noticias! Su madre ha cruzado por fin el espejo y ahora es mi invitada personal.

Dreick intentó luchar contra los grilletes lo que consiguió que su hermano se burlara aún más.

—¿Cómo has podido? ¿Para eso querías el espejo? ¿Para manipular a todo el mundo? Que bajo has caído. No eres más que un bastardo. Normal que nadie te quisiera en el castillo de nuestro padre, oh espera, mi padre. Tú nunca has querido a nadie.

Kartik le dio un puñetazo en el estómago que lo dejó sin aire.

—Y tú eras el favorito de todos, don Perfecto, que querían que te tomara de ejemplo. Jamás tomaría de ejemplo a alguien como tú.

—Yo nunca quise que fueras como yo, tu problema es que me tienes envidia, la corona será mía.

—¿De verdad lo piensas? Ahora mismo eres mi prisionero y no puedes escapar, podrían darte por muerto y entonces sería mi momento de reclamar lo que me pertenece porque tú no tienes lo que hay que tener para dirigir a un país.

—¿Acaso lo tienes tú que violas a chicas e intentas quemar castillos? Lo dudo, hermanito —dijo Dreick con retintín.

—Al menos sé cuál es mi naturaleza, hermanito. Me gusta conseguir las cosas a mi manera y la violencia es el mejor modo. Tú mismo vas a probar ahora mismo un poco de esa violencia que me caracteriza y así vivas en tus propias carnes lo que es sufrir de verdad.

—No me das miedo.

—No lo dudo, pero no dirás lo mismo dentro de un día o dos.

Kartik se alejó un poco para coger algo que había dejado a la entrada de la mazmorra y lo agitó ante su hermano.

El látigo resonó en el lugar con un terrible eco que hizo temblar a Dreick, aunque no mostró ningún tipo de temor. No le iba a dar ese gusto a su hermano.

El primer latigazo no se hizo esperar y lo sintió en la espalda rompiéndole la camisa en el acto justo donde el látigo había golpeado. Dreick no hizo ningún sonido de dolor. Tendría que soportarlo lo mejor que pudiese, no podía verse débil.

Los latigazos se sucedieron uno detrás de otro golpeando en todo el cuerpo del joven príncipe, aunque su espalda y torso eran los más afectados llegando a abrirle heridas de las que brotaba sangre y con la camisa hecha jirones. Cuando Dreick no pudo soportarlo más dio un grito agónico y perdió el conocimiento.

Satisfecho, Kartik paró y se alejó con el látigo en la mano, observando cómo su hermano pendía de sus muñecas engrilletadas.

—No te preocupes, hermano, esto no ha hecho más que empezar.

Dicho esto, Kartik salió de la mazmorra y cerró para marcharse al piso superior. Ahora con su hermano fuera de combate, es momento de intentar someter a la mujer que estaba encerrada un par de plantas más arriba. Pensando en ella se le formó una sonrisa y subió rápidamente.

Nitziel estaba a solo unos metros de aquel lugar que vio sus primeros años de vida. Los recuerdos se agolparon en su mente y su corazón latió con violencia.

Cuando entró en el pueblo, pudo comprobar la extrema pobreza de su gente, llegando incluso a acercársele para pedirle dinero o algo de comer. La rabia inundó el cuerpo del joven.

Sacó una bolsa de monedas que llevaba consigo y se la dio a uno de los soldados que lo acompañaban.

—Reparte este dinero entre toda esta gente.

El soldado asintió y se quedó allí mientras él seguía rumbo al castillo que lo vio nacer. Una vez llegó, uno de los vigías le preguntó que quién era y Nitziel respondió:

—Soy un emisario del rey de Araine, soberano de Alaia. Traigo un mensaje para el rey de estas tierras —dijo poniendo una voz un poco más susurrante por si acaso.

—Hablaré con el rey, esperad.

El soldado desapareció dentro mientras Nitziel observaba el exterior del castillo con cierta nostalgia. Uno de sus propios soldados se acercó hasta él.

—No dudéis ni un segundo, se os nota muy tenso.

Nitziel miró al soldado, un hombre casi tan alto como él con el pelo rubio y unos brillantes ojos azules.

—Es un momento muy importante, sé que debo relajarme.

—Lo sé, pero es mejor que aparentéis lo que pretende dar vuestra imagen. Sois un emisario con un carácter muy oscuro y eso es lo que debéis demostrar.

—Gracias por el consejo.

—Todo sea por vuestro reino, mi señor.

Nitziel sonrió levemente y al momento apareció el soldado de su tío.

—Podéis pasar.

Les abrieron las puertas y una vez dentro del patio del castillo, todos se bajaron de los caballos. El soldado que lo dejó pasar los guió hacia el salón del trono donde ya esperaba su tío.

Al verlo, miles de recuerdos acudieron a su mente, en especial las de su padre muerto y él con las manos llenas de sangre que él pensaba que había derramado, pero en realidad no fue así. El que había matado a su padre era el hombre que tenía ante él.

Cuando se acercó, Nitziel hizo una reverencia y miró al hombre.

—Mi señor, vengo de parte del rey de Araine, soberano de Alaia —dijo volviendo a usar una voz susurrante.

—Lo conozco, sí. ¿Y para que me ha enviado a un emisario?

—Como bien sabrá, uno de sus hijos ha desertado y ha estado secuestrando chicas de algunos lugares y mi rey está bastante preocupado. Me mandó a avisaros y para formar una alianza en contra de su hijo.

—He oído hablar del hijo desertor de tu rey y, sinceramente, me preocupa que ese chico pueda venir aquí a llevarse a las jóvenes.

—Por eso he venido, mi señor.

El hombre miró a Nitziel fijamente. A este le había crecido un poco más la barba aunque se la mantenía bien recortada y uno de sus ojos seguía cubierto por el parche.

—Cualquiera que os ve piensa que sois un maleante.

—Es posible, pero por lo menos así no se me acercan, señor.

El tío de Nitziel soltó una carcajada.

—Eres un hombre muy listo, me gusta. Entonces tu rey quiere formar una alianza con mi reino para así poder proteger a las chicas de ambos lugares.

—Exacto.

—Ya veo. Bueno, es una propuesta interesante y me gustaría pensarla con detenimiento. Puedo ofrecerles cobijo hasta que decida y así cuando vuelvas lo harás con una respuesta para tu rey.

—Como deseáis.

Nitziel miró hacia el asiento que debía ser para la reina, su tío se percató y también miró.

—Mi esposa se encuentra indispuesta, mi cuñada la está cuidando.

Al oír nombrar a su madre, el corazón le dio un vuelco. Hacía tanto tiempo que no la veía...

—Es una pena, me hubiese gustado saludarla como se merece —dijo Nitziel.

—Llamaré a un criado para que preparen un lugar para ti y tus soldados.

—Os lo agradezco, su majestad.

El rey llamó a un criado que luego los condujo hasta un lugar al lado del castillo que era donde dormían los soldados de ese reino, allí dejaron a los que acompañaban a Nitziel y este siguió al criado que le había advertido que él se quedaría en palacio.

—Os quedaréis en una de las habitaciones del servicio —dijo el criado.

—Entendido.

Cuando entraron en palacio, miró hacia las escaleras que se dirigían al piso superior y allí vio a su madre que bajaba lentamente, con la dignidad de una reina. Estaba tal y como la recordaba aunque con algunas hebras blancas adornando su largo cabello rubio. Por unos segundos cruzaron sus miradas y ella se detuvo. Aquellos ojos, que eran iguales a los suyos, lo miraron con sorpresa y se llevó una mano al corazón.

Temiendo una mala reacción, Nitziel apartó la mirada y siguió al criado hasta las dependencias de los criados con el corazón en un puño. Una vez dentro de la habitación que le habían asignado, se quitó la capa de viaje y se sentó en el camastro mientras se quitaba el parche.

Su madre aún estaba en el castillo, al menos su tío no había sido tan cruel de echarla tras lo ocurrido.

Nitziel se llevó las manos a la cabeza mientras apoyaba los codos en las rodillas.

—Madre... —susurró en la soledad de aquella habitación.

De repente, la puerta se abrió y él rápidamente se cubrió la cara al recordar que no llevaba el parche puesto.

—¿Nitziel? —preguntó una voz dulce y suave— ¿Eres tú?

—¿Madre? —el joven apartó las manos de su rostro por unos segundos para encontrarse de frente con el rostro de su madre.

Asustado se incorporó.

—No me delates, por favor, yo no maté a papá. Vengo a hacer justicia. Fue mi tío quien lo hizo, te lo juro.

La mujer se acercó y lo abrazó con fuerza. Nitziel se rindió ante aquel gesto y correspondió al abrazo de su madre.

—Por los astros, pensé que jamás volvería a verte, hijo mío. Yo sabía que eras tú a quien vi hacía unos instantes, mi corazón me decía que eras tú —miró a su hijo con lágrimas corriendo por sus mejillas y una sonrisa sincera que iluminaba su rostro—. Mi hijo nunca mataría a su padre, lo quería demasiado.

Nitziel cayó al suelo de rodillas, llorando. Muchos sentimientos se agolpaban en su corazón de

repente. Su madre intentó consolarlo.

—Oh, madre. Mi tío me dio algo aquella noche, algo que me impedía reaccionar. Cuando pude hacerlo ya era tarde y sólo pude huir.

—Tuve mucho miedo, sufrí tanto por ti. En el fondo de mi corazón yo sabía que eras inocente, pero tu tío intentó desprestigiar tu imagen y con ello a mí. Él se convirtió en el rey tirano que es ahora.

—He venido a hacer justicia, madre, voy a recuperar lo que me pertenece por derecho porque yo no maté a mi padre.

La madre del joven sonrió.

—Eres digno hijo de tu padre. Seguro que estará muy orgulloso de ti —de repente las campanadas de un reloj comenzaron a sonar y la mujer se apartó de su hijo—. Debo volver con tu tía, me temo que está muy enferma.

—¿Qué le ocurre?

—Tengo la firme sospecha de que tu tío la está envenenando, por eso no puedo dejarla mucho tiempo sola.

—Entiendo. Por favor, no le digas a nadie que estoy aquí, no pueden saberlo.

—No te preocupes, hijo. Haz justicia y salva a nuestro pueblo.

—Así lo haré, te lo prometo —dijo Nitziel incorporándose.

Su madre le dio un beso y salió de la habitación tan rápido como había aparecido.

El joven se sentó de nuevo en el camastro sin poder creerse aún que se había reencontrado con su madre y que esta lo apoyaba a pesar del peligro que ambos podían correr si se enteraban de las intenciones de él en aquel lugar.

33. Anhelos.

Habían pasado unos pocos días y Anabella estaba un poco preocupada por Dreick, ya que no se sabía nada de él desde que se marchó y temía que le hubiese ocurrido algo.

La curandera le había quitado el vendaje para ver si ella podía mover la pierna y por suerte podía moverla un poco, aunque muy despacio.

—Es un gran avance —dijo la curandera—, te voy a poner el vendaje sin las tablillas, creo que ya no te hace falta, la lesión no fue tan grave como pensamos al principio.

Anabella sonrió levemente aunque solo podía pensar en Dreick.

—¿Sabéis algo de Dreick?

La mujer la miró y negó con la cabeza, en sus ojos se veía ¿pena?

—Aún no sabemos nada.

—Es raro.

La curandera vendó el pie de Anabella y se incorporó.

—Debo irme, tengo otro paciente que atender.

—¿Otro? —preguntó extrañada— No sabía nada, pensé que solo estaba atendíendome a mí.

—Un paciente inesperado. Me pasará esta noche.

Anabella asintió y vio salir a la curandera. Tenía la sensación de que le estaban ocultando algo y temía que fuera por Dreick. Al momento apareció Silvana, igual de melancólica desde que Nitziel se fue.

—Te han quitado las tablillas —dijo Silvana sentándose al lado de su amiga.

—Sí, parece que no era tan grave como pensamos al principio, puedo moverla un poco.

—Me alegro mucho.

—La curandera me dijo que tenía otro paciente que atender, ¿pasó algo?

Silvana se tensó de repente y miró hacia otro lado.

—No es nada grave, ya sabes cómo son los soldados cuando entrenan.

—¿Fue un soldado?

—Sí.

—Silvana, si algo malo estuviese sucediendo me lo contarías ¿verdad?

—¿Por qué me dices eso? —preguntó Silvana con temor.

—Tengo la sensación de que me estáis ocultando algo y tengo miedo de que sea algo relacionado con Dreick. ¿De verdad no se sabe nada de él? ¿No ha mandado ni una nota?

Silvana se mordió el labio. Intentaba contenerse, pero le estaba costando no contarle la verdad a su amiga.

Anabella la miraba fijamente, ¿qué estaba ocurriendo?

—¿Le pasó algo a Dreick? ¿Es él el herido? —preguntó Anabella preocupada.

Silvana negó con la cabeza.

—No es el herido.

—¿Cómo es posible que no se sepa nada de él?

—Seguro que están vigilando a Kartik para buscar el momento propicio para entrar —dijo Silvana, intentando salir del paso —no te preocupes, seguro que está bien.

Anabella intentó sonreír, pero en su interior tenía un mal presentimiento.

Catherine seguía encerrada en la habitación donde Kartik la había dejado y estaba comenzando a volverse loca. Cada día era una nueva pelea con él para que la dejase salir, pero siempre se

negaba e intentaba acostarse con ella y siempre se lo impedía.

Casi todo lo que había de romper en esa habitación estaba hecho añicos por intentar alejar lo máximo posible a aquel chico. Realmente le daba miedo lo que pudiera hacerle y ella no quería, si tenía que emplear la fuerza, lo haría sin dudar.

Al momento, la puerta se abrió y por ella entró una criada con una bandeja de comida. Catherine se acercó a ella y la agarró de los brazos cuando dejó la bandeja sobre una mesita. La chica gimió asustada.

—Ayúdame a salir, por favor.

—No, no puedo.

—Vamos, tú tampoco quieres estar aquí, se te nota en la cara, escapemos juntas.

La joven criada negó con la cabeza y en ese momento apareció Kartik.

—¿He oído algo sobre escapar?

La sirvienta se apartó de Catherine rápidamente y salió de allí corriendo. Ambos se miraron fijamente, ella con odio y él con deseo.

—Eres malvado, tienes a todos asustados.

—Ya te lo dije, estoy loco y todos me temen, deberías hacerlo tú.

—Jamás tendría miedo de un niño como tú.

Kartik se acercó y la agarró del cuello con fuerza.

—Yo no soy un niño, ¿me entiendes? Soy un rey y tú vas a ser mía tarde o temprano.

—Eso jamás.

—Te entregarás a mí, ya lo verás. Por el momento será mejor que comas.

Dicho esto, Kartik salió de allí y Catherine se sentó en la cama sin probar bocado. Comenzaba a tener miedo de su encierro y de tener que hacer algo que no deseaba. Se abrazó las rodillas.

—Que alguien me saque de aquí —rogaba a la nada.

Se sentía débil, ya no le quedaban fuerzas para pelear. Solo podía pensar en Anabella. En el peligro que podría correr si viniese a buscarlo. Había confiado en que alguno de sus soldados llegara al castillo de su padre.

—Anabella... —susurró él con voz ahogada por la sed.

Cerraba los ojos y podía ver su bello rostro con una amplia sonrisa. Al cerrarlos, la veía a ella y así no tenía que ver su cuerpo lleno de heridas sangrantes y gran parte de su ropa hecha jirones por los latigazos.

De repente, la puerta de la mazmorra se abrió y Dreick abrió los ojos mientras intentaba enderezarse, ante su hermano no pensaba mostrar debilidad. Debía aguantar todo lo que pudiese.

Cuando vio que entraba una joven que miraba hacia atrás, se dejó caer de nuevo lo que hizo sufrir aún más sus muñecas heridas.

—Príncipe Dreick —dijo la joven más o menos de la edad de Silvana con un largo cabello negro y ojos azules.

—¿Quién eres? Si vienes de parte de mi hermano será mejor que te vayas —dijo con una gran fuerza de voluntad.

—No me manda nadie, señor. Quizás no me crea, pero he venido para que comáis y bebáis algo, su hermano podría matarlo a este paso. Estáis muy débil, me lo ha dicho un soldado.

—¿Cómo te llamas?

—Craine, mi señor.

—Podrían descubrirte.

—Ya no tengo nada por lo que luchar, señor.

—¿Y tu familia?

—No tengo, el tirano Kartik me sacó de donde vivía a la fuerza para traerme aquí, ¿qué más da lo que haga si no tengo nada por lo que luchar?

Dreick la miró.

—Eres una mujer valiente, Craine.

El príncipe comenzó a toser y, rápidamente, Craine sacó una botella de entre los pliegues de su falda y le dio a beber.

—Bebed despacio, por favor.

Cuando Dreick sació su sed, volvió a mirar a la chica.

—Gracias.

—No he podido conseguir mucha comida —dijo mientras sacaba un mendrugo de pan y le iba dando pequeños trozos para que él masticara hasta que se lo terminó—. Intentaré traerle algo más la próxima vez.

—No te arriesgues.

—Debe luchar contra el tirano, mi señor, sois nuestra esperanza. Si os mata ¿qué nos quedará? Vais a ser el futuro rey. Luchad, por lo que más queráis.

—Aunque quiera no sé cómo lo haré.

—Intentaré ayudaros en todo lo que pueda, pero no perdáis la esperanza. Confiad en mí. Ahora debo marcharme —dijo la joven alejándose—. Hacedme caso, por favor. Luchad.

Miró por última vez a Dreick y salió de allí. Él observó a la chica alejarse y agradeció interiormente a los astros por haber encontrado a alguien que no estuviese corrompido por la maldad de Kartik.

Le iba a hacer caso a Craine, iba a luchar hasta el final y confiaría en ella para salir de esa mazmorra.

Nitziel paseaba por el castillo aprovechando que su tío se había ido de cacería.

Subió las escaleras para ir a ver a su madre. Sin pensarlo mucho, se dirigió a los aposentos de la reina. Él recordaba verla siempre allí y supondría que le habían dejado en la misma habitación.

Al llegar, encontró la puerta abierta y allí pudo ver a su madre sentada en la cama junto a alguien muy pálido. Era su tía. Tocó en la puerta y su madre miró hacia allá. Al verlo, sonrió y le indicó que entrara. Nitziel lo hizo despacio pensando que su tía estaba dormida.

—Marnella, Nitziel está aquí —dijo la madre del joven.

La mujer, de largo cabello castaño, abrió sus ojos negros para mirar a su sobrino y sonrió.

—Por fin apareces, sobrino mío —dijo Marnella alargando la mano hacia él.

—Tía —dijo Nitziel acercándose y tomando su mano.

—Tu madre me contó que viniste a vengarte de mi esposo —la voz de su tía sonaba baja y débil—. No sabes cuánto me alegro de eso. Ya es hora de que alguien acabe con él.

—Madre me contó que mi tío está intentando envenenarte ¿es cierto?

Marnella asintió.

—¿Por qué?

—Porque conozco todos sus secretos. Teme que se los cuente a alguien.

—¿Y no se lo has dicho a nadie?

Su tía sonrió.

—Tu madre ya conoce algunos, ambas estamos ahora bien protegidas, no temas, tú acaba con tu tío que es lo importante.

—Necesito toda la información posible para cogerlo desprevenido.

—Tu madre y yo te diremos todo lo que podamos. Esto es tuyo y nadie debe aprovecharse porque a fin de cuentas tú no asesinaste a tu padre.

—Intentaré ayudarte —dijo su madre—. Ahora paso un poco desapercibida. Te daré todo lo que necesites.

—Gracias, madre.

—Deberías irte, tu tío está a punto de llegar, nunca se pierde el almuerzo —dijo Marnella.

Nitziel asintió y salió de la habitación. Cuando ya se encontraba abajo, apareció su tío y no parecía de muy buen humor. Sus miradas se encontraron y Nitziel le hizo una leve reverencia.

—¿Sucedió algo, mi señor?

—Han desaparecido chicas de mi reino, acaban de comunicármelo. Nadie había reportado su desaparición porque muchas eran chicas abandonadas o prostitutas. Han intentado secuestrar a la hija de un noble ahora mismo.

—Así que Kartik ya ha llegado hasta aquí. Debe hacer algo, mi señor.

—Esas huérfanas y prostitutas no me importan tanto, pero sí las hijas de los nobles que son los que me apoyan.

Nitziel sintió la rabia subir al escuchar aquellas palabras.

—Esas chicas de las que habla pertenecen a su reino, ¿es que no quiere hacer nada por ellas? Debería hacer algo por el orgullo del reino.

—Yo decido a quién me interesa proteger y a quién no. Además, tengo a varios guardias aún buscando a esos hermanos que escaparon por no querer pagar sus impuestos.

El joven contuvo la respiración, los soldados del reino estaban buscando a Alina y a sus hermanos. Debería mandar una nota sobre esto a Dreick.

Una sirvienta apareció por allí y le dijo que la comida ya estaba servida.

—Bueno, no le interrumpo más, piense en la proposición de mi rey y disfrute de su comida.

—Lo haré, lo haré —dijo el tío de Nitziel haciendo un gesto con la mano para marcharse hacia el comedor donde comería solo.

Cuando Nitziel lo vio alejarse, corrió hacia la habitación que le habían asignado y buscó un papel para escribir una misiva. En ella contaba todo lo que estaba ocurriendo allí con los secuestros y también le comunicó el hecho de que los soldados estaban buscando a Alina y sus hermanos. Le pedía que los cuidaran.

Luego escribió otra carta para Silvana diciéndole que la echaba mucho de menos, le contaba que había encontrado a su madre y que había sido un reencuentro maravilloso, aunque con poco tiempo para hablar entre ellos intentando no ser descubiertos. También le dijo que deseaba mucho verla y que esperaba poder hacerlo muy pronto.

Tras escribir ambas misivas, las selló y salió hacia donde estaban los soldados que lo habían acompañado. Se acercó a uno de ellos y le encomendó la misión de llevar las cartas hasta el castillo.

—Hazlo con la mayor discreción posible.

—Sí, señor —dijo el soldado asintiendo.

Nitziel asintió y el soldado se encaminó hacia su caballo para prepararlo y partir.

Cuando al joven le preguntaran la razón de la marcha de su soldado, porque seguro que lo verían, ya se inventaría algo verosímil.

Tras ver al soldado marchar, volvió al castillo.

34. Ansias.

Silvana estaba en el jardín, arreglando un pequeño rosal mientras su mente no dejaba de dar vueltas a todo lo que estaba ocurriendo, no solo con Nitziel sino también con sus hermanos.

Temía por Dreick. Kartik aprovecharía para sacar todo el rencor guardado por todos estos años y si Anabella se enteraba sería capaz de cualquier cosa y aún no estaba recuperada del todo.

Llevaba varios días sin saber nada de Nitziel y eso la estaba desesperando. ¿Es que acaso lo habían descubierto? Su corazón sufría demasiado por la incertidumbre.

Cuando había acabado con el rosal, se dirigió al castillo. En el camino oyó el galope de un caballo y en él venía un soldado, que al verla, detuvo el caballo y se bajó. Se acercó a ella.

—Princesa —dijo haciendo una reverencia—, vengo de parte de Nitziel con dos misivas.

—¿De Nitziel? —la joven miró al soldado esperanzada— ¿Una de esas misivas es para mí?

El soldado asintió y le entregó una de las cartas. La joven la agarró contra su pecho y entró corriendo en el castillo para leerla. Se metió en su habitación y abrió el papel.

“Mi querida Silvana:

Supongo que estarás preocupada por mí y estas palabras que te envío son para decirte que estoy bien. Llegué bien y mi tío no me reconoció, estoy recabando información y buscando una forma de acabar con él. Aquí también están secuestrando chicas, solo que muchas son prostitutas y chicas de orfanato. La situación es preocupante, aunque a mi tío eso no parece importarle, solo le preocupa el intento de secuestro de una chica noble. Lo mejor de mi llegada a este lugar es que me he vuelto a encontrar con mi madre que siempre creyó mi inocencia y va a ayudarme. Te echo mucho de menos, mi princesa. Pronto recibirás más noticias mías. Te quiero.

Nitziel.”

Silvana sonrió ante aquellas palabras y corrió hacia el cuarto de Anabella para enseñársela. Cuando llegó a la habitación, vio a su amiga sentada en una silla junto a la ventana mirando a la nada.

El remordimiento le hizo apretar el puño que no tenía la carta y poco a poco se acercó. Tenía que aguantar, aunque la idea no le hiciera gracia, ella tenía derecho a saber la verdad.

—Anabella.

La joven se giró hacia su amiga y mostró una leve sonrisa.

—Silvana, ¿qué traes en la mano?

Su amiga levantó la carta y sonrió.

—Nitziel me escribió por fin —dijo acercándose para sentarse junto a Anabella—. ¿Quieres que te la lea?

Anabella asintió y oyó con atención la carta de Nitziel sintiendo un poco de congoja en el corazón. Cuando su amiga terminó, suspiró y volvió a mirar hacia fuera.

—¿Por qué Dreick no me escribe una carta a mí? Para al menos saber que está bien.

Silvana miró a otro lado mientras se mordía el labio.

—Quizás no puede, no se llevó papel —dijo Silvana intentando disimular.

—Tienes razón, siento haberme puesto así, de verdad que me alegro que Nitziel te escribiera una carta y te contara tantas cosas —dijo Anabella tomando las manos de su amiga.

—Gracias.

—No me lo agradezcas, eres mi amiga y me alegro de las cosas buenas que ocurren.

—¿Por qué no vamos a la biblioteca? No creo que sea bueno que sigas aquí encerrada, ahora puedes caminar mejor —dijo su amiga levantándose.

—Sí, quizás sea una buena idea.

Anabella se incorporó y, con la ayuda de su amiga, bajó a la biblioteca para intentar no pensar tanto en Dreick, aunque seguía teniendo un mal presentimiento.

La puerta de la mazmorra se abrió y Dreick levantó la mirada para toparse con la de su hermano que no dejaba de sonreír.

—¿Cómo está siendo tu estancia en mi castillo? ¿Estás cómodo?

Dreick no dijo nada, solo lo miró. A pesar de que Craine le traía agua y algo de comida, no era suficiente para su cuerpo debilitado. Tras un rato de silencio abrió la boca.

—¿Por qué no me matas? —preguntó Dreick.

Kartik se puso delante de él y sonrió.

—Eso le quitaría diversión a lo que tengo planeado, hermanito.

—¿Qué vas a hacer?

—Fácil. Le voy a escribir una carta a tu querida novia y haré que venga para luego tener que elegir entre su madre y tú. ¿Qué crees que elegiré? Si te elige, haré mía a su madre y si la elige a ella, verá tu muerte en directo. Va a ser muy divertido.

Dreick estiró un pie para pegarle gruñendo de rabia. Kartik se apartó riéndose y volvió a coger el látigo.

—Te odio, Kartik, te dio con todo mi ser.

—Lo sé, ya me lo has dicho antes, pero no me interrumpas, necesito tinta bien fresca para mandarle la nota a tu querida Anabella.

—Eres un sádico.

Sin más preámbulos, Kartik golpeó a Dreick con el látigo haciendo que gruñera de dolor mientras viejas heridas se volvían a abrir y brotaba la sangre. Golpeaba sin cesar viendo como la sangre cubría toda la espalda de su hermano. Luego se detuvo y sacó un papel y una pluma.

—No te muevas mucho que voy a usar la tinta.

Aunque quisiera no podía moverse, ya no tenía fuerzas para nada.

Kartik tomó la pluma y la pasó por la espalda de Dreick que, al sentir el arañazo de esta, gruñó con fuerza.

—Maldito —dijo Dreick.

—Calla, no me dejas pensar —dijo Kartik y luego, como si hubiese tenido una gran idea, comenzó a escribir la nota—. Estoy seguro de que le encantará saber que aún estás vivo.

Cuando terminó de escribir la nota, la agitó un poco para que se secara y luego la dobló. Se puso delante de su hermano y le mostró la hoja doblada.

—Te vas a arrepentir.

—No lo creo. Ya vendré a verte. Ahora debo mandar esta nota para que llegue pronto, no me gusta esperar.

Dicho esto, salió de la mazmorra riéndose mientras Dreick se dejaba caer hiriendo aún más sus muñecas. Sintió frío y supo con total seguridad que comenzaba a tener fiebre, probablemente por heridas infectadas.

—Anabella... —susurró en la oscuridad.

Mientras esto ocurría, el rey leía la carta que Nitziel le había enviado a su hijo mientras la preocupación teñía su rostro. Apenas podía dormir pensando en todo lo que estaba ocurriendo. Su hijo mayor prisionero de otro de sus hijos y el mayor amigo de Dreick intentando recuperar un

reino que le pertenecía por derecho.

Gran parte de sus soldados también estaban prisioneros junto con su hijo, algunos probablemente muertos.

Dejó la carta sobre la mesa justo en el momento en el que la puerta se abrió apareciendo su mujer.

—¿Todo bien con Nitziel?

—Sí, hay ligeros problemas porque no se interesa por las chicas de orfanato y las prostitutas, solo de las hijas de los nobles. También dice que hay soldados buscando a los chicos que están trabajando aquí, los cuatro hermanos.

—Aquí no podrán entrar esos soldados si no das permiso —dijo la reina.

—Lo sé, por eso no me preocupo, me siento más preocupado por nuestro hijo Dreick.

—Yo estoy igual, cariño, creo que es momento de que le digamos algo a Anabella, ella siente algo sobre lo que está sucediendo, no es tonta.

El rey se levantó y se acercó a la ventana.

—Lo hago por su bien. Su pie no está recuperado del todo y podría cometer una locura como la última vez.

—Le haremos entrar en razón y quizás no corra despavorida hacia el castillo de Kartik.

—Déjame pensarlo. Primero quiero ver si con algunos soldados puedo organizar una partida para ir en su rescate. Es el momento de pararle los pies a Kartik. Pensé que recapacitaría, pero cada vez se comporta peor. Ya no puedo hacer nada más.

—Aunque me duela en el alma, es lo mejor.

—Iré a hablar con los soldados, quiero hablar también con el único que pudo llegar al castillo, quizás nos pueda decir algo que nos ayude.

La reina asintió y vio a su marido salir de allí. Se sentó en uno de los sillones con la mirada baja. Cada vez estaba más preocupada y su instinto de madre le decía que Dreick no estaba bien. Se llevó una mano al corazón mientras sentía que algunas lágrimas escapaban de sus ojos.

Se las limpió rápidamente y, tomando aire, salió hacia las cocinas para preparar el menú de ese día.

Kartik entró en la habitación donde estaba Catherine que no hacía más que dar vueltas y vueltas como un león enjaulado.

Pensar en ella como en una leona le hizo sonreír y deseó abalanzarse para hacerla suya sin ningún remordimiento.

—Me encanta verte así —dijo él cuando cerró la puerta. Catherine se detuvo y lo miró, pero no dijo nada. Luego le dio la espalda—. ¿Aplicando la ley del silencio? No me gusta que te quedes callada, me encanta oírte gritar aunque sea de rabia —Kartik la miró fijamente mientras ella seguía sin hablar por lo que se le acercó y la tomó de la cintura para hablarle al oído—. ¿Sabes? Le he mandado una nota a tu hija, con sangre de mi hermano como tinta, contándole que estás aquí, al igual que Dreick, al que quiere con locura. La invité a venir para que elija entre vosotros dos. Si te elige a ti, os marcharéis y podré matar a mi hermano y si lo elige a él, entonces tú serás mía para siempre —comenzó a reír como un loco—. ¿Qué crees que elegirá?

Los puños de Catherine se cerraron y se giró hacia Kartik.

—No pienso permitir que le hagas elegir a mi hija.

—¿Eso crees? Tu hija vendrá corriendo a intentar salvaros a los dos, pero no tendrá más opción que elegir. No intentes luchar por algo que no vas a poder conseguir.

—¡Deja de hacer daño a mi hija! No le hagas esto.

—Ya es tarde, la nota ya está enviada y probablemente llegue pronto al castillo donde ella

está. Voy a divertirme mucho.

Catherine fue a pegarle, pero Kartik detuvo el movimiento y le retorció la mano sacando una mueca de dolor de la mujer.

—Suéltame.

—No lo intentes de nuevo o el castigo será poco con lo que te puedas imaginar.

—No me das miedo.

—Ya lo veremos cuando tu hija aparezca en este castillo.

Kartik la soltó. Se giró para marcharse mientras comenzaba a reírse imaginando la situación que pronto se viviría en ese castillo. Deseaba que llegara ese momento y ver qué elegía Anabella.

Nitziel lograba pasar desapercibido en los pasillos del castillo, lo que le permitía conocer todos los secretos del lugar. Algo que sabía que nunca fallaba era que los criados tenían la lengua muy suelta y contaban todo lo que sucedía.

En las cocinas, donde se encontraba en ese momento comiendo un plato de carne, apareció un criado con cara de susto que miró al cocinero principal.

—Dame algo para el rey, ha sufrido otro ataque de nervios.

—¿Otra vez la pesadilla?

—Sí, no hacía más que gritar como loco. Me llamó y, al verlo así, vine corriendo para que me dieras algo para tranquilizarlo.

—Enseguida lo preparo, entonces.

El cocinero tomó un pequeño bote donde había unas hierbas y las metió en un cazo con agua. Tras unos minutos, lo sacó del fuego y lo puso en un vaso que el criado rápidamente llevó al rey.

Nitziel permaneció unos segundos callado antes de hablar con el cocinero.

—¿Qué le ocurre al rey?

El cocinero lo miró por unos instantes con cierta desconfianza.

—No sé si sería adecuado contarlo.

—Oí algo de una pesadilla. Ya casi has dado la mitad de la información estando yo aquí. No diré nada, todos los reyes tienen secretos que todos saben.

El cocinero se retorció el delantal con fuerza y luego miró al joven.

—La verdad es que... sí, el rey tiene pesadillas casi cada día.

—Pero pesadillas ¿sobre qué?

—Por lo que he oído, son sueños donde aparece su sobrino.

—¿Su sobrino?

—Sí, hace muchos años, según el rey, su sobrino mató a su padre y este huyó lejos. En esas pesadillas grita porque ese chico viene para matarlo a él también.

—Ah sí, he oído la historia de su sobrino, pero ¿de verdad pensáis que ese niño pudo haber matado a su propio padre? Tengo entendido que apenas contaba con seis años de edad.

El cocinero se sentó frente a Nitziel, que se tensó a la espera de la respuesta que de verdad deseaba oír. El hombre miró a su alrededor y se acercó para susurrar.

—Nosotros los sirvientes creemos en la inocencia de ese niño. Quería mucho a su padre, en cambio su tío, odiaba con toda su alma a su hermano y no me cabría duda de que en realidad fue el actual rey el culpable de la muerte de nuestro auténtico rey.

—Ya veo, pero nadie ha buscado a ese niño, quizás esté muerto o no recuerde nada, ¿por qué debería temer el rey a alguien del que no saben nada?

—La verdad es que no lo sé, pero todos deseamos que venga o el reino caerá por la avaricia del rey.

Nitziel asintió y se incorporó.

—Quizás vuestras súplicas tengan su respuesta algún día.

—Que los astros te oigan, chico.

Nitziel salió de la cocina y fue hacia donde estaban los soldados que habían venido con él. Se reunió con aquel que le había hablado el primer día y le animó.

—He hablado con el cocinero —dijo Nitziel sentándose en un camastro.

Ambos estaban solos en aquel cuarto.

—¿Y qué te he dicho?

—Mi tío tiene pesadillas sobre mí. Sueña que vuelvo para matarlo.

—Eso es interesante. Le remuerde la conciencia. Habéis venido justamente a eso.

—Lo sé, pero no sé qué hacer. ¿Crees que debo asesinarlo?

—Haced lo que vuestro corazón os ordene. En mi opinión ese hombre merece la muerte, pero vos sois quien decidís.

Nitziel se incorporó y dio algunas vueltas por la estancia. Luego se detuvo frente al soldado.

—Esta noche sus pesadillas se harán realidad, pero si no me veo obligado, no lo mataré.

El soldado asintió y el joven se marchó de allí hacia la habitación que le habían asignado. Antes de aparecer ante su tío debía quitarse la barba, aunque se dejaría el parche hasta esa noche.

35. Venganza cumplida.

Esa misma noche, cerca de la madrugada, Nitziel salió de su pequeña habitación cubierto con la capa y el parche en el ojo. Escondida a su espalda llevaba una daga por si se viera en la necesidad de defenderse.

En silencio se dirigió a los aposentos del rey y abrió la puerta lentamente. Poco a poco se adentró en el interior donde la chimenea encendida alumbraba toda la habitación y las cortinas estaban cerradas. El dosel de la cama también estaba cerrado, ocultando a su tío.

Lo oyó murmurar en sueños, nombrándolo con temor. Aquello hizo sonreír al chico que se acercó hasta la cama y corrió la cortina del dosel con tanta fuerza que despertó a su tío que exclamó asustado.

—¡Tú! ¡Eres tú!

—¿Quién soy? —preguntó Nitziel jugando con él, quería que sufriera una agonía.

—¡Tú! Vienes a matarme ¿verdad?

—Aún no me has dicho quién soy. Dilo.

El hombre se puso de rodillas en la cama con terror. Era casi igual que en sus pesadillas, seguro que era otra vez su pesadilla e iba a despertar de un momento a otro.

—Eres una pesadilla, sí, lo eres. Eres quien me atormenta cada noche y esta vez me voy a despertar.

—Estás despierto y muy despierto.

El hombre negó con la cabeza. No se iba a creer semejante treta.

—Eso es mentira.

—¿No me crees? ¿Por qué no pruebas a pellizcarte? Quizás así te des cuenta de que no estás para nada dormido. Estás tan despierto como yo. Supongo que después de tantos años quieres ver mi rostro. Hace tanto tiempo... —dijo Nitziel llevándose las manos a la capucha que cubría su rostro y lo dejaba a la vista.

Se había afeitado la barba y ya no llevaba el parche en el ojo. Su tío se bajó de la cama por el lado contrario al de Nitziel y cogió una daga que tenía sobre la mesilla de noche.

—¿Cómo llegaste aquí? ¿Dónde has estado?

—¿Dónde he estado? ¿Es que tan bueno era mi disfraz que no me reconociste desde el principio?

El tío de Nitziel entendió al momento aquellas palabras.

—El mensajero del rey de Araine.

—El mismo. Me acogieron allí después de lo que ocurrió en este castillo y de lo que no recordaba nada hasta hace muy poco que un testigo me confesó que no fui yo quien mató a mi padre. El asesino eres tú y vas a pagar por ello —dijo Nitziel lleno de rabia.

Su tío también se enfadó y lo apuntó con la daga.

—Tuve que haberte matado aquella misma noche.

—¿De verdad? ¿Y a quien ibas a acusar de la muerte del rey y su hijo, el príncipe heredero? Sabías que no era buena idea y por eso me dejaste vivo, pero te vas a arrepentir de todo lo que has hecho —su tío saltó hacia él para intentar clavarle la daga y que rápidamente esquivó—. Será mejor que te entregues por las buenas, no quiero convertirme en un asesino como tú.

—Maldito, voy a matarte y por fin se acabarán mis pesadillas.

Volvió a atacar a su sobrino con violencia, pero Nitziel esquivaba los embates de la daga como podía. Tenía que haberle pedido ayuda a algunos de los soldados que lo acompañaron hasta

aquel lugar, pero ya era tarde para lamentarse, lo mejor sería atacar a su tío antes de que este acabara con él.

Cuando vio que lo iba a atacar de nuevo, le agarró la muñeca con fuerza evitando así que se lo clavara y sin pensar le golpeó con el puño en la mandíbula. Su tío maldijo y fue a golpearlo también, pero Nitziel le cogió la otra mano y ambos cayeron al suelo en un fuerte forcejeo.

Comenzaron a rodar por el suelo en una dura batalla en la que Nitziel, por su juventud y fuerza, no tardó mucho en tomar ventaja y lograr arrebatarse la daga con la que le apuntó al cuello.

—Te dije que te entregaras por las buenas.

—Prefiero que me mates.

—No tendrás ese placer, tío —dijo esto último reflejando todo su odio—, quiero que llames a algunos de los soldados de mi castillo —Nitziel hizo hincapié en el “mi”—, ¡ahora!

El tío, respirando agitado, se dejó levantar por su sobrino que seguía amenazándolo con la daga y juntos se asomaron a la puerta. Allí llamó a los soldados que hacían la guardia que subieron rápidamente y se sorprendieron al ver lo que allí sucedía.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó la madre de Nitziel saliendo de su habitación al oír los gritos de su cuñado.

La mujer se acercó y vio que su hijo sostenía a su tío con fuerza apuntándolo con una daga. Una sonrisa iluminó el rostro de la mujer. Por fin iban a dejar de sufrir todos en aquel lugar, el verdadero rey ahora ejercía su poder.

—Soldados —comenzó a hablar Nitziel—, supongo que algunos no sabréis quién soy ya que hace muchos años que desaparecí por ser acusado de un asesinato que no cometí: el de mi padre, el rey —al ver los rostros sorprendidos de los soldados, asintió—. Sí, yo soy Nitziel y desde este momento rey de este reino y mi primera orden será meter a este hombre en una mazmorra, a ser posible encadenado, no me fío de él.

Los soldados no podían creer lo que veían sus ojos, al fin el hijo del verdadero rey había venido para acabar con la tiranía de su tío. Dos de ellos cogieron al hombre y lo bajaron mientras este gritaba.

—¡Esto no quedará así! ¡Acabaré contigo!

Cuando su tío y los soldados hubieron desaparecido, Nitziel dejó caer la daga al suelo y se apoyó en el marco de la puerta. Su madre se acercó y le tomó las manos que temblaban.

—¿Estás bien? ¿Te hizo daño?

Nitziel negó con la cabeza y luego la abrazó.

—He hecho justicia, madre, por fin he podido hacer justicia por mi padre.

La mujer comenzó a llorar de felicidad.

—Por fin, hijo, por fin. Ahora eres el rey.

—Lo sé y tengo miedo de no ser tan bueno como lo fue padre.

La madre se apartó y acarició la mejilla de su hijo con ternura.

—Estoy segura de que serás un gran rey y tu padre estará orgulloso del maravilloso hijo que hemos tenido.

Nitziel sonrió levemente.

—Ahora podré casarme con la mujer que más amo —dijo el joven.

—¿Hay una mujer en tu vida?

—Sí, es bellísima y a pesar de nuestras peleas, ahora la amo porque es maravillosa.

—Tienes que contarme más cosas de esa mujer, quiero conocerla.

—Lo harás, madre, lo harás.

—Quiero que me sigas contando más cosas sobre ella, pero primero bajemos a la biblioteca a

por alguna bebida fuerte que te quite el temblor de las manos.

El joven asintió y bajó con su madre hasta la biblioteca en la que ella le sirvió un vaso de whisky que se tomó de un trago. Poco a poco, Nitziel le fue contando detalles sobre Silvana y cosas sobre su vida en el reino de Araine. Apenas se dieron cuenta del paso de las horas, ahora podían hablar con libertad, sin temor a que los descubrieran porque ahora él era el rey de aquel lugar y nadie lo iba a impedir.

Ya por la mañana, reunió a todos los criados de la casa y se presentó como rey. Todos lo celebraron y algunos de los más jóvenes salieron corriendo hacia el pueblo para contarle.

Aquel día se celebró una fiesta en honor al nuevo rey que no dudó en pasar por allí para ver cómo se encontraba su gente.

Por lo que pudo observar, había mucho que solucionar, entre ellas, alimentar a los pequeños que estaban en las calles y darles ropa y calzado.

Tras pasar en el pueblo casi todo el día, volvió al castillo y se dirigió al despacho real para ver cómo se encontraban las finanzas del reino. Al parecer había entrado mucho dinero durante el tiempo que estuvo desaparecido y que a la vez desaparecía misteriosamente.

De repente tocaron en la puerta y él le dio paso. Cuando la puerta se abrió, apareció su madre sonriendo.

—Deberías estar con tu pueblo, hijo.

—Lo sé, pero quería ver las finanzas del reino. Por lo que he podido ver, ha entrado mucho dinero, pero también ha salido demasiado. ¿Dónde está?

—Tu tío lo escondería en algún sitio o lo gastaría.

—Ha arruinado a casi todas las familias del reino. Aquí están los papeles con los impuestos y son abusivos. Ahora entiendo que Alina y sus hermanos huyeran de aquí.

—¿Alina y sus hermanos? ¿Los encontraste?

—Fue una coincidencia que aparecieran en el castillo donde he estado viviendo. Por suerte están bien y protegidos, mandé una carta a mi amigo Dreick para que velara por ellos porque había soldados de este reino buscándolos.

—Menos mal, me quedé preocupada por esos chicos.

—Pues ya puedes estar tranquila. Ahora debo resolver varias cuestiones y así volver a buscar a la mujer que amo. Quiero que sea mi reina.

—Es maravilloso, hijo. Te dejo solo para que sigas con el papeleo.

—He mandado a avisar a un curandero que conoce todos los tipos de veneno para curar a la tía Marnella. Debe estar al llegar.

Su madre asintió y tras despedirse, salió del despacho dejando a Nitziel arreglando papeles y cambiando leyes que había impuesto su tío. Tenía un largo trabajo por delante.

Alina se dirigía a la habitación de Anabella con un sobre en la mano. Deseaba que fuesen buenas noticias con respecto a Dreick porque la joven estaba totalmente deprimida al no saber nada del príncipe.

Tocó en la puerta y entró. Después de haber pasado tiempo en la biblioteca leyendo junto a Silvana, esta volvió a la habitación sentándose junto a la ventana para mirar al bosque por donde se había ido Dreick.

Alina carraspeó un poco y Anabella salió de su ensimismamiento.

—Traigo una carta para ti —dijo Alina mostrándosela.

Anabella miró el sobre y rápidamente se incorporó. Se acercó a la joven cojeando y tomó la carta para leerla. La abrió y leyó atentamente pensando que era una carta de Dreick, pero descubrió que no era así. La carta decía:

Hola Anabella:

Supongo que estarás preocupada por tu madre y por Dreick ¿no? ¡Buenas noticias! Ambos están conmigo. Si quieres volver a verlos estás invitada a venir. Solo que no podrás volver con los dos. Tendrás que elegir a uno de ellos, el otro será mío para hacer lo que quiera. Si eliges a Dreick, tu madre será mi mujer y si eliges a tu madre, mataré a Dreick. Sólo tú tienes el poder de elegir el destino de ambos. Te espero.

Kartik.

PD: ¿Te gusta la tinta con la que te escribí? Es la sangre de tu amadísimo Dreick que está siendo torturado en mis mazmorras.

Anabella soltó la carta con un grito ahogado y miró cómo caía la hoja al suelo.

—No puede ser... no, no...

Alina miró a Anabella.

—¿Qué ocurre? —se agachó para recogerla.

—¡No la toques! Oh Dios, no la toques.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Es una carta de Kartik.

—¿De Kartik?

Anabella asintió y se alejó unos pasos.

—La escribió con sangre, con la sangre de Dreick.

Alina se incorporó rápidamente y se puso junto a la joven.

—¡Por todos los astros!

—Avisa al rey, por favor, avísalo.

La joven criada asintió y salió corriendo de allí mientras Anabella caía de rodillas al suelo sin dejar de mirar la carta. La sangre de Dreick... Aquellas palabras estaban escritas con su sangre. Ella se llevó las manos al corazón sintiendo cómo la culpabilidad de adueñaba de su cuerpo.

Ella había enviado a Dreick a ese lugar por una amenaza de Kartik sobre su madre. ¿De qué había servido? Ambos estaban en sus garras y Anabella solo podía elegir a uno de ellos. Las lágrimas escaparon sin control de sus ojos por la situación en la que le había puesto Kartik. Cualquiera que eligiera, el otro sufriría.

—No quiero, no quiero... No quiero elegir.

Varias personas entraron en la habitación, entre ellos, el rey y la reina.

—¿Qué ocurre, Anabella? —la reina se arrodilló a su lado— Alina dijo algo de una carta y sangre, pero no la entendí.

La joven miró a la reina con las lágrimas corriendo por sus mejillas.

—Esa carta está escrita con sangre de Dreick... Kartik lo está torturando.

La reina miró a su esposo sin poder creer lo que ella le decía y este le confirmó las palabras de Anabella. Él había leído la carta y no pudo evitar sentir pena por lo que tenía que pasar Anabella.

—No puede ser... Es su hermano.

—Kartik ya no tiene corazón, tenemos que asumirlo —dijo el rey.

—No quiero elegir, no quiero.

—No lo harás, no podemos obligarte a que elijas a nuestro hijo cuando tu madre también está en las garras de mi hijo.

—¿Qué has dicho? ¿Que ella tiene que elegir entre su madre y nuestro hijo? —preguntó la reina.

El rey asintió.

—Quiero salvarlos a los dos. Si voy seguro que se me ocurrirá algo.

—Aún no estás curada del todo, Anabella.

—Estoy perfectamente, ya no me duele el tobillo. Déjeme ir, se lo ruego.

—¿De verdad estás lista?

—Sí, me llevaré una espada y trataré de salvar tanto a mi madre como a Dreick —dijo ella decidida mientras se limpiaba las lágrimas del rostro.

—Es peligroso.

—Me arriesgaré.

—Debo salvarlos a ambos.

—Irás con algunos soldados.

Anabella negó con la cabeza.

—No, Kartik se enfadará si descubre que voy acompañada. Sólo deme un caballo y una espada.

Tanto el rey como la reina la miraron y el primero solo pudo asentir. El destino de su hijo estaba en manos de esa chica y solo ella podía salvarlo de una muerte segura a la vez que intentaba salvar también a su madre.

—Lo tendrás todo listo en una hora —dijo mientras se alejaba y antes de salir se detuvo y la miró—. Por favor, ten mucho cuidado.

—Lo tendré.

Tras esto el rey salió de la habitación.

-

36. Muerte y adiós.

Una hora más tarde, Anabella bajaba lentamente las escaleras mientras pensaba algo para poder salvar tanto a su madre como a Dreick. No iba a dejar a ninguno de los dos en manos de Kartik para que les hiciera daño.

Cuando ya estuvo abajo, Silvana y Alina se acercaron para abrazarla. La primera lloraba desconsoladamente al enterarse por Alina de lo que había sucedido y miró a Anabella.

—Salva a mi hermano, por favor, tráelo de vuelta.

—Lo haré, no voy a dejar que le hagan daño ni a él ni a mi madre.

Silvana asintió y acompañó a su amiga hasta el exterior donde ya estaba el caballo listo. Al lado de este, se encontraba un soldado montado en otro caballo y cuando la vio, se bajó y se presentó.

—Señorita, soy Albio y voy a guiaros en el camino hacia el castillo de Kartik. El rey me ha comentado que debe ir sola. Le prometo que me quedaré en las lindes del bosque. Hay muchos peligros en el camino.

—Gracias.

—Permítame ayudarla a subir.

El soldado, un tipo alto de largo pelo negro y ojos igual de oscuros, ayudó a Anabella a subirse al caballo y luego le entregó una espada. Finalmente, él se subió a su caballo.

Anabella se giró hacia sus amigas y luego miró al rey que se había acercado.

—Volverá sano y salvo, lo prometo.

—Suerte —dijo el rey.

—Gracias.

Les hizo un gesto de despedida a sus amigas y se alejó junto con el soldado.

—¿Queréis ir al galope?

Anabella asintió y ambos se pusieron al galope hasta que llegaron a la linde del bosque que daba al castillo de Kartik.

—A partir de aquí iré sola. Gracias por acompañarme.

—Ha sido todo un placer, me quedaré por aquí por si necesita ayuda.

Anabella asintió y luego puso al caballo al paso para dirigirse a la entrada del castillo. Una vez junto a la puerta, se bajó del caballo y dos soldados se acercaron a ella para llevarla al interior. Por suerte no la registraron en busca de alguna arma ya que llevaba la espada escondida bajo la falda.

Los soldados la condujeron a aquel salón que ella conoció cuando cruzó el espejo y le pareció mucho más grande sin todos aquellos cuerpos semidesnudos.

—Bienvenida, mi querida Anabella.

La joven se giró hacia el lugar de donde provenía la voz de Kartik y lo vio sentado en su trono de forma despreocupada.

—¿Dónde están? —preguntó Anabella sin andarse por las ramas.

—Tranquila, tenemos tiempo para todo. ¿Quieres tomar algo? ¿O quizás comer?

—No he venido aquí como visita de cortesía. Quiero saber dónde están mi madre y Dreick.

—Tranquila, los están trayendo en este momento, pero te recuerdo que tienes que elegir a uno de los dos.

En ese momento, aparecieron dos soldados con Catherine que se debatía en los brazos de estos. Cuando vio a su hija, se detuvo y la miró antes de decir:

—Anabella...

—¡Mamá!

Anabella corrió hacia su madre y la abrazó mientras los soldados se apartaban aunque no mucho por si hacían alguna tontería.

—Mi pequeña, ¿cómo estás? Estaba tan preocupada por ti.

—Mamá, ¿cómo supiste que estaba al otro lado del espejo? No tenías que haber cruzado.

—Estaba muy preocupada por ti, estaba desesperada porque no sabía dónde estabas.

—Siento haberte preocupado. Cuando me quise dar cuenta estaba en este lado.

—Ahora estamos juntas, pero no quiero que elijas entre ese chico y yo.

—¿Cómo sabes lo de Dreick?

—Ese tipo me lo contó todo —dijo señalando con la cabeza a Kartik.

—No te preocupes, os pienso sacar de aquí a los dos.

Unos aplausos sonaron detrás de ellas y ambas miraron a Kartik que a la vez que aplaudía se reía.

—Que precioso reencuentro entre madre e hija, pero aún te queda lo mejor, Anabella.

Kartik hizo una señal a los soldados que habían aparecido y de los que ni madre ni hija se percataron en un principio. Estos abrieron la puerta y vieron aparecer a otros dos soldados con un cuerpo inerte y lleno de heridas por todo el cuerpo.

Anabella al ver quién era, corrió hacia él cuando lo dejaron en el suelo. Se agachó y tomó el rostro de este entre sus manos.

—Dreick, mi amor, abre los ojos. Contéstame —le tocó la cara y pudo notar la fiebre—. Estas ardiendo. Despiértate, por favor.

Kartik comenzó a reírse, pero Anabella no le hizo caso, sólo quería que Dreick despertara.

Cuando vio que él gemía y abría los ojos, ella trató de sonreír.

—Anabella...

—Sí, soy yo, he venido a salvarte.

Él negó con la cabeza.

—Tú madre...

—Los dos, vine a salvarlos a ambos, solo tienes que aguantar.

—No te voy a dejar ir con los dos —dijo Kartik.

Catherine, que vio a su hija tan mal por el estado de ese chico corrió hacia Kartik para atacarlo. No podía permitir que le hiciese elegir a su hija entre ese chico y ella. Lo agarró del brazo con fuerza dispuesta a atacarlo y él cuando vio sus intentos, la golpeó y le hizo caer al suelo.

Anabella al ver aquello, se incorporó rápidamente y sacó la espada que llevaba escondida.

—¡No vuelvas a tocar a mi madre!

Kartik miró a la joven fijamente, enfadado.

—Llevabas una espada escondida ¿eh? No te va a servir de nada conmigo.

Él sacó la espada que llevaba en la cintura y la atacó. Anabella se defendió aunque la fuerza de Kartik era superior y la mano que sostenía la espada le tembló, aún así no se amedrentó.

—¡Anabella! —exclamó su madre entre sorprendida y asustada.

Dreick se puso de lado y vio la clara desventaja de la joven por lo que trató de incorporarse, pero la debilidad se lo impidió en un primer momento.

—No sigas, Anabella.

Pero ella no lo oyó. Sólo podía seguir peleando por los seres que más quería y que estaban en peligro en ese momento.

—Me voy a llevar a los dos, Kartik. No vas a poder impedírmelo.

—Soy más fuerte que tú.

Tras decir esto, le hizo un leve corte en el brazo.

—¡Hija! —exclamó Catherine.

Anabella se llevó una mano a la herida y se le cubrió de sangre aunque no era mucha.

—Tarde o temprano esta pelea tendrá que acabar y no te quedará más remedio que elegir o siempre puedes quedarte aquí también y ver como sufre mi hermano una agonía y hago mía a tu madre. Serás una estupenda sirvienta.

—Ni loca. ¡Jamás!

—¿De verdad?

Kartik hizo un movimiento con la espada y la desarmó, lanzando esta lejos de ella. Amenazándola la acorraló contra la pared.

—Anabella... —gimió Dreick mientras se incorporaba lentamente sufriendo por las heridas abiertas.

Catherine quiso acercarse para impedir que le hicieran daño y lo único que obtuvo fue otro empujón.

—O eliges o ya sabes lo que hay —dijo Kartik sin darse cuenta de lo que ocurría a sus espaldas.

Anabella lo miraba fijamente, sin mostrar temor alguno, aunque por dentro estaba realmente asustada. De repente sintió la mano de él sobre su cuello y este comenzó a apretar con fuerza. La joven intentó apartar la mano, pero su fuerza era mucho mayor y ya comenzaba a faltarle el aire.

Dreick se levantó y se acercó con paso tambaleante hasta la espada que había tenido Anabella en sus manos hacía tan solo unos instantes. Con esta en la mano se dirigió a su hermano por detrás bajo la atenta mirada de Catherine, que era la única que podía verlo. El temor de verla sufrir y saber lo que estaba pasando le hizo sacar fuerzas de donde no tenía para coger la espada con ambas manos y levantarla, mientras miraba la espalda de su hermano.

Con un grito de rabia se lanzó hacia Kartik y le clavó la espada por la espalda atravesándolo de lado a lado lo que hizo que soltara a la joven que se quedó apoyada contra la pared.

Anabella y Catherine no emitieron sonido alguno por la sorpresa y Kartik miró hacia su pecho donde se veía el filo de la espada goteando sangre en el suelo.

—Esto es por todo el sufrimiento que has hecho pasar a tanta gente —dijo Dreick justo detrás—, Por nuestros padres, por haber encerrado a nuestra hermana, por todas esas chicas que has secuestrado y violado sin piedad, por Anabella y por su madre. Mereces que te torturen como hiciste conmigo, pero te daré una muerte rápida, aunque no te la merezcas.

Kartik miró sobre su hombro a su hermano y sonrió con malicia.

—Sinceramente, me da igual... lo que he hecho..., he disfrutado mucho... haciéndoos daño a todos...

Comenzó a toser y de entre sus labios escaparon varios chorros de sangre. Dreick sacó la espada con fuerza y su hermano cayó al suelo de rodillas mientras seguía sonriendo. Una sonrisa que permaneció en su rostro cuando el resto de su cuerpo tocó el suelo.

Catherine se acercó corriendo a su hija.

—¿Estás bien? —preguntó preocupada.

Anabella miró a su madre y asintió. Luego miró a Dreick que miraba el cuerpo inerte de su hermano con la respiración entrecortada. Soltó la espada y levantó la vista hacia ella que rápidamente corrió a abrazarlo y besarlo.

—Dreick, mi amor, debemos llevarte al castillo. Estás muy mal herido y tienes fiebre.

El príncipe la miró fijamente sin decir nada. Las fuerzas comenzaban a fallarle, pero tenía que hacer lo que se había prometido cuando había ido al castillo de Kartik a recuperar el espejo. La iba a dejar marchar. Ella volvería al lugar al que realmente pertenecía.

Se apartó de ella, que lo miró con confusión y vio cómo se acercaba al espejo que la había llevado a este lugar. Hasta ahora no se había fijado que estaba allí.

Cuando Dreick llegó junto a este, se miró las manos salpicadas de sangre de su hermano y la pasó por el cristal haciendo que se abriese al otro lado. Luego la miró a ella.

—¿Qué estás haciendo, Dreick? —preguntó ella teniendo un mal presentimiento.

—Tu madre y tú os volvéis a vuestro mundo —dijo él con entereza, aunque por dentro se sentía morir.

—¿Qué? ¿Qué dices? No puedo volver, debemos ir al castillo para que te curen.

—No, no vamos a ir al castillo. Tú vas a volver al lugar al que perteneces. No vas a quedarte un minuto más aquí.

Anabella retrocedió un paso sin comprender lo que estaba sucediendo.

—No puedes echarme así como así, Dreick. Vine a salvarte, a ti y también a mi madre. No llegarás muy lejos en tu estado.

—Yo estoy bien —dijo con frialdad—. Vete, Anabella. Vete y no vuelvas.

Catherine los observaba a ambos intentando comprender la situación.

—No me voy, no pienso irme.

—¡He dicho que te vayas! —gritó Dreick y se llevó una mano al torso herido— Vete y no vuelvas, este no es tu sitio. Una vez que vuelvas, sellaré el espejo por dentro y no podrás volver a abrirlo. Vete ahora mismo con tu madre.

Anabella negó con la cabeza y su madre se acercó a ella.

—¿Me estás echando de tu lado? ¿Es que no me quieres?

Dreick miró a otro lado sin contestar y la joven sintió que algo en su interior se rompía en mil pedazos.

—Vete.

—Tú sí me quieres, no me puedes alejar de tu lado, no puedes hacerme esto.

—Hija —dijo Catherine—, no podemos obligarlo. Anda, volvamos a casa.

—¡No! —gritó Anabella comenzando a llorar— ¡No quiero irme!

Catherine agarró a su hija y la llevó junto al espejo. Dreick no la miró en ningún momento y Anabella lo agarró de las manos, pero él se soltó.

—Vete, Anabella.

—¿Por qué me haces esto? ¿Por qué?

—Quiero que te vayas de una vez. Este no es tu sitio.

—Mi sitio está donde está mi corazón y este me dice que quiere estar contigo.

—No, Anabella, no te mientas. Vete de una maldita vez —Dreick miró a Catherine—. Llévatela, por favor.

La mujer le devolvió la mirada y sintió el dolor en los ojos del chico, aún así asintió. Agarró a su hija y trató de hacer que entrara en el espejo, pero ella se negaba.

—¡No! ¡No lo hagas, mamá! ¡Por favor no!

Dreick se acercó a ella y ayudó a Catherine a meterla en el espejo para que pasara al otro lado.

—¿Estás seguro de esto? —preguntó Catherine a Dreick.

—Tiene que ser así. Haz que me olvide, no es justo para ella que vivamos en mundos separados y siga enamorada de mí.

—¡Basta! —gritó Anabella— ¡Quiero quedarme!

Catherine asintió y pasó junto con su hija al otro lado del espejo.

—Adiós, Anabella.

Dreick pasó la mano y con la sangre que aún quedaba de su hermano selló el cristal.

—¡Nooo! —gritó desgarradoramente Anabella.

Dreick se encogió de dolor y cuando intentó sellar el cristal por su lado, lo vio todo negro y perdió el conocimiento.

-

37. Dolor del corazón.

—¡No! ¡No! ¡No! —gritaba Anabella mientras intentaba correr hacia el espejo.

—Para, hija, ya viste que selló el espejo, no puedes volver.

—¡No, Dreick!

Anabella no quería oír a nadie, solo quería volver con él y se lo estaban impidiendo. Su madre la agarraba con fuerza.

—¡Basta, Anabella! ¡Él no quiere que vuelvas! ¡No vas a poder cruzar ese espejo nunca más!

Aquellas palabras detuvieron a la joven y, de repente, cayó al suelo de rodillas mientras comenzaba a llorar desconsoladamente. Su madre, se arrodilló a su lado y la abrazó.

—¿Por qué, mamá? ¿Por qué?

—Lo siento, hija. No me gusta verte sufrir así.

—Yo quería estar a su lado.

La puerta se abrió de repente y apareció el padre de la joven que al ver a las dos entró con la sorpresa reflejada en su rostro.

—¿Anabella? ¿Catherine?

Su mujer levantó la mirada y sonrió con cierta tristeza.

—Hemos vuelto, mi amor.

—Pero... ¿qué ocurre? ¿Por qué está llorando Anabella?

—Es una historia muy larga, ahora lo que necesita es consuelo.

El hombre se acercó y las abrazó a ambas.

—Dreick... —sollozaba la joven.

Después de mucho tiempo llorando, Anabella se quedó profundamente dormida sobre el hombro de su madre y su padre la cogió en brazos para recostarla en su cama.

—¿Dónde ha estado todo este tiempo? ¿Y quién es Dreick? —preguntó el padre.

—Chris, lo que yo te decía del espejo era cierto, ella lo cruzó y ha estado allí todo este tiempo. Dreick es un chico que ha estado con nuestra hija, cuidándola y amándola.

—¿Estuvo en una época pasada? Ese vestido parece ser antiguo.

—La verdad es que no estoy segura, las vestimentas sí que eran antiguas, pero no lo sé. Lo mejor será que la dejemos descansar, cuando despierte estará muy deprimida. Acaba de separarse del hombre que más amaba y el corazón roto no se recupera con solo llorar una vez.

Chris se acercó a su mujer y la abrazó con fuerza.

—¿Tú estás bien?

—Sí, un poco magullada por unas caídas... Oh, se me olvidaba, Anabella tiene un brazo herido. Debo buscar el botiquín.

—Ve a buscarlo, yo me quedo con ella.

Catherine asintió y salió de allí en busca del botiquín para curar la herida del brazo de su hija.

Craine estaba en el pasillo junto a la puerta del salón principal y cuando oyó el grito, abrió la puerta rápidamente. Allí estaba Dreick con la mano metida en el espejo y cuando la sacó cayó al suelo. La joven corrió hacia él.

—Príncipe, conteste, príncipe.

Le tocó la frente y estaba tan caliente que temió que muriera en ese lugar. Se levantó corriendo y cuando se topó con el cuerpo muerto de Kartik dio un grito, aunque más bien pareció uno de júbilo. Por fin se iban a librar de la tiranía de él. Salió fuera en busca de los soldados y pidió

ayuda para Dreick.

Las sirvientas que estaban cerca, la oyeron contarles todo a los soldados y corrieron a contárselo a las demás. Luego uno de los soldados salió del castillo en busca de un curandero. En su camino hacia el bosque se encontró con Albio que se había quedado cerca por órdenes del rey.

Albio lo interceptó.

—¿A dónde te diriges?

El soldado lo miró fijamente y enseguida reconoció las ropas del reino del padre de Dreick.

—Necesitamos ayuda para el príncipe Dreick. Iba en busca de un curandero. Está muy mal.

—Tenemos que llevarlo al castillo.

—Si lo trasladamos es probable que no resista.

—La curandera del castillo podría venir, pero podríamos tardar. ¿Qué ha pasado ahí dentro?

—El príncipe Dreick ha matado a su hermano Kartik y devolvió a las dos mujeres al lado del espejo al que pertenecen.

—Ya veo. Iré en busca de la curandera, intentad que el príncipe resista.

El soldado asintió y vio a Albio subirse a su caballo y salir al galope hacia el castillo. El otro volvió y busco a Craine que estaba junto al cuerpo debilitado del príncipe.

Cuando se acercó, la joven lo miró con preocupación.

—¿No has encontrado a un curandero? —preguntó ella.

—En el camino me topé con un soldado de su reino y fue a buscar a la curandera del castillo, hay que hacer que resista.

—Anabella... —susurró con voz ahogada Dreick.

—Aguante, príncipe. Por favor —le decía Craine.

—Deberíamos llevarlo a una habitación y tenderlo en una cama cómoda.

Craine asintió y el soldado cogió a Dreick para llevarlo a una de las habitaciones con mucho cuidado mientras la joven sirvienta iba a buscar agua y un trozo de tela para intentar limpiar las heridas que se veían en mal estado mientras esperaban la llegada de la curandera.

Dreick no dejaba de nombrar a Anabella con dolor en sus facciones y Craine trataba de calmarlo porque no se estaba haciendo ningún bien.

—Ojalá lleguen a tiempo —decía Craine preocupada.

Horas más tarde, Anabella abrió los ojos y miró a su alrededor reconociendo enseguida aquel lugar. Rápidamente se incorporó y no pudo evitar mirar hacia el espejo donde veía su propio reflejo en su habitación.

Se levantó y corrió hacia este tocando el cristal.

—Dreick... ¡Dreick! ¡Dreick! —llamaba sin cesar.

Se apartó mientras las lágrimas anegaban su mirada y decidió mirar a su alrededor para buscar algo que le hiciese un corte y poder abrir el portal del espejo.

En su mesilla encontró en un vaso que cogió y lo lanzó al suelo haciéndolo añicos. Se agachó para coger un trozo, se hizo un corte en la mano y se acercó al espejo. Cuando estaba acercándola, alguien la apartó y ella comenzó a patear.

—¡Déjame! ¡Quiero volver con Dreick!

—Anabella, hija —la voz de Catherine reflejaba mucha tristeza, su hija estaba muy afectada por la separación—, no puedes volver, Dreick selló el espejo.

—La sangre abre el portal.

—Él dijo que lo iba a sellar para que nadie traspasara hacia allá. Ven, vamos a curarte esa mano.

—¡No! Él no pudo haberla sellado. Nos amamos, él me lo dijo antes de ir a por Kartik.

—Anabella, debes empezar a hacer tu vida sin él. Aunque me duela decirte esto, no puedes volver. Sólo él podrá volver a ti si de verdad te ama.

La joven negó con la cabeza. Se negaba a creer aquello.

—Déjame hacer la prueba, por favor.

—No merece la pena, Anabella, ven, siéntate que voy a curarte la herida de la mano y ver cómo está la de tu brazo.

Se dejó llevar por su madre hasta su cama y cuando se sentó, Catherine cogió el botiquín que había dejado en la habitación y se acercó para curarle la mano con delicadeza. Luego retiró el vendaje del brazo y al ver que no era tan grave, la limpió y volvió a vendar para evitar posibles infecciones.

—¿Por qué me echó? ¿Acaso hice mal en ir a salvaros?

—No hiciste mal, si no hubieras ido no sé lo que habría sido de él y de mí. Ese Kartik estaba muy loco y parecía obsesionado conmigo. Él me enviaba notas para que traspasara el espejo. Jamás pensé que iba a hacer algo tan vil como lo que hizo.

—Estoy preocupada por él, tenía mucha fiebre.

—Lo sé, mi pequeña, y no sabes cómo me duele verte así. Quizás sería mejor que sacáramos ese espejo de aquí.

—¡No! Por favor, no te lo lleves.

—¿Estás segura? —Anabella asintió— De acuerdo. Tengo que bajar, no hagas ninguna tontería por favor. Por cierto, tienes un pijama sobre la silla.

La joven vio a su madre marchar y se incorporó para acercarse al espejo. Tocó el frío cristal y su rostro se empapó de lágrimas.

—Dreick...

Anabella se arrodilló junto al espejo sin dejar de llorar. Allí pasó varias horas hasta que su madre le llevó algo de comer y que ella no probó. Así pasaba casi todos los días, pegada al espejo sin apenas probar bocado.

Sus padres estaban muy preocupados por ella y no sabían qué hacer para que reaccionara.

A la vez que Anabella sufría, en el otro lado del espejo, la curandera intentaba mantener con vida a Dreick que seguía con la fiebre alta y no hacía ningún esfuerzo por recuperarse.

Silvana pasaba horas junto a su hermano infundiéndole fuerzas para que continuara, para que no se dejara derrotar por el dolor.

—¿Por qué lo hiciste, Dreick? ¿Por qué la echaste? —preguntaba Silvana que se había enterado de todo por la criada que había cuidado de su hermano en su cautiverio.

Dreick dormía profundamente gracias a un brebaje calmante, aunque entre tanta tranquilidad él sufría y llamaba a Anabella casi constantemente.

Los días pasaban con lentitud para todos allí, pendientes de la recuperación del príncipe que parecía no querer hacerlo.

Uno de esos días en los que Silvana cuidaba de él, Dreick se removió un poco y por fin abrió los ojos, llamándola.

—Anabella...

—¡Dreick! —Silvana se sentó junto a su hermano— ¿Cómo estás? ¿Te duele algo? Si quieres aviso a la curandera.

El joven giró la cara hacia su hermana y negó con la cabeza.

—Estoy bien.

—¿Seguro? Temimos por tu vida.

—Sí, no te preocupes.

Silvana tomó la mano de él y trató de sonreír.

—Tienes varias heridas en mal estado así que no deberías moverte de momento.

—Silvana —dijo él mirando al techo.

—Dime.

—El espejo está...

—Lo trajimos al castillo, lo pusimos en otra habitación más segura, aunque ya nadie podrá robarlo de nuevo.

—Maté a mi hermano por salvarla y luego fui tan cruel que la envié de vuelta al lugar al que pertenecía.

—No entiendo por qué lo hiciste. Os amabais. Ella sufrió mucho cuando supo que estabas en las garras de Kartik. Ha sufrido la separación, no me quiero ni imaginar cómo estará ahora.

—Hice lo mejor para ella, ese es su lugar.

—¿Eso piensas? Parte de su corazón lo dejó aquí contigo y no dudes que volverá aquí cruzando ese espejo.

—No lo va a hacer.

Silvana miró a Dreick fijamente sin comprender.

—¿Por qué no lo haría? Sabes que una simple gota de sangre abre el espejo.

—Le dije que lo sellaría para siempre, que no podría cruzarlo.

—Eres un estúpido. Estás cometiendo el mayor error de tu vida y no podrás ser feliz.

—El amor entre Anabella y yo estaba condenado desde el principio por ese maldito espejo. Simplemente hice lo que tenía que hacer.

—Ojalá no te arrepientas porque vas a sufrir si lo haces —Silvana se levantó—. Iré a avisar a la curandera para que revise tus heridas.

Dicho esto, Silvana salió de la habitación mientras Dreick seguía mirando hacia el techo y sintió una lágrima rodar por su sien.

—Ya me arrepiento, Silvana, ya me arrepiento.

Trató de incorporarse y sufrió un repentino mareo cuando consiguió quedarse erguido. Bajó la mirada a su torso desnudo donde podía verse las heridas que poco a poco parecían cicatrizar. La herida que sabía que nunca se iba a curar era la de su corazón.

Dreick se llevó una mano al pecho y susurró para sí.

—Soy un maldito imbécil, un completo imbécil que no se merece el amor de Anabella.

38. Regreso.

Silvana salió de la habitación de su hermano preocupada por él. Su mirada reflejaba perfectamente el dolor por el que estaba pasando al haber echado a Anabella. No entendía el por qué, pero ella no iba a meterse en lo que él había decidido.

Bajó las escaleras en busca de la curandera cuando, de repente, sintió ruido fuera así que salió. Desde las escaleras principales vio llegar una pequeña comitiva de gente con estandartes de diferentes colores a los de su propio reino.

¿Acaso no sería...?

Silvana corrió escaleras abajo para acercarse a la comitiva. Los caballos se detuvieron y alguien se bajó de uno de ellos. Ambos se miraron y tras una sonrisa, la joven corrió a los brazos de él.

—¡Nitziel! ¡Por los astros, estás bien!

—Mi princesa —él la apartó lo justo para mirarla a la cara y luego darle un dulce beso en los labios—, te he echado de menos.

—No más que yo a ti. No me creo que estés aquí... ¿Pudiste hacer justicia?

—Sí, mi tío está prisionero en el castillo a la espera de un juicio para ver qué hacemos con él, pero eso no es lo importante. Quiero presentarte a alguien.

Silvana asintió y ambos se acercaron hasta una mujer que sonrió a Nitziel. Se acercó para coger las manos de la joven.

—Así que eres Silvana... Mi hijo me ha hablado mucho de ti. Me llamo Arenia, soy la madre de Nitziel.

La joven hizo una reverencia y sonrió.

—Me alegra mucho saber que ha estado a su lado en este tiempo.

—Es lo menos que podía hacer por él, mi hijo siempre ha sido inocente y todos deseábamos que volviera.

Nitziel posó su mano sobre la cintura de Silvana y la atrajo hacia sí.

—Ahora podremos estar juntos como realmente deseo —dijo dándole otro beso—. Por cierto ¿Y Dreick?

La joven bajó la mirada con tristeza, lo que preocupó a Nitziel.

—Está en su habitación recuperándose.

—¿Recuperándose? ¿De qué?

—Fue al castillo de Kartik a recuperar el espejo y salvar a la madre de Anabella. Fue hecho prisionero y mi hermano lo torturó hasta casi matarlo. Ella lo salvó y él la devolvió a su mundo.

—¿La devolvió a su mundo? Pero ¿por qué lo hizo?

—No lo sé, despertó hace un rato y parece afligido, pero no va a dar su brazo a torcer. No me quiero imaginar cómo debe estar sufriendo Anabella.

—Tú también estás sufriendo ¿no? Habías forjado una gran amistad con ella.

Ella se abrazó con fuerza a él y asintió.

La echo de menos, por suerte tengo a Alina.

—Quizás debería hablar con Dreick a ver qué me dice.

—Convéncelo de que está cometiendo un error. No quiero verlo triste. Acompañaré a tu madre dentro.

Nitziel asintió y la besó dulcemente antes de entrar en el castillo para dirigirse a la habitación de su amigo. Cuando llegó, tocó en la puerta y esperó.

—Dejadme solo.

Nitziel abrió.

—¿No vas a recibir a tu mejor amigo?

Dreick estaba de pie, apoyado en la ventana y se giró al oír la voz de su amigo. Nitziel se sorprendió al ver la cantidad de heridas que tenía y aquella mirada falta de vida.

—Has vuelto —dijo con una voz carente de sentimientos.

—Yo también me alegro de verte —dijo Nitziel tratando de sacarle una sonrisa.

Sus intentos fueron en vano. Entró y cerró la puerta.

—Silvana me ha contado por encima lo que ha ocurrido.

—Seguro que crees que soy un estúpido y, créeme, yo también lo pienso.

Su amigo se acercó y se puso a su lado.

—No lo entiendo. Ambos os amabais, no logro comprender por qué lo hiciste.

—Ese amor estaba condenado y tanto ella como yo lo sabíamos.

—¿Le diste la oportunidad de elegir?

—No había nada que elegir, su madre vino a buscarla y Kartik casi la hizo suya. Anabella echaba de menos a sus padres. Allá está todo lo que conoce, no tenía que elegir. Encontrará a alguien mejor.

Dreick cerró los ojos con dolor y apoyó la cabeza contra el cristal de la ventana.

—Estás cometiendo un error, Dreick.

—Hice lo mejor para ambos.

—Yo no opino igual mientras te veo hundirte en el dolor. La separación es dura y no creo que ella pueda soportarlo.

—Lo hará. Tiene que hacerlo.

—Reacciona, Dreick. Tú mejor que nadie la conoces.

—Basta, Nitziel, no quiero seguir hablando de esto, estoy cansado.

—Te dejaré descansar, entonces. Debo hablar con tu padre, pero creo que deberías pensar en lo que estás haciendo.

Dreick no dijo nada y cuando su amigo salió se dejó caer al suelo. Su cuerpo estaba débil y pensar en Anabella tampoco ayudaba, ya que sin ella, se sentía muerto.

Los días pasaban y Catherine estaba cada vez más preocupada por su hija. Anabella se pasaba el día llorando junto al espejo o acostada en la cama. Había perdido peso, ya que no quería comer y ver a su hija así le partía el alma.

Quizás había cometido un error al hacerle caso a Dreick para traérsela. Ni siquiera hablaba.

—Anabella —dijo Catherine sentándose en la cama junto al cuerpo recostado de su hija—, odio verte así. Lo siento, de verdad, quizás esto es por mi culpa. Dime algo, te lo ruego.

La chica ni siquiera la miraba. Parecía estar muerta en vida. De repente, la parte superior de su cuerpo se echó fuera de la cama y Catherine sintió las arcadas escapar de los labios de su hija. Corriendo la sujetó con delicadeza hasta que sintió que se incorporaba. Anabella estaba pálida y sudorosa.

—Déjame sola —dijo la chica con voz ronca.

—No, hija, debes ver a un médico, eso que te acaba de ocurrir no es normal. Podría ser...

—Vete —la cortó la joven y volvió a recostarse.

Catherine se levantó mirando a su hija y salió de allí. Una vez fuera, se topó con su marido que al verla tan afligida, la abrazó con fuerza.

—Dale tiempo, está afectada.

—No puedo hacerlo, debe verla un médico, acaba de tener nauseas.

—Tranquila, Cath. Quizás no sea nada.

—No, algo me dice que podría estar embarazada.

—Esperemos un poco o compra un test de embarazo, pero no creo que una simple náusea sea motivo de que nuestra hija esté esperando un hijo.

—¿Qué haremos si lo está?

—Cuidaremos de ella y la ayudaremos en lo que haga falta. Necesitará nuestro apoyo.

—Lo sé, pero ella sufrirá mucho con esto.

—Haremos todo lo posible para que no sufra.

Catherine asintió y bajó al piso inferior con su marido.

Dreick salió de su habitación tras varios días de recuperación y se dirigió a la habitación donde estaba el espejo. Aún no podía cubrirse el torso por lo que se veían la mayoría de las heridas de su espalda y torso.

Una vez dentro, se acercó al espejo que estaba cubierto por una tela oscura que Dreick quitó. Miró el cristal que le ofrecía su propio reflejo. Tocó la fría superficie y miró alrededor buscando algo con lo que hacerse una pequeña herida. Quería verla, aunque solo fuera un instante.

Cogió un jarrón y lo rompió para coger un trozo con el que se hizo una herida en la palma de la mano. Pasó la herida por el cristal y este cambió su reflejo por lo que se veía al otro lado. A través del espejo pudo ver a Anabella acostada en su cama. Tenía la mirada triste y estaba mucho más delgada.

—Anabella... —susurró Dreick con dolor mientras tocaba la superficie del cristal.

De repente, ella se cubrió el rostro y sus hombros se movieron en lo que parecía ser un profundo sollozo.

Dreick cayó de rodillas al suelo sin dejar de mirarla mientras negaba con la cabeza al darse cuenta de lo que ella estaba sufriendo, pero no podía dar su brazo a torcer. Anabella debía quedarse allí.

—Lo siento, lo siento, pero no puedo traerte de vuelta. No puedes vivir entre dos mundos.

Vio a Anabella levantarse y acercarse al espejo. Dreick retrocedió un poco y ella se arrodilló para apoyar las manos en el espejo sin dejar de llorar. A pesar de no oírla, podía ver cómo movía los labios diciendo su nombre.

El volvió a acercarse y posó sus manos sobre las de ella deseando tocarla una vez más.

—Te amo, mi princesa, te amo —dijo Dreick.

Se apartó del espejo y se quedó allí sentado durante varias horas. Ya era casi de noche cuando apareció su madre.

—Supuse que estarías aquí. La cena está en tu habitación.

—No tengo hambre —dijo él sin mirarla.

Su madre se acercó y posó una mano en el hombro de su hijo con delicadeza y miró al espejo donde se veía a Anabella aún apoyada en el espejo con la mirada perdida.

—Te arrepientes de haberla enviado a su mundo ¿no?

—No hay vuelta atrás, madre.

—Siempre la hay. Cuando conocí a tu padre y volví a mi mundo, me arrepentí aun a pesar de que sabía que era un error. Pensé que hacía lo correcto, pero no fue así. No pude soportar la separación y volví. Si no hubiese vuelto, ni tú ni tus hermanos habríais nacido. No huyas de algo de lo que te puedas arrepentir toda tu vida.

Sin decir nada más, le dio un leve apretón en el hombro y salió de la habitación dejando que su hijo recapacitara.

Nitziel estaba con Silvana paseando y hablando sobre su futuro juntos.

—Me gustaría que te mudaras a mi castillo y así te conviertas en mi reina.

La joven no podía evitar sonreír.

—Quiero ir a donde tú vayas, siempre.

—Ya he hablado con tu padre sobre el tema y está de acuerdo. Tu madre también vendrá con nosotros para ayudarte con la organización de la boda.

—Ojalá Anabella pudiese ir a nuestro enlace, pero Dreick no me dejará traerla aquí —el semblante de la joven se entristeció.

—Quizás Dreick recapacite.

—Nada me gustaría más que recapacitara y trajera a Anabella, por la felicidad de ambos.

—Esperemos a ver qué ocurre, mientras tanto haremos las preparaciones oportunas para tu traslado.

Silvana asintió y juntos volvieron al castillo. Tanto la reina como la madre de Nitziel ayudaron a la joven a preparar algunas cosas con la ayuda de Alina que parecía entusiasmada ya que ella iba a volver con ellos. Partirían en dos días si nada lo impedía.

Llegó el día de la partida de Silvana y Nitziel hacia el reino de este, pero Dreick ni siquiera lo sabía, ya que seguía en la habitación del espejo observando lo que hacía Anabella. La joven estaba cada vez peor. Pálida y ojerosa la vio levantarse y desapareciendo de su vista.

Él sabía que siempre volvía. No solía tardar mucho en volver a su cama.

Alguien tocó en la puerta y abrió.

—¿Puedo entrar? —aquella voz era la del pequeño Kerel que se acercó a su hermano— ¿Por qué no vas a despedir a Silvana y a Nitziel? Se van a ir.

Dreick miró a su hermano por unos segundos.

—¿Se van? ¿A dónde?

—Al castillo de Nitziel, ahora es rey.

—Ya veo, he estado tan pendiente del espejo que ni siquiera me he dado cuenta de lo que ocurre. Ahora voy a despedirlos.

Kerel miró el espejo y puso cara triste.

—Echo de menos a Anabella. Siempre que podía jugaba conmigo y con Inai. Nos enseñaba muchas cosas.

Dreick sonrió levemente tratando de sacar fuerzas.

—Lo sé, pequeño, ella era muy buena con todos.

—¿Y por qué no la traes? Así todos estarán contentos.

—No puedo, Kerel. No quiero separarla de sus padres. ¿Qué pasaría si te llevaran lejos de papá y mamá?

—Me pondría triste.

—Pues para ella es igual. Estuvo mucho tiempo separada de sus padres y ahora está con ellos.

—Pero puede venir a visitarnos.

—Quién sabe... —no quería quitarle las esperanzas al pequeño, pero él sabía que jamás pisaría este castillo— Bueno, dile a Silvana y a Nitziel que ahora bajo a despedirlos ¿vale?

El niño asintió.

—Vale.

Dicho esto, el niño salió de allí corriendo y Dreick pensó en que le debía una disculpa a su amigo por no haberse interesado en lo que le había ocurrido en su reino. Tenía que seguir adelante.

39. Volver juntos.

Dreick se levantó para salir cuando vio aparecer a Anabella delante del espejo. No parecía estar bien. Estaba muy pálida y por unos instantes se cubrió los ojos como si tuviese mareo. Ella se agarró al borde del espejo y respiró hondo.

El príncipe se acercó más, preocupado, y le vio dar dos pasos más antes de volver a llevarse la mano a los ojos. De repente, la joven cayó al suelo desmayada.

—¡Anabella! —Exclamó Dreick apoyando las manos en el espejo. La joven no se movía y él golpeó con fuerza. Sabía que no iba a funcionar de ninguna forma— Despierta, por favor. ¡Despierta!

Miró a su alrededor y encontró los trozos del jarrón que había roto hacía varios días y cogió un trozo para hacerse un corte en la mano. Con la herida abierta metió la mano en el espejo y dejó que la sangre abriera el cristal del otro lado.

Una vez abierto, Dreick cruzó al otro lado y se arrodilló junto a Anabella para cogerla entre sus brazos intentando reanimarla. Al mirarla, se asustó porque estaba pálida y ojerosa, pero más miedo le produjo saber que apenas pesaba entre sus brazos.

—Anabella, abre los ojos. Vamos.

La puerta de la habitación se abrió de repente y Dreick levantó la mirada para toparse con la madre de Anabella, que al ver a su hija en brazos de él, se acercó corriendo.

—¿Qué le pasa?

—Se ha desmayado.

Catherine lo miró fijamente.

—¿Cómo sabías que se había desmayado? ¿Acaso no habías sellado el espejo?

—No es momento para explicarlo, primero hay que atender a Anabella.

—¡No! ¿Es que acaso nos mentiste? ¿Has hecho sufrir a mi hija todo este tiempo cuando realmente no habías sellado el espejo?

—¡Tenía intención de sellarlo para siempre! Pero perdí el conocimiento antes de poder hacerlo y cuando me recuperé no pude hacerlo —Dreick se levantó con Anabella en brazos y la llevó a la cama donde la depositó delicadamente, luego se arrodilló junto a la cama—. Realmente quería sellarlo. Ella no merece vivir entre dos mundos diferentes. Anabella os echaba tanto de menos que sabía que mi amor por ella no podía competir con algo así. Pensé que era así.

—No hacía más que llorar por ti. No comía, no hablaba. Su dolor era tan profundo que nada le hacía reaccionar. Sacarla de allá fue un gran error. No sabes lo que me arrepiento de haberte hecho caso.

—Era lo mejor.

—¿Eso crees? No creo que ella opine lo mismo.

—Ella no podía elegir en ese momento, así que fue lo adecuado.

De repente, la joven se removió y abrió los ojos lentamente. Catherine se puso en su radio de visión suspirando aliviada.

—¿Mamá? ¿Qué ha pasado?

—Te has desmayado.

La joven intentó incorporarse y el mareo no la dejó. Sintió que alguien tenía cogida la mano del lado contrario donde estaba su madre y miró hacia ese lugar. Cuando vio que era, se sorprendió.

—¿Dreick?

El joven la miró fijamente sin decir nada. Su mano se acercó a la mejilla de Anabella que acarició con delicadeza.

Ella posó su mano sobre la de él sin poder creer que estuviera ahí, pero, entonces, lo apartó de sí.

—¿Anabella? —preguntó él sin esperarse el rechazo y entonces vio las lágrimas correr por las mejillas de ella.

—¿Por qué me echaste de tu lado? ¿Qué hice? —preguntó con rabia— ¡Yo solo quería salvaros! ¡Yo no quería acabar de esta forma! ¡Quería quedarme contigo!

Dreick se sentó frente a ella.

—Lo hice porque era mi deber enviarte a tu mundo. Te lo prometí.

—¿No me pude despedir de nadie! Si querías enviarme a mi mundo, al menos podrías haberme dejado despedirme de tu familia.

—No te hubieras ido.

—¿Porque quería quedarme contigo!

La joven se cubrió el rostro sollozando.

Dreick miró a otro lado con culpabilidad mientras la madre de la joven la abrazaba para intentar consolarla.

—Nuestro amor estaba condenado, Anabella. Desde el principio querías volver a este lado. Por mucho que yo te amara no podía dejarte en mi mundo —se levantó de la cama y le dio la espalda—. Lo siento.

Sentía que no había hecho bien al cruzar el espejo, pero cuando la vio caer pensó que esa vez la iba a perder para siempre. Su aspecto no era nada sano. Cerró los ojos mientras el dolor se instalaba cada vez más en su corazón y lo desgarraba por dentro.

—Dreick —dijo Catherine con voz seria—, si te dijera que Anabella está embarazada ¿qué harías?

Anabella miró a su madre al igual que Dreick, que se giró rápidamente.

—¿Qué? —preguntaron los dos a la vez.

—Tienes claros síntomas, hija. Te fui a comprar un test de embarazo porque algo me dice que lo estás. Debes hacerte la prueba.

Dreick se acercó a la cama y tanto él como ella se miraron a los ojos fijamente. Luego, Anabella apartó la mirada para dirigirse a su madre.

—Me haré la prueba. Si no estoy embarazada, Dreick podrá marcharse, aunque me duela en el corazón. Mi amor por él perdurará más allá del tiempo —volvió a mirar al chico—. Te amaré siempre.

—¿Y si lo estás? —preguntó Catherine.

—Será decisión de él marcharse o no. No quiero atarlo a este lugar si él no quiere.

La joven se incorporó con la ayuda de su madre y ambas salieron de la habitación dejando al chico allí que solo atinó a sentarse en la cama.

Dreick miró hacia el espejo en el que se podía ver su propio reflejo, pero con el fondo del castillo, luego miró alrededor dándose cuenta de lo diferente que eran sus mundos. ¿Encajaría él en un lugar como este? Se levantó y miró a través de la ventana de la habitación hacia el exterior.

Aquella imagen le impactó bastante, todo lo que veía fuera no tenía nada que ver con su mundo. Él no encajaría en este mundo. Ahora entendía a Anabella después de haber traspasado el espejo y encontrarse en un lugar donde todo te es desconocido.

—Este amor está condenado, no encajamos en el mundo del otro —se dijo a sí mismo sin dejar de mirar al exterior.

Al instante, volvieron Anabella y Catherine a la habitación. La primera se sentó en su cama y miró a Dreick que estaba de espaldas a él. Deseaba decirle que se quedara con allí con ella, pero sabía que eso era imposible. No solo los separaba un espejo, los separaban siglos de evolución con respecto al ambiente y la sociedad.

Catherine volvió a salir y los dejó solos.

—Dreick —lo llamó Anabella, él se giró y la miró—, no quiero obligarte a estar a mi lado. Da igual si estoy embarazada o no, si quieres irte, hazlo. Si quieres sellar el espejo, también puedes hacerlo. Saberlo me matará, pero no voy a pedirte que te quedes aquí porque sé que existen muchas diferencias entre nuestros mundos. Si te vas, recuerda que te amo y espero que encuentres el amor allá. Quiero que seas un buen rey, como lo es tu padre, pero para gobernar necesitas una reina. Búscala y sé feliz.

Anabella le dio la espalda al notar cómo las lágrimas escapaban de sus ojos sin control alguno. En el fondo se sorprendía de aún tener tantas sin derramar.

Dreick se acercó y se arrodilló frente a ella.

—Jamás podría querer a otra como te quiero a ti —tomó el rostro de la joven entre sus manos y le limpió las lágrimas con los pulgares—. Solo te amo a ti, mi princesa, pero no quiero separarte de tus padres y de tu mundo de nuevo.

Ella apoyó su frente en la de él.

—¿Cómo lo haremos? Tú vas a ser el futuro rey, tienes que estar allá. Déjame ir contigo, no me importa.

—No, Anabella. Tú debes quedarte aquí, este mundo es a lo que estás acostumbrada.

—Estuve mucho tiempo viviendo en tu mundo.

—Y lo pasaste mal. Además, mira todo lo que tienes a tu alrededor. Mi madre me habló de los avances que había en este lugar. Supongo que ha avanzado más desde que ella se quedó en el otro lado. En el fondo, ella también echa de menos este lugar. El amor no debería hacerte renunciar a lo que siempre has tenido.

—Tú tampoco puedes renunciar a nada —ella también tomó el rostro de él entre sus manos—. ¿Qué vamos a hacer?

—Ese espejo nos condena. Ojalá nunca hubieses sabido su secreto, nada de esto estaría pasando y no estarías sufriendo por mi culpa.

—Si no hubiese sabido el secreto, jamás te hubiera conocido y nunca hubiera encontrado al único hombre que ha sabido hacerme feliz.

Tocaron en la puerta y ambos miraron a la puerta esperando que se abriera. Por esta apareció Catherine que miró a su hija fijamente entre alegre y preocupada.

—Ya ha salido el resultado de la prueba, hija.

Anabella se llevó una mano al vientre.

—¿Qué ha salido?

—Positivo. Estás embarazada.

La joven miró a Dreick que ahora miraba su vientre y posó una mano sobre la suya. Luego él levantó la mirada y sonrió levemente.

—El fruto de nuestro amor está en ti.

Ella asintió y acarició la mejilla del príncipe sonriendo. Acercó su rostro al de él para besarlo dulcemente en los labios y luego se abrazó a él con fuerza.

—Ojalá te quedaras conmigo, aunque sé que es imposible.

Dreick la apartó unos centímetros para mirarla a los ojos.

—¿Quieres que me quede?

—No puedes hacerlo.

—Nada deseo más que estar a tu lado, Anabella.

—Tienes responsabilidades que atender.

—Nada es más importante que tú y nuestro bebé —Dreick se incorporó bajo la atenta mirada de Anabella—, volveré a mi mundo para hablar con mi padre. Quiero estar contigo y si tengo que quedarme en tu mundo, lo haré. Eres importante para mí, estos días sin ti han sido un infierno y no quiero seguir viviendo una vida solo, sin tenerte a mi lado.

Sin esperar respuesta por parte de la joven, cruzó el espejo en busca de su padre, el rey, que estaba fuera esperando junto con el resto de la familia, ya que Silvana se negaba a irse sin despedirse de su hermano mayor.

El joven se acercó a su padre.

—Necesito hablar contigo sobre algo muy importante.

—Despidamos a tu hermana primero, es un viaje largo y les caerá la noche encima.

Dreick miró a Silvana y se acercó a ella.

—Siento haberte hecho esperar tanto —dijo sonriendo y luego le susurró—. Cruzé el espejo.

La joven lo miró con una sonrisa en los labios y sus ojos iluminados de felicidad.

—¿De verdad? ¿Eso quiere decir que vas a traer a Anabella de vuelta?

Dreick negó, aunque no podía dejar de sonreír.

—Me quedaré con ella en el otro lado. Está embarazada.

Silvana lo abrazó con fuerza sin dejar de sonreír.

—Eso es maravilloso, pero ¿y el reino? ¿Quién va a gobernar después de papá?

—Quiero hablarlo con padre, pero creo que Kerel será un buen rey cuando crezca.

—Seguro que sí.

—Debes marchar ya, me despediré de Nitziel y hablaré con padre.

La princesa asintió y vio cómo su hermano se acercaba a su mejor amigo para darle un abrazo de despedida y seguramente le estaba contando lo mismo que le había dicho a ella. Se alegraba de ver a Dreick feliz de nuevo, después de tantos días de desesperación y dolor, ya era hora de que volviera a sonreír.

Tras la despedida de ambos amigos, los dos se subieron en sus caballos y, junto con la madre del chico y la guardia que los había escoltado hasta allí, partieron hacia el reino de Nitziel.

Cuando el grupo desapareció de la vista de todos, padre e hijo se reunieron en el despacho del rey que había cambiado de lugar tras el incendio.

—Y bien, hijo, ¿qué querías decirme?

—Quiero que Kerel sea el futuro rey de estas tierras, padre.

El rey se sorprendió ante aquella revelación.

—¿Kerel? ¿A qué viene eso ahora?

—No voy a estar aquí. Voy a quedarme en el otro lado con Anabella. La necesito y quiero que ella viva en el lugar que le pertenece, se acostumbró rápido a este lugar, pero no es su mundo. He estado allí y he visto todos los avances, creo que nada comparado con el tiempo en el que madre estuvo allí. Quiero hacer mi vida con ella allá.

—Pero, hijo, tú eres el heredero de la corona. Kerel es muy pequeño aún. Tenía pensado retirarme pronto para darte paso a ti como rey, ya no soy como era antes.

—Aún posees fortaleza. Por favor, padre, quiero estar con Anabella y solo en el otro lado podré ser feliz. Quiero cuidar de ella y de mi hijo allá.

El rey pareció no comprender lo último ya que había fruncido el ceño.

—¿Tu hijo? ¿Quieres decir que Anabella está embarazada?

Dreick asintió, feliz.

—Lo supimos hoy. Precisamente crucé el espejo porque ella se había desmayado y su madre le dio algo, como un aparatito que le diría si estaba embarazada o no. Salió que sí y, a pesar de todo, ella estuvo dispuesta a renunciar a mí para que reinara aquí con otra mujer, pero yo no puedo amar a nadie que no sea ella y por eso vine a hablar contigo. Necesito, por favor, que conviertas a Kerel en el nuevo heredero al trono. Silvana se marcha con Nitziel y reina junto a él. Kartik está muerto, solo queda Kerel.

—Entiendo lo que me estás diciendo, pero es muy repentino todo.

—Lo sé y también sé que resolverás esto con facilidad.

Los minutos que pasaron a continuación se volvieron eternos para Dreick.

-

40. Juntos al fin.

Anabella, cuando vio a Dreick cruzar el espejo, se recostó un poco mareada. La esperanza renacía en su corazón después de todo lo que le había dicho el joven. Se llevó una mano al vientre pensando que en su interior estaba naciendo una nueva vida y una sonrisa asomó a sus labios.

Catherine se acercó a la cama y posó su mano en la de su hija.

—¿Te sientes bien?

—Un poco mareada, pero feliz. Dreick fue a hablar con su padre porque quiere quedarse aquí conmigo y con el bebé.

—¿Será feliz aquí? Apenas conoce nada de este mundo.

Anabella meditó las palabras de su madre por unos minutos.

—Espero que sí, él me ayudó mucho en su mundo y yo pienso hacer lo mismo por él.

Catherine sonrió.

—Deberías comer algo, sé que tienes el estómago un poco revuelto, pero estás muy delgada y eso junto con el embarazo hizo que te desmayaras. Te prepararé algo rico.

—Gracias, mamá —la madre se levantó de la cama, pero antes de que se alejara la agarró del brazo—. ¿La prensa aún está fuera?

—No te preocupes por ellos, llamé a mi representante para que se hiciese cargo de todo. No daré conciertos en un tiempo, no solo por ti, también necesito un descanso, además, vas a necesitar mucha ayuda para sobrellevar esto.

Anabella sonrió.

—La verdad es que tengo un poco de miedo.

—No te preocupes —dijo Catherine agachándose junto a la cama—, todo va a salir bien, es un momento maravilloso en la vida de una mujer, durante el embarazo te quejarás por todo, pero con el tiempo recordarás esto con una gran sonrisa. Ya lo verás.

Tras esto, la madre se levantó y fue a prepararle algo de comer a Anabella que se quedó recostada mirando el espejo esperando ver aparecer en cualquier momento a Dreick, pero en algún momento, cerró los ojos y se quedó profundamente dormida.

Cuando su madre volvió y la vio dormida, decidió no molestarla, por lo que se llevó la bandeja con la comida. Su hija necesitaba descansar después de tantos días duros en los que apenas había dormido.

Una vez abajo, su marido Chris se acercó a ella para darle un beso, ya que acababa de llegar del trabajo.

—¿Sigue sin querer comer? —preguntó ajeno a todo lo que había ocurrido hacía un rato en la habitación de la joven.

—Tranquilo, solo está dormida —dijo su mujer con una sonrisa en los labios. Dejó la bandeja en la cocina y se giró hacia su marido—. Nuestra hija está embarazada.

Horas más tarde, Dreick cruzó el espejo con una enorme sonrisa. Se acercó a la cama donde Anabella dormía plácidamente y acarició su mejilla con ternura. Luego se acostó junto a ella deseando verla despertar y darle otra buena noticia.

Su padre había aceptado la propuesta que él le había hecho. Kerel se convertiría en el próximo rey de Araine, soberano de Alaia, y él podría estar con la mujer de su vida y aquel pequeño ser que venía en camino. Con delicadeza tocó el vientre de Anabella. Otra sonrisa más amplia iluminó su rostro.

—Vamos a ser una familia dichosa, pequeño —dijo mirando su mano.

—Podría ser una pequeña —dijo de pronto Anabella que se había despertado al sentirlo acostarse junto a ella.

Dreick la miró a los ojos.

—Sea lo que sea, va a ser nuestro y lo criaremos juntos. Mi padre ha aceptado a Kerel como futuro rey para así poder estar contigo.

Anabella lo miró entusiasmada.

—¿De verdad? ¿Te vas a quedar conmigo?

—Sí, podremos estar juntos para siempre.

Ella lo abrazó con fuerza y comenzó a llorar a la vez que reía de felicidad.

—Lo siento, creo que estoy un poco sensible con todo esto del embarazo.

—Mientras sea de felicidad no me importa que llores, te sigues viendo hermosa.

—Lo son, te lo aseguro —dijo ella con una sonrisa.

Al momento, tocaron en la puerta y abrieron. Chris y Catherine entraron para ver a su hija y no pudieron dejar de sonreír al verla tan feliz.

Dreick fue debidamente presentado al padre de Anabella y mantuvieron una conversación que en pocos minutos los llevó a convertirse en algo así como amigos.

—Creo que le ha caído bien a tu padre —dijo Catherine sentándose junto a su hija.

—La verdad es que tenía un poco de miedo, pero creo que solo fueron imaginaciones mías.

—Tu padre y yo solo queremos que seas feliz y Dreick es el que puede darte todo lo que necesitas.

—Sí, solo él puede hacerme feliz. Cuando me encuentre un poco mejor, me gustaría visitar el otro lado del espejo porque echo de menos a su familia.

—Iremos todos, no pude disfrutar de aquel lugar y lo poco que pude ver a través de la ventana de la habitación donde estaba no parecía un mal sitio.

—Ya lo verás, es maravilloso y sus gentes son tan buenas y amables que te harán sentir como en casa.

Catherine sonrió y miró a Chris y a Dreick que se reían por algo en particular. Se sintió dichosa de que por fin todo fuera bien después de tantos meses de angustia y sufrimiento. Su hija iba a formar una familia con Dreick y su bebé.

—Recuerdo que decías que cuando tuvieras pareja te irías de aquí ¿verdad?

—Sí, lo decía, pero aún no hemos hablado de nada. Me gustaría tener una casa propia para dejaros vuestro espacio.

—Lo entiendo, me da pena que lo hagas, sinceramente, aunque te entiendo. Yo hice lo mismo cuando tu padre y yo nos casamos.

—Gracias por todo, mamá, y siento haberte preocupado todo este tiempo —dijo Anabella dando un abrazo a su madre.

—No lo sientas, ambas hemos vivido una gran aventura, quizás no tan buena para mí, pero hemos conocido otro mundo diferente al nuestro.

Anabella asintió y volvió a abrazar a su madre sin dejar de mirar a Dreick que disfrutaba mucho hablando con su padre. Sabía que de ahora en adelante todo sería felicidad.

Unos días más tarde, Anabella ya se sentía mucho mejor y decidieron ir a hacer una visita a los padres de Dreick.

—¿Seguro que te encuentras bien? —preguntó el joven a ella.

—Hoy no he tenido náuseas así que me encuentro bien.

—¿De verdad?

—Claro que sí, Dreick, no te preocupes.

—Está bien, tus padres vienen también ¿no?

—Creo que sí, ah, míralos ahí vienen.

Los padres de la joven entraron en la habitación bien vestidos y Anabella no pudo evitar sonreír.

—¿Vamos bien? —preguntó Catherine que llevaba una falda de tubo oscura con una blusa blanca y su padre un traje de pantalón y chaqueta gris y una blusa salmón.

—Demasiado arreglados, creo yo —dijo Anabella—. Que sean reyes no quiere decir que deba haber tanta formalidad, lo mejor sería que os pusierais cómodos ¿verdad, Dreick?

El joven sonrió y asintió.

—Id a cambiaros, mis padres no son exigentes con la etiqueta.

Catherine y Chris se miraron por un momento y salieron de la habitación para volver a cambiarse. Una vez listos, ambos con vaqueros y camisetas se acercaron todos al espejo que Dreick abrió con una gota de sangre de su mano.

Cuando por fin abrió el portal, todos pasaron al otro lado en la misma habitación donde él había estado observando a Anabella y desde la que cruzó para estar a su lado.

—Se llevarán una grata sorpresa —dijo Dreick sonriendo—. Estaban muy preocupados por ti después de que...

Ella posó una mano en el brazo de él al ver que le costaba hablar del momento en el que la echó de allí.

—Se alegrarán mucho, ya lo verás —dijo con una leve sonrisa.

Anabella miró a sus padres que observaban el lugar con atención.

—Seguidme —dijo Dreick.

Todos salieron de la habitación y bajaron hasta la biblioteca donde supuso que estaría su madre leyendo algún libro, al ver la puerta entreabierta y mirar, se dio cuenta de que no se había equivocado en sus suposiciones. Al llegar allí, les dijo a Anabella y a sus padres que permanecieran fuera por un momento para darle una sorpresa.

Tocó en la puerta y entró haciendo que su madre lo mirara.

—Hola, hijo, ¿ha pasado algo? —preguntó poniéndose de pie de repente preocupándose de verlo.

—Tranquila, todo está bien. Vine a hacerlos una visita y ver cómo va todo por aquí —dijo él dándole un abrazo.

—La verdad que está todo tan tranquilo..., incluso Kerel está muy tranquilo, estudiando.

—¿De verdad?

—Sí, se ha tomado muy en serio su papel como príncipe heredero de la corona. Tu padre se lo contó, aunque opino que debía haber esperado un poco. Ha dejado de lado a la pobre Inai que no hace más que vagar por el castillo a la espera de verlo aparecer para jugar.

—Tiene tiempo de estudiar, debería disfrutar de su infancia.

—Lo sé, pero está empeñado en hacerlo, quiere estar preparado como tú.

—Lo mejor será que hable con él luego, antes quiero que saludes a alguien.

Dreick se acercó a la puerta y abrió para dejar paso a Anabella con los padres de ella. La madre del chico sonrió y corrió a abrazarla.

—Oh, Anabella, no sabes lo que me alegro de verte —dijo la mujer—. ¿Cómo te sientes? Dreick me contó que estás embarazada.

—Hoy me siento mejor, la verdad.

—No sabes cómo me alegro —luego miró a los padres de la chica y se acercó a ellos—.

Permítanme presentarme, soy Eliane, la madre de Dreick. No os inclinéis —dijo al ver que Catherine le iba a hacer una reverencia—, no lo hagáis.

—Es un placer conocerla —dijo la madre de Anabella.

—El placer es mío —dijo y luego saludó a Chris—, me alegro tanto de conocerlos al fin. Anabella me hablaba mucho de vosotros.

—A nosotros también nos habló de usted, nos contó que viene de nuestro mundo —dijo Chris. Sarabell asintió con una leve sonrisa.

—Así es, pero encontré la felicidad en este lado. Mi esposo, mis hijos... He vivido muchas cosas aquí, aunque no hablemos de mí. Lo importante es esta felicidad que existe al ver a nuestros hijos tan contentos ¿no es cierto?

—La verdad es que sí. Sufrimos mucho con Anabella tras la separación —dijo Catherine.

—Me lo puedo imaginar, Dreick también se veía destrozado, pero eso ha cambiado, todo eso ha quedado en el pasado y ahora solo nos importa el futuro.

—Por supuesto.

De repente, la puerta se abrió y apareció el rey.

—¡Hijo! —exclamó al verlo y al ver a Anabella se acercó— ¡Anabella! ¡No sabes cómo me alegra tenerte de vuelta por aquí!

La joven sonrió y se dejó abrazar por el rey.

—Yo también me alegro mucho de verlo —dijo ella.

—¿Cómo estás?

—Por el momento me siento bien, las nauseas me han dado una tregua.

—Deberías sentarte.

—Estoy bien, déjeme presentarle a mis padres —dijo ella señalando a la pareja.

—Ya tenía ganas de conocer a los padres de esta joven que ha conseguido calar en el corazón de mi hijo mayor.

—Encantados de conocerlo —dijo Chris.

—¡Dejad el respeto a un lado! Somos familia.

Dreick y Anabella sonrieron mientras se abrazaban.

—Me pareció una gran idea hacer esto —dijo ella.

—No pensé que fuera a salir tan bien. Es una pena que Silvana y Nitziel no se encuentren aquí, seguro que mi hermana se hubiera puesto muy contenta de verte.

—Tengo muchas ganas de verla.

—Lo sé. ¿Qué te parece si vamos a saludar a Kerel?

—Me parece fantástico.

La pareja salió de la biblioteca dejando a los padres de ambos hablando amablemente y contándose cosas de sus vidas.

Lo buscaron por todo el castillo y por el camino se toparon con Inai que parecía enfadada y triste a la vez. Sus ojos estaban llorosos.

—Inai —dijo Anabella acercándose a la niña.

La pequeña levantó la mirada y, al verla, corrió a abrazarla.

—¡Anabella!

—Hola —dijo ella sonriendo—. ¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan triste?

—Kerel se ha olvidado de mí. Ya no quiere jugar conmigo y no sé si hice algo malo para que se enfadara.

—No se trata de eso —dijo Dreick—. Kerel ha empezado a estudiar para ser rey porque yo me quedo con Anabella en el otro lado. Esto es por mi culpa y lo siento mucho, pero no te

preocupes que voy a hablar con él.

La niña hizo un puchero y se abrazó aún más a Anabella.

—¿Podrías jugar conmigo un rato, por favor?

—Claro que sí —dijo la joven y miró a Dreick que asintió.

—Yo me encargo de Kerel.

Dicho esto, Dreick se alejó para ir al cuarto de su hermano pequeño. Tocó en la puerta.

—Inai, te he dicho que no voy a jugar ahora contigo.

El joven abrió la puerta y asomó la cabeza.

—No soy Inai.

El pequeño levantó la mirada y sonrió al ver a su hermano.

—¡Dreick! —saltó de la silla en la que estaba sentado y corrió a abrazarlo— ¡Qué bien que hayas venido! Estoy estudiando mucho para ser rey.

—Lo sé, mamá me lo ha contado todo, pero no creo que debas pasarte el día encerrado aquí.

—Claro que sí, tengo mucho que aprender.

—Eres un niño, Kerel —dijo Dreick agachándose frente a él—, tienes tiempo para estudiar. Me acabo de encontrar con Inai y está muy triste porque ya no juegas con ella.

Kerel cruzó los brazos con fastidio.

—Inai se ha vuelto una llorona, además no entiende que voy a ser el futuro rey porque tú ya no estás aquí.

—¿Piensas perder a la única amiga que has tenido hasta ahora? Eso la pondría más triste. No tiene a nadie más con quién jugar.

—Pero es que yo quiero estudiar y ser tan bueno como tú.

—Yo nunca dejaba a mis amigos de lado ¿o acaso alguna vez dejé a Nitziel abandonado? —el niño negó con la cabeza— Pues entonces debes dejar de estudiar por un rato e ir a jugar con Inai.

Kerel hizo una mueca, pensativo y luego asintió.

—De acuerdo, iré a jugar con ella.

—Así me gusta —dijo Dreick alborotándole el pelo—, vamos que te llevo con ella.

Ambos salieron de la habitación y se dirigieron al lugar donde Inai y Anabella jugaban un juego de manos que le estaba enseñando la segunda. Cuando se acercaron a ella, Kerel no se movió así que Dreick lo empujó un poco para que la niña lo mirara.

Ella levantó la mirada y su sonrisa desapareció.

—Hola —dijo él.

—Hola —dijo ella.

—¿A qué juegas?

—Un juego que me está enseñando Anabella.

—¿Puedo jugar?

La niña se encogió de hombros.

—Si quieres sí.

—Sí quiero.

—Vale.

Dicho esto, los dos niños se sentaron en el suelo e Inai le enseñó el juego a Kerel.

Anabella se acercó a Dreick y le susurró al oído.

—Cuando crezcan van a saltar chispas entre ambos.

Él la miró inquisitivo.

—¿Por qué lo piensas?

—Llámame romántica, pero desde que se den cuenta de que están creciendo y vean sus

cambios, probablemente salten los sentimientos de los dos. Yo creo que se van a enamorar.

—¿Eso piensas?

—Lo creo y lo juro.

—Me encantaría ver si de verdad se cumplen tus predicciones.

Ambos sonrieron con complicidad y se besaron dulcemente mientras los niños jugaban, ahora con sendas sonrisas en sus labios.

-

Epílogo.

Meses más tarde.

—Anabella, no te pongas así, vamos a llegar tarde a este paso —dijo Dreick acercándose a la cama donde estaba la joven sentada.

—Así no quiero, Dreick. Mira cómo me queda el vestido.

—Estás preciosa.

—¡Mientes!

—Tú sabes que yo nunca te he mentado, así que venga, nos están esperando. Tus padres ya cruzaron el espejo, solo faltamos nosotros. Venga —dijo él dándole la mano para que se incorporara.

Cuando ella se levantó, Dreick la miró sonriendo. Llevaba un vestido de color celeste hecho a medida por un diseñador conocido y especializado en ropa de premamá.

—¿Por qué no esperaron un poco más? Me queda poco para dar a luz.

—No podían, ya sabes cómo es Silvana.

—En estos momentos la odio.

—Es mentira. Estás deseando verla.

Dreick la abrazó con cariño.

—Tú echas de menos tu mundo ¿verdad? He visto que a veces miras el espejo con nostalgia.

—No me he acostumbrado del todo a este mundo y menos con todos esos aparatos, pero he tomado la mejor decisión de toda mi vida. Aún me queda mucho por aprender de este lugar. Por el momento no lo he hecho tan mal.

—Aprendes rápido —Anabella sonrió levemente.

Ambos acercaron sus rostros y se besaron dulcemente. De repente, el bebé dio una pequeña patada y ella sonrió.

—Nuestro pequeño quiere mimitos también —dijo Anabella.

—O nuestra pequeña. Recuerda que no ha querido mostrarse en la... —hizo una pausa intentando recordar la palabra exacta y cuando se acordó chasqueó los dedos— la ecografía, eso.

—Mejor, así mantenemos el misterio. ¿Vamos entonces?

Dreick asintió y abrió el portal del espejo.

—Cuidado al cruzar.

Ella asintió y cruzó el espejo con la ayuda de Dreick que pasó después de ella. El espejo había sido llevado hasta el reino de Nitziel para que Anabella no sufriera los rigores del viaje hasta ese lugar desde el castillo del padre de Dreick.

—¡Anabella! —exclamó alguien cuando la vio pasar.

La joven sonrió al ver a Alina y ambas se abrazaron. Alina llevaba un elegante vestido, como los que Anabella solía llevar cuando estaba allí, de color salmón. El pelo lo llevaba recogido en una trenza en la que había flores decorándola.

—Alina, me alegro tanto de verte —dijo Anabella sonriendo —, ¿cómo estás?

—Bien, contenta por Silvana y Nitziel ¿y tú?

—A punto de reventar, pero bien.

—Silvana se pondrá muy contenta cuando te vea, a ver si eres capaz de calmarla, no ha parado de hablar.

Anabella miró a Dreick y este asintió sonriendo.

—Ve, yo iré a ver a Nitziel.

Ella se fue con Alina tras darle un beso en la mejilla. Ambas se dirigieron a la habitación donde su amiga se estaba cambiando y entraron sin hacer ruido. La vieron mirándose en el espejo. Llevaba un precioso vestido blanco con un lazo bajo el pecho color marfil. El pelo lo llevaba suelto, cayendo en ondas hasta su cintura y con una corona de flores.

Anabella sonrió y se acercó por detrás para darle una sorpresa.

—Estás preciosa, amiga.

Silvana se giró y con una enorme sonrisa abrazó a su amiga.

—¡Anabella! Menos mal que has venido, estoy tan contenta. Por fin voy a ser la mujer de Nitziel, eso si él no se arrepiente en el último momento. Me da mucho miedo que lo haga.

—Tranquila, Silvana, estás nerviosa.

La joven tomó aire.

—Es verdad, estoy muy nerviosa, pero jamás pensé que llegaría este día.

—Lo sé, siempre soñabas con este momento y por fin se ha hecho realidad.

—Estoy feliz de que hayas venido.

—Estuve a punto de no venir, mírame —Anabella dio una vuelta haciendo ondear su melena —, estoy horrible.

—No digas eso.

Alina se acercó.

—Ambas estáis preciosas, pero debes acabar de arreglarte, Silvana, o llegarás tarde y entonces vendrá Nitziel a buscarte.

Todas rieron al unísono y Silvana terminó de arreglarse para luego salir las tres hacia el jardín donde se celebraría la ceremonia.

Todo estaba preciosamente decorado con flores y telas de los colores del estandarte del reino, azul y morado. El rey esperaba a su hija para llevarla al altar. Alina y Anabella fueron a sus sitios y la segunda se fijó en el atuendo de Nitziel. Él iba también todo de blanco y con su corona puesta.

De repente, Anabella sintió una pequeña contracción que la hizo tensarse. Dreick, preocupado, la agarró del brazo.

—¿Estás bien?

—Sí, solo ha sido una contracción.

—¿Segura?

—Sí, sí. Ya está.

Ambos miraron a Silvana que se acercaba con su padre hacia donde estaba Nitziel para comenzar la ceremonia que allí era totalmente distinto a lo que Anabella conocía.

Mientras se oficiaba la ceremonia, en la que la pareja hacía una ofrenda a los astros y luego unían sus manos con un pedazo de tela morado, Anabella sintió otra contracción y se agarró el vientre hinchado.

Dreick la miró y al ver la cara de asombro de ella, se preocupó.

—¿Qué ocurre, Anabella?

La joven miró hacia abajo y levantó un poco el vestido, alrededor de sus pies había un charco como de agua.

—Ahora no, por Dios, ahora no.

—¿Qué pasa?

—Espera hasta que acabe la ceremonia, por favor, espera un poco —le decía ella a su vientre y volvió a tensarse.

—¿Quieres decirme de una vez qué está pasando?

—El bebé ya viene, Dreick.

—¿Qué?

—He roto aguas... ay, madre. No salgas aún, por favor.

—La ceremonia aún puede tardar un poco más.

—¿Qué? No, no me digas eso.

Dreick miró a su alrededor hasta que vio a Catherine y cuando esta la miró, señaló a Anabella, preocupado. La mujer se acercó y al enterarse de lo que ocurría cogió a su hija para sacarla de allí.

—Avisa a alguien para que traiga un médico, el bebé no quiere esperar.

Todos miraron a los tres y de repente se formó un pequeño jaleo al descubrir que la joven estaba a punto de dar a luz. Se llevaron a Anabella al interior del castillo y la metieron en una habitación en la que se recostó.

—¿Tienes contracciones muy seguidas? —preguntó Catherine.

—No lo sé... ¡ay! —se tensó ante la nueva contracción.

—Tranquila, respira hondo, como has estado ensayando todo este tiempo ¿sí?

—Lo intento...

Dreick daba vueltas en la habitación desesperado hasta que tocaron en la puerta y apareció una curandera de las tierras de Nitziel que rápidamente se puso manos a la obra con el parto de la joven.

Este duró mucho tiempo o eso les pareció a todos hasta que por fin se oyó el llanto del bebé. La curandera cortó el cordón umbilical y se acercó a la madre que estaba recostada contra las almohadas recuperando el aliento.

—Es un niño precioso —dijo la curandera.

Anabella sonrió y tomó al niño entre sus brazos. Dreick se acercó hasta sentarse al lado de la joven que lo miró.

—Te presento a nuestro pequeño, Dreick.

El joven miró al bebé y sonrió.

—Hola pequeñín.

—Dile hola a papá —dijo ella levantando una manita y haciendo un saludo con esta.

Catherine los miraba orgullosa. De repente, tocaron en la puerta para luego aparecer el padre de la joven junto con toda la familia de Dreick y Nitziel. Todos se acercaron corriendo a la cama y Silvana fue la primera en felicitarla.

—¡Amiga! Es un bebé precioso.

—Siento no haberme quedado hasta el final de la ceremonia, pero como ves, no quería esperar.

—No te preocupes por eso, lo importante es que tanto tú como mi sobrinito están bien.

Anabella sonrió y se dejó caer sobre el hombro de Dreick que la sostuvo.

—Me parece que tiene hambre —dijo la madre del joven —os dejaremos un poco de privacidad.

—Gracias, madre —dijo el chico.

Todos los allí presentes se fueron dejando sola a la pareja con su bebé que no tardó en buscar la fuente de su alimento en el pecho de Anabella.

—Aún no hemos pensado un nombre —dijo ella mientras veía cómo amamantaba con ansia.

—Te dejo que lo elijas tú —dijo él.

La joven pensó durante unos instantes y luego dijo:

—¿Qué te parece si le ponemos Sebastian?

—Me parece maravilloso.

Ambos sonrieron y se dieron un dulce beso en los labios para luego mirar al pequeño Sebastian que tras su comida se había quedado profundamente dormido.

FIN

Agradecimientos.

Quiero dar las gracias a todos los que siempre me han apoyado en esta maravillosa aventura.

A mi madre por estar siempre ahí, por ser mi apoyo fundamental en la vida.

A mi familia por apoyarme.

A mis amigas: Abigail y Ángela por aguantarme con todas mis dudas con respecto a mis personajes y por no dejarlas en paz, molestándolas con todo lo relacionado con esta novela y que incluso hayan aportado su granito de arena.

A mis amigas virtuales: Aurora Salas, María Vega, Dama N. Prayton, Raquel Campos, Raquel Antúnez, entre otras tantas que, aunque no ponga sus nombres, saben que están ahí; por haberme animado a hacer pública esta novela a la que le he cogido tanto cariño.

Gracias a Romantic Ediciones por haberle dado una oportunidad a Anabella y a Dreick junto al resto de personajes para ver la luz.

También te debo dar las gracias a ti, estimado lector, por haber dedicado una pequeña parte de tu tiempo a leerla y conocer a los protagonistas de esta novela.

Gracias de corazón.

Table of Contents

- [1. El regalo.](#)
- [2. Prisionera.](#)
- [3. Salvada.](#)
- [4. Despertar.](#)
- [5. Acostumbrándose.](#)
- [6. Aterrorizada.](#)
- [7. Recuerdos.](#)
- [8. Riñas.](#)
- [9. Dolor.](#)
- [10. Huida.](#)
- [11. Encuentros.](#)
- [12. Rescate.](#)
- [13. Cura.](#)
- [14. Recuperación.](#)
- [15. Helada.](#)
- [16. Una mentira.](#)
- [17. Nuevo amor.](#)
- [18. Pasado.](#)
- [19. Atacados.](#)
- [20. Rescate.](#)
- [21. Buenas noticias.](#)
- [22. El pasado vuelve.](#)
- [23. Latidos fuertes.](#)
- [24. Fuego.](#)
- [25. Heridos.](#)
- [26. Celos.](#)
- [27. Peticiones y pistas.](#)
- [28. Verdades.](#)
- [29. Despedidas.](#)
- [30. Dolor y amor.](#)
- [31. Conociendo al mal.](#)
- [32. Llegada.](#)
- [33. Anhelo.](#)
- [34. Ansias.](#)
- [35. Venganza cumplida.](#)
- [36. Muerte y adiós.](#)
- [37. Dolor del corazón.](#)
- [38. Regreso.](#)
- [39. Volver juntos.](#)
- [40. Juntos al fin.](#)
- [Epílogo.](#)
- [Agradecimientos.](#)